*Rodolfo M. Ragucci, S. D. B.*




# DON BOSCO EN MI CAMINO

DIFUSION

CARLOS DE FOUCAULD, SEMBRADOR DE LUZ ETERNA, por A. Quintana Solé.
VIDA DE CONTARDO FERRINI, por Monseñor Pellegrini.
EL PADRE DAMIAN, por Alfonso Quintana. Solé.
BOSSUET, por V. Giraud.
VICO NECCHI: UN MAESTRO DE FE Y DE VIDA, por Mons. F. Olgiati.
ALBERTO DE MUN, por R. Garric.
AURORA DE UN ALMA: VIDA DEL PADRE LOUIS ROBERT. Primer Asuncionista Norteamericano, por A. Claux, A. A.
MARIA TERESA NOBLET, por Andrés Pineau. (Obra laureada por la Academia Francesa).
PEDRO TERMIER, por André George.
JOSE MOSCATI (el médico santo), por N. Castellano.
DOLLFUSS, por Dietrich von Hildebrand.
PIO XII, por Mansueto Kohnen, O. F. M.
MATT TALBOT, EL OBRERO SANTO, por J. A. Glyn.
EL PADRE ROMAN, por Agustín Luchía Puig.
EL GRAN IDEAL DE ELENA (Madre María Elena Stöllenwerk).

## CARACTERES

HISTORIA DE UN ALMA (Autobiografía de Santa Teresita del Niño Jesús).
CAGLIERO CIVILIZADOR, por F. J. de Salvo.
OZANAM Y LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAUL, por Foucauld y otros.
CHESTERTON, por J. de Tonquédec.
ANA MARIA TAIGI, por A. E. Subercaseaux.
ELISABETH LESEUR, por M. A. Leseur.
DISCURSOS Y PANEGIRICOS, DE S. S. PIO XII.
CARTAS DE OZANAM. 2 tomos.
LA FAMILIA QUE ALCANZO A CRISTO, por el P. Raymond.
TRES MONJES REBELDES, por el P. Raymond.
EL HOMBRE QUE SE ENTENDIO CON DIOS, por el P. Raymond.
INCIENSO QUEMADO, por el P. Reymond.
CARTAS DE STA. TERESITA DEL NIÑO JJESUS.
PENSAMIENTOS SOBRE LA VIDA CRISTIANA, por P. Ozanam.
DOMINGO SERE COMO TU, por E. Pavanetti.
DIOS ENTRE LOS ASESINOS, por el P. Raymond.

---

Este libro se terminó de imprimir el día 18 de setiembre de 1953, festividad de Santo Tomás, en los Talleres Gráficos "Pedro Goyena", Herrera 541, Buenos Aires — 2484 - oaaa - oaa.

*Impresiones de un viaje*

I

# *Don Bosco en mi camino*

## Del mismo autor

[illegible] 3ª edición (agotada).
[illegible] en la última edición de la Gramática de la Academia Española (agotada).
[illegible], lecciones prácticas de lenguaje, novísima edición (1954), para los tres años del Ciclo Básico.
[illegible], incontables problemas idiomáticos resueltos en forma sencilla (nueva edición revisada).
Cumbres del idioma, antología cronológica ilustrada y anotada: Tomo I: *Poetas y prosadores españoles.*
Cumbres del idioma, antología cronológica ilustrada y anotada: Tomo II: *Poetas y prosadores hispanoamericanos.*
Letras castellanas (5ª edición), curso completo de *historia literaria española,* con apuntes de *literatura argentina* (agotada).
Literatura medieval castellana, noticias biobibliográficas, apreciaciones críticas y antología de las obras y escritos más importantes de los siglos XII, XIII, XIV y XV, con profusión de notas, un glosario etimológico medieval y varios índices.
Manual de Literatura Española (3ª edición).
Cervantes y su gloria: trabajo de divulgación popular.
Cartas a Eulogio: problemas de bien decir (agotada).
Más cartas a Eulogio: nuevos casos idiomáticos (agotada).
Neologismos de mis lecturas (en curso de publicación en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras).*
Apuntaciones sobre el Diccionario de la Real Academia Española: folleto fuera de venta.
En el centenario de don Rufino J. Cuervo, discurso pronunciado en la Academia Argentina de Letras.
Cartilla de las Innovaciones de Prosodia y Ortografía aprobadas por la Real Academia Española en mayo de 1952.
Impresiones de un viaje:
Don Bosco en mi camino (tomo primero).
Ruta de luz por Tierra Santa (tomo segundo).

VERSO (algunas con el seudónimo de *Pedro Romero de la Vega*):

Al partir, composiciones líricas.
La República Argentina, juguete lírico-gimnástico.
Tarsicio o El Niño mártir, acción dramática (2ª edición).
Caminos de juglaría, romancero domboscano.
Empresas de clerecía, segunda parte del romancero domboscano.
Tu es Petrus!, escenas sobre el Pontificado.

RODOLFO M. RAGUCCI, S. D. B.

C-26

*Impresiones de un viaje*

I

# DON BOSCO EN MI CAMINO

Evocaciones de la Ciudad del Vaticano, Roma, Ostia, Nápoles, Pompeya, Gaeta, Génova, Turín, Bequi, Quieri, Lanzo, etc.

SEMINARIO SALESIANO
CARLET
(Valencia)
2021
SALESIANOS S. Vicente Ferrer
1357
Primado Reig, 2
Teléf. 366 71 07
VALENCIA - 9

EDITORIAL DIFUSION

| URUGUAY | CHILE | ARGENTINA |
|---|---|---|
| Cerrito 598 | Sto. Domingo 1261 | Herrera 527 |
| MONTEVIDEO | SANTIAGO | BUENOS AIRES |

## DECLARACION DEL AUTOR

**De conformidad con los decretos de la Santidad de Urbano VIII y los demás posteriores de la Sagrada Congregación de Ritos, declaro solemnemente que no entiendo atribuir a las cosas narradas en este libro, fuera de las ya definidas claramente por la Santa Iglesia, otra fe y autoridad que la que merece todo testimonio humano atendible, y que en nada entiendo prevenir el juicio supremo de la Sede Apostólica, a la cual me complazco en protestar la más filial obediencia.**

Nihil Obstat.
*Domingo Martínez, S. D. B.*
Censor Salesiano

Puede imprimirse.
† *Antonio Rocca,*
Obispo Tit. de Augusta y Vicario General.

Buenos Aires, 29 de enero de 1953.

HECHO EL DEPÓSITO QUE DETERMINA LA LEY

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

TRIBUTO DE AMOR Y RECONOCIMIENTO
A
SAN JUAN BOSCO
QUE,
EN EL AÑO SANTO DE 1950,
COMO FRUTO DE SU ADMIRABLE SISTEMA EDUCATIVO,
REGALÓ AL MUNDO,
EN EL
BEATO DOMINGO SAVIO,
EL EXCELSO DECHADO DE LOS ADOLESCENTES,
ELEVADO POR EL AUGUSTO PONTÍFICE
PÍO XII
AL HONOR DE LOS ALTARES,
MIENTRAS LOS SALESIANOS DE LA ARGENTINA
CELEBRAN EL LXXV ANIVERSARIO
DE LA LLEGADA DE SUS PRIMEROS HIJOS
— APÓSTOLES Y MAESTROS —
A ESTA TIERRA BENDITA DE SUS VISIONES,
SU "SEGUNDA PATRIA"

## EL PORQUÉ DE ESTE TRABAJO

*Esta obra responde a un compromiso.*

*El 6 de enero de 1950, como regalo de Reyes, recibí la noticia de que me habían designado para integrar la delegación salesiana argentina a los festejos de la Beatificación del Siervo de Dios Domingo Savio, en Roma y Turín.*

*Al agradecer al Rdmo. P. Inspector Miguel Raspanti, me permitía expresarle que si el viaje había de reducirse a una especie de simple paseo, prefería renunciar a él, porque mi edad no está ya para trotes. Pero que, si era posible darle carácter de excursión de estudio para algún bien general, iría con gusto. Se aprobó la idea.*

*Este libro es fruto parcial de aquel empeño. En él verá expuesto el lector el camino que fui recorriendo, con un sumario estudio de los lugares más dignos de mención que visité. En este sentido, tiene algo de notas de viajero.*

*Mas mi atención preferente se detuvo en los sitios que, de alguna manera, fueron escenario de sucesos, episodios, evocaciones y prodigios de San Juan Bosco. Y a todos estos sitios de diversas ciudades, especialmente a los de Turín y alrededores —en que se desenvolvió casi toda la existencia y multiforme actuación del Santo—, es a lo que llamo la* Tierra Santa de Don Bosco.

*En mis viajes, he ido rastreando esa tierra bendita o, mejor, a Don Bosco en ella; de allí, el título* Don Bosco en mi camino.

*Creo que ofrezco así una imagen, lo más aproximada*

*posible, de la cuna y primer teatro de la obra salesiana, de modo que los que ya han tenido la suerte de conocerlos* de visu, *al leer estas cuartillas, los evoquen con placer, y los que nó, se los forjen en la mente muy próximos a la realidad.*

*Creo, además, que cumplo así un deber. He viajado y he visto muchas cosas como en nombre de los que me confiaron la dignidad de representarlos. ¿No pueden ellos exigir que les dé razón de mi desempeño? Mis colegas de mandato se habrán expedido ya, y muy airosamente por cierto, en conferencias o conversaciones interesantes. Hágolo yo ahora por medio de estas páginas, que Dios quiera sean del agrado de los mandantes.*

*A la generalidad de los demás lectores he entendido ofrecerles un conocimiento de la personalidad múltiple de San Juan Bosco, de mayor amplitud y novedad que el que tal vez ya posean, a fin de que, de este modo, se acreciente la admiración que le profesan y la confianza que tienen puesta en su celestial valimiento.*

*Y ahora te invito, Lector, a emprender la marcha. Si me honras viniéndote conmigo, me alentarás en la ardua labor, y, por ello, bendígate el Cielo.*

R. M. R.

Bernal, 19 de marzo de 1952.

# CIUDAD DEL VATICANO
# ROMA

5 DE MARZO:

## DE GÉNOVA A ROMA.
## UN NIÑO EN SAN PEDRO

### Caminos de Roma

Por primera vez despierto en Roma.

Casi anochecía ayer cuando nos acercábamos a la Ciudad, augusta por sus casi treinta siglos de historia humana y divina.

Estábamos en la campiña romana, monótona, casi árida en comparación de las tierras onduladas y pintorescas, pródigas en risueños caseríos o aldeas agrupadas a la sombra de viejo campanario, que habían quedado a nuestras espaldas. Volaba nuestro coche por caminos de Roma.

¡Los caminos de Roma! ¡Ah! Quizá por el que llevábamos ahora, habrían pasado las águilas altivas conduciendo centurias y legiones a la conquista del mundo o devolviéndolas a la Urbe, agobiadas de laureles, a entregarse a las embriagueces del triunfo.

Quizá esos pastizales más de una vez habrán desaparecido bajo la gris polvareda que levantaban los carros henchidos de despojos bélicos o las filas interminables de

infelices vencidos que arrastraban los hierros de la esclavitud.

¿Y no marcharían por aquí las hordas bárbaricas dando al aire agudos alaridos y haciendo trepidar la tierra bajo el casco de los bridones indómitos, impacientes por irrumpir en la ciudad y saciar su feroz apetito de orgía y de botín?

¡Y cuántos forasteros, desde los lugares más remotos, habrán llegado por aquí a contemplar la opulencia de la capital famosa! ¡Y cuántos cristianos, a través de tantos siglos, habrán ido hollando esta senda —nó en lujosos vehículos, como nosotros, sino a pie descalzo, con la esclavina del romero y la bolsita de pan duro atada al extremo del bordón de penitente, para ir a postrarse ante la tumba del primer Vicario de Cristo!

¡Oh! ¡Cuánto dicen estas tierras!... ¡Cada palmo de ellas es una página de historia!

## Divina visión

Hubo un instante en que, siquiera en miniatura —digo en miniatura, por lo exiguo de nuestra caravana—, se reprodujo aquel momento magnífico de las Cruzadas, que pintó el Sorrentino en cuatro versos, que son cuatro aleluyas:

Ecco apparir Gerusalem si vede;
Ecco additar Gerusalem si scorge;
Ecco da mille voci unitamente
*¡Gerusalemme!* salutar si sente (1).

Léase *San Pedro* en lugar de *Jerusalén*, sustitúyase *mil por cincuenta*, y Torcuato cantó lo inefable de ayer: En un recodo del sendero, de golpe apareció a distancia

(1) T. Tasso, *La Gerusalemme liberata*, canto III, estrofa 3.



la silueta de la majestuosa cúpula de Miguel Angel; los brazos se extendieron para señalarla; las lenguas, instintivamente al unísono, repitieron: *¡San Pedro!, ¡San Pedro!,* y se agitaron las manos en jubiloso aplauso. Y los espíritus cayeron de rodillas.

En vano los ojos atisbaron clavándose en la línea quebrada que formaban las cosas con el cielo, con la esperanza de captar de nuevo la sagrada visión y saborearla quizá más largamente. Aquello no había sido más que un toque de llamada de que estaba ya cerca el objeto cimero de nuestro viaje, el imán de las mentes y corazones de todos los católicos del universo.

## Los peregrinos

¿Quiénes eran los del clamoreo y los aplausos? Un puñado de viajeros que integraban la Peregrinación Salesiana Argentina. Roma los atraía con las bendiciones de su Año Santo y con las solemnidades de la beatificación de un jovencito: Domingo Savio, alumno de San Juan Bosco.

Habíamos arrancado de Buenos Aires, a bordo de la soberbia nave *Conte Biancamano,* en la noche del 13 de febrero de 1950 y, después de dieciséis días de grata travesía, con breves escalas en Montevideo, Santos, Río de Janeiro, Dakar y Barcelona, rendíamos viaje en Génova la tarde del 1º de marzo.

## Película de maravillas

Nos dirigíamos a Roma. Pero, en el trayecto, no pudimos dejar de admirar, siquiera a escape, algunas de las incontables maravillas de naturaleza, historia, religión, ciencia y arte, de que está colmada Italia, museo vivo y perenne en toda su extensión.

Vimos así a Génova, mercantil y aventurera, madre de marinos y descubridores, protegida por Ntra. Sra. de la Guardia que se asoma a bendecirla desde su venerado Santuario en la cumbre del monte Figoña, con su severa catedral de San Lorenzo, la corona de sus palacios, el cementerio monumental de Stalleno, el barrio fabril de Sampierdarena y muchos, ¡ay!, muchos estragos de la reciente guerra.

Vimos a Rapallo, perla del litoral ligur, con sus palacetes y palmeras. De noche ya, divisamos las titilantes luces de La Spezia, Massa, Carrara, la de los mármoles célebres, y pernoctamos en Viarreggio, en la costa del Tirreno, las instalaciones de cuyo mentado balneario vimos la mañana siguiente al correr de nuestro vehículo.

Paramos en Pisa, cuna de Galileo, sólo el tiempo preciso para visitar su magnífica catedral con el precioso bautisterio adjunto y la famosísima Torre Inclinada con sus ocho pisos rodeados de sendos peristilos.

En Florencia, ¿cómo no saludar a lo menos, la maravillosa fachada de *Santa María del Fiore* con el campanil de Giotto de mármoles policromos, el vetusto Palacio de la Señoría junto a la Lonja de los Lanzi, el Palacio de los Médicis y el Arno venerable con su *Ponte Vecchio,* dejando lo demás para ocasión más oportuna?

En Siena, típicamente medieval, visitamos la catedral de estupenda fachada gótica y pavimento maravillosamente taraceado, el palacio municipal, la Torre de Mangia, la santa casa, hecha oratorio, de Santa Catalina, gloria de la ciudad y patrona de Italia.

De allí, cruzando panoramas encantadores, subiendo alguna vez a alturas nevadas, en marcha a Roma.

¡Cuántas maravillas en pocas horas! Pasaron con la fugacidad de una película; pero el tiempo no ha de borrar tan pronto la impresión que sus bellezas grabaron en nuestras almas.



## Primeras luces romanas

Y ahora despertábamos en la Ciudad Eterna.

Antes que clareara, salí del *Albergo Nuova Italia.* Siguiendo indicaciones y preguntando, llegué a la iglesia de San Hipólito atendida por celosos padres capuchinos. Me asombró la crecida concurrencia de fieles a aquella hora. Celebré, di gracias y volví al albergue.

No mucho después, en el cómodo auto de turismo, en que viajamos desde Génova, partimos hacia el Vaticano.

Ahora sí repetidas veces, destacándose sobre los demás edificios de la Urbe, porque "sovra li altri com' aquila vola" (1), divisamos la gigantesca cúpula de San Pedro, inundada de sol, de doble sol: el sol del día romano primaveral y el sol de la gloria que irradiaba felicidad en nuestros corazones de católicos y de salesianos.

Cruzamos casi con respeto el Tíber de luenga historia, saludamos a la diestra la maciza Mole Adriana o Castillo del Santo Ángel y ya estamos en la espaciosa Vía de la Conciliación. Desde aquí se abarca en sus dimensiones de alto y ancho la célebre Basílica que tantas veces admiramos en fotografías o pinturas. Avanzando unos metros más, la vista se deleita en la columnata de Bernini, conjunto armonioso de 284 columnas y 88 pilastras, que se reparten en el doble pórtico, como dos brazos abiertos para acoger a las multitudes de todo el mundo. Sobre los pórticos, distribuidas a lo largo de extensa orla, se alzan 140 estatuas de santos.

## En la capital del mundo

Al fin nos internamos en la gran plaza, que mide 340 metros de largo y 240 de ancho. En su centro, el afamado Obelisco de Heliópolis, monolito de más de 25 me-

(1) DANTE, Inferno. IV, 96.

tros. Simétricamente, a uno y otro lado de este, dos artísticas fuentes con su airoso penacho de agua que cae pulverizada como tenue velo trasparente sobre las tazas.

Hacia la periferia del vasto hemiciclo, reduciendo su capacidad, están alineados en doble y triple hilera un sinnúmero de automóviles, ómnibus, autos de turismo, de los que nosotros llamamos vulgarmente "bañaderas", y acá "torpedoni", de todos los tipos y de todas las marcas.

Se oye hablar en todos los idiomas; vense indumentarias de toda forma y color; vense lucir sobre el pecho de los que pasan, escarapelas de sus respectivas naciones: estamos en la minúscula Ciudad del Vaticano, Capital del mundo.

Hay efervescencia de colmenar. Las gentes afluyen presurosas hacia las puertas de San Pedro.

—Si desean ustedes un buen sitio para seguir las ceremonias, no deben demorarse— nos aconseja un sacerdote italiano que va también hacia allá.

Obedecemos. Escalamos la extensa gradería. Desde su plataforma puede apreciarse mejor la magnitud del templo: la fachada abarca 117 metros, como una de nuestras cuadras; su altura, es de 50. Sobre la puerta principal, pendiente del balcón superior, luce la rica colgadura con la imagen aún velada del nuevo Beato. De las cinco puertas que dan al atrio, la última de la derecha es la Puerta Santa, que sólo se abre en los Años Santos, como este.

## San Pedro

Cruzamos el pórtico. Penetramos en el templo. La primera impresión es de asombro por las dimensiones —187 metros de largo por 130.50 en el crucero—, la proporción y serenidad de las líneas.

Pero ahora nos interesa ante todo la ubicación. Presentamos la tarjeta. Nos acompañan hasta junto a las tribunas de la izquierda, al principio del crucero. El sitio no es del todo malo. Conseguimos también asiento.



Asegurado el puesto, se pone luego en movimiento la curiosidad. Delante de nosotros está el célebre Altar papal o de la Confesión, bajo el gran dosel barroco de bronce de Bernini, apoyado en esbeltas columnas salomónicas. Debajo de ese altar está la cripta edificada sobre la tumba de San Pedro. Sobre este lugar está la enorme cúpula de 40 metros de diámetro, con la linterna cuyo techo interior está a 119 metros del pavimento. Por la parte exterior, con el remate del globo —en que caben cómodamente 16 personas— y la cruz, sube la cúpula a 139 metros. ¡Qué riqueza de mosaicos finísimos ornamenta la bóveda colosal! Debajo del tambor, cuyos ventanales son focos de luz, el friso ostenta en oro las palabras solemnes con que Cristo instituyó el Papado: *Tu es Petrus et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et tibi dabo claves regni coelorum,* cada una de cuyas letras tiene dos metros de altura.

## Un sueño estrafalario

De allí, los ojos descienden naturalmente a la corpulenta pilastra de la derecha, una de las cuatro que sostienen el dombo gigantesco de Miguel Ángel. Y en la cara que da al centro de la nave, en frente de nosotros mirándola, entre dos robustos pilares, a una altura que calculo de 30 metros, se abre una hornacina que ocupa, profusamente iluminado, ¿sabéis quién? Don Bosco, la estatua de Don Bosco, nuestro Padre, de cuerpo entero, de cuatro metros y ochenta centímetros de alto, obra eximia del gran escultor turinés Pedro Canónica. La inauguró y bendijo solemnemente el 31 de enero de 1936, ante las altas autoridades, el cuerpo plenario de embajadores y más de 20.000 personas, el entonces Cardenal Eugenio Pacelli, Arcipreste de la Basílica Vaticana y Protector de la So-

ciedad Salesiana. ¡Qué satisfacción para un salesiano ver a su santo Fundador en San Pedro, y en ese lugar de privilegio! ¿Y qué diréis si os digo que allí está Don Bosco en el lugar mismo que soñó él en vida? Oídlo: (1).

Todos han oído hablar de los sueños de Don Bosco, que luego narraba él a sus hijos espirituales.

—¡Qué sueño estrafalario el de esta noche!— debió de decirles un día a sus íntimos.

—¿Qué es lo que vió, Don Bosco? ¡Cuéntelo! —exclamaron todos estos, picados en la curiosidad.

—Estaba en San Pedro. Y de repente me encuentro en el gran nicho situado bajo el cornisamento de la nave central en la pilastra de la derecha, a cuyo pie está la estatua de bronce del Príncipe de los Apóstoles y, sobre esta, el mosaico de Pío IX. "¿Cómo pude encaramarme hasta aquí?" pensaba... Y empecé a turbarme. ¡Si alguien me descubriera en este sitio!... Miré en derredor por si había algún medio para descender, y nada. Entonces rompo a llamar y gritar; pero todo inútil: nadie me responde... A tal punto llegó entonces la pesadilla, que desperté. ¿Habéis visto qué extravagancia?

Y sonreía Don Bosco. Los oyentes quedaron pensativos.

¡Extravagancia! Lo cierto es que aquella extravagancia es hoy plena realidad: al pie de la enorme pilastra estoy viendo el antiquísimo bronce de San Pedro, sentado en la cátedra pontifical, revestido hoy de ricos paramentos, como exige la solemnidad, y con el pie gastado por los besos de millones de fieles que, jurando fidelidad a su doctrina, se arrodillaron ante él desde los días medievales. ¡Y cuántas veces allí mismo se postró Don Bosco en sus visitas a Roma! Encima de este monumento, admiro el hermoso y expresivo medallón del angélico Pío IX.

(1) *Memorie Biografiche*, XVII, p. 11; XIX, p. 367.



¡San Pedro y Pío IX, a quienes tanto amó Don Bosco y que, hasta él, abrazaban toda la dinastía inmortal del Pontificado, una de las tres devociones más ardientes de su vida!

Y tal como se vio en sueños, está ahora allá arriba, en la misma pilastra que ellos. Allí lo quiso el mismo Pontífice Pío XI. El arte puso a su lado los dos niños, que personifican lo que fue corazón de su existencia: la niñez, la juventud. Con la izquierda abraza, pues, simbólicamente a la juventud, que será humanidad madura de mañana, y, mientras les señala con la diestra el altar de la Confesión y la tumba milenaria de San Pedro, parece decirles: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia:* donde está Pedro, el Papa, allí está la Iglesia; allí están la paz, el amor, la dicha indefectibles, porque con la Iglesia está Dios. Y, en nombre de las juventudes, parece que juran fidelidad los dos: Domingo Savio, el discípulo predilecto a quien hoy la Iglesia glorifica, y, haciendo vibrar nuestro orgullo de argentinos, el niño compatriota, el indiecito Ceferino Namuncurá, dechado de virtudes, que es allí quizá una promesa, quizá un augurio de que no está lejano el día en que sea él lo que dentro de breves instantes será su angelical compañero.

Dentro de breves instantes, sí. Don Bosco, desde su altura, ha ido presenciando con fruición el incesante afluir de esa marea humana con notas de todos los puntos cardinales del globo, en número tan crecido que desbordan ya naves, cruceros y tribunas. No hay más espacio libre que el pasillo central, defendido por barreras, destinado a la comitiva de dignatarios de la ceremonia.

## Expectación

La ceremonia debía iniciarse a las 10. Puntualmente, aparece el cortejo solemne del Cabildo Vaticano, precediendo a los ministros de la misa pontifical y a los eminentísimos cardenales Clemente Mícara, Benito Aloisi Masella,

Alejandro Verde, Nicolás Canali, Adeodato Piazza, Federico Tedeschini, seguidos del numeroso cuerpo de consultores, prelados y oficiales de la Sagrada Congregación de Ritos. Más de treinta arzobispos y obispos habían ocupado ya sus puestos en el ábside.

En las tribunas se habían instalado las supremas autoridades de la Sociedad Salesiana y de las Hijas de María Auxiliadora, altas personalidades eclesiásticas y civiles, cuerpo diplomático, parlamentarios italianos —muchos de ellos exalumnos de Don Bosco—, representaciones de las Órdenes y Congregaciones religiosas, etc. En sitio destacado, el joven Albano Sabatino, que había sido agraciado con uno de los dos milagros aprobados para la beatificación y reproducidos en los dos grandes lienzos que contemplaba el público.

Estando ya todos en su sitio, se ejecuta estrictamente cuanto para la circunstancia prescribe el Ceremonial. Para decirlo en breves palabras, el Postulador de la Causa Rdmo. P. Francisco Tomasetti se adelanta hacia el Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, Emmo. Card. Clemente Micara y le entrega el Breve de Su Santidad rogándole quiera ordenar su lectura. Obtenido el beneplácito, el Postulador se dirige al Emmo. Card. Tedeschini a fin de que, como Arcipreste de San Pedro, permita que la Carta Apostólica se lea en la Basílica. Con esta autorización, el Secretario del Capítulo Vaticano, desde un púlpito, da comienzo a la lectura del documento redactado en latín.

## El primer confesor laico adolescente entre los Beatos

En profundo silencio se escucha la palabra de Su Santidad. Expresa como Italia, a la cual dieron lustre singular jóvenes como San Luis de Gonzaga y San Gabriel de la Dolorosa, recibe hoy "nueva honra de parte de un querido y dulce niño, Domingo Savio", a quien ha determinado inscribir en el número de los Beatos. Y se complace en hacerlo "para que en estos aciagos tiempos en que indecible quebranto amenaza todos los días la virtud y fe de los jóvenes, tengan estos un luminoso dechado, cuya vista y cotejo los mueva a imitar su conducta". Y luego, apropiándose el concepto ya expresado por su predecesor Pío XI en el discurso de la heroicidad de las virtudes de Domingo, afirma: "La vida de este singular adolescente, vida tan breve de quince años y tan madura ya, siquiera apenas iniciada, se encierra enteramente en estas tres palabras: pureza, piedad, celo".



Teje, a continuación, un fervoroso panegírico de Domingo, colmándolo a cada paso de soberanos y cariñosos elogios. Para el Papa, el nuevo Beato es "óptimo pequeñuelo", "niño por la edad, pero anciano de extraordinaria sensatez en el espíritu", "niño ejemplarísimo que parecía haber nacido más para el cielo que para la tierra", "de ardor (en el celo) y perspicacia superiores a sus tiernos años", "amabilísimo y jovial niño", "que amaba entrañablemente a la Santísima Virgen", "que arribó al ápice de la santidad", "que voló al cielo como ángel que va a vivir con los ángeles", "florecilla de íntegra hermosura trasplantada a los siempre amenos jardines del Paraíso". ¿Qué expresiones más tiernas y delicadas que estas? Y concluye el Padre Santo concediendo que en adelante a ese primer "adolescente laico" se le dé el título de Beato, se veneren sus reliquias y se recite su oficio y celebren su misa y fiesta en Turín y en Asti (diócesis de su nacimiento y de su muerte, respectivamente) y en todas las iglesias salesianas del mundo.

## Post hoc, paradisus!

Descórrese en seguida el velo que ocultaba el centro del estrellón de Bernini, y aparece a la vista de la muchedumbre la simpática figura del dulce jovencito de Valdoco,

del primer "confesor adolescente laico" elevado al supremo honor de los altares.

Es un momento de emoción indescriptible. Pónense todos de pie y las manos rompen el augusto silencio con largo aplauso fragoroso, que se repite después del grandioso tedeum entonado por la Capilla Julia a las órdenes del maestro Antonelli, mientras este entusiasmo halla eco fiel en la multitud aglomerada en la plaza, que en esos momentos ve descubrirse la imagen del Beato en el tapiz que cuelga en el centro de la fachada de San Pedro.

Sigue la solemne Misa Pontifical, en que la pompa de la liturgia romana realzada por la maravillosa música de Palestrina, arroba de tal modo las almas que uno debe exclamar como aquel milord protestante —luego fervoroso convertido, sacerdote y obispo— que hace casi un siglo, asistía al lado de Don Bosco a un acto similar:

—*Post hoc, paradisus!* ¡Después de esto, el cielo! (1).

El acto concluye después de mediodía. De prisa, a almorzar, pues falta el segundo acto. La presencia del Papa multiplicará la concurrencia. Hay que madrugar.

## No hay billetes que valgan

Por la tarde debía completarse la ceremonia matutina con la bajada ritual del Padre Santo a San Pedro para venerar públicamente al reciente Beato.

Dos horas antes de la fijada, estaba la Basílica tan llena que debieron cerrarse las puertas. "Desde fuera —escribió *L'Osservatore Romano*— siguió el sagrado rito tanta cantidad de público como el que estuvo dentro". Los de dentro se calcularon en más de 60.000. ¡Cómo habrán sentido los de fuera su imprevisión! Y buena parte de ellos tenían el correspondiente billete de entrada.

Mi compañero y yo también lo teníamos y confiábamos mucho en él. No obstante, aunque logramos entrar antes que se cerrara el acceso, a duras penas atravesamos el vestíbulo y llegamos a la nave central. ¿Llegar al sector señalado en la tarjeta? Ni por pienso. Todos pugnaban por situarse lo mejor posible; muchos, por llegar a las barreras del pasillo para ver más de cerca al Papa cuando pasara.

(1) *Memorie Biografiche di S. Giovanni Bosco*, V, 900.



Hubo un instante en que perdí de vista a mi compañero, y no volví a encontrarlo sino fuera. Opté por retroceder a una de las naves laterales, por donde, con menos bregar, conseguí avanzar hasta el crucero.

El espectáculo es grandioso, pocas veces igualado. Las tribunas desbordan. Se ven príncipes reales, parientes de Su Santidad, embajadores, ministros y encargados de negocios de más de treinta naciones, dignatarios del Vaticano, prelados, superiores de órdenes religiosas, caballeros de las órdenes militares y del Santo Sepulcro con sus brillantes uniformes, académicos, senadores, diputados, etc. Alcanzo a ver a nuestro embajador ante la Santa Sede. En una tribuna reservada, están los Superiores de la Sociedad Salesiana y del Instituto de María Auxiliadora. En los escaños del ábside, delante del altar de la Cátedra, aguardan más de cincuenta arzobispos y obispos.

## Est Deus in nobis!

Eran las 5.30 cuando, precedido de luciente cortejo, apareció la noble figura del Papa sentado en la silla gestatoria. Comenzó una serie ininterrumpida de estruendosos aplausos y vivas durante todo el trayecto. A ellos respondía Pío XII sembrando bendiciones y sonrisas paternas a uno y otro lado. Lo seguían doce eminentísimos cardenales envueltos en el esplendor de la púrpura.

Llegados a vista del altar de la Cátedra, descendió el Pontífice y fue a arrodillarse en su reclinatorio. ¡El

Cristo de la tierra, de hinojos ante la imagen del más joven de los confesores!

Siguieron la Bendición Eucarística y el ofrecimiento ritual de reliquias y dones por el Rdmo. Rector Mayor al Padre Santo. Después se retiró este, bendiciendo de continuo entre las renovadas manifestaciones entusiastas de la muchedumbre. Al llegar al término del pasillo, el Papa, antes de desaparecer hacia la capilla de la Piedad, mandó detener la silla y volverla de cara al altar de la Confesión, como para contemplar otra vez a la multitud. Púsose entonces de pie, abrió en toda su extensión los brazos como para estrechar entre ellos a la inmensa multitud de hijos que lo aclamaban, miró a lo alto, juntó las manos y, alzando la diestra, dio por última vez la trina bendición. En esa actitud, digna del mármol, la visión blanca fue fascinadora como nunca; parecía en realidad, el Dios entre los hombres. Y en ese momento, el entusiasmo se trocó en delirio.

## Otro milagro del niño Beato

¡Lo que costó salir de la Basílica! Había corrido la voz de que el Papa subiría al balcón de la fachada para bendecir a los fieles que no habían podido entrar. Tal vez el deseo de no perder ese nuevo espectáculo desde puntos estratégicos, hizo que, en la prisa por ir a conquistarlos, se arremolinaran y empujaran unos a otros, entorpeciendo la salida. Debieron intervenir con toda energía los fornidos gendarmes que lograron amenguar algo la terrible presión.

Alguien dijo que fue otro milagro del Beato Domingo el que ninguno esa tarde haya sido aplastado por la violencia de aquel alud arrollador.

Dicen que en esos feroces apretujones se encontró una viejecita. ¿Podía extrañarse de que algún vecino le pisara un callo? Pues, lanzó ella un chillido y, barbullando, exclamó: *"Questi ragazzacci! E poi li mettono sugli altari!"*, como quien dice en romance: ¡Al diantre con estos granujas! ¡Y luego, a los altares, para que les recemos!



## Interludio en la Plaza

Logro, por fin salir al aire libre. Pero ¡qué aspecto de grandiosidad brinda la Plaza! Negrea todo de cabezas. En el ambiente flota el fervor de impaciencia por contemplar al Vicario de Cristo, siquiera un momento. Los ojos, con ansia de sorprenderlo, se fijan en la lonja de las bendiciones.

En esto, por casualidad, a pocos pasos de mí, diviso a dos de mis compañeros de travesía: un sacerdote y un joven estudiante. Me acerco. Aquel le está refiriendo a este un gracioso episodio de que fue protagonista Don Bosco en el centro de aquel mismo balcón.

Como Pío XII sin duda no se presentará hasta que la multitud haya evacuado el templo, me dará tiempo para recoger el relato.

## Un prisionero del Papa

Fue en 1858. Era la primera vez que Don Bosco iba a Roma. Pío IX lo había recibido ya en audiencia. Desde el primer instante aquellas dos almas se comprendieron y se amaron. Ordenó el Pontífice que se le abriesen al sacerdote turinés todas las puertas en la ciudad, en las bibliotecas, en los archivos, en los museos, en las catacumbas, en todas partes: para él no debía haber secreto alguno.

Llegó la Semana Santa, y Don Bosco recibió, en nombre del Padre Santo, una invitación para asistir a todas las funciones. Por cierto que no se hizo de rogar el Siervo de Dios. ¡Y cuánto gozó en aquellos sagrados días!

El Cardenal Marini, que en las funciones asistía al

Papa como diácomo de honor, propuso a Don Bosco, a quien quería mucho, que lo acompañara como ayudante. ¡Qué más quería el Santo si tendría así ocasión de estar muy cerca de Su Santidad!

En ese cargo lo encontró el 4 de abril, día de Pascua, en que, como de costumbre, impartiría el Papa *urbi et orbi* la bendición apostólica. Después de la gran Misa Pontifical, mientras Pío IX veneraba las reliquias insignes expuestas, el cortejo papal subió a la lonja. Al llegar aquí, el cardenal Marini invitó a un Obispo y a Don Bosco, que iba a su lado, a asomarse al balcón engalanado con precioso tapiz, diciéndoles:

—Contemplen ese espectáculo—. Se refería al de la muchedumbre de más de 200.000 almas que henchían la plaza, las calles adyacentes y los techos y ventanas de los edificios de la periferia.

Aquello, en verdad, era estupendo. Don Bosco quedó tan absorto en la contemplación que no se percató de que un instante después el Purpurado y el Obispo se habían retraído. Sólo al rumor creciente de pasos, se volvió a la izquierda y vio una vara apoyada en el antepecho; volvióse a la derecha, y vio otra vara. ¡Ay! Eran las varas de la silla gestatoria. Don Bosco estaba prisionero. No podía salir de allí porque contra las andas a uno y otro lado se apretaban cardenales, obispos y personal del séquito. ¡Y estaba dando las espaldas al Papa! ¡Lo ridículo que parecería desde abajo! No atinó a otra cosa mejor que a volverse de lado. Sintió entonces que en su hombro se apoyaba el pie del Padre Santo. Cuando este se levantó para impartir la bendición, Don Bosco, para recibirla, haciendo un esfuerzo, se agachó y arrodilló casi debajo de las andas. Luego, viendo que el suelo estaba sembrado de flores, se puso a recoger algunas. Al levantarse, la silla había desaparecido, pero la multitud proseguía aplaudiendo y vitoreando, doblaban las campanas de la ciudad



echadas a vuelo, llenaban el aire de notas jubilosas las bandas militares y tronaban los cañones del Castillo del Santo Ángel.

—¿Qué es lo que hacía usted, Don Bosco, allá arriba en el balcón de las bendiciones?— le decían poco después unos amigos piamonteses que lo habían reconocido en aquella su desairada postura. Y él, sonriendo, abría su libro y les mostraba las flores que había recogido y que conservó siempre para recuerdo de aquel día.

¿Terminó aquí la cosa? Nó, señor. Al cabo de dos días, Pío IX recibía nuevamente a Don Bosco. No bien lo tuvo delante, con semblante serio le dijo:

—Don Bosco, ¿adónde fue a meterse usted el día de Pascua en el momento preciso de la solemne bendición papal? ¡Nada menos que delante del Papa, y dándole las espaldas! ¡Y teniendo luego el hombro bajo su pie, como si el Pontífice necesitara que Don Bosco lo sostuviese!

—Padre Santo —respondió humildemente el interpelado—, creed que fue pura inadvertencia; ruégoos me perdonéis, si os he ofendido.

—¡Cómo! ¿Me desaira usted aún, dudando si me ha ofendido?

A Don Bosco le pareció que Pío IX no hablaba en serio; nada le reprochaba la conciencia. Alzó los ojos, y hubo de serenarse al descubrir como un asomo de sonrisa fuertemente reprimida en el rostro de Pío IX, quien así continuó:

—¿Y cómo se le ocurrió a usted ponerse luego a juntar flores en tan grave momento? Fue preciso que el Papa recurriera a toda su seriedad para no soltar la risa.

Y ahora sí Pío IX sonreía francamente, y, como si nada hubiese ocurrido, con amabilidad más que de padre, empezó a discurrir con Don Bosco sobre las reglas de su Instituto (1).

---

(1) *Mem. Biogr.*, V, p. 902-906.

## Finezas del Padre Común

El episodio había terminado. Un momento después asomaba la silla gestatoria de Pío XII. Con la velocidad de la luz, pensé que Don Bosco de nuevo estaba allí, siquiera invisiblemente, para presenciar la glorificación del alumno querido que sonreía desde la colgadura y comprobar lo bien que sus hijos aglomerados allá abajo habían asimilado la veneración y amor al Vicario de Cristo que les había dejado en herencia.

En ese instante, Pío XII ocupaba el centro del balcón. Aclamaciones ensordecedoras lo saludaron, y se repitieron con mayor vehemencia después del intervalo de profundo silencio con que se recibió la bendición augusta.

Se ocultó la amada visión. La muchedumbre comenzó a disgregarse. De pronto una voz, luego diez, ciento, mil, exclaman:

—¡El Papa! ¡El Papa!

Se había iluminado la penúltima ventana de la derecha en el piso superior de los Palacios Apostólicos. Allá están las habitaciones privadas del Pontífice. La ventana se abrió, y se asomaba él, contemplando una vez más a la turba inmensa de sus hijos y la saludaba con un gesto de amor y bendición.

La fineza del Padre Común fue correspondida con una ovación fragorosa.

## Reflexiones

Fuimos en busca de nuestro vehículo. Un grupo, detrás de nosotros, comentaba:

—¡Con cuánta verdad ha afirmado la Radio Vaticana: "La Basílica y su Plaza han sido hoy una inmensa fiesta salesiana"!

—Yo no salgo de mi asombro —añadía otro— al considerar que un niño de quince años no cumplidos ha puesto



en movimiento este complicado engranaje de actos colosales.

—Tiene usted razón —afirmaba el primero—. Y ha dado que hablar a todo el mundo.

—Dicen —intervino otra voz— que no se recuerda que otra beatificación haya congregado tanta gente.

—Pásmame a mí que una criatura haya interesado a personajes tan encumbrados como los que acabamos de ver en San Pedro, empezando por el Sumo Pontífice.

—Es que ese niño es un gigante; pertenece a la constelación de los héroes de la santidad, que son los más eminentes de los héroes.

No pude escuchar más, porque debí mudar de dirección; pero dije para mí: "La gloria del hijo es gloria del padre".

Al fin llegué al coche, más allá del pórtico de Bernini en la Vía de la Puerta Angélica. Allí encontré al compañero que se me había perdido en San Pedro. Parece que él allá adentro había sido más afortunado que yo.

## Por los frutos se conoce el árbol

Por la noche, al echarme en la cama, a pesar del cansancio extremo que sentía y quizá por él mismo, pero más por las muchas y vivas emociones del día que me bullían por dentro, tardé en dormirme. La loca de casa, con ayuda de la memoria, labró entonces en mi espíritu lo que no sé si fue sueño o capricho fantástico.

Me pareció que había regresado a San Pedro, en la penumbra del atardecer. Me pareció que en la solemnidad de su silencio vibraba aún el eco de las aclamaciones con que las últimas muchedumbres se alejaban de la histórica Plaza. De pronto la Basílica se inunda de esplendor. Percibo tal bullicio en la parte superior de la nave central que apunté allá con los ojos y presencié una escena singular,

Las estatuas de los santos fundadores de órdenes y congregaciones religiosas, refugiadas en los altos nichos de las pilastras que dividen las arcadas, cobran movimiento y cual si fueran de carne y hueso, abandonan sus sitios en dirección a la primera hornacina de la derecha, donde la luz es más intensa, donde el santo Fundador de los salesianos conversa, radiante de gozo, con los dos jovencitos que le hacen compañía.

—¡Don Bosco! —exclama uno de los fundadores, que se me figuró sería San Felipe Neri, tan querido del de Valdoco—. En nombre de todo el gremio, me permito daros la enhorabuena por el triunfo inusitado que acabáis de obtener en este día inolvidable.

—¡Oh, nó, nó! —protestó aquel—. Nada tengo yo que ver en eso. El triunfo es de este niño, mi angélico Domingo Savio. Dirigidle a él el ganado parabién.

—¡Nó, nó! —repuso a su vez el jovencito, encantador con el brillo de la aureola flamante—. Después de Dios y de su Madre Santísima, todo se le debe, en verdad, a este mi dulcísimo maestro.

—¿Todo? ¿Olvidas, Domingo, la parte principal que corresponde a tus cristianos padres? Sé justo —corrigió Don Bosco—.

—Es verdad —asintió el Beato—: ellos echaron los cimientos de mi santidad; pero ¿qué hubiera sido de mí sin Vos? ¡Cuántos otros párvulos tuvieron, como yo, óptimos padres, y los pobrecitos se perdieron por no haber encontrado en su camino el maestro y el guía que a mí me cupo en suerte encontrar! Vos me habéis guiado hasta la cima. ¡Vuestra es, pues, la gloria!

—La razón le asiste al niño —intervino otro de los bienaventurados—; por eso hemos venido a felicitaros y a proclamar la excelencia y positiva eficacia de la educación que vos habéis practicado. Vuestra educación es el árbol prócer que ha brindado a Dios y al mundo este fruto de excelsa perfección.



—Conviene que repareis, santos insignes, que [illegible] único su fruto —observó Domingo—. Para referirme [illegible] a los de mi edad, debéis saber que hay muchos, igualmente maduros y sabrosos, y acaso más aún: santos fueron los niños Francisco Besucco, Miguel Magone, Camilo Gavio, Gabriel Fassio, Juan Massaglia, tantos otros compañeros míos, enriquecidos por Dios de altísimos carismas de contemplación, de éxtasis, de penetración de los espíritus, de profecía... Vergeles de rosas y azucenas fueron después en todas partes los colegios de mi Don Bosco. Sólo en Europa, ¿quién no ha oído contar las proezas cristianas de los jovencitos Tulio Franceschi, Santiago Maffei, Luciano Deán, Renato Sclarandi, Pedro Perkumas, Luis Pistoni y muchos más, dignos de ser presentados como ejemplos sin tacha a las juventudes de estos días?... ¿Y no veis a este? — y señalaba a su compañero arrebujado en una piel de guanaco.

—Sí, lo vemos; mas no lo conocemos.

—Pues es un jovencito aborigen de las tierras argentinas del Neuquén. Allá lo recogieron los salesianos, lo bautizaron y, con la educación de Don Bosco, lo elevaron a las cumbres de la perfección, que muchos esperan ver pronto reconocida por la santa Iglesia. Llámase Ceferino Namuncurá; le dicen el lirio de las pampas...

—Todo es gracia de Dios, por conducto de Don Bosco. Y yo tampoco estoy solo —apuntó aquí el araucano—. Hay en mis tierras de América otras flores de virtud del mismo vergel. ¿Quién no celebra allá a Luis Testa y a Miguel Castro, de los más antiguos; a Mottogeeba y a Jorge Irisarri, entre los más recientes? Y en mis tierras de Arauco ¿no esparce fragancia de cielo la jovencita Laura Vicuña, que, dócil a las enseñanzas de las Hijas de María Auxiliadora, que es decir de Don Bosco, sin conocer a la gran santita romana, la gloriosa Mártir María Goretti, practicó sus virtudes y, como ella, defendió la pureza hasta la muerte?

—Mirad, Don Bosco —interviene aquí otro de los santos Fundadores— que el Decreto "de Tuto" que la Santidad del Papa Pío XII ordenó promulgar el 12 de enero de 1950, se inicia con esta solemne afirmación: "La suma bondad del sistema pedagógico de San Juan Bosco se colige evidentemente de los frutos que ha recogido y continúa recogiendo en todas las partes del mundo la Institución por él fundada. San Juan, sabio y prudente, encendido en ardiente amor a Dios y al prójimo, en especial a los jóvenes, después de escudriñar con mirada sobrenatural el temperamento de cada uno, los enderezó a vivir cristianamente y hasta, a algunos de ellos, en lapso brevísimo, los encumbró al ápice de la perfección. Entre estos últimos, se destacó el venerable Domingo Savio, que, en el espacio de sólo tres años, siendo simple adolescente, con la docilidad a sus enseñanzas y a su dirección, alcanzó el heroísmo de las virtudes".

—Palabras de tanta autoridad —concluye otro— abonan lo que estos adolescentes han dicho en confirmación de lo que antes aseverábamos nosotros: la excepcional bondad de vuestro sistema educativo.

—En todo caso —insistió Don Bosco, que no daba su brazo a torcer—, el sistema no es mío; es de María Auxiliadora, que se dignó enseñármelo y dictarme sus normas.

—¡Siempre gloria a vos, que, dócil a la soberana Maestra, supisteis aplicarlas sabiamente hasta cosechar el triunfo inefable de este día!

—Yo no he sido más que un pobre instrumento —concluyó Don Bosco—. Reconoced que todo ha venido de lo alto, y cantad conmigo: *¡Soli Deo, honor et gloria!* ¡A Dios solo, la honra y la gloria!

Y me pareció escuchar entonces un coro prodigioso, que, en sublime polifonía, entonaba el loor a Dios, que rebasando los ámbitos de la secular Basílica, después de



repercutir en los extremos lindes de la tierra y en las estrellas más remotas, ascendía poderoso hasta postrarse humilde ante el trono de la Divinidad.

En esto, embelesado yo con las maravillas que creía ver y oír, debí de haberme quedado al fin plácidamente dormido en la habitación del *Albergo Nuova Italia*.

SEMINARIO SALESIANO GODELLETA (Valencia)

6 DE MARZO:

## SAN LORENZO EXTRAMUROS. CATACUMBAS DE SAN CALIXTO. EL COLISEO. CAMPO VERANO

### Barbarie y piedad: San Lorenzo

Muy de madrugada, en compañía del R. P. Juan F. Kenny, salgo del hotel hacia la basílica de San Lorenzo Extramuros. Es una de las cinco iglesias patriarcales, cuyo titular es el mismo Sumo Pontífice, y una de las siete que en Roma no dejaban de visitar los peregrinos.

Al cuarto de hora de andar a pie, nos vemos frente al venerable templo, del cual se habló tanto en 1949, hacia el final de la última guerra, por el insensato bombardeo a que lo sometieron algunos de los mismos aliados. Quedó destruído en gran parte. Casi inmediatamente, sin que nadie lo esperara, estaba allí el Padre Santo Pío XII enterándose de los daños personales ocurridos en la barriada, distribuyendo el socorro que en la prisa había podido reunir y midiendo la magnitud del desastre que había envuelto a la Basílica.

Fue un rasgo de exquisita piedad que ya el mármol ha perpetuado con el nombre de Pío XII, como de padre y salvador de Roma: se lee junto a la entrada del templo.

### La Basílica

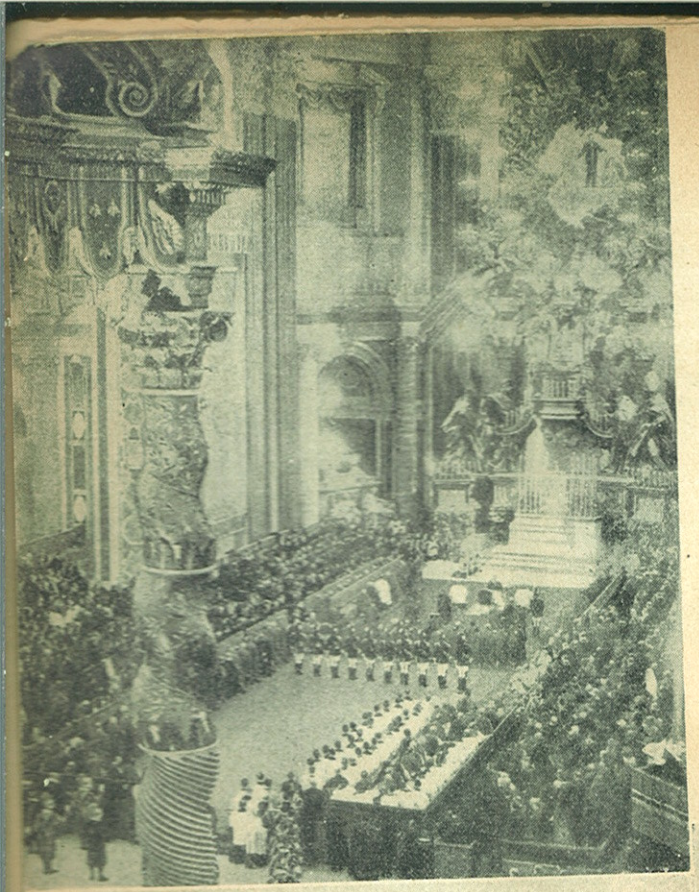
En seguida empezaron los trabajos de reconstrucción, de modo que la contemplamos casi como antes del bombardeo.



Basílica de
San Pedro.



Estatua de
San Juan Bosco
en San Pedro.



Roma:
Altar de la Cátedra: S. S. Pío XII venera al nuevo Beato Domingo Savio.

Roma:
Basílica de San Lorenzo Extramuros y Campo Verano.





Un bello pórtico de seis columnas con arquitrabe revestido de mosaicos, sostiene un tejadillo inclinado. Sobre la parte central de este, se destacan, como una corona, las paredes de la nave mayor. A la derecha, se yergue un bello campanario románico del siglo XIII. Junto a este, el convento de Padres Capuchinos, a quienes está confiada la custodia del sagrado edificio.

Avanzamos hasta el atrio. Sus paredes lucen con ricos mosaicos. A uno y otro lado de la puerta principal, sarcófagos antiguos.

Al penetrar en el sagrado recinto y dar una ojeada al conjunto, notamos algo singular. Es que hubo allí primitivamente dos iglesias sobre la tumba del glorioso mártir San Lorenzo, que, al fundirse en una, no desaparecieron completamente: hay vestigios de una y otra.

Las naves son tres, con bello arco triunfal. Allá está el trono del Pontífice. Llaman la atención los dos hermosos y vetustos ambones de mármol. Los muros están decorados con frescos. En la nave de la izquierda, hacia el fondo, una escalera de mármol conduce a una capilla y a las catacumbas de Santa Ciríaca.

Tuve la suerte de celebrar esa mañana junto al sepulcro del ínclito Mártir español.

## El Prisionero del Vaticano

Después de misa, recorrimos el ábside actual, esmaltado de preciosos mosaicos. Grata sorpresa nos produjo descubrir en el centro, como saliendo de un nicho, la tumba de Pío IX, sencilla como él la quiso, rodeada de artística baranda de hierro. Afortunadamente, no llegó a este rincón el brutal zarpazo de la guerra. En el sarcófago se lee este epitafio que se compuso el mismo angélico Papa: "Ossa et cineres/ Pii P. IX/ Sum. Pont./ Vixit ann. LXXXV/ in Pontificatu ann. XXXI/ Orate pro eo", que reza en español: "Huesos y cenizas del Sumo Pon-

tífice Pío IX. Vivió 85 años; 31 en el Pontificado. Rogad por él."

Nos arrodillamos y rezamos: fue el gran protector, padre y amigo de Don Bosco.

—¡Cuánto le debemos! —exclama mi compañero.

—Casi podemos llamarlo nuestro Confundador —agrego yo—. ¿Y cómo está aquí esta tumba? —le pregunto al buen Padre Capuchino, que nos acompaña y que se nos ha presentado como exalumno salesiano, no recuerdo ahora de qué colegio de Italia.

—Porque el mismo Pío IX así lo dejó dispuesto.

—¿Y por qué habrá elegido este lugar, en vez de San Pedro, máxime cuando él, después de la ocupación de Roma, no quiso abandonar el Vaticano?

—Es que amaba mucho esta Iglesia, en cuya completa restauración se había empeñado sobre manera. Muchas dificultades surgieron para llevar a ejecución la postrera voluntad del augusto Pontífice: se temió que el traslado de los restos diera lugar a desmanes de la chusma azuzada por las sectas. Sólo al cabo de tres años, el 13 de julio de 1881, en horas de la noche, casi en forma clandestina, llegaron aquí estas benditas reliquias.

—Le agradezco estas noticias, Padre. En retorno, me voy a permitir darle yo una, no muy conocida y que quizá le interesará no poco.

—¿Sobre Pío IX? Lo oiré con sumo agrado.

—Sobre cómo y por qué tomó la resolución de no alejarse del Vaticano, a que aludí hace un momento.

—Es cosa nueva para mí. Cuente, Padre.

—Pues, en setiembre de 1870, dos o tres días después que el ejército del Piamonte hubo ocupado a Roma, varios de los más destacados funcionarios de la Corte Pontificia expresaron al Papa la conveniencia de que se alejara de aquí, y de que pidiese a algún estado católico amigo un hospedaje en que pudiese actuar libremente. Pío IX oía



y daba razones en contra; pero titubeaba. Sin embargo, por prudencia, ordenó que todo estuviese listo para marchar en cualquier momento. No bastó esto: los otros tornaron a insistir. ¿Sabe usted lo que dijo entonces Pío IX? "Esperemos la respuesta de Don Bosco". Había, en efecto, enviado a alguien para consultar al Siervo de Dios, asegurándole que habría seguido su consejo a pie juntillas.

—¿Y qué contestó Don Bosco?

—Después de haber rezado mucho, envió por conducto seguro, la ansiada respuesta, que era del tenor siguiente: "El Centinela, el Ángel de Israel no se mueva de su puesto y guarde la Roca de Dios y el Arca Santa".

—¡Magnífica respuesta, concisa y enérgica como el mandato de un vidente!

—Pío IX leyó, y no tuvo ya perplejidad alguna: fue el augusto Prisionero del Vaticano. (1).

—Y como él, los sucesores.

—Hasta Pío XI, que, con el Tratado de Letrán, puso término feliz al glorioso cautiverio.

—Ignoraba enteramente esta parte principal que cupo a Don Bosco en aquella determinación pontificia de tanta gravedad. Es un episodio bien interesante, por cierto, para la Historia de la Iglesia.

No nos entretuvimos más porque nos esperaban en el hotel. El P. Capuchino nos acompañó hasta la puerta. Al manifestarle que nos agradaría visitar el cementerio de Campo Verano, que está junto al convento, nos dijo:

—Cuando gusten. Pero, si vienen de noche, podrán presenciar un espectáculo curioso.

—¿Podrá, entonces, ser esta noche? —inquirimos.

—Bien. Esta noche los esperaré. Hasta luego.

—Hasta luego, y mil gracias, Padre.

En comentarios se nos fue el trayecto.

---

(1) *M. B.*, IX, 923.

### ¡Vida, vida, vida!

A eso de las nueve y media, en el consabido coche, marchamos los romeros hacia San Pedro. Allá —como en la sala más vasta del mundo, que alguien dijo— la bondad del Papa Pío XII recibirá en audiencia a la porción de la numerosa familia salesiana que ha venido a Roma.

La audiencia está fijada para las doce y media; pero a las diez, la enorme nave central y el espacioso crucero desbordan de juventud. Abréviase el tiempo de la espera con los cánticos piadosos que corean entusiastas los 30.000 concurrentes.

Las ardorosas manifestaciones de adhesión y cariño filial del día anterior se repitieron sin tregua desde el primer aparecer del Padre Santo, incansable en saludar, sonreír y bendecir a la multitud.

Con recogida devoción escuchamos el elogio que el Pontífice tributó al nuevo bienaventurado y la viva exhortación a imitar su pureza y piedad angelicales.

Como asistían también varios grupos reducidos de peregrinos extranjeros, les dirigió sendos discursitos en su respectiva lengua. De este modo, además de los italianos, lo escucharon franceses, ingleses, hispanoamericanos, alemanes y portugueses. Todos admiraron una vez más al gran Papa, que a tantas eminentes cualidades añade la de ser un admirable poliglota, lo que tanto concuerda con su carácter de padre espiritual de todas las gentes.

Concédale Dios superabundantemente esa *¡Vida, vida, vida!* que tan entusiasta y reiteradamente le han deseado las juventudes de Don Bosco.

### En la "regina viárum"

¡Cuántas emociones por la tarde, en presencia de venerandos monumentos de antigüedad, de historia y de fe!



Vamos caminando por la célebre Vía Apia, construida tres siglos antes de la era cristiana. Es la "regina viárum", reina de las vías o caminos, que se extiende hasta Brindis, al sur de la Península, y que, en buen trecho, se ve flanqueada por tumbas o monumentos más o menos conservados.

Entramos en la iglesita de *Quo vadis?* Allí —dice la tradición— se encontró San Pedro, que, por miedo al martirio, iba huyendo de Roma, con el Divino Maestro cargado con la cruz. *"Quo vadis?* ¿Adónde vas, Señor?" le preguntó el Apóstol, "A Roma, Pedro" —le contestó Jesús—, "a ser de nuevo crucificado". Y Pedro comprendió, y volvió a la ciudad para morir en la cruz, cabeza abajo, pues no se reputó digno de morir como el Maestro.

### Donde los héroes de la fe descansan

Poco después estamos en las Catacumbas de San Calixto. Han sido entregadas por el Papa Pío XI a la custodia de salesianos especialmente versados en arqueología cristiana e historia eclesiástica. Son los guías de los visitantes; los hay para los diversos idiomas.

Uno de ellos, que habla español, nos acompaña.

¡Qué impresión en aquellas sagradas y estrechas galerías! ¡Ver aquellas tumbas gloriosas: de Santa Cecilia (1), de San Tarsicio, de San Sixto con el epitafio en verso de San Dámaso, de San Eusebio y de tantos otros, al tenue resplandor de una candelilla! ¡Aquellos nichos! ¡Aquellos epitafios y fragmentos de pinturas y mármoles labrados, la primera iconografía cristiana!

¡Qué emoción, ir descendiendo de un piso a otro y otro inferior, por pasillos angostos y oscuros, respirando aire de santidad y de martirio, tocando tierra consagrada

(1) Su cuerpo ha sido trasladado a la basílica de su nombre más allá del Tíber.

por la presencia y el contacto de los héroes de la fe! ¡Cómo renacen en mi memoria las escenas que de niño leí en la *Fabíola* del cardenal Wiseman y después en las *Actas de los Mártires!* ¡Cuánta historia refulgente de la Iglesia primitiva en aquellos sombríos subterráneos!

En 1858, cuando Don Bosco visitó estas catacumbas, lo acompañó Juan Bautista de Rossi, príncipe de los arqueólogos cristianos. Narraba después a sus hijos de Turín las hondas impresiones recibidas en tan piadosa visita.

## Un Credo en la majestad de las ruinas: el Coliseo

El ómnibus nos traslada ahora a otro monumento célebre de Roma y, más aún, de la Iglesia: el Coliseo o Anfiteatro de Flavio.

Es aún —en lo que ha quedado después de la acción destructora del rayo, del terremoto, del tiempo, de la guerra, y después de la inconsiderada extracción de materiales para erigir otros edificios— una mole gigantesca imponente de forma ovoide. El eje mayor mide 188 metros; el menor, 156. Hay cuatro pisos en lo que aún está intacto, con una altura de 57 metros.

Entramos. El aspecto de conjunto es formidable. Se adivina lo que fue la enorme gradería en que tomaban asiento más de 60.000 personas. Ese es el sitio de la arena, de 72 metros por 46; allí, para saciar los instintos brutales de la plebe, bajaban a jugar con su vida los gladiadores, o a luchar con las fieras; allí, a la voracidad de estas eran arrojados los cristianos que se negaban a prestar culto a las monstruosas divinidades paganas.

Hoy los ídolos y sus adoradores han pasado al dominio de la fábula o del ludibrio, mientras los perseguidos cristianos viven en la veneración de los siglos.

¡Qué bien está allí la Cruz de las víctimas sobre las ruinas de cuanto endiosaron los verdugos! ¡La Cruz, que ha consagrado, como un enorme templo, el bárbaro anfiteatro que los mártires conquistaron con su muerte! *O Crux, ave spes unica!*



Ha callado para siempre el vocerío blasfemo e impuro del ruin populacho. Sólo se oye ahora, en la serenidad sublime del crepúsculo, el Credo que entonan nuestros labios, como eco vibrante del que millones de mártires allí profirieron antes de volar al triunfo de la inmortalidad.

Y salimos pensando que mientras los imperios poderosos caen y desaparecen, siempre ¡Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera!

## Donde las dan, las toman

Ya en nuestro vehículo, de regreso al hotel, me dice el salesiano que está a mi lado:

—¿Se acuerda usted de lo que cuenta el Padre Lemoyne, a propósito de la visita de Don Bosco al Coliseo?

—Si mal no recuerdo, que cayó de rodillas ante la Cruz y fue luego recorriendo con profunda devoción las estaciones del viacrucis para lucrar las indulgencias.

—¿Y nada más? ¿Y lo que le pasó en la reunión de la tarde?

—Lo he oído, sin duda; pero debo confesar que no lo recuerdo. ¿Y qué fue eso?

—Pues que, al salir del Coliseo, se dirigió Don Bosco al Vaticano, donde lo aguardaba para almorzar el cardenal Antonelli, Secretario de Estado. Me parece que fue en 1858. Don Bosco empezaba a llamar mucho la atención en Roma. Sabiendo esto el Cardenal, había advertido a varios personajes, por si deseaban conocer al sacerdote turinés y conversar con él, que esa tarde lo encontrarían allí. Poco a poco fueron llegando varios obispos, miembros de las Congregaciones Romanas, los cardenales Marini y Patrizi y otros prelados. Hubo un momento en que el Cardenal Marini preguntó: "¿Qué es lo que ha visitado hoy, Don Bosco?" "El Coliseo, Eminencia" respondió este. "Entonces,

¿se habrá llegado indudablemente hasta el sepulcro de las santas mártires Perpetua y Felicidad?" agregó el Purpurado, mientras furtivamente miraba con malicia a su colega Antonelli.

—Ya me lo figuro: aquí se proponían, como otras veces, poner a prueba la ciencia y perspicacia de Don Bosco, ¿no es verdad?

—El Santo replicó: "¿El sepulcro de las santas Perpetua y Felicidad? En verdad, señor Cardenal, ignoraba que en las cercanías del Coliseo hubiese sepulcros. Lo que sé es que las santas fueron martirizadas en África. ¿No lo expresa así el breviario? Si sus cuerpos no han sido trasladados a Roma —cosa que jamás he leído—, allá deben estar todavía". Los presentes, que habían advertido la emboscada tendida por el Cardenal Marini, se miraban unos a otros sonriendo, y monseñor Antonelli le decía al de la pregunta inocente: "Donde las dan, las toman, Eminencia". Este y otros casos semejantes llegaron a oídos de Pío IX, quien celebró muchísimo se fuera afirmando así el alto predicamento de que ya gozaba el sacerdote piamontés (1).

## ¡Un cura de aldea!

—No recordaba este hecho; pero sí que muchas veces pasó Don Bosco de la defensiva a la ofensiva, acorralando hábilmente con agudas observaciones al que había creído cosa fácil sorprenderlo.

—Es cierto. Don Bosco era un ingenio sutil excepcional, y pudo, como aseveró Pío XI, ser eminente en cualquiera de los ramos del saber a que se hubiese dedicado.

—¡Y pensar que algunos lo definieron "un buen cura de aldea", como quien dice un bonachón, corto de luces o, a lo menos, de preparación muy deficiente!

(1) *M. B.*, V, 880.



—A un cura de aldea así, ¿le habría confiado la Santa Sede las delicadísimas misiones que, en aquellos años difíciles, confió a Don Bosco para ante el gobierno italiano?

—Claro está. Ni le habría consultado, como consultó a Don Bosco, para la provisión de muchísimas diócesis vacantes y en asuntos de tanta trascendencia como el Concilio Vaticano, la definición del dogma de la Infalibilidad Pontificia, la permanencia del Papa en Roma después de la ocupación italiana, y otros.

—Por algo Pío IX intentó más de una vez retenerlo a su lado. "¿No podría usted" le dijo un día "dejar a Turín y venirse a vivir junto al Papa? ¿Se resentiría su Institución?" "¡Ah, Padre Santo! ¡sería su muerte!" Y sabe usted que Pío IX no insistió ya, aunque deseaba mucho elevarlo a la dignidad cardenalicia y hacerlo así más accesible consejero. "¡Ah! —decía él— ¡Don Bosco ama demasiado a sus pilluelos para que se resigne a abandonarlos!" (1).

—Significativo el hecho. ¿No le parece sería muy interesante un libro sobre Don Bosco, en su aspecto de estudioso?

—¡Ya lo creo! Allí resaltarían, amén de sus raras dotes naturales de ingenio, sus méritos de humanista, de escritor, de periodista, de polemista, de orador, de biógrafo e historiador. Y también de editor y de padre y maestro de una numerosa pléyade de intelectuales y artistas.

—Y hasta de académico. ¿No lo fue de la Arcadia de Roma? Si no me equivoco, figuró en ella con el nombre de *Clístenes Casiopeo*, y pronunció allí su discurso en la Semana Santa de 1876 (2).

—También fue miembro de la Academia de Historia Eclesiástica de Turín.

(1) *M. B.*, IX, 818.
(2) *M. B.*, XII, 170.

—Y ¿quién no recuerda que la Sociedad Geográfica de Lión premió con una medalla de oro, acuñada expresamente, una conferencia sobre la Patagonia, que pronunció el Santo el 14 de abril de 1883? (1).

—¡Vaya un cura de aldea, con tal foja de servicios!

El vehículo se ha detenido. Enfrascados en la charla, no advertimos que estamos ya delante del hotel.

## En Campo Verano

Durante la cena, recuerdo a los de las mesas cercanas la invitación del Padre Capuchino. Casi todos están rendidos por el ajetreo de este día.

Cuatro somos los valientes. Opinamos que un paseíto nocturno a pie ha de ser saludable. La noche está apacible. Estas calles son anchas, rectas y bastante iluminadas. Vamos costeando los edificios del gran Policlínico de Humberto I y los de la Ciudad Universitaria, que vemos a través de las verjas que los circuyen. Al fin, desembocamos en la histórica Vía Tiburtina. La cruzamos, y nos vemos delante de la Basílica de San Lorenzo, rodeada por el Campo Verano, nuestra meta.

Campo Verano es el cementerio monumental de Roma; fue inaugurado en 1837: es relativamente moderno.

Llamamos a la puerta del convento, que está a la diestra de la Basílica. Abren. Entramos. Poco después dos padres capuchinos nos están acompañando a través de la casa, que la oscuridad no nos permite apreciar.

Se abre una puerta, y nos vemos frente al espectáculo anunciado: fantástico e impresionante, sobre todo en la calma y silencio de esa hora. ¡Qué mar de luces esparcidas en la vasta extensión del camposanto! Son millares y millares de lamparitas, eléctricas las más, que iluminan con tenue resplandor casi todas las tumbas.

(1) *Id.*, XVIII, 31, 637.



Rezamos un *De profundis,* y empezamos a andar por esa ciudad romana de la muerte, mientras el Padre Guardián va oficiando de cicerone.

De pronto, advertimos que falta uno de nuestros compañeros. Miramos acá y allá; desandamos el camino, pensando que quizá el cansancio lo ha obligado a detenerse o sentarse; llamamos; pero, nada. Quizá la curiosidad lo apartó del grupo, y se nos extravió. Puede que le haya sentado mal la cena...; puede que la impresión... ¿Y no habrá vuelto al convento a esperarnos? Allá va uno de los padres a averiguar, en tanto que nos decimos:

—¿Y por qué no avisar? ¿No pensó en la preocupación que causaría un alejamiento clandestino?

Pensando lo mejor, seguimos recorriendo varios sectores, en que alternan los sepulcros sencillos con los que se dan un aire de mausoleo o panteón. Hay tumbas sin lucecilla: ¿será olvido o la extinción de una familia?

—Sobre este cementerio —habla el P. Guardián—, durante los últimos días de la guerra, estallaron más de ciento ochenta bombas.

Y en realidad, reparamos ahora en gran cantidad de escombros de sepulcros hechos trizas.

Llegamos hasta la entrada principal de la necrópolis. Vemos allí cuatro enormes estatuas sedentes, que personifican a la Esperanza, la Caridad, la Meditación y el Silencio.

La hora avanzada no nos permite llegarnos a la capilla mortuoria de los salesianos. Les dedicamos un piadoso recuerdo y fervorosa plegaria. Allá, entre otros, reposaron los restos de nuestro Siervo de Dios Ceferino Namuncurá, que falleció en Roma, hasta que volvieron a la patria, que los reclamaba, y que los guarda religiosamente en Fortín Mercedes, a orillas del río Colorado.

Tampoco podemos ir hasta la capilla de Propaganda Fide, donde están depositados los despojos de nuestro que-

rido Cardenal Juan Cagliero, Apóstol de nuestra Patagonia, a quien varios de nosotros conocimos en la Argentina; fue el augusto protector de Ceferino; falleció en venerable ancianidad, siendo obispo titular de la diócesis suburbicaria de Frascati. *Pax Christi.*

Agradecemos vivamente la bondad y atenciones de los amables hijos de San Francisco, y regresamos al hotel. Lo primero fue preguntar por el prófugo o desaparecido. Sabemos así que, atacado de súbita indisposición, regresó allí, y está ya descansando. *Deo gratias!*

## 7 DE MARZO:

## LAS PUERTAS SANTAS. LAS TRES FONTANAS. EL "VÍCOLO DELLA MINERVA"

### Visitas jubilares

Uno de los poderosos imanes que ha traído nuestras almas a esta Ciudad Eterna es el Año Santo con su extraordinario jubileo. No interesa ganar cuanto antes ese divino perdón. Por eso, hemos resuelto los peregrinos visitar esta mañana las cuatro Basílicas designadas para el logro de las indulgencias jubilares.

Vamos a realizar la más piadosa romería. Con este pensamiento, al ocupar nuestros lugares en el ómnibus, dejamos fuera el bullicio de los otros días. Nos preocupa la trascendencia del acto, y a él se refieren las conversaciones en voz queda. Hoy no hay turistas.

### En el Esquilino: Santa María la Mayor

Allí está Santa María la Mayor o Basílica Liberiana. En la plaza, se eleva una columna de la antigua basílica de Constantino; la corona una estatua de bronce de la Virgen. Imponente es la fachada del grandioso templo: un pórtico de cinco arcos abajo; arriba de este, una esbelta galería de otros tres arcos. Detrás de la fachada asoman las medias naranjas de dos cúpulas y, entre ellas, el campanario románico macizo y eminente.

Descendemos. Desde luego, nos llaman la atención los numerosos grupos de peregrinos, que, uno tras otro,

encabezados casi todos por una cruz, van entrando por la Puerta Santa, que es aquí la última de la izquierda.

Llega nuestro turno. Rezamos las preces prescritas. Sólo después de satisfecha esa devoción, nos damos a admirar las bellezas arquitectónicas del sagrado edificio. Son tres naves grandiosas, sustentadas en cuarenta y dos magníficas columnas jónicas de mármol. Nos dan las dimensiones: ochenta y cinco metros de largo por dieciocho de ancho. ¡Qué riqueza de mármoles y metales! ¡Qué primores pictóricos de los grandes maestros! ¡Qué frescos! ¡Qué mosaicos! ¡Qué bajos relieves!

Varios Sumos Pontífices yacen allí en artísticos sepulcros; entre ellos está, a la derecha del crucero, el de San Pío V, el Papa de Lepanto y de la Auxiliadora.

El P. Juan B. Lemoyne refiere (1) que San Juan Bosco visitó esta basílica mariana el 24 de febrero de 1858. Veneró el Santo algunos maderos del pesebre de Belén, que allí se conservan porque sirvieron de cuna al Salvador del mundo. Como ese era día de estación, pudo contemplar el cráneo del Apóstol San Matías, que estaba expuesto en la cripta del altar papal. En el brazo izquierdo del crucero veneró también la imagen de la Virgen atribuida a San Lucas: el rostro, de color oscuro, hace pensar en lo de "nigra sum; sed formosa" —negra soy, pero hermosa— del Cantar de los Cantares; la vetusta pintura tiene fama de taumaturga.

¡Cuánto hay que ver y admirar! Pero nos dicen que es tiempo de partir para la otra visita.

### En el monte Celio: San Juan de Letrán

En pocos minutos llegamos a esta otra colina de la Urbe.

Estamos delante del maravilloso conjunto de Letrán:

(1) *Mem. Biogr.*, V, 823.



a la derecha, el rico y austero palacio, que fue durante casi mil años, desde 311 hasta 1308, la residencia de los Papas; a la izquierda, la monumental Basílica de San Juan de Letrán o del Santísimo Salvador, "madre y cabeza de todas las iglesias de la Urbe y del orbe".

Es soberbia la fachada principal, frente a la plaza de la Puerta de San Juan, con dos pórticos superpuestos, coronados de grandes estatuas; tiene un ancho de sesenta metros. A las cinco aberturas del vasto pórtico corresponden sendas puertas de acceso a la Basílica; la última de la derecha es la Puerta Santa. Por allí entramos. Después del rezo ritual, nos levantamos para admirar la suntuosidad y grandiosidad de las cinco naves. Dan al rico interior ciento treinta metros de longitud. En el centro del crucero se eleva el grandioso altar papal, donde, es tradición, se conservan los cráneos de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Aquí se guarda la mesa del Cenáculo en que se celebró la Última Cena de Jesús. En el crucero, y a la izquierda del altar papal, se divisa la elegante tumba del sabio Pontífice León XIII.

También en esta venerable Basílica el arte ha extremado sus primores en lienzos, mosaicos, estatuas, incrustaciones, cincelados; todo lo ennoblece: muros, artesonados, pavimentos.

Por una puerta lateral de la derecha salimos a otra plaza: la de San Juan. A la izquierda, nos muestran, pegado a la Basílica, el celebrado bautisterio, rico en pórfidos, basaltos, alabastros, bronces, frescos y mosaicos. Dice la tradición que en este lugar fue bautizado el Emperador Constantino por el Papa San Silvestre.

Vamos hacia el centro de la plaza, hasta el majestuoso obelisco egipcio, el mayor de Roma, pieza de granito encarnado de treinta y dos metros de altura, que se ha erigido sobre un pedestal de quince. Desde allí saludamos al soberbio templo en su solemne fachada lateral también

de doble cuerpo, flanqueado de dos bellos campanarios del siglo XIV.

—Indudablemente, Don Bosco pasó por aquí ¿no te parece? —pregunto a un compañero sacerdote, mientras el ómnibus arranca.

—No una, sino varias veces. El biógrafo del Santo recuerda, por ejemplo, que un grupo numeroso de peregrinos franceses venido a Roma para ganar el Jubileo, sabiendo que Don Bosco, cuya santidad ya conocían, estaba en la ciudad, le rogaron que les rezase una misa en esta Basílica y les dirigiese la palabra. Accedió él de buen grado y les habló en francés sobre la adhesión y amor que el católico debe profesar al Vicario de N. S. Jesucristo (1).

En esto, entramos en la Vía Ostiense, pasando por la Puerta de San Pablo, sita en las antiguas murallas de la Ciudad.

## San Pablo Extramuros

Por la vía que lleva al antiguo puerto de Ostia, llegamos a la Basílica de San Pablo Extramuros, para la tercera visita.

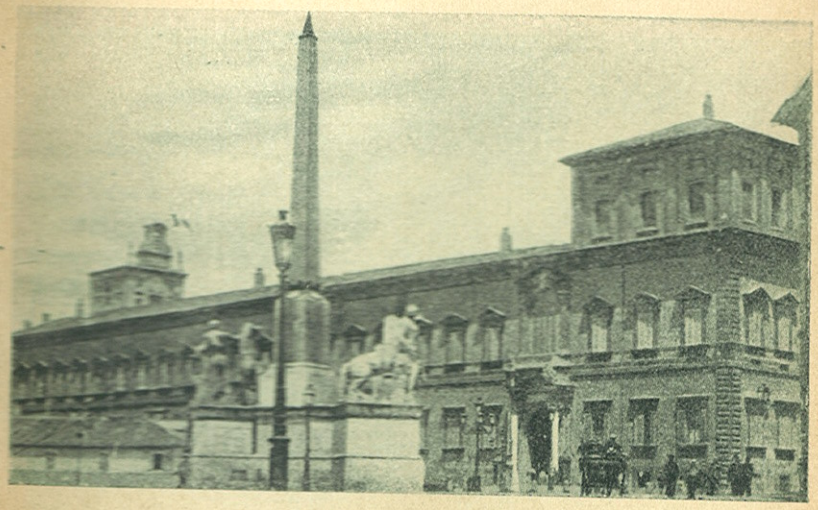
Edificóse esta iglesia sobre la tumba del Apóstol de las Gentes. Fue sufriendo desde el siglo IV sucesivas trasformaciones. Después de un incendio, en el XIX, fue reconstruida enteramente y consagrada por Pío IX en 1854.

No por su aspecto exterior, sencillo y sobrio, sino por su estupendo interior, es considerada como la iglesia más rica de Roma, por la profusión y variedad de los mármoles y la copia de oro que acumula; es también, después de la de San Pedro, la de mayores dimensiones: 140 metros de largo, por 60 de ancho y 23 de alto. Su

(1) *Mem. Biogr.*, XV, 156. Fue el 10 de mayo de 1881.



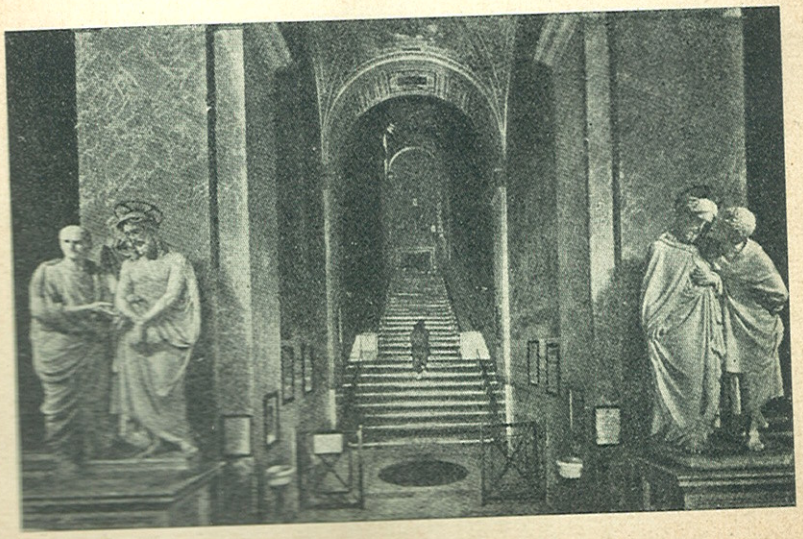
Roma: El Coliseo.



Roma: El Quirinal.



Roma: El Panteón.



Roma: La Escala Santa.



tesoro artístico, numeroso y variado, es de precio incalculable.

Las cinco naves, divididas por ochenta columnas corintias de granito, forman un todo armonioso de soberana majestad. En el ancho friso del arquitrabe que descansa sobre las columnas están representados todos los papas, desde San Pedro, en medallones de mosaico de un metro y medio de diámetro cada uno.

La fachada, que mira al Tíber, se adelanta en un ancho pórtico de diez columnas monolíticas. A la izquierda, observando desde el río, se eleva un airoso campanil de varios cuerpos.

Cuando Don Bosco visitó a Roma en 1881, vino a arrodillarse junto al sepulcro de San Pablo, y alargó su peregrinación hasta la Abadía de las Tres Fontanas, en el sitio que se denominaba *Aquas Salvias* y donde fue decapitado el intrépido Apóstol (1). Tres fuentes, brotadas por milagro, señalan los tres puntos que tocó su cabeza al saltar cercenada del tronco.

## En el Vaticano

Nuestra cuarta visita jubilar es para San Pedro.

Aquí también es extraordinaria la afluencia de peregrinos, que van o vienen, cruzando la inmensa plaza en todas direcciones. Sacerdotes, a veces prelados, encabezan los diversos grupos. Se oyen rezos en varios idiomas.

Entrando por la Puerta Santa, que está a la derecha, nos adelantamos por la nave central hasta el Altar de la Confesión, y allí, sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles, nos arrodillamos y recitamos las oraciones de práctica.

En seguida, aprovechando la relativa libertad que hoy

(1) *Mem. Biogr.*, V, 886. La visita fue el 22 de marzo de 1881.

tenemos para movernos de una a otra parte en este enorme recinto, lo vamos recorriendo por sus diversas naves, capillas, ábside y crucero. A cada paso tropiezan nuestros ojos con maravillas de arquitectos, pintores, escultores, orfebres, etc. Nos detenemos delante de los monumentos o sepulcros, más o menos suntuosos, de muchos pontífices, particularmente de los últimos: el ahora Beato Pío X y Pío XI. Podemos acercarnos también a la pomposa Cátedra de Bernini, que encierra una silla de madera, que, según la tradición, fue la que usaba San Pedro, el primer Papa.

Es tanto lo que hemos visto esta mañana, que me siento ya mareado. Opto por salir a respirar el aire de la plaza. Veo que otros se me han adelantado. Allí aguardamos el momento próximo de marchar, comunicándonos algunas impresiones.

## Tierra argentina

Allá está "nuestro" ómnibus. Junto a él se va agrupando nuestra gente. Se acerca la hora convenida. Allá vamos. Ocupamos nuestros asientos.

—¿Están todos? —pregunta el conductor.

—Falta mi vecino —exclama uno.

—Y el mío —apunta otro.

—Allá llegan —observa un tercero—; son tres.

Una rociada de donaires recibe a los rezagados. Y partimos.

Vamos cruzando otro sector de Roma. Una voz nos va nombrando los lugares y edificios que tienen derecho a un rinconcito en la memoria.

No tarda en detenerse el coche. Hay que descender.

Nos vemos ante un palacete rodeado de jardines. Al levantar los ojos, las almas palpitan de emoción: allá está flameando airosa la bandera argentina; debajo, nuestro escudo: ¡es la Patria! Nos descubrimos con respeto. Estamos pisando tierra argentina: esa es nuestra Embajada ante la Santa Sede. Nos parece estar en la propia casa.



Poco después saludamos al señor Embajador, don Máximo Etchecopar, que aquí representa al Jefe de nuestra Nación. Conversamos animadamente, evocando hombres y cosas de la tierruca lejana. Parecemos ya viejos amigos. ¡Cómo une la Patria a sus hijos en suelo extraño!

Hemos ido allí a satisfacer un deber de cortesía patriótica; pero también, a tentar la posibilidad de que el Sumo Pontífice reciba en audiencia especial a este puñado de argentinos. Promete el Embajador que se interesará en ello, y que, oportunamente, nos comunicará el resultado de sus gestiones, y, entre tanto, se ofrece amablemente para cuanto pueda sernos útil.

Agradecemos y partimos, echando una mirada de nostalgia a los símbolos sagrados de la Patria.

## La Virgen de las Tres Fontanas

Enderezamos ahora hacia el lugar denominado de *Las Tres Fontanas,* donde —según comentó la prensa mundial— hace pocos años apareció la Santísima Virgen, en circunstancias de prodigio, a un feroz sectario mientras estaba preparando una diatriba contra los atributos de la Madre de Dios. Desde entonces, Cornacchiola —que así se llama el aludido— se ha trocado en el predicador laico más entusiasta e incansable de las bondades de María. Parece que Ella le reveló cosas notables y le dio encargos de importancia para el Padre Santo.

Sin embargo, las autoridades eclesiásticas, que en estos asuntos andan siempre con pie de plomo, y más en Roma, no se han pronunciado aún; antes, han prohibido todo acto oficial de culto. Pero el lugar es meta constante de piadosas romerías, y desborda de fieles que allí acuden en todo momento a venerar la imagen de la Virgen colocada en el lugar de la aparición, que es una

cavidad o gruta. Es pasmosa la fe de estas gentes, que rezan, y cantan, y solicitan favores, y pugnan por acercarse al sitio en que, según afirman, posó la Virgen sus purísimas plantas. Casi todos se llevan un puñadito de esa tierra, a cuya sola aplicación se atribuyen hechos humanamente inexplicables.

Después de mucho bregar, logro acercarme a la bella imagen, y poner mis ruegos a sus pies. Y no es posible detenerse, porque hay una fila enorme de devotos que se empujan por llegar allí y dedicar ellos también unos segundos de oración a la Madre Celestial.

El mundo, según va, se pierde inevitablemente; pero la Virgen Santísima quiere salvarlo a todo trance, y a pesar del mismo mundo, ciego y empecinado en la maldad. Lo patentizan los portentos de Fátima y de tantas otras partes. ¡Oh Virgen Santa, oiga al fin esta descarriada humanidad tu mensaje salvador y alcance la paz!

## A probar fortuna

Por la tarde se deja a los peregrinos que dispongan de su tiempo a voluntad y vayan a donde mejor les parezca.

Yo pienso que no me ha cabido aún la suerte de saludar ni siquiera de alcanzar a ver al Rdmo. P. Pedro Ricaldone, nuestro querido Rector Mayor. Sé que está todavía en Roma, después de las ceremonias en honor del nuevo Beato Domingo Savio. ¿Por qué no intentar la empresa de llegarme hasta él? No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Me encuentro con el P. Francisco Oreglia, a quien conocí en el *Conte Biancamano,* y le expreso mi pensamiento.

—Yo lo acompaño —manifiesta vivamente—, si usted me lo permite.

—Mejor que mejor. Vayamos. ¿Sabe usted dónde pára el Padre?



—Nó, pero preguntaremos.

Inqurimos, en efecto, y nos informan:

—En la Procura tiene su residencia eventual. La dificultad está en dar con él. ¡Tiene tanto que hacer cuando viene a Roma! Aprovecha para visitar a prelados y miembros de las sagradas Congregaciones y otros personajes. Además lo avanzado de su edad le prohibe prodigarse. ¿Y no estará a punto de retornar a Turín? Si es que no se ha marchado ya...

—Bueno, bueno. Todos esos son quizaes.

—Y quizá lo encontremos, y nos reciba.

—Sí, sí: tentemos; nada perderemos en ello, y al mismo tiempo, caminando por la ciudad, la vamos conociendo.

Dicho y hecho. Averiguada la posición de la Procura, hacia allá marchamos. Y, en verdad, que vamos conociendo una parte característica de la Ciudad Eterna: la de las calles estrechas, mal pavimentadas y tortuosas.

## En el "Vícolo della Minerva"

Después de bastante andar, preguntando a este y a aquel, confiando en que quien pregunta no yerra, damos, a la postre, con el *Vícolo,* verdadero callejón, de la Minerva, y, en ella, con el número de la casa que nos interesa.

—¿Pero ¿será esta la Procura? —nos decimos.

Nos parece inverosímil que casa de tan mezquino aspecto sea la morada del Rdmo. P. Francisco Tomasetti, Procurador General de una congregación religiosa que, por el número de sus miembros, es la tercera de la Iglesia. ¡Y aquí se hospeda el Superior General de la misma!

Titubeando aún, miramos de nuevo el número de la casa, por si es el que nos han dado, cuando vienen a sacarnos de dudas unos chiquillos que allí cerca se divierten.

—¿Buscan a los salesianos? —inquiere uno de ellos.

—Sí, chico.

—Allí es. Llamen sin miedo.

Y llamamos. Al rato se oyen pasos. Rechina una llave en la cerradura; se entreabre la puerta y asoma el simpático rostro de un viejecito, que sin duda es el portero.

—¿Qué se les ofrece, reverendos? — pregunta.

—Desearíamos saludar al Rdmo. P. Ricaldone.

—Somos salesianos.

Hay un instante de indecisión en nuestro hombre. El Superior está, sin duda, en casa, pues, si nó, ya nos lo dice él sin compromiso. Cargamos al punto:

—Mire que venimos de muy lejos.

—¿De Nápoles? ¿De Milán?

—¡Qué! Eso no es nada: ¡de América!

—¡De la Argentina!

—Bien —concluye entonces el portero—; veremos. Los haré subir, y allá hablarán con el señor Secretario del P. Ricaldone, y él les dirá si está en casa y si puede recibirlos.

—Perfectamente. Muchas gracias.

Ya estamos subiendo. Al llegar arriba, lamento no haber contado el número de escalones, para apreciar el esfuerzo del anciano Superior cuando sube a su aposento. No hay aquí ascensor, ni veo que haya sitio para poder instalarlo.

Entra el portero en una habitación, y a poco sale de nuevo en compañía de un sacerdote joven, alto, delgado y rubio, que nos recibe sonriente: es el Secretario. Lo enteramos de nuestro propósito. Claro está que le incumbe el delicado oficio de velar por la salud del Superior, evitándole visitas indiscretas o inoportunas que pueden fatigarlo. No nos puede negar que el Superior está en casa, porque, a través de la puerta cerrada de una segunda habitación, se oye conversar.

Repetimos el argumento de que llegamos de lejos, y le



aseguramos que no haremos sino saludar al Padre y después retirarnos satisfechos y gozosos.

—Miren —advierte entonces—: el Rdmo. P. Ricaldone está atendiendo a un señor Inspector. No sé cuánto durará la entrevista, y, además, está muy fatigado.

—No haremos más que saludarlo, y no se cansará. Esperaremos. Sería el colmo volvernos a América, sin verlo siquiera, estando de él a un paso.

## Audiencia inolvidable

No acabamos de hablar, cuando se abre la puerta, y aparecen dos sacerdotes: el de menos edad se inclina, besa la mano al otro y se retira.

Quedamos delante del Rector Mayor, que nos mira sonriente y abre los brazos. Nos olvidamos del Secretario; nos adelantamos y estampamos con efusión nuestro cálido beso en la mano abierta y franca del buen Padre.

—Sois salesianos, ¿verdad? — expresa.

—Sí, Padre; de la Argentina.

—¡Ah, de la querida Argentina! Habéis venido, claro está, para la Beatificación de Domingo Savio —continúa en perfecto castellano.

—Sí, Padre. Mi compañero —explico— es de Rodeo del Medio (Mendoza), y piensa aprovechar su estadía en Italia para realizar algunos estudios relacionados con las actividades específicas de aquella Escuela.

Y el P. Oreglia expone entonces, en breves palabras, su plan de trabajo en el campo de la enología y olivicultura. Escucha el Superior con sumo interés, que se refleja en el resplandor de los ojos, porque no son para él desconocidas esas materias, como lo patentiza luego al aprobar lo escuchado y añadir una buena suma de indicaciones prácticas, de institutos especializados y de autoridades en esos ramos, que aconseja visitar y consultar.

Al oírlo, recuerdo luego los tiempos ya lejanos en que

el P. Ricaldone dirigía en Sevilla la publicación periódica de la magnífica *Biblioteca Solariana,* que tanto contribuyó al progreso racional de la agricultura en España, y los ya más próximos, en que levantó la escuela agrícola de Cumiana (Piamonte), dotándola de gabinetes, laboratorios e instrumental modernísimos, para que sirviera de modelo a otros institutos similares.

A todo esto, nada he dicho yo de mis proyectos, porque no me olvido del secretario; pero mi compañero se adelanta a hacerlo, y apenas pronuncia mi nombre, cuando el gran Padre exclama:

—¡Conque eras tú...! —y me estrecha en tan cariñoso abrazo que jamás olvidaré, y, con gran asombro mío, le oigo mencionar y ponderar con viva complacencia paternal algunos de mis humildes trabajos. Es, por cierto, el mayor premio que por ellos haya nunca recibido.

—¿Y en qué casa estás ahora? —me interroga.

—En Bernal, Padre, donde todos lo recuerdan siempre con sumo cariño. Le traigo sus afectuosos saludos, y muy especiales del P. Guillermo A. Cabrini, que es el director.

—Muchas gracias. Que Dios los bendiga.

—En Bernal tuve la fortuna de conocerlo...

—¡Ah, sí! En 1908, ¿no es verdad?

—Precisamente, y no olvidaré que me cupo entonces la honra y la dicha de ser su maestro de ceremonias el Jueves Santo, y de escucharle por la tarde de ese mismo día una preciosa plática antes de iniciar la función del Lavatorio de los pies.

—Es verdad: aquel año oficié de preste en las funciones de Semana Santa en Bernal. Y díme, ¿cómo está el P. Cabrini?

—Muy bien, Padre: muy contento y sembrando alegría a manos llenas.

—¡Cuánto lo celebro! Comunícaselo... Y ¿qué piensas hacer ahora?



—Aprovechar esta venida a Europa para hacer acopio de cuanto pueda facilitar mis futuros trabajos.

—Bien. Ya hablaremos de esto con más sosiego en Turín, porque supongo que no dejarás de ir allá.

—Así es, Padre; antes que nada, deseo conocer bien los lugares santos de nuestra Pía Sociedad.

—Muy bien. Y no lo hagas con prisa.

¡Ay! ¡Cómo se alarga la entrevista que, respondiendo al cuestionario que nos presenta el mismo Rdmo. Rector Mayor, ha dejado de ser ya el breve saludo prometido al buen Secretario! ¿Qué pensará él?

Recordamos esto, y aprovechamos la primera pausa para disculparnos por los preciosos minutos que le hemos estado robando y agradecerle cordialmente la bondad exquisita con que nos ha acogido. Besamos y estrechamos la mano al óptimo Padre, que, mientras nos alejamos, añade todavía:

—Os espero en Turín.

—¡Gracias, Padre, mil gracias!

Al topar con el Secretario, vemos que sonríe, como si dijera: "Ya me figuraba que así sería el breve saludo de ustedes". Nos apresuramos a justificarnos:

—Habrá advertido usted que fue el mismo Padre quien nos entretuvo más de lo que imaginábamos.

—¿Y cómo podía ser de otro modo —concede él— entre un Padre afectuoso y los hijos que llegan de tan lejos?

Y nos despedimos de él cariñosamente.

Con el corazón inundado de inefable alegría, bajamos la extensa escalera. Así debían de gozar los dos discípulos de Emaús, después de haber reconocido al dulcísimo Maestro.

Antes de salir, le pregunto al amable portero:

—Dígame: ¿Desde cuándo habitan los salesianos esta vieja casa?

—Si no yerro, desde 1905. Pero ya en 1870, Pío IX

había enviado a Don Bosco aquí para que la visitara, lo mismo que la vecina iglesia de San Juan *de la Pigna*, y, al saber que podía servir para residencia salesiana, se la donó sin más ni más en la misma audiencia del informe. Pero surgieron luego dificultades que fueron demorando por más de treinta años la toma de posesión (1).

—Muchas gracias, hermanito, y adiós.

Durante largo tiempo, en el camino, no hablamos sino de la afortunada audiencia y de las dotes eminentes de espíritu y corazón que adornan a nuestro insigne Superior General.

—Yo lo conocí —observo— en 1908 cuando fue a la Argentina como Visitador Extraordinario. He notado en su físico la labor trasformadora del tiempo: me pareció más alto, quizá porque su corpulencia ha disminuído; menos redonda la cara; pero igualmente generoso y amplio su gesto, y más vivos y penetrantes los ojos.

—¡Cómo reflejan estos la rara lucidez y perspicacia de una mente privilegiada!

—¡Y en esa su edad de más de ochenta años! ¡Ochenta años que sólo parecen pesarle sobre los hombros, algo encorvados ya!

Para el católico, ver al Papa es ver a Jesús en la tierra. Para un salesiano, ver al Rector Mayor es ver en la tierra al propio Don Bosco.

¡Acabamos de ver a San Juan Bosco, y oír sus palabras y recibir su bendición paternal! ¡Qué día de plenitud!

(1) *Mem. Biogr.*, IX, 816. La casa fue cedida por Pío IX en la audiencia de 12 de febrero de 1870.



## Grato mensaje

Durante la cena, sabemos que han hablado desde la Embajada Argentina ante la Santa Sede para comunicar que mañana a las once y media nos recibirá en audiencia el Padre Santo.

Las cosas van de bien en mejor. *Deo gratias!*

8 DE MARZO:

## RIQUEZAS DE ROMA Y DEL VATICANO. VISIONES Y AUDIENCIAS

### De colina en colina

Nos acompaña un guía o cicerone. De pie junto al conductor le va trazando a este el itinerario, y a los viajeros nos anuncia los sitios y monumentos de nota que nos salen al paso. Pero estos son tantos que la marcha, siquiera contenida, del vehículo no le da tiempo para nombrarlos todos; mientras menciona uno a mano derecha, dos o tres se le han pasado por la izquierda. Esto es un desfile fugaz de maravillas de arte y de historia.

Vemos así: las decrépitas murallas; la Puerta Pía, idea de Pío IV y elegante realización de Miguel Ángel, en la proximidad de la famosa Brecha por la que entraron en Roma los soldados de Rafael Cadorna el 20 de setiembre de 1870; el Quirinal, antiguo palacio de los Papas; la espaciosa plaza de Venecia, con el palacio homónimo a la derecha y el colosal monumento a Víctor Manuel II, con la tumba del Soldado Desconocido, obra de Sacconi, al frente; la vetusta iglesia de Santa María de Araceli, con imponente escalinata; a su diestra, el venerable Capitolio, donde, según la tradición, fundó Rómulo a Roma el año 754 antes de la éra vulgar, con el Senado, el museo, los templos, las estatuas y, a un lado, la Roca Tarpeya de infausta recordación; más allá, las imponentes ruinas del Foro, del Coliseo, del Circo Máximo...

¡Cómo no evocar las grandes figuras de la historia romana, que por estos sitios andarían, arrastrando sus



mantos, sus togas, sus espadas, su popularidad: el oscuro fundador, los Gracos, Mario, Sila, Pompeyo, los Escipiones, César, Cicerón, Augusto, Virgilio, Horacio, Adriano, Constantino y cien otros, cuyos nombres no ha cancelado el tiempo!

Ahora, por el puente Aventino, cruzamos el Tíber y subimos al Janículo. Admiramos la hermosa Fuente Paula y entramos en los jardines o paseo del Janículo. Hay varios monumentos. Allá se eleva el Faro de la Argentina, que a la ciudad regalaron los italianos residentes en nuestro país. Ahora, una curiosidad emotiva: la encina del Tasso; a su sombra, en los últimos días de su vivir, descansaba, triste y enfermo, el gran poeta.

—¿Ven esa iglesia? —nos dice el guía—. Es la de San Onofre. Junto a ella, el convento del mismo nombre, donde expiró Torcuato en 1595.

### Los Museos Vaticanos

No tardamos en descender de la colina. Cruzamos la *vía della Conciliazione,* bordeamos la Ciudad del Vaticano hasta una puerta que se abre al Norte. Por ella entramos en los maravillosos museos que encierran las mayores riquezas artísticas e históricas del mundo.

¿No es una profanación, me pregunto, pasar por estas regias salas, por la Biblioteca, por la Capilla Sixtina, por la Pinacoteca, no dedicándoles más que dos horas escasas? Nuestro paso por ellas, especialmente en ciertos trechos, me ha parecido una carrera. ¡Es que hay tanto que ver!

Esta visita tiene para mí el solo valor de una comprobación: el de que hay allí, en realidad, un número asombroso de obras maestras y objetos de precio inestimable por su historia o procedencia. Pero ¿qué recordaremos de tantos cuadros, tapices, estatuas, sarcófagos, mosaicos, frescos o códices, como vemos al pasar, con ligerísima referencia sobre alguno?

—¡Le concederemos todo lo que quiere!

Y le señaló el modo de abreviar los trámites. Y, aludiendo a uno de sus más formidables adversarios, agregó:

—¡Cuánto hizo y habló él para que no se le otorgaran esos privilegios! Pero, no tema; es mi voluntad que esta vez se lo complazca. Nó, Don Bosco: la Santa Sede no se opone a que se le conceda cuanto le es preciso. Usted creyó que se combatía a su Sociedad. ¡Oh, nó! Circunstancias involuntarias así lo permitieron. Ni el Papa, vea usted, ni el Papa puede a veces hacer lo que desea. Pero ¡yo lo amo, lo amo, lo amo! ¡Soy todo para los salesianos! ¡Soy el primero de sus Cooperadores! ¡Quien es enemigo suyo, es enemigo de Dios! ¡Yo tendría miedo de oponerme a sus designios! ¡Ah! Usted con medios insignificantes realiza empresas colosales. ¡Ni usted, ni siquiera usted conoce la vastedad de su misión y el bien que de ella ha de recabar la Iglesia!... No es usted, sino Dios, el que obra en su Sociedad. Su desarrollo portentoso, el bien que difunde, no se explican humanamente: Dios es quien guía, sostiene y dirige a su Sociedad. ¡Dígalo, escríbalo, prediquelo! ¡Hé ahí el secreto que le ha hecho triunfar de todos los obstáculos y de todos los enemigos!

El humilde Siervo de Dios no cabía en sí de asombro al oír estas manifestaciones del Vicario de Cristo. Dominó la intensa emoción que lo embargaba y dio gracias al Papa por el afecto paternal que le demostraba y le aseguró que sus hijos continuarían amando al Papa y haciéndolo amar, y protestó que el poco bien realizado sólo se debía a su bendición y protección augustas.

—¡Y el Papa seguirá —declaró León XIII— bendiciéndoos y protegiéndoos!

Por el mismo tenor, durante largo tiempo, prosiguió la memorable audiencia. Interesóse el Padre Santo por los colegios y sus alumnos, por los novicios, cuyo número le causó vivo asombro, por las misiones y por los cooperadores; concedió los títulos honoríficos que para estos solicitó Don Bosco, y todavía añadió:



—Pida, Don Bosco, pida, que todo se lo concederé.

Rogó entonces permitiera entrar a su secretario, el P. Juan B. Lemoyne, que aguardaba en la antecámara. Entró este y, después de los saludos de práctica, oyó que León XIII le decía:

—¿Conque es usted el secretario de Don Bosco? Pues bien, señor secretario: a usted le confío la persona de su Superior. Usted debe preocuparse de su salud y de que no se fatigue mucho. No permita que escriba él: su vista está muy cansada y enferma. Usted debe ser el sostén y el responsable de la vida de su Superior. ¿Entiende? Yo lo quiero; lo quiere el Padre Santo; el Papa es quien lo quiere. Circundadlo de todas las atenciones; sed su consuelo... ¡Qué honra, la vuestra! ¡Honra singular es para vosotros, salesianos, la misión que Dios os confía, y es, a la par, un grave compromiso, al cual debéis corresponder! Dígaselo a sus hermanos, y que sean el consuelo de este pobre anciano.

—¡Padre Santo, se lo diré! —afirmó conmovido el P. Lemoyne.

Después de otras muestras de soberana bondad, les impartió la bendición apostólica. El Santo se arrodilló; cuando León XIII quiso impedirlo, ya era tarde, y ahora intimaba:

—Secretario: ayúdele a levantarse; sosténgalo.

Y salieron, seguidos de la paterna sonrisa del Supremo Pastor.

Ya en el coche, de regreso a casa, preguntaba el buen hijo al padre idolatrado:

—¿Está contento, Don Bosco?

—¡Vaya si lo estoy! ¡Qué bueno es el Padre Santo! (1).

(1) *Mem. Biogr.*, XVII, p. 97.

9 DE MARZO:

## EL "SACRO CUORE". AL TESTACCIO

### Dispersión

Después del desayuno, nuestra peregrinación argentina se disuelve: Unos continuarán utilizando los servicios del que hasta ahora pasaba por "nuestro ómnibus", para ir visitando colectivamente sitios histórica o religiosamente interesantes de Italia y Suiza. Encabeza este grupo el R. P. Antonio Zitta, digno rector de la Basílica de María Auxiliadora y San Carlos de Buenos Aires.

Otros harán más o menos lo mismo, pero libre e individualmente, por la precisión que tienen o de visitar a algunos parientes en lugares apartados de la ruta general, o de permanecer mayor tiempo en algunas ciudades. Casi todos los salesianos somos de estos últimos.

Aproximadamente un mes de grata convivencia ha creado ya tales vínculos que no deja de sentirse la despedida, como si fuera de viejos amigos. No pocos son los que se dicen *¡Hasta luego!*, pues volverán a encontrarse en el mismo barco para el regreso a la patria. A muchos quizá no los veré más; pero no los olvidaré.

La Organización Polvani y el *Albergo Nuova Italia* nos han dispensado la atención más exquisita: quede constancia de nuestro cordial agradecimiento.

### Al "Sacro Cuore"

Empezamos a conocer los tranvías y ómnibus romanos. Aquellos son de trocha media. Unos y otros corren



vertiginosamente; lo mismo, las estrepitosas motocicletas. Las paradas de los vehículos públicos no son tan frecuentes como en Buenos Aires: entre una y otra no suele haber menos de seis o siete cuadras de las nuestras, lo cual permite el desarrollo de mayor velocidad. El material y presentación son, en general, muy buenos.

Voy con el P. Juan F. Kenny, querido compañero de pupitre en las inolvidables aulas de latín del viejo Bernal, en que era nuestro dómine el todavía clérigo Nicolás Esandi, que no nos figurábamos entonces llegaría a ser el primer obispo de Viedma en la Patagonia de Don Bosco.

A una cuadra del Hotel, tomamos un tranvía que nos lleva a la estación Término, la más importante de Roma. A un centenar de metros, en la Vía Marsala, está el Instituto Salesiano del Sagrado Corazón y, al lado, en la esquina, la Basílica homónima, cuya esbelta torre coronada con un Cristo de bronce dorado se divisa desde muy lejos: es un excelente punto de orientación.

Nuestra primera visita es para la Basílica, magnífico templo que edificó Don Bosco por especial encargo del Papa León XIII. Está adornada con los lienzos que el domingo último contemplamos en San Pedro; representan la gloria y los dos milagros del Beato Domingo Savio Es que se está celebrando el Solemne Triduo litúrgico en honor del angelical adolescente.

La iglesia desborda de fieles. Monseñor Federico Emanuel, S. D. B., está celebrando la misa pontifical, con asistencia del Emmo Cardenal Benito Aloisi Masella, Protector de la Sociedad Salesiana.

### En la alegría familiar de Don Bosco

Acababa la misa, pasamos al colegio anexo. Se nota en el gran patio el movimiento y júbilo de las fiestas salesianas. Varios de los personajes asistentes han salido

Atravesamos la artística verja y entramos en la espaciosa iglesia de estilo basilical. Pasamos al colegio, donde nos reciben el director R. P. José Gorgogline y el joven prefecto R. P. Alejandro Canu. No nos podrán ofrecer muchas comodidades porque en esos días han llegado la mar de huéspedes, pero nos abruman con trato, más que cortés, cordial, fraternal, y esto no tiene precio.

Nos encontramos allí con otro viajero del *Biancamano*, el P. Francisco Oreglia, a quien ya he presentado.

En el comedor nos colman de finezas no esperadas. Y aquí quedamos instalados.

## Para los de allende

Empleo una porción de la tarde en preparar una nómina de parientes, amigos y bienhechores, para los cuales tengo pensado solicitar una bendición apostólica especial. ¡Cuidado con los olvidos! Con tal preocupación, aunque bien lejos del terruño, vivo unos instantes sabrosos de intensa comunicación espiritual con los queridos.

Como los días son largos, acompaño después al P. Kenny en una salida y nos llegamos hasta el correo del Vaticano a echar cartas y postales. Por este conducto, la expedición nos resulta más económica. Además, los destinatarios filatelistas se alegrarán mucho al recibir los especiales sellos conmemorativos que emite la Ciudad del Vaticano, con motivo del Año Santo.

## Otra apoteosis

Marchamos ahora al "Sacro Cuore" para asistir a la conclusión del Triduo Solemne en honor del bienaventurado Alumno de Don Bosco.

Cuando entramos en la Basílica, un Príncipe de la Iglesia, Prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica, el Emmo. Cardenal Máximo Massimi, está



cantando, en forma elocuentísima, las virtudes del singular jovencito, a quien propone como perfecto dechado de todos los adolescentes del mundo. ¿Cuál de sus compañeritos de cien años atrás habría soñado tamaña gloria?

Y otro Príncipe de la Iglesia, el Emmo. Cardenal Aloisi Masella, imparte a continuación la solemne Bendición Eucarística.

Mi compañero no cabe en sí de santo orgullo por estos actos que tienen caracteres de apoteosis. ¡Y no es para menos! ¡Es una gloria excelsa del solar!

Con tan viva satisfacción, nos volvemos al Testaccio.

10 DE MARZO:

## OSTIA. RUINAS. EL QUIRINAL Y OTROS PALACIOS

### ¿Temeridad?

El incesante ajetreo y sucederse de emociones de estos días romanos me tienen molido. Por eso, resuelvo descansar por la mañana. Escribo algunas cartas.

Antes del almuerzo, a modo de aperitivo, salgo a recorrer lentamente la barriada. Voy solo por este famoso Testaccio. ¿No es temeridad? ¡Qué ha de ser, si lo de las pedradas y lo de las burlas y ultrajes ha pasado ya a la leyenda! ¿Quién repara en esta sotana, que se pasea libremente por las calles? Es la cosa más natural. ¡Qué profunda trasformación han realizado los hijos de don Bosco, respetados y queridos hoy en todo el suburbio!

La curiosidad me hace detener ante algunos escaparates para comparar los precios de los artículos de primera necesidad allí expuestos, con los que rigen en la Argentina. Conclusión: a pesar de cuanto se diga, allá todavía vivimos en Jauja.

### Donde muere el Tíber

A la de comer, un argentino más: el P. José H. Miguens, que está de visita. La patria crece.

Entre plato y plato, el Párroco, R. P. Arturo Monterumici, muy listo y amable, nos formula una invitación:

—Después de almorzar, un amigo vendrá a buscarme



con su auto. Si ustedes gustan de acompañarme, podrán llegarse hasta Ostia.

—¡Hasta Ostia! ¡Encantados! —respondemos en coro—.

¿Cómo perdernos la ocasión de conocer el célebre puerto de Roma?

Así acaece que a eso de las 14, vamos camino del mar, por espléndida autopista. Son de 20 a 25 kilómetros. No tardamos en llegar. Varios autos de turistas nos han precedido.

De la Ostia antigua, la del siglo IV antes de J. C., fundada por Anco Marcio, quedan venerables ruinas y excavaciones: termas, teatro, almacenes, mercado, templos foro, plazas, estatuas, casas de familias, columnas, sepulcros, fuentes, etc. Aquí en 387, murió Santa Mónica, madre del gran Agustín, con quien pasaba noches extasiada en la contemplación del cielo estrellado, que les hablaba de los hechizos de la patria eterna.

Muy cerca está la Ostia moderna, fundada por Gregorio IV en 830. No es poco lo que ha sufrido en la última guerra.

Pasando más allá, nos vemos delante de la desembocadura del Tíber, en el Tirreno. El mar está en calma. A lo lejos, se columbran unos mástiles. ¿De dónde vendrán?

Nos conducen en seguida al *Lido di Roma* o playa romana, frecuentada por su cómodo balneario. No sé con cuánto fundamento, dicen que este es el lugar en que desembarcó el héroe troyano Eneas para establecerse en Italia y dar origen a la estirpe latina. Evocación de Virgilio.

Fue una excursión breve y deliciosa.

### Sólo quedan memorias funerales...

Salgo del Testaccio hacia el centro de la Urbe. Voy a echar mis cartas al correo.

del Vicario de Cristo, lo tenía mudo. Al fin, alcanzó a balbucir:

—¡Padre Santo! Estoy viejo... Tengo setenta y dos años... Este es mi último viaje... y el fin de todas mis cosas... Deseaba, antes de morir, ver otra vez a Vuestra Santidad y recibir vuestra bendición... Dios me ha escuchado... Ya no me queda más que cantar, como el anciano Simeón, el *Nunc dimittis:* he visto al que es la *Luz* (1) para iluminación de las gentes y la Gloria del pueblo de Dios.

—¡Oh Don Bosco! —opuso León XIII—. Yo tengo seis años más que usted, y espero verlo otras veces: mucha vida le resta aún. Mientras no oiga usted que León XIII ha fallecido, esté tranquilo.

—Padre Santo —replicó Don Bosco—, vuestra palabra es infalible en muchos casos, y bien querría yo aceptar vuestro augurio; pero creed que estoy en los últimos.

A continuación, se interesó el Papa por las casas de la Sociedad, por sus misiones y por los alumnos; agregó preciosas recomendaciones para los salesianos, y, por último, suplicó al Santo le manifestase lo que opinaba sobre el porvenir de la Iglesia. Don Bosco esquivaba la respuesta y, ante la insistencia, exclamó sonriendo:

—¡Pero yo no soy profeta, Santidad!

Mas, pues el Papa persistía, el Santo hubo de ceder, aunque nadie supo lo que manifestó entonces.

León XIII habría deseado prolongar el coloquio; pero, advirtiendo el cansancio de su interlocutor, desistió.

Ordenó que introdujeran a Don Rúa y al P. Viglietti, que aguardaban en la antecámara. Recomendó a estos

(1) Aludiría, sin duda, al título de *Lumen in coelo* (Luz celestial), que de acuerdo con la denominada Profecía de San Malaquías, se aplicó a León XIII, que, por su sabiduría, fue, en verdad, luz de su época.



conservasen el espíritu del Fundador y que trabajasen mucho, pero con moderación.

—El cuerpo —añadió— exige su descanso para que pueda consagrarse a la mayor gloria de Dios.

—Padre Santo —afirmó Don Rúa—, prontos estamos a obedecer a Vuestra Santidad; pero, en esto del reposo, es el mismo Don Bosco quien nos ha dado mal ejemplo.

Todos sonrieron. Concedió luego León XIII un favor que solicitaba Don Rúa y, por fin, los despidió con una amplia bendición, no sin ordenar antes que algunos prelados acompañaran a Don Bosco hasta la escalinata principal (1).

## Se aclara un misterio

Estoy admirando ahora la hermosura y magnificencia del templo, que el Soberano Pontífice no tardó en elevar a la jerarquía de Basílica. Después de una breve oración ante el rico altar mayor, me postro ante el de María Auxiliadora en el crucero. ¡Aquí sí brotaron, como de caudaloso manantial, los recuerdos!

En ese altar de la Madre adorada, el 16 de mayo rezaba misa Don Bosco, para agradecerle a Ella el haber podido llevar a feliz término una obra que sólo Dios sabe lo que le costó. Muchos devotos circundaban el altar.

Pero ¿qué le pasa al Siervo de Dios? Quince veces, por lo menos, ha interrumpido la celebración. Ahogos, suspiros, lágrimas, sollozos, le impiden pronunciar las preces. Los circunstantes están hondamente conmovidos. ¡Oh, la misa de un santo! Cuando al fin concluye, todos se estrechan a su alrededor: quieren besarle las manos y los paramentos.

—¡Bendíganos, Don Bosco! —suplican—.

(1) *Mem., Biogr.*, XVIII, 329.

Alza él la diestra, y no acierta a decir sino:

—Bendigo... Bendigo... —y rompe en llanto, y a duras penas se logra que llegue a la sacristía, mientras los devotos quedan diciéndose con estupor:

—¿Qué le ha pasado a Don Bosco?

Cuando se hubo calmado, el P. Viglietti, su joven secretario, consiguió saber la causa de la profunda emoción que se había apoderado del querido Patriarca.

Había surgido de súbito en su mente la visión de los nueve años en Bequi... Era un sueño, que la madre, y los hermanos, y la abuela interpretaban a su modo... Tampoco él lo entendía, pero la bondadosa Virgen le dijo: "A su tiempo todo lo entenderás"... Desde entonces habían corrido sesenta y dos años de trabajos, luchas y penas. Y ahora, de improviso su mente se ilumina y ve que con la consagración de aquel templo ha coronado su misión... Del oscuro Bequi a la Roma pontifical ¡qué largo y espinoso camino! Su obra personal tocaba a su fin... ¡Bendita sea la divina Providencia! ...Muy próxima columbraba ya la paz en el seno de Dios (1). Ya todo lo entendía perfectamente.

¡Oh, sí! ¡La empresa a que el venerable anciano acababa de dar cima, había sido hazaña de gigante!

## "¡Dejad que los niños vengan a Mí!"

Don Bosco había partido ya de Roma, pero antes había alcanzado del Papa una audiencia para sus cantores de Turín. Los había traído, no sin sacrificios, para que con su ya conocida destreza diesen realce a una obra que el Padre Santo había deseado. Los dirigían dos jóvenes y hábiles maestros: el coadjutor don José Dogliani, organista y compositor, y el P. Juan Grosso, egregio gregorianista.

(1) *Mem., Biogr.*, XVIII, 340.



El 20 de mayo de 1887 fue el día establecido. Los componentes del coro esperaban en la sala "degli arazzi", de los tapices. De pronto, entró León XIII con imponente cortejo. Chicos y grandes se arrodillaron.

—¿Son estos los hijos de Don Bosco? —preguntó el Pontífice—.

—¡Sí, Santidad! —contestó el Procurador de los Salesianos, P. Francisco Dalmazzo—. Son los cantorcitos venidos de Turín para la consagración de la iglesia del Sagrado Corazón.

—¡Bien, bien! Don Bosco se ha marchado ya a Turín. Mucho me ha consolado su visita; pero me aflige su salud tan quebrantada. Es preciso que Dios nos lo conserve todavía para bien de la sociedad y de la Iglesia, máxime en tiempos tan borrascosos. Al hablarme, recordó también a estos buenos jovencitos. ¿Dependen directamente de él en el Oratorio de Turín?

—Sí, Padre Santo. Y ahora, aquí están deseosos de recibir vuestra bendición.

—Con gran placer los bendeciré, y bendeciré también los objetos de devoción, de que advierto que están bien provistos.

Y, mientras todos sonreían, pronunció la fórmula de la bendición. Volvió luego a conversar familiarmente, a pedir otros informes sobre Don Bosco, mientras sus ojos se posaban amables y vivos sobre los niños, cuyas caritas ingenuas y avispadas le hicieron exclamar:

—¡Qué bien están! ¡Qué alegres!... ¿Son todos cantores?

—Sí, Santidad ——contestó el P. Dalmazzo—, y son los que, por mejor conducta, merecieron venir a Roma.

—Me alegro. Entre las cosas que he sabido por Don Bosco, una de las que más me han agradado es que a menudo a sus alumnos les hace rezar según las intenciones del Padre Santo.

—Es verdad, es verdad.

En seguida fue pasando delante de cada uno, formulando preguntas. Al encontrarse con el organista, dijo:

—Las iglesias sin las armonías del órgano son como cuerpos sin almas.

Terminada la vuelta, de nuevo se dejó rodear por los chicos, y los acariciaba con afecto paternal y les dirigía, ya a unos, ya a otros, consejos y donaires. ¡Parecía Jesús en placentero coloquio con los niños de Judea! En esto, echó de ver que el más pequeño, que había quedado rezagado, forcejeaba por llegar adelante; hizo que le abrieran paso y se entretuvo con él un instante.

—¡Qué alegres están estos chicos! —prosiguió—. ¿Han visitado a Roma? Es necesario que la visiten bien: sus iglesias, las catacumbas, los monumentos..., para que luego puedan contar a los demás.

Poco después los bendijo otra vez, y, saludándolos con un:

—¡El Señor esté siempre con vosotros! —se alejó con su séquito (1).

¡Qué impresión dejó en todos la bondad y llaneza paternales del Supremo Pastor! Por cierto, que por toda la vida habrá durado en aquellos corazoncitos el recuerdo de la dichosa audiencia. Para confirmarlo con un solo caso, allá está el R. P. Luis Macchi, egregio humanista, teólogo y escriturario, que se conmueve al evocar, después de casi setenta años, aquel luminoso cuadro de su niñez.

## Otros próceres del solar

Cuando de la Basílica del Sagrado Corazón, retorno al Hospicio anexo, doy con la más grata de las sorpresas: paseándose bajo el pórtico están dos ilustres obispos salesianos y, por más señas, de América. Son Monseñor

(1) *Mem. Biogr.*, XVIII, 343.



Víctor Álvarez, Obispo de Ayacucho en el Perú, y Monseñor Cándido Rada, a quien conocí años atrás en Valparaíso, donde era director del importante instituto de Don Bosco de la riente ciudad chilena.

Corrí a saludarlos y surgió el breve coloquio evocador de personas y cosas de allende el océano. Recordóme Mons. Álvarez cómo nos habíamos conocido en Bernal, donde se habían reunido los directores salesianos de varias repúblicas sudamericanas, convocados y presididos por el Rvmo. Prefecto General P. Pedro Berruti. Así fue, en efecto. Y hube de recordar entonces que él, simple sacerdote en aquella sazón, pequeñito como ahora, físicamente, y talentoso como siempre, en el comedor a la hora del postre, pronunció un cálido brindis en verso flúido y armonioso, salutación fraternal a todos los delegados de los diversos países.

Por la tarde, otro sabroso encuentro: esta vez, con dos miembros del Capítulo Superior de nuestra Sociedad: el Director Espiritual o Catequista General, Rvmo. P. Pedro Tirone, y el Consejero Escolástico General, Rvmo. P. Renato Ziggiotti. A este lo vi y saludé días pasados (1). Al primero aun nó, aunque ya lo conocí en la Argentina cuando allá fue en carácter de Visitador Extraordinario de los salesianos. Iba con fama de gran virtud y mucha paternidad; luego advertimos que la fama no era tanta como la realidad. Por eso, siempre se lo recuerda allá con vivo cariño. Entre otras dotes naturales, le reconocíamos todos una excelente memoria. En efecto, al presentarme después de tantos años y decirle mi nombre, manifestó luego:

(1) Mientras está en prensa este trabajo, el Rdmo. P. Renato Ziggiotti es el que gobierna felizmente a toda la Sociedad Salesiana, como dignísimo sucesor del Rdmo. P. Pedro Ricaldone, quien, después de breve enfermedad, voló a recibir el premio de sus virtudes y genial apostolado el 25 de noviembre de 1951.

—Nos vimos en Bernal, ¿verdad?

—Así es, Padre —asentí—. Veo que, siempre fiel, le acompaña la memoria.

—¡Eh! Ya empieza a flaquear la pícara.

Y me entretiene pidiendo noticias sobre cosas nuestras de allá hasta que la campana nos invita a las oraciones de la noche.

Para estas se reúnen todos en el ábside de la Basílica, trasformada en amplia capilla para los salesianos que concurren a las facultades eclesiásticas de Roma: de Teología, Filosofía, Sagrada Escritura, Historia Eclesiástica, Ciencias Orientales, Música Sagrada, etc. Son más de sesenta estos estudiantes y pertenecen a diversas inspectorías de Italia y de otras naciones.

12 DE MARZO:

## HACIA EL PANTEÓN. AL TRASTÍBER: SANTA CECILIA

### Lo que no soñó el perseguidor

No doy un paso en esta Roma de los Césares y de los Papas, sin descubrir un nuevo testimonio de grandeza: una obra maestra del color o del cincel, una reliquia histórica, una casa o palacio memorable, una calle evocadora, una iglesia célebre, el sepulcro de un santo o de un genio... ¡Y todo lo que pasa inadvertido!

Salgo ahora a la calle con una curiosidad: la de visitar el Panteón, y ¡cuántas veces debo detenerme antes de llegar a él!

Atravieso la Plaza de los Quinientos, frente a Término, que recuerda a los soldados caídos en 1886 en una funesta emboscada de abisinios. Allá delante se alzan unas soberbias ruinas: son las célebres Termas de Diocleciano, las más grandes de la Urbe, construídas en 305 por el feroz perseguidor de los cristianos. Estos ocupan hoy la enorme sala principal de aquellas; es la del centro, convertida en la magnífica iglesia de Santa María de los Ángeles, que proyectó el genio de Miguel Ángel en 1563 y no poco estropearon otros en modificaciones posteriores.

El 13 de marzo de 1858 Don Bosco se postró allí ante reliquias insignes que estaban expuestas aquel día (1). La iglesia se comunicaba con el monasterio de cartujos

(1) *Mem. Biogr.*, V, 872.

que la atendían. ¡Si Diocleciano hubiera sabido en qué pararía su ostentosa construcción!

A la izquierda de esta, encuentro la original Plaza de la Exedra con la elegante Fuente de las Náyades de Mario Rutelli, con ingenioso juego de aguas.

## Glorias de Loyola

Entro por allí en la ancha y moderna Vía Nacional, que, al llegar a la Plaza de Venecia, se denomina del Plebiscito. Franqueo la mole roja del Palacio de Venecia, cruzo una calle, y estoy caminando junto a la imponente iglesia del *Gesú,* de los Padres de la Compañía. Entro, rezo y admiro la suntuosidad de su única nave de estilo barroco, la magnificencia de las pinturas en la bóveda *(El triunfo del nombre de Jesús,* por Baciccia), en el ábside y en la cúpula, y la riqueza de los mármoles pulimentados de que se visten los muros.

La primera vez que Don Bosco llegó a Roma fue el 21 de febrero de 1858. Al día siguiente, deseoso de oír la palabra de Dios, pues era tiempo de cuaresma, vino a esta iglesia, en que predicaba el P. Rossi y lo escuchó con placer: hablaba el docto jesuíta muy prácticamente sobre las tentaciones (1).

En el remate derecho del crucero se levanta el precioso altar de San Francisco Javier, Apóstol de las Indias. Me cabe la suerte de poder venerar el prodigioso brazo del Santo, que está expuesto en rico estuche de oro y cristal. Frontero a este, surge el altar de su Padre y Fundador, San Ignacio de Loyola, cuyos restos gloriosos están encerrados en la primorosa urna de bronce que yace bajo el ara. Arriba, y a uno y otro lado del altar, hay soberbios grupos escultóricos de metal y mármol; el lapislázuli luce pródigo en las columnas y en el globo superior

(1) *Ibídem,* V, 820.



de la Trinidad. A punto de salir, reparo en dos sepulcros insignes: el de mi derecha es el del eximio Doctor San Roberto Belarmino, y el de la izquierda, el del Beato José Pignatelli. ¡Qué tesoro de glorias de la Compañía!

## Más santuarios

Continúo por la misma calle; ahora se llama de Víctor Manuel. Doy unos cien pasos, y veo en la acera de enfrente, otra iglesia: es la de San Francisco de los Estigmas. Allí celebró Don Bosco en 1867 y dio la sagrada comunión a numerosa concurrencia atraída por la fama de su santidad (1).

Más allá, otra iglesia de hermoso frontispicio: es la de San Andrés *della Valle,* edificada en el sitio en que fue martirizado San Sebastián. Entre otras curiosidades de valor artístico, guarda tumbas de pontífices y expresivos frescos del Dominiquino, que representan escenas de la vida del Apóstol San Andrés. Don Bosco la visitó en 1858 y celebró en ella el 12 de marzo (2).

## El Panteón: epitafio de Rafael

Pregunto por el Panteón. Me aconsejan desande unos doscientos metros hasta la Vía de Tor Argentina. Por esta subo hasta dar con la parte posterior de la enorme rotonda, que se conserva desde los tiempos de Adriano, dedicada a los dioses. El Papa Bonifacio IV lo cristianizó y consagró a Santa María *ad Mártires.* Delante de la rotonda, hay un grandioso pórtico sustentado en dieciséis columnas corintias monolíticas; es parte del templo primitivo hecho construir por Agripa, veintisiete años antes de la éra vulgar.

(1) *Ibídem,* VIII, 638.
(2) *Ib.,* V, 868.

El amplio interior no recibe otra luz que la que penetra por la abertura del centro de la cúpula; pero es la mejor iluminación para apreciar la armoniosa proporción y solemnidad del conjunto. Sin embargo, no sé por qué, me produce este recinto impresión de frialdad, de vacío, hasta de abandono.

A ambos lados de la maciza puerta de bronce corren siete nichos o capillas. Bajo el altar mayor están depositadas las reliquias de los mártires que el Papa Bonifacio hizo trasladar en considerable cantidad, desde las catacumbas. He visto algunos sepulcros; entre ellos, los de los reyes de Italia: Víctor Manuel II, Humberto I y la piadosa Reina Margarita. Junto a ellos, la tumba del Cardenal Hércules Consalvi, ilustre Secretario de Estado de Pío VII y la de Rafael Sancio de Urbino, rey entre reyes, rey de la pintura que no ha acabado de reinar mientras los otros acabaron. Sobre la losa leo el epitafio que le compuso el Cardenal Bembo:

Ille hic est Raphaël, timuit quo sospite vinci
Rerum magna parens, et, moriente, mori,

es decir: "Aquí está Rafael, por quien, mientras vivía, temió la Naturaleza ser vencida, y, cuando murió, también ella temió morir."

Delante del Panteón, se extiende la plaza homónima, con una fuente en el medio, coronada de un obelisco, que perteneció al templo egipcio de Isis.

En derredor de la rotonda, por el exterior, corre un camino estrecho cerrado, más o menos a un metro y medio bajo el nivel de la calle. Me llamó la atención el gran número de gatos que allí se soleaban, aireaban o espulgaban. ¡Cuánto prosaísmo junto a la poesía de aquella majestad arqueológica!



## Donde se honró a Minerva

En seguida detrás del Panteón, entro en la Plaza de Minerva, en cuyo centro un elefante marmóreo está sosteniendo sobre el lomo un pequeño obelisco. Una muy grata sorpresa tendrá el argentino que, al contemplar los edificios que rodean la plaza, se dirija curioso al que en su frente ostenta una placa marmórea; es el viejo hotel de Minerva; el mármol reproduce la imagen de nuestro prócer máximo, don José de San Martín, y debajo esta inscripción: "Aquí, en febrero de 1846, se hospedó el general argentino don José de San Martín, Libertador de la Argentina, Chile y Perú". ¡Quién lo hubiera imaginado! ¡San Martín en Roma! ¡Y en este lugar!...

Prosigo andando junto a estos vetustos palacios, y estoy ahora delante de la iglesia de *Santa María sopra Minerva,* construída en 1280 por dos frailes dominicos sobre el área de un antiguo templo de la diosa de la sabiduría y de las artes. Ofrece la particularidad de ser el único templo romano de estilo gótico; no cede a ningún otro en riquezas de arte.

Bien ufana puede estar con los sepulcros que encierra: de Urbano VII, Pablo IV, León X, Clemente VII, Benedicto XIII y el Cardenal Capránica; con las losas sepulcrales del Cardenal Pedro Bembo y del Beato Fray Angélico, y, sobre todo, con el cuerpo de Santa Catalina de Siena, Patrona de Italia, que descansa al pie del altar mayor. La Santa, que estaba de paso en Roma por asuntos relativos al Pontificado, entregó a Dios su alma bendita en un aposento que puede visitarse detrás de la sacristía.

Don Bosco, que estuvo repetidas veces en este templo, ¡con cuánto fervor habrá rezado ante los venerables despojos de esta Santa, con la cual tantos rasgos de semejanza tuvo por la adhesión incondicional al Papado y los inestimables servicios que le prestó! En el convento dominicano anexo —ahora Palacio del Ministerio de Ins-

trucción Pública y Biblioteca—, conversó a menudo con el Cardenal Gaude, que lo estimaba mucho y lo aconsejó y protegió en los asuntos que tenía entre manos (1).

### Memorias de santos muy queridos

Bajando ahora hacia la izquierda, paso frente al célebre Colegio Romano. Aquí, en 1867, Don Bosco fue invitado a predicar a los alumnos. Estos se le aficionaron tanto que no acertaban a apartarse de su lado y muchos le rogaban los llevase consigo a Turín.

Hacia fines del mismo año, libró al Colegio de una catástrofe. No se sabe por qué vías, llegó a saber que enemigos de los jesuítas intentaban volar el edificio. Dio luego aviso a los superiores, y, en efecto, encontraron unas excavaciones preparadas para recibir el terrible explosivo (2).

Pegada a este Colegio, encuentro la iglesia de San Ignacio, de soberbio frontis e interior barrocos y estupendas decoraciones. Tengo la suerte de postrarme ante los restos sagrados de San Luis Gonzaga, que se veneran en una capilla magnífica de la derecha. ¡Con qué efusión, en 1858, lo hizo Don Bosco, difusor infatigable de la devoción a este seráfico joven y fundador de la Compañía que lleva su nombre, establecida en todos los colegios salesianos del mundo! (3). Como él y el P. Juan B. Francesia, que lo acompañaba en 1867, tengo otra suerte: la de entrar en el vetusto Colegio de la Compañía y, después de recorrer escaleras, patios y corredores, llegar a las que fueron habitaciones, hoy convertidas en capillas, de San Luis Gonzaga y de San Juan Berchmans. Allí me postro y ruego a estos santos jóvenes tan simpáticos, para mí

(1) *Ib.*, V, 822, 855.
(2) *Ib.*, VIII, 971.
(3) *Ib.*, V, 919.



y para los alumnos de nuestros colegios, que de Don Bosco han aprendido a venerarlos y amarlos. Observo luego los preciosos autógrafos y objetos de uso personal de ambos santos, que se hallan expuestos en una sala próxima. ¡Qué dichoso me siento con esta visita!

De nuevo en la calle, doblo a la derecha, por la Vía del Caravita, luego a una y otra mano, hasta salir a la Plaza Pilotta. Allí está el edificio de la renombrada Universidad Gregoriana, donde tantos de nuestros hermanos ganaron las borlas doctorales. De aquí, torciendo a la derecha, salgo a la Vía Nacional, que me conduce a la Plaza de las ya conocidas Termas de Diocleciano, desde donde diviso la estatua de bronce del Sagrado Corazón que me señala la meta.

Creo que no he empleado muy mal la mañana. Tal vez he visto demasiadas cosas. He salido solo porque mi inefable a látere, el P. Kenny, con un ataque de reuma, no se ha animado a acompañarme. Voy a ver cómo sigue.

### Santa Cecilia

Mi compañero está harto de inacción. Además el relato de mis impresiones de hoy parece que estimula su apetito. Decide salir él también a la tardecita.

—¿Qué deseas visitar? —le pregunto.

—¿Qué te parece si fuéramos a la Basílica de Santa Cecilia?

—Es una idea magnífica. Santa Cecilia es una santa muy nuestra. ¡Y con la devoción que siempre le hemos tenido desde nuestros días de cantorcitos! No se concibe casa de Don Bosco sin música y, por ende, sin su celestial Protectora.

—¿No recuerdas que, como nos decían, nuestro santo Fundador hizo fijar en Valdoco, sobre el dintel de la

puerta de los cantores el mote escritural: *Ne impedias musicam?* (1).

—¡Si él era músico! Violinista...

—Organista...

—Y hasta compositor. Jamás he olvidado su hermoso cántico de Navidad, que, hace más de cuatro años por cierto, al principio del siglo, nos enseñó su fervoroso alumno, músico también, el venerado P. Bartolomé Molinari.

—Sí: *¡Ah, si canti in suon di giubilo...* —y el P. Kenny se me pone a cantarlo queriendo en vano sacar su vocecita sopranil de mejores días—. Y no fue eso lo único que compuso: algún Tantum ergo, hasta una misa...

—Pero hay además pruebas de su devoción positiva a Santa Cecilia. De ella les hablaba a menudo a sus niños, porque la vida de la gloriosa mártir ofrece muchos hechos dignos de imitación. En 1858, por ejemplo, durante tres domingos consecutivos los entretuvo refiriéndoles rasgos de su admirable apostolado y de su heroico martirio (2). Uno de los capítulos más hermosos de su *Historia Eclesiástica* es el que a ella le dedica (3). ¡Si le profesaba devoción!

—Basta recordar cómo celebraba la festividad de la Santa: con misa solemne y sermón, a veces con orador de campanillas (4). Al mediodía, durante muchos años, invitó a su pobre mesa, rica de afecto paternal, a algunos cantores de los de mejor conducta y habilidad (5). Y completaba la fiesta con alguna velada o función teatral.

—Y si no me engaño, en una de esas fiestas de Santa

(1) *Ibidem,* V, 540.
(2) *Ib.,* VI, 76.
(3) S. Juan Bosco, *Hist. eccles.,* Época I, cap. 15.
(4) *M. B.,* VI. 82.
(5) *Ibidem,* III, 149.



Cecilia, se estrenó una pieza dramática, sencilla pero muy conmovedora, del propio Don Bosco.

—Te refieres a *La casa de la fortuna,* ¿nó? Fue en 1864 (1).

—Se explica entonces el empeño con que los primeros hijos de Don Bosco cultivaron allá entre nosotros esa hermosa devoción ceciliana.

## Recuerdos semiseculares

Y mientras bajamos lentamente las interminables escaleras, vamos recordando a Monseñor Santiago Costamagna, al P. José Vespignani y al P. Aquiles Pedrolini, a quienes tanto debió la música sagrada en la Argentina.

Los dos últimos fundaron en 1899, con asiento en Bernal, la *Asociación de Santa Cecilia,* cuyo benéfico influjo traspondría luego los límites de nuestros institutos, para los cuales había sido ideada. Para pertenecer a ella, debía demostrarse en un examen cierta preparación musical.

De ella nació poco después —primero en tímido ensayo litográfico de los diestros hermanos Fuchs— la *Revista Santa Cecilia,* que pronto apareció en caracteres de imprenta, en vista de la general aceptación con que fue recibida, no sólo en el país, sino en otros del Continente. Ya antes del *Motu Proprio* del Beato Pío X sobre la Música Sagrada, bregó ella por la restauración del canto en el templo. Y para facilitarla, agregó a sus páginas un interesante *Suplemento Musical* con trozos escogidos de eximios maestros de América y Europa. Alma de todo fue el inolvidable Padre Pedrolini, y su eficaz colaborador, el hábil maestro P. Magín Blanco.

Se avivó extraordinariamente el fervor musical en nuestras casas y se creó la más estrecha unión entre sus

(1) *Ib.,* VII, 816.

escolanías. ¡Cuántas veces, en ocasión de solemnes celebraciones, se aunaban sus elementos en ingente masa coral que ofrecían audiciones y conciertos, que despertaban la atención de los entendidos, y fueron estímulo eficaz para la creación de conjuntos similares en otras instituciones!

No dejamos de evocar el esplendor con que anualmente la Asociación festejaba a su celestial Patrona: por muchos años, las escolanías en esa ocasión se concentraban en Bernal para la misa solemne con panegírico, para los entretenimientos y asambleas que seguían, y para el modesto almuerzo que, presidido por el P. José, trascurría en jubilosa cordialidad, entre versos y discursos, que alternaban con deliciosas músicas de nuestros compositores.

¡Y cómo olvidar la función músicodramática de la tarde en que salían al escenario del viejo salón de actos —que allá está todavía, casi como entonces, para atestiguarlo— las mejores piezas de nuestro teatrito salesiano: *Culpa y perdón, San Eustaquio, Los molinos de Roma, David ungido rey, Ubaldo,* etc., etc., admirablemente preparadas por el R. P. Juan Pedro De Andrea, el sin par director de escena!

¡Ni cómo ha de quedar en el tintero el Congreso de Música Sagrada, promovido por la misma Asociación para abril de 1904! Era el primero de esa naturaleza que se realizaba allá. Concurrieron representantes del Uruguay y algún salesiano de otras naciones. Lo bendijo el Episcopado. Monseñor Luis Duprat, Vicario General de la Metrópoli, a quien se había investido con la presidencia efectiva del Congreso, hubo de afirmar que era este "por más de un concepto, un acontecimiento notable en los fastos de nuestra historia religiosa (1). Allá quedó un libro, *Actas del Congreso de Música Sagrada,* para grata perpetuación de los antecedentes y actos de la brillante asamblea, con los medulosos discursos de elocuentes oradores y las conclusiones prácticas que adoptaron luego los señores Obispos para la restauración del canto sagrado en sus diócesis.

(1) *Actas del Congreso de Música Sagrada,* p. 5, Buenos Aires, 1905.



De lo que vamos conversando, colija el lector el interés que tenemos en llegarnos a la basílica de la Santa, con cuyo celestial auspicio pudo realizarse todo aquello.

## De casa patricia a basílica insigne

Hemos llegado a la portería, donde nos suministran datos para ir allá. Por lo visto, no es tan fácil.

Hay que atravesar el río. Lo hacemos por el puente Palatino, contemplando a la derecha la Isla Tiberina con el airoso campanil románico de la iglesia de San Bartolomé construída en el lugar que antiguamente ocupaba un templo de Esculapio. Hacia el otro extremo de la isla se levanta el hospital, en una de cuyas salas murió santamente el 11 de marzo de 1905 nuestro Siervo de Dios Ceferino Namuncurá, uno de los cantorcitos de los coros que acabamos de recordar: como tal lo conocí.

Entramos en el Trastíber, barrio típico de Roma, por el trazado irregular de las calles, la pobreza de las viviendas, la mucha gente humilde y, en general, fornida, que se ve charlando de puerta a puerta o de vereda a vereda, en su vivaz dialecto, la numerosa y bullanguera chiquillería y el no muy esmerado aseo de los pavimentos.

Nos cuesta bastante llegar a puerto. Con un plano a la vista, la cosa habría sido mucho más fácil. Al fin, casi pasamos de largo, porque la iglesia no da directamente a la calle. Por casualidad, la vemos a través de una verja. Después de cruzar esta, nos introducimos en un patio —el antiguo atrio de la casa de Cecilia con una fuente de mármol restaurada en el centro—. Al extremo del patio se levanta la fachada barroca del templo, con un

pórtico de cuatro columnas que lo precede y un campanario, los dos de estilo románico.

La primitiva iglesia no fue sino la misma casa de la Mártir; ella, estando ya moribunda, expresó el deseo de esa trasformación al Papa San Urbano, que había ido a asistirla en aquel trance. Fue restaurada y reconstruída varias veces, la última a principios del siglo actual.

Entramos con viva emoción. Por la nave central, nos adelantamos hasta el altar mayor y nos postramos ante la célebre estatua yacente de la Mártir, con que Maderno reprodujo la misma posición en que, dicen, fue hallado el cuerpo de Cecilia al descubrirse su sepulcro en 1599. Debajo de este altar está la cripta, de espléndida decoración bizantina, a la cual se desciende por un costado del ábside. Allí está la tumba que encierra el santo cuerpo trasportado en 821 a ese lugar por el Papa San Pascual, desde las catacumbas de San Calixto, donde lo había depositado San Urbano. Allí repetimos la ardiente aspiración que la santa Virgen cantaba frecuentemente: *"Fíat cor méum et corpus méum immaculátum, ut non confúndar"*, y tenemos un recuerdo especial para nuestros maestros de canto, y pedimos por el reinado de la música sagrada en los templos de la Argentina.

En la sacristía, muestran una caldera o estufa, del baño, en la cual intentaron sofocar a la insigne heroína.

En la iglesia, de tres naves, se han erigido varios sepulcros. Nos detenemos ante el más reciente, de elegante gravedad: es el del piadoso Cardenal Mariano Rampolla del Tíndaro, que fue Titular de esta Basílica y nuestro Cardenal Protector, mientras era sagaz Secretario de Estado de León XIII. ¡Paz en su tumba!

¡Cuánto nos había hablado de esta venerable Basílica y de sus preciosas reliquias el P. Pedrolini, que, con la edificante piedad que lo caracterizaba, las había visitado en un viaje a Roma! No es poca la satisfacción que experimentamos al admirarlas ahora a vista de ojos.



## Otra reliquia al paso, y una invitación

Siguiendo la última calle en sentido opuesto al que trajimos, topamos con otra iglesia, de vieja apariencia: es la de San Francisco *a Ripa*, del siglo XIII. En el convento contiguo vivió durante cierto tiempo el Santo de Asís, y, en efecto, puede visitarse una de las habitaciones, venerada por haberla santificado él con su presencia.

Nos arrimamos al Tíber. Lo atravesamos por el Puente Aventino, y a poco, pues mi compañero está ya jadeando, subimos a un tranvía de los llamados de circunvalación. Nos deja en la Plaza de los Quinientos. A cien pasos tenemos el *Sacro Cuore*.

Después de la cena, Monseñor Cándido Rada me hace una grata invitación: acompañarlo mañana a San Pedro para tomar parte en las solemnidades del Aniversario de la Coronación de nuestro Padre Santo, Pío XII. Nos encontraremos, para salir, junto a la portería del Instituto.

¡Buenas noches!

13 DE MARZO:

## TROMPETAS DE PLATA. EL "MOISÉS" DE MIGUEL ÁNGEL

### Dos horas monaguillo

Así parodio el título de la deliciosa obra *15 días sacristán*, en que nuestro ilustre Hugo Wast relata graciosas andanzas en compañía de eximio prelado: Monseñor Miguel de Andrea. Es que también a mí me cabe hoy, lunes, 13 de marzo, la suerte inmensa de acompañar a un prelado salesiano, nada menos que en las solemnísimas ceremonias con que rememora San Pedro un nuevo aniversario de la coronación del augusto Pontífice reinante, Pío XII.

La mañana está espléndida, como ataviada de conformidad con la brillante etiqueta propia del día.

La agregación a último momento de mi compañero inválido, engolosinado con la prevista grandiosidad del acto, es causa de que nos demoremos en llegar. La plaza de San Pedro hormiguea de fieles, que acuden presurosos a la Basílica.

—Se entra por el Portón de Bronce —advierte Monseñor.

El Portón de Bronce está en el punto de donde arranca el brazo derecho de la soberbia galería de Bernini. Allá vamos. Ante el hábito morado del Obispo, la guardia palatina saluda y nos franquea el paso.

### Apremio e intrusión

Alguien nos advierte que ya está formándose el cortejo. Acelerando la marcha, subimos escalinatas, cruzamos galerías y salas suntuosas, y en una de ellas nos desembarazamos de capas y sombreros, y vestimos las prendas de rigor.



—¡De prisa! ¡De prisa! —urgen graves eclesiásticos, y, no sé si desandando el camino o recorriendo otro, bajamos escaleras y atravesamos aposentos hasta entrar, por una puerta lateral interior, en la gran Basílica.

De pronto, nos vemos en una capilla espaciosa, donde un grupo de prelados rodea —¿a quién os parece?— nada menos que al Sumo Pontífice, ayudándole a revestirse de los riquísimos paramentos para el sagrado rito. Mas nuestro gozo se agua no bien uno de los maestros de ceremonias, que nos ha divisado, se viene como una bala hacia nosotros para advertirnos secamente que allí estamos de más... ¡Una plancha! ¿Qué hacer entonces? Seguimos a alguno que se adelanta a guiarnos; nos abre una puerta y nos encontramos en la nave lateral derecha de San Pedro.

No repuestos aún totalmente del sofocón, notamos que la multitud es un mar inmenso. La guardia pontificia alineada deja en medio un camino, que en breve recorrerá el Papa, quien allí mismo ascenderá a la silla gestatoria. Y, pues nosotros debemos unirnos a los prelados que ya han ido a ocupar su sitio ante el altar de la Cátedra, nos invitan a seguir adelante, y, así, por el referido camino, nos vamos hasta la nave central.

A uno y otro lado, la muchedumbre impaciente espía el instante de la aparición del Pontífice. ¿Reparará en nosotros, que, escoltando al Obispo, avanzamos graves por el pasillo central? Más de uno acaso se preguntará: "¿Quiénes son esos?" Trato de soportar lo más sereno posible la curiosidad de tantos millares de ojos, persuadido al fin de que a nadie le interesará nuestro tránsito.

Y andando, andando, llegamos al altar monumental

de la Confesión, torcemos hacia la derecha, pasando ante las elevadas tribunas del crucero y ascendemos al fin las gradas del amplio estrado que se eleva delante del altar de la Cátedra. Monseñor nos deja para unirse al numeroso coro de prelados. Nosotros ocupamos un lugar entre los muchos clérigos, secretarios o familiares de los obispos, que forman la primera fila.

En las graderías de ambos costados, veo el conjunto más imponente: son innumerables invitados especiales: eclesiásticos, militares, civiles, funcionarios del gobierno italiano, senadores, diputados, diplomáticos, etc., luciendo vistosos uniformes de gala, condecoraciones y distintivos.

## Espectáculo deslumbrador

De repente, el murmullo que flota en el vasto recinto, se agranda como estruendo de selva batida por el huracán. Es que ha llegado el instante que las almas esperan. Lo anuncian con sus alegres armonías las clásicas trompetas de plata. Aplausos y aclamaciones porfían con ellas.

Acaba de asomar en la Basílica el augusto Vicario de Cristo, alzado sobre la multitud en la silla gestatoria; a uno y otro lado, los albos flabelos; lo preceden y siguen los gallardos oficiales de la Guardia Noble. Se ha puesto de pie el venerable anciano. Rica tiara de oro le ciñe la ancha frente. Sonrisa de padre le ilumina el rostro fino y pálido de asceta, al mismo tiempo que su diestra va trazando signos de cruz sobre el gentío que lo aclama entusiasta e insistente. Todos y cada uno quisieran llamar su atención para llevarse una mirada, una sonrisa, un gesto, una bendición particular. Hay padres y madres que levantan a sus pequeñuelos para que puedan contemplar al dulce Padre de la cristiandad, que los envuelve como en un hechizo de divina complacencia.

La marcha es lenta; pero llega a su fin cuando, junto al altar de la Confesión, desciende el Papa de su trono portátil.



Poco después, desde mi sitio de privilegio, a pocos pasos de distancia, lo veo pasar con su porte de ángel, majestuoso y sencillo a la par. Se encamina al altar mayor, entre los más altos dignatarios de la Iglesia y príncipes de su Corte.

Después de casi un año, con muy escasa colaboración de apuntes, no puedo describir los pormenores de la solemne ceremonia que entonces se desarrolló, ni quiero copiar lo que me diría la lectura del Ceremonial. Pero quedará indeleble en mi ánimo la inefable impresión engendrada por una armoniosa conjunción de factores: la austera grandiosidad de la liturgia papal, la magnificencia de los sagrados paramentos, la majestad de la Basílica engalanada con todo el fausto de sus prodigiosos mármoles, paños, metales, mosaicos y luces; la polifonía paradisíaca de las célebres capillas vaticanas y, como incomparable marco, el imponente clero de cardenales, patriarcas, arzobispos, abades y otros prelados *urbis et orbis*. Súmense a esto los incontables fieles de todas las lenguas y de todas las razas, que inundaban por completo las naves, cruceros y tribunas del enorme templo, y se tendrá alguna idea de la viva sensación de universalidad que embargaba los ánimos en aquellos maravillosos instantes.

¡Qué extraño que, así, crea uno vivir en otro mundo? ¡Y cómo vuela vertiginosamente el tiempo! ¡Y con cuánto pesar se ve llegar de pronto el término del acto!

Dispónese el Padre Santo a retirarse. El acompañamiento que ahora lo precede, debe de parecer más imponente aún. Las expresiones de reverencia y afecto, por parte de la multitud, se renuevan con creciente fervor en las aclamaciones, aplausos y cánticos que sin interrupción van sucediéndose hasta que el querido Padre Común

desaparece. Los ojos, como fascinados, quedan aún fijos en aquella dirección.

## El saludo de los suizos

Siempre como séquito de Monseñor Rada, penetramos de nuevo en la mansión pontificia, subimos a la cámara a recoger nuestras prendas y nos disponemos a marchar, pues ya hace tiempo que ha pasado el mediodía. A pesar de ello, con mayor calma que al venir, contemplamos los diversos fastuosos locales que hallamos de pasada, y nos parece ahora mayor la nobleza y apostura de la guardia palatina, a cuyo marcial saludo respondemos también con mayor reposo y gentileza.

¡Cómo no recordar la anécdota de Don Bosco, acaecida quizá en uno de estos puestos de guardia! Era el 13 de mayo de 1887. El Santo salía de una audiencia privada, a la cual ya me he referido (1). León XIII, a los extremos de cariño de que había colmado a nuestro santo Fundador, añadía una fineza más, ordenando a algunos miembros de la Cámara Pontificia que acompañasen al venerable anciano.

Los guardias suizos vieron avanzar la luciente comitiva, y, pensando que debía de ser personaje muy de cuenta el que se acercaba con tal escolta, como tocados por un resorte, se cuadraron y presentaron las armas.

Detúvose Don Bosco sonriente, y les habló:

—¿Qué hacéis, hijos? ¿Me habéis tomado por un rey? No soy sino un simple sacerdote, inválido y jorobado. No os molestéis.

—¡Es Don Bosco! —explicó uno de los prelados—.

—¡Don Bosco! —exclamaron los soldados, acercándose entonces a besarle reverentemente la mano.

(1) V. pág. 91.



Los entretuvo él unos instantes familiarmente y ellos, encantados, respondían a sus preguntas como chiquillos (1).

Cuando el anciano se alejó, uno de los suizos hubo de expresar:

—¡Cierto que no es un rey! Es más: ¡es un santo!

Y lo seguían con la mirada. Habían quedado fascinados. Aquel Santo también era rey: de los corazones que se le acercaban.

## El Moisés de Miguel Ángel

No he de irme de Roma, si no veo antes el célebre Moisés. Se lo comunico a mi compañero.

—Iré yo también —me dice con resolución.

Para ello, nos dirigimos por la tarde a la basílica de San Pedro *ad Víncula,* que está en el Esquilino. Dicen que en ese lugar el Príncipe de los Apóstoles erigió la primera iglesia cristiana de Roma, muy modesta por cierto.

Allí, en 442, hizo construir la Emperatriz Eudoxia una basílica para conservar las cadenas con que el Apóstol había sido aherrojado en las cárceles de Jerusalén y Roma. La actual iglesia es una restauración de aquella. Da a la plaza homónima.

Entramos. Son tres naves. Detrás del altar mayor, nos detenemos ante la urna de cristales y bronce, en que se ven expuestas las cadenas de San Pedro.

Más suerte que a nosotros le cupo a Don Bosco, cuando aquí estuvo el 23 de febrero de 1858 en compañía del clérigo Miguel Rúa, su futuro sucesor: la urna estaba abierta a la veneración de los fieles; pudieron

(1) *Mem. Biogr.,* XVIII, 333.

tocar aquellos hierros benditos, besarlos y llevarlos piadosamente al cuello y a la frente (1).

En esta basílica celebró el Santo muchas veces, delante de gran cantidad de devotos deseosos de asistir a su misa, y de recibir luego su bendición en la sacristía (2).

Pero ¿y el Moisés? Allí está: a la derecha del altar mayor, en el sepulcro de Julio II, que debía llevar a cabo el Buonarroti. Él trazó el plano; iba a ser una maravilla de arte; pero de él no hay aquí, segura y enteramente suyo, sino la gigantesca figura del gran Caudillo de Israel; las otras estatuas son de discípulos suyos, más o menos aprovechados. Lo que roba toda la atención es el Moisés famoso. Aun nos parece oír al impar Maestro, que, en un arrebato de admiración ante su propia obra, golpeándola con el cincel en la rodilla, dicen que exclamó impaciente: *Perchè non parli?* ¿Por qué no hablas? En vano busco las huellas del golpe. Mis ojos profanos nada distinguen, y creo en la posibilidad de una expresiva leyenda.

La perfección maravillosa de esta hechura genial, afortunadamente, hace olvidar el conjunto infeliz que nos legaron los que pretendieron realizar el original esbozo del inmortal Miguel Ángel. Tengo para mí que, si este hubiese llegado a ver el contrahecho Julio II y la bastardía de su ideal, que es este mausoleo, armado de cólera y de un hacha, lo habría hecho añicos, repitiendo el clamor del gran Pontífice, su Mecenas: "¡Fuera los bárbaros!"

Abandonamos el templo, y aun reproduce nuestra retina la vigorosa musculatura del incomparable Legislador del pueblo de Dios.

Bajando por la izquierda, caemos ante las ruinas de la *Domus Aurea* de Nerón, desde donde contemplamos un instante la mole imponente del Coliseo. Sobre él se yergue una enorme nube de formas fantásticas, esclarecida por los postreros rayos de la apacible tarde romana.

(1) *Mem. Biogr.*, V, 822.
(2) *Ibidem*, VIII, 613.

14 DE MARZO:

## LETRÁN. ARGENTINOS EN ROMA

### Tesoros de Letrán

¡San Juan de Letrán! Hénos aquí otra vez extáticos ante la soberbia portada de *la madre y señora de todas las iglesias de la Urbe y del orbe.*

Somos tres los curiosos de hoy. Rápidamente recorremos la estupenda Basílica, porque nuestro programa de la mañana es el anexo Palacio de Letrán cuya arquitectura actual es una reconstrucción de fines del siglo XVI. Fue suntuosa residencia de los Papas hasta el traslado de la sede a Aviñón.

Vamos a conocer los riquísimos museos instalados en sus regias salas, que son el complemento de los vaticanos. Se comprende que no es la nuestra una visita de estudio, ni mucho menos; apenas lo es de curiosidad.

Por la extremidad izquierda de la armoniosa galería, nos introducimos en el *Museo de Arqueología Cristiana,* donde se exponen interesantes planos en relieve de los Santos Lugares; variedad de sarcófagos, sencillos unos, otros decorados con bajorrelieves históricos o simbólicos; mosaicos antiguos; estatuas primitivas: del Buen Pastor, de orantes, de santos; pinturas sencillas de las catacumbas, frescos, cruces, inscripciones, monogramas, epitafios, campanas, fragmentos de arte arcaico, etc. Hay, además, unas diez salas dedicadas a mosaicos y pinturas más recientes: de los siglos XVI y sucesivos.

El *Museo de Misionología* es una exposición más o

menos completa de la múltiple actividad de la Iglesia en los lugares de misión: topografía, viviendas, manifestaciones de civilización y de cultura, costumbres, etc., ordenado todo por continentes y naciones.

Recorremos, por último, el *Museo Profano,* que abarca dieciséis salas con toda suerte de obras de arte (estatuas, bustos, torsos, arcas, vasos, urnas, fragmentos arquitectónicos, mosaicos, esculturas funerarias, ídolos, altares, columnas, candelabros, lámparas, etc.), de la antigüedad griega, romana, etrusca, etc.

¡Qué material inmenso, inagotable, para los estudiosos! ¿Quién no piensa en la solicitud de la Iglesia por conseguirlo, conservarlo y ofrecerlo a la curiosidad de arqueólogos e historiadores? ¿Y no es acaso la prolongación de la obra que salvó la cultura medieval por los pacientes monjes humanistas? Este es el natural corolario de nuestro fulmíneo pasaje por estos museos, entre tanta riqueza y preciosos vestigios de las inquietudes artísticas y científicas de otras edades.

## El Bautisterio y la Escala Santa

Salimos a la gran Plaza y, yendo junto al Palacio hacia la izquierda, la cruzamos frente al obelisco rojo de Heliópolis para entrar en el Bautisterio de San Juan, con forma de octógono, cuya edad se remonta al siglo V. Ocho columnas de pórfido que se levantan en el centro, sostienen otras tantas, sobre las cuales apoya la cúpula, octogonal también. Está decorada con valiosos frescos. La fuente bautismal está en el centro, y esa fue, durante mucho tiempo, la única de Roma en que se administraba el bautismo. Está en comunicación con varias capillas u oratorios ricos en mosaicos y pinturas de precio inestimable.

Siquiera la mañana toca ya a su fin, decidimos visitar la Escala Santa.

—Más vale pájaro en mano... —sentencia uno—.



—Claro está: si nó, nos exponemos a no verla ya —apoya otro—.

Vamos de nuevo a través de la gran Plaza de San Juan de Letrán, hacia el pórtico de dos cuerpos que precede al edificio custodio del preciado tesoro. Dos grupos escultóricos que representan el Ecce Homo y el Beso de Judas, a uno y otro lado de la entrada, preparan el ánimo del piadoso visitante. Unos pasos más allá se ve la escalera de veintiocho gradas de mármol, perteneciente a la mansión de Pilatos en Jerusalén, y que Nuestro Señor subió y bajó durante su Pasión, dejando allí grabadas las huellas de sus divinos pies ensangrentados. Fue traída a Roma en tiempo de las Cruzadas. Se la ha revestido de madera para evitar su desgaste. Se puede subir por ella, pero sólo de rodillas. ¡Cuántos sentimientos brotan aquí en el alma del creyente!

Desde lo alto de la escalera, se divisa hacia delante una capilla, que fué oratorio privado de los Papas en el antiguo palacio de Letrán que allí surgía y hoy ha desaparecido.

## Otro rincón argentino en Roma

Me refiero a la Iglesia Argentina, edificada por el piadoso Monseñor José León Gallardo, nuestro insigne compatriota, frente a la Plaza Cuadrada, hoy Plaza de Buenos Aires, en un hermoso barrio de estampa moderna. Tantos recuerdos de la patria, allá nos llevan esta tarde.

Llamamos a la puerta de la rectoral. Nos presentamos como argentinos. Creíamos saludar a padres mercedarios compatriotas —pues a dicha Orden está confiada la iglesia—; pero, desde las primeras palabras que nos dirige el buen Padre que nos recibe, advertimos que es español, y españoles los otros de la comunidad, según él nos informa.

Nos acompañan a visitar el templo, y lo encontramos

de arquitectura original y hermosa, siquiera no esté concluido aún.

A pocas cuadras de allí, junto a una amplia avenida, pasamos delante de una "Iglesia americana". No salimos de la duda de si se trata de un templo católico o protestante.

## El árbol tiende nuevas ramas

Deseamos conocer el gran Instituto Pío XI, construído en parte por el Sumo Pontífice que se complació en que lo llamaran *el Papa de Don Bosco,* y en parte con la contribución generosa de otro compatriota, el R. P. Adolfo Tornquist, salesiano.

¡Oh, lo que tenemos que andar! Parece que en todos hay acuerdo para chasquearnos.

—¿Dónde queda el Instituto Pío XI? — preguntamos a uno.

—Allí, allí no más —nos contesta—: a unos 200 metros.

Hechos los 200, el edificio no parece. Volvemos a inquirir, y nos responden:

—De aquí, a 300 metros.

Mi corpulento a látere jadea; yo no le voy mucho en zaga. Estamos por desistir del empeño, cuando uno que ha oído nuestra anterior pregunta y observa nuestra desazón, interviene como compadecido:

—¿Ven aquel edificio? Al lado está la iglesia: allá es.

—Hicimos veinte —suspira mi compañero—; hagamos veintiuno.

Al fin llegamos; pero ya está oscureciendo. Vemos de prisa la espaciosa y pulcra iglesia de María Auxiliadora; entramos en el gran establecimiento; nos asomamos al patio, y apenas distinguimos ya los extensos y anchos pórticos de un sólido edificio de varios pisos.



Preguntamos al portero por un vehículo que nos traslade al *Sacro Cuore,* y allá vamos, ya de noche, sin ni siquiera haber podido saludar al P. Director del Pío XI.

Mientras aguardamos el tranvía, reflexionamos: ¡Qué hondas raíces ha echado en Roma el árbol de Don Bosco! ¡Cómo ha extendido sus benéficas ramas a todos los vientos! Hay ya aquí ocho colegios o residencias salesianas. ¡Cuánto gozará Don Bosco con esta vigorosa florescencia, él que tanto deseaba sentar sus reales bajo la mirada paterna del Papa! La bendición de este a la primera simiente del Sagrado Corazón, ¡cuánta fecundidad le ha infundido!

15 DE MARZO:

## ADIOSES Y PROVIDENCIAS

### En vísperas de partir

Mañana, Dios mediante, marchamos a Nápoles. Esto significa que gran parte del día se nos irá en preparativos.

Nada más empachoso que viajar con equipaje. Cuantos menos bultos, mejor. Por eso, dejamos listas algunas maletas para que nos las despachen a Turín, a donde tenemos planeado subir después.

El P. Kenny debe ir a recoger una respuesta en la Embajada Argentina ante la Santa Sede. Le hago de lazarillo, porque su artritis puede jugarle alguna ingrata pasada.

Todo va bien, gracias a Dios. Y en esto trascurre la mañana.

### ¿Será la última vez?

Por la tarde, nuevamente a San Pedro, alma de Roma y, con extensión tan diminuta, corazón del mundo. ¿Vendremos aquí otra vez?... Todo lo miramos ahora con viva intensidad, como si quisiéramos fijarlo tan hondo en el espíritu que nada pueda arrancárselo jamás: la plaza, el obelisco, las fuentes, los pórticos de Bernini, los Palacios Apostólicos, la grandiosa Basílica, su lonja, su cúpula y, dentro, las naves, los altares de la Confesión y de la Cátedra, las capillas, las estatuas, la de San Pedro y, arriba,



la de San Juan Bosco y sus dos jovencitos...; todo lo que más destaca en una visión general.

Al salir, en los buzones del correo vaticano, a la derecha, casi al pie de la enorme plataforma del atrio, echamos unas cartas, que llevan impresiones, esperanzas, proyectos, encargos, súplicas y cariños a los queridos de ultramar. Adquirimos también algunos sellos del Año Santo, que han de interesar a filatelistas amigos.

Lentamente, después cruzamos la plaza. Ante el obelisco nos descubrimos, por la Cruz que lo corona y que lleva incrustado un fragmento del sagrado Madero del Gólgota. Lo aprendí esto en las *Memorias Biográficas,* donde se dice que el Santo de Turín y su compañero, al llegar a este lugar, se detuvieron y, descubriéndose se inclinaron ante la insigne reliquia, para lucrar las indulgencias concedidas a esa práctica (1).

### En la Vía nueva de la Conciliación

Para indeleble recuerdo del Tratado de Letrán, con que se puso feliz término al prolongado y grave entredicho entre la Santa Sede y el Gobierno de Italia, se dio a esta anchurosa arteria el nombre de *Vía della Conciliazione.* Grandes obras de embellecimiento se están acabando en ella. que desemboca en la misma entrada principal de la Ciudad del Vaticano, donde empieza la plaza de San Pedro.

En una y otra acera de dicha avenida, se yerguen altos y elegantes edificios; en uno de la izquierda, están instaladas las oficinas de la Comisión Central del Año Santo, donde peregrinos y turistas obtienen todos los informes y facilidades que han menester para sus viajes o excursiones.

Unos pasos más allá de estas oficinas está la casa en que días pasados encargamos la tramitación de un buen

(1) *M. B.,* V, 827.

número de bendiciones papales. Vamos a buscarlas. Ya están listas. El P. Kenny protesta por la letra que no es todo lo hermosa que él quisiera. No le falta razón, pero... Las retiramos. A pesar de la deficiencia del calígrafo, ¡qué contentos han de quedar los parientes, amigos y bienhechores, cuando les entreguemos estos rescriptos, con que el Papa les concede benignamente una bendición especial!

## Gratitud y largueza

¡Quién tuviera los méritos y el poder de Don Bosco, el cual, en todas las audiencias, alcanzaba del Romano Pontífice, para premiar la caridad de sus bienhechores, no sólo bendiciones, sino también muy singulares gracias y privilegios, condecoraciones pontificias, títulos honoríficos y dignidades eclesiásticas! ¿Quién no recuerda, por ejemplo, que al Pbro. Pedro B. Ceccarelli, cura de San Nicolás de los Arroyos, que mucho se había preocupado para que los salesianos fundaran en su jurisdicción la Casa que fue la primera de Don Bosco en América, le obtuvo de Pío IX el título de Monseñor con el cargo de Capellán de Su Santidad, lo que confirmó y acreció León XIII designándolo además su Camarero Secreto? Y para el insigne Cooperador de la misma ciudad, don José Francisco Benítez, imploró el título de Comendador (1).

Es que así el Padre Santo, indirectamente, premiaba a Don Bosco, que tantas veces había renunciado a altas dignidades que le había ofrecido, por los inestimables servicios prestados, a menudo a costa de graves molestias, a la causa y gloria del Pontificado.

Al cruzar la Vía de la Conciliación, nos volvemos una vez aún hacia San Pedro, visible desde aquí en toda su extensión, para dirigirle nuestro último saludo.

(1) *Mem. Biogr.*, XII, 194; XIV, 463, 787.



## Viajeros

Vamos a la estación de Término. Consultamos los horarios, adquirimos los billetes y averiguamos el andén, de donde ha de partir mañana el tren rápido para Nápoles.

En llegando al Sagrado Corazón, vemos en el pórtico a dos compañeros del vapor: los PP. Domingo Martínez, organizador de nuestra peregrinación, y Luis J. Muras. También ellos, que acaban de llegar, volverán a partir mañana, pero hacia Turín. Ellos, al norte; nosotros, al sur.

# NÁPOLES - POMPEYA - GAETA

16 DE MARZO:

## REMINISCENCIAS DEL CAMINO. VISIÓN DE NÁPOLES

### En el rápido de Nápoles

A las 8 y media parte el tren. Media hora antes, después de despedirnos del *Sacro Cuore,* cruzamos la calle y entramos en la estación. Unos minutos después, ocupamos los asientos que con anticipación ha ido a tomar para nosotros un empleado de la Casa. Es providencia que no hay que olvidar, porque viaja muchísima gente de pie por no haber madrugado.

Ya instalados con nuestros maletines, le digo al P. Kenny:

—No sé si nuestra fortuna será mayor o menor; pero lo cierto es que, de acuerdo con nuestro programa, permaneceremos en Nápoles más tiempo que Don Bosco.

—¿Posible? ¿Cuándo estuvo él?

—Una sola vez, y esa, dos días no enteros: fué en 1880.

—¡Una visita de médico!

—Es que las casas salesianas en Nápoles se abrieron después de la muerte de Don Bosco. Y fue él para tratar acerca de un ofrecimiento que le hacían, en el entretanto que aguardaba en Roma le fijasen la fecha para una entrevista con el Papa (1).

—¿Y cómo se explica que haya tenido tanto contacto con los Reyes de Nápoles?

—Es verdad que lo tuvo; pero no allá, sino aquí en Roma.

Y, mientras aguardamos la partida del tren —falta aún más de un cuarto de hora—, recordamos algo de aquellas relaciones.

No le disgustará al lector conocerlas en pocas palabras.

## Verdad ingrata

Los Reyes de Nápoles, desposeídos de su dominación en 1860 por los forjadores de la unidad italiana, se habían refugiado en Roma.

A principios de 1867, Don Bosco, que había llegado a la Ciudad Eterna, era imán de voluntades: nobles y plebeyos se lo disputaban.

Llegó un día a su residencia un gentilhombre de María Teresa, Reina Madre de Nápoles, para manifestarle que la augusta señora deseaba tener en palacio una entrevista con él, y le rogaba señalase la hora para ello. Se pusieron de acuerdo. La carroza real fue a buscar al Santo.

No bien este hubo llegado, se inició la conversación. Era evidente el ansia de la Reina de que el Siervo de Dios le anunciase que volverían a reinar; pero sólo oyó estas palabras:

—Majestad: muy a pesar mío, debo manifestarle que no volverá más a Nápoles.

(1) *Mem. Biogr.*, XIV, 452.



Imagínese el efecto de tan terminante afirmación.

Regresó Don Bosco, y narró lo acaecido a su acompañante, que era entonces el P. Juan B. Francesia.

—Pero, Don Bosco, —objetó este—, ¿y se atrevió usted a decir eso a aquella pobre mujer?

—¿Qué quieres, hijo? —fue la respuesta—. Tanto me instan para que diga la verdad, que al fin debo expresarla (1).

## Entereza de profeta

Un mes después, el mismo Rey de Nápoles, Francisco II, con luciente séquito de nobles vasallos —entre los cuales también De Charette, comandante de los zuavos pontificios—, se dirigía al espléndido palacio de la Villa Ludovisi, en cuyo oratorio Don Bosco debía celebrar la santa misa. Era una cita solicitada y planeada por el Rey.

Después de misa, se retiraron a conversar. Comenzaron con asuntos indiferentes. De pronto, Francisco II arremete:

—Mire, Don Bosco: háble me con toda franqueza, se lo ruego: ¿Volveré a mi trono de Nápoles? Todos me aseguran que será muy en breve. ¿Qué le parece a usted?

El sacerdote esquivaba la respuesta, y, pues el Rey volvió a la carga una y otra vez, al fin hubo de contestar:

—Si Vuestra Majestad me exige que sea sincero, debo decirle que ya no volverá al trono.

—¿Y en qué basa usted su afirmación? ¿Sólo en presunciones, o en pruebas fehacientes?

—¡En pruebas fehacientes, Majestad!

—¿Y cuáles serían?

—Lo es, para mí, la forma con que los Reyes de Nápoles trataron a la Iglesia.

(1) *Mem. Biogr.*, VIII, 633.

—¿Qué entiende usted decir con eso?

—Que para la iglesia ha habido en Nápoles poca consideración.

—¡Cómo! ¿Poca consideración? ¿No estaba acaso allá suficientemente protegida la Iglesia?

—¿Protegida la Iglesia, Majestad, cuando durante más de sesenta años estuvieron en vigor leyes que no permitían a los obispos administrar la santa confirmación, ni ordenar sacerdotes, ni convocar sínodos, ni hacer visitas pastorales, ni comunicarse con Roma, sin la explícita anuencia del monarca? ¿Y le parece, Majestad, que esto es proteger a la Iglesia?

Y por el mismo tenor, durante largo trecho, prosiguió el Hombre de Dios enumerando, con la serenidad abrumadora de un profeta, actos vejatorios de la libertad religiosa y las funestas consecuencias de las mismas, para concluir:

—¡Hé ahí, Majestad, la causa por la cual castiga Dios a la dinastía napolitana!

El pobre Rey, aplastado por tales razones, quiso alegar excusas; pero, en vano: implacablemente, Don Bosco las pulverizaba. Al fin, siquiera contrariado en su esperanza, declaró sinceramente:

—¿No sabe, Don Bosco, que nadie hasta ahora ha osado hablarme con franqueza igual a la suya? Así y todo, me agrada que haya quien me exprese sin ambages lo que piensa.

Antes de despedirse, rogó el Rey a Don Bosco fuese a visitarlo en su palacio Farnesio, porque también la Reina María Sofía, su esposa, deseaba conocerlo. Y juntos fijaron una fecha próxima.

La entrevista había durado tres cuartos de hora. El Rey se alejó muy pensativo (1).

(1) *Mem. Biogr.*, VIII, 643.



## Hacia el sur

De esas evocaciones vienen a distraernos las estridentes señales de próxima partida.

Será la primera vez que viajo en trenes italianos. La primera impresión, acerca del material, construcción y aseo de los coches, es buena. No me agrada tanto su división en compartimientos; dan idea de encierro y ahogo, aunque no les faltarán ventajas. Los pasillos están llenos de gente resignada a viajar de pie.

El tren arranca. Nos encomendamos a nuestro Ángel de Guarda. Salimos al aire libre. El día está claro y templado, condiciones propicias para la contemplación del paisaje.

## Nombres y sitios históricos

A la izquierda divisamos la línea sinuosa de los montes Albanos, que contemplan esparcidos a sus pies, entre frondas amenas, los Castillos Romanos: Frascati, Castel Gandolfo, Genzano, Marino, etc.

Más adelante, a la derecha, el *Agro Pontino*, región pantanosa e insalubre, que, gracias a la férrea resolución del gobierno de Mussolini, ha quedado saneada. Eso ha permitido crear centros de población progresistas, que son hoy ciudades como Aprilia, Litoria, Pontinia, y poblar sus tierras con diligentes colonos, que viven en las hermosas viviendas, de estilo semejante, que divisamos, durante un buen trecho, distribuídas con cierta regularidad.

Llegamos a Formia, renombrada por sus playas y porque, en sus cercanías, fue asesinado Cicerón por orden del triunviro Marco Antonio. La ciudad se asoma al golfo de Gaeta, que se dilata ya a nuestra vista.

Desde un poco más adelante, columbramos, en posición pintoresca sobre atrevido promontorio, los edificios de la ciudad de Gaeta, entre los cuales se destacan la Ca-

tedral y el Castillo. Al rendirse a los ejércitos del Piamonte que la sitiaron en 1861, partían de allí por mar hacia Roma los soberanos de Nápoles, Francisco II y María Sofía, a quienes acabamos de recordar en la estación de Término.

Poco después de saludar al paso a la antiquísima Minturno, cruzamos el Garellano, dejamos a nuestras espaldas el Lacio y nos internamos en las pintorescas tierras de Campania. Las orillas de ese río fueron frecuente teatro de proezas militares. Allí el Gran Capitán español don Gonzalo Fernández de Córdoba desbarató las huestes francesas que dirigía el bizarro señor de La Tremouille.

Allí nos sale ahora al encuentro el monte Mássico, famoso por sus viñedos y el vino que generosamente dan, y también por el túnel que horada sus entrañas y que empezamos a recorrer.

Allí está el río Volturno, en cuyas márgenes feneció la monarquía partenopea a manos de los soldados de Garibaldi en 1860. Allá a la distancia, por la izquierda, junto al mismo río, me figuro a Capua, la de los funestos ocios, que, después de la batalla de Cannas, vencieron a las hasta entonces invictas huestes de Aníbal. En verdad, la llanura apacible hace pensar en las delicias que debieron de ser para aquellos cartagineses emboscadas e insidias de fatales sirenas.

¿Y aquello? ¿Qué es aquello, en el horizonte, que asciende como una rampa y luego se despeña, envuelto en gasa de neblina?... ¡El Vesubio! ¡El terrible Vesubio, gigante dormido de pavorosos despertares!

A la derecha, el mar azul, y al frente, el manchón blanquizco del dilatado caserío de Nápoles. Los campos que aquí flaquean la vía férrea ofrecen curioso aspecto: están poblados de olmos o álamos, por cuyos troncos trepan las vides, que tienden sus largas guías de árbol a árbol a modo de extensas redes.



## ¡Nápoles!

Ya estamos en ella, la antigua Parténope, la amiga mimada del mar, codiciada de romanos, griegos, normandos, españoles y franceses, y madre fecunda de artistas, de sabios, de poetas, de papas y de santos.

En la plaza de la estación, subimos a un ómnibus, que, en contados minutos, nos lleva a la colina del Vómero, donde, desde 1901, dirigen los salesianos un floreciente instituto con parroquia anexa.

Nos brindan acogida fraternal. Nos instalan en las mejores habitaciones, donde dejamos la impedimenta para salir luego a aprovechar el tiempo.

Nos encaminan ante todo a la altura de San Martino, desde donde nos es dado contemplar de una ojeada la espléndida visión de Nápoles; la ciudad, las calles que confluyen a la bahía, los muelles, los diques, las poblaciones diseminadas a lo largo del soberbio golfo y, al fondo, limitando el horizonte, los dos conos del Vesubio: es, en verdad, estupendo el panorama.

A nuestra espalda, en lo más alto de la colina, nos muestran la mole del castillo medieval de San Telmo.

Mientras descendemos, por una de las callejuelas, llama nuestra atención un nicho empotrado en la pared de una vieja casa. Nos acercamos. Encierra una antigua imagen, iluminada por unos cirios y adornada con flores. ¡Qué grata sorpresa! La imagen representa a la *Madonna di Bonaria*, es decir, Nuestra Señora del Buen Aire, la titular de la capital argentina.

## Junto al Golfo

Por la tarde, con un clérigo, hijo de la región, en un tranvía que describe muchas curvas para suavizar el descenso de la colina, nos llegamos hasta la orilla del mar. Recorremos a pie la hermosa avenida costanera.

Escaso me parece el movimiento del puerto, fieramente dañado por los bombardeos de la última guerra. En algunos muelles veo aficionados con su caña de pescar.

Desde aquí el Vesubio representa mayor altura y es más imponente. Hacia el mar, en la lejanía, emerge una mancha oscura: es la isla de la maravillosa Gruta Azul: Capri. A la izquierda de ella, la punta de la prolongada lengua de tierra que limita el Golfo: allá está Sorrento, la cuna de Torcuato Tasso.

Hacia la parte opuesta, se destaca el Castillo *del Ovo,* del Huevo, actual presidio militar, cuyos muros de piedra se hunden en el mar, desafiando impávidos sus embates, como desafiaron en los siglos, feroces asaltos de aguerridas mesnadas. Tiene larga y antigua historia. Para contemplarlo más de cerca, llegamos a él por la pintoresca y popular calle de Santa Lucía.

## Un comunista católico

Ahora, para retornar al Vómero, subimos a uno de los trenes funiculares, que nos conducen a la parte superior de la colina.

Llegados aquí, mientras aguardamos un vehículo con qué ir al Instituto, se nos acerca un obrero. Se ha percatado sin duda de nuestra extranjía y entabla conversación. Tras los primeros saludos, se nos presenta como comunista.

—¿Comunista? —expresamos con extrañeza.

—Pero católico —insiste él.

—¿Cómo es eso? ¿Comunista, y católico?

—¡Sí, señores! Esperen un momento.

En dos brincos cruza la calle, se mete en una casa y no tarda en volver con un paquete en la mano: son estampas religiosas; es el argumento de su catolicismo. Y, mostrándolas, añade:

—¡Si vieran las imágenes de santos que tapizan las paredes de mi pieza!



—¡Ah, hijo mío! —le observa el P. Kenny—. Puede tener usted las imágenes de todos los santos del cielo; pero, si no obedece al Papa, ¿cómo se llama usted católico? ¿Católico, cuando los comunistas encarcelan y martirizan a sacerdotes, obispos y fieles?

—¡Qué! Esos son cuentos, que le han hecho creer a usted.

Y empieza a hacer el panegírico de Rusia y de sus prohombres, y a enumerar las delicias de aquel régimen.

—¡Sí! ¡Delicioso paraíso! —exclamo—. ¡Tan delicioso que los que logran huir de él declaran haberse librado del infierno y haber vuelto a vivir!

—¡Paparruchas! ¡Patrañas! —es su contestación.

No pudimos continuar la conversación, porque el tranvía estaba ya a dos pasos. Y habría sido inútil tratar de persuadir a este pobre hombre, uno de los tantos engatusados y fanatizados por los hábiles y astutos emisarios del Kremlín.

Lo saludamos cordialmente, y subimos. El episodio nos proporciona tema para el viaje.

## Atentado a la lengua

Después de cenar, me invita el P. Director a dar a los alumnos las "buenasnoches", platiquilla de uso en los colegios salesianos, después de las oraciones de la noche y antes que los jóvenes se retiren al dormitorio.

—Pero mire, Padre —objeto—, que no van a entender mi italiano.

—¿Cómo nó? ¡Si lo habla usted muy bien!

—Es usted muy benévolo. Pero, en fin, les diré a los chicos, de dónde vengo, que soy extranjero, y confío en que sabrán compadecer...

Se rezan las oraciones en la capilla. Luego me adelanto para hablar; son breve exordio algunas razones para que no se rían de mis disparates. Y veo que los mucha-

chos son buenos, porque no se ríen y escuchan atentos al americano: curiosidad y buena educación.

Les hablo de Ceferino Namuncurá. Les digo que, si ellos, italianos, tienen ya un Beato en Domingo Savio, nosotros, argentinos, esperamos algo semejante para nuestro indiecito, y les explico por qué: porque Ceferino, igual que el Beato Domingo, fue dócil a las mismas enseñanzas de Don Bosco y, como él, modelo acabado de sus condiscípulos en la práctica heroica de las virtudes, como podía atestiguarlo mi compañero, que tuvo la suerte de vivir, estudiar, rezar y jugar con él en el mismo Colegio. Les pedí nos ayudaran con sus oraciones a impetrar el feliz éxito del proceso de beatificación ya incoado.

—¡Al fin —agrego—, será una gloria para todos, para vosotros tambien, porque, como vosotros, fue un alumno salesiano y porque lo guiaron, por la senda de la santidad, misioneros salesianos de vuestra querida Italia!

Que Dante y Torcuato me perdonen la profanación que acabo de realizar, en vista de que estos jovencitos parece que me han entendido, y han prometido que rezarán por la Causa de Ceferino.

(Al día siguiente, más de uno de ellos se me acercaron para pedirme estampitas del Siervo de Dios. Pude distribuir algunas que casualmente llevaba.)

17 DE MARZO:

## SAN JENARO. TEMPLOS Y CALLES. CARTUJA DE "SAN MARTINO"

### Artistas y santos de Nápoles

¡Cuánto me ha alegrado conocer aquí a uno de los más conspicuos músicos de la Italia de hoy! Es el salesiano P. Alejandro De Bonis, eximio compositor, organista y profesor de armonía y composición en el Conservatorio de Nápoles. Es, además, muy versado en historia y erudito en las otras artes. Débole preciosas indicaciones para visitar mucho y bueno de la ciudad en el tiempo escaso de que disponemos.

Sigo hoy un itinerario suyo; desciendo a la Catedral de San Jenaro, que guarda valiosas riquezas artísticas y religiosas. De estas, la principal es la tercera capilla de la nave derecha, a saber, la de San Jenaro o del Tesoro, donde todos los años repetidas veces se realiza, ante ingentes multitudes, la prodigiosa licuefacción de la sangre del Santo Mártir, Patrono de Nápoles, al acercar las dos ampollas que la conservan desde 305, año de su martirio, al relicario que contiene su cabeza. ¡Cuántas veces los diarios de Buenos Aires anunciaron el portento! Nadie, hasta ahora, ha logrado explicar como natural el fenómeno. Esta capilla, riquísima, es como una iglesia; tiene siete altares de mármoles preciosos, pinturas notables y una esbelta cúpula decorada por el Dominiquino y Lanfranco.

En la Cripta, elegantísima, nos encontramos con una rareza: ¡una cicerona! Vemos, acercársenos y romper a

explicarlo todo, fue la misma cosa. Sólo pudimos cortar su importuna locuacidad, con una propina. Venérase allí el sepulcro que contiene los otros restos de San Jenaro.

De la Catedral pasamos a Santo Domingo Mayor, iglesia gótica del siglo XIII, aunque restaurada después. Más que sus hermosos lienzos, altares de estilos disímiles y muchos sepulcros a lo largo de sus naves, nos interesa la Capilla del Crucifijo, así llamada por tener en el altar mayor la imagen de Cristo Crucificado que un día, milagrosamente, habló a Santo Tomás de Aquino, diciéndole: "Excelentemente has escrito sobre Mí, Tomás. ¿Qué recompensa quieres?" Y el sublime Doctor le contestó: "No otra, Señor, sino a Ti mismo" (1). La estampa no parece de gran mérito artístico; pero el Santo no veía en ella el arte, sino al Señor Crucificado, el cual premió también la fe de su Siervo.

Siguiendo por la misma calle, encontramos la iglesia de Santa Clara, no repuesta aún de los tremendos destrozos que le causó la guerra; nos introducen luego en el extenso y lúcido claustro, de valor inapreciable por las mayólicas historiadas que decoran las paredes de sus pórticos.

Por último, llegamos a la Plaza del *Gesú Nuovo*, en que se eleva la columna barroca de la Inmaculada Concepción, del siglo XVIII. Grandiosos, la fachada y el interior de la iglesia que dió nombre a la plaza.

## La Vía de San Biaggio (San Blas)

Hemos ido caminando por la Vía de San Blas o, vulgarmente, *Spaccanápoli* (que divide o corta a Nápoles), muy característica por el gran número de comercios y tiendas movibles, como las de nuestras ferias francas, en

(1) *Breviario romano*. Lecciones del II nocturno de la fiesta de Santo Tomás, 7 de marzo.



que se exponen y pregonan todos los productos imaginables a la enorme concurrencia de compradores, curiosos y paseantes.

Nos brinda esta calle un motivo de novedad: una pintoresca trifulca entre un hombre y una mujer, con la retahila de interjecciones y expresivas voces vernáculas proferidas en alta voz; el vivaz diálogo casi epiloga en pugilato singular, frustrado quizá por la rechifla en que prorrumpieron de pronto los regocijados espectadores.

Veo en muchos frentes de edificios, colgada de los balcones o de una ventana a otra, ropa acabada de lavar para que se seque y ventile. Lo he visto también en otras ciudades de Italia y de España. Pero aquí, observo otra modalidad que nó en otras; sucede en calles de menor tránsito que la de San Blas: la ropa se pone a secar en las mismas veredas, junto a la planta baja, acomodándola en cuerdas o alambres tendidos sobre varas o pértigas convenientemente dirigidas. No deja de ser un estorbo para los peatones.

Otro espectáculo poco agradable: la gran cantidad de pordioseros de toda edad, efecto, en gran parte, indudablemente, de la guerra.

## Un joyero en la colina

¿Adónde iré esta tarde? Me aconsejan que visite el Museo de San Martín, al pie del Castillo de San Telmo. Está aposentado en una antigua Cartuja del siglo XIV con restauraciones posteriores; hace años que se incautó de ella el Gobierno.

La iglesia es una joya, o mejor, un joyero: ¡tantas son las que atesora! ¡Qué variedad de mármoles, maravillosamente trabajados como encajes! ¡Qué cuadros y frescos armoniosos de Lanfranco, Ribera, Reni, Giordana y otros! Hay mosaicos admirables. El pavimento es un pri-

mor. En el coro y la sacristía, tallas magníficas y muebles pulcramente taraceados.

Y, a pesar de tanta riqueza, todo esto me parece frío y mudo, y una profanación: ¡un templo así, convertido en museo! Templo con el sagrario vacío, aunque sea una filigrana, es cuerpo sin corazón: un cadáver, ¡Cuánto tiempo hace que no suena allí el quedo murmurio de la salmodia divina, que no se oye el suave latir de la plegaria cordial, que no estremecen el ámbito los viriles acentos de mística polifonía y que no suelta el órgano ya raudales de paz, ya cascadas atronadoras de combate y de victoria!

Recorro ahora el extenso claustro. ¡Qué triste me parece! Nunca estuvo tan silencioso como desde que ha callado el inefable coloquio de las almas de los monjes con el Cielo. El claustro es bello, luminoso e imponente; tiene su jardín, y allá, el ángulo de cerca baja coronada de calaveras: la necrópolis familiar, que era el "memento mori" de los monjes en marcha cierta hacia la vida eternamente feliz.

Las habitaciones y salas del vasto edificio están ocupadas con innumerables y valiosos objetos de diferentes museos: naval, histórico, musical, topográfico y costumbrista. Hay una habitación de paso, llamada Belvedere; desde su ventana se contempla el cuadro natural más hechicero de Nápoles con su airoso marco de campiña, de mar y de montaña.

## En el Monasterio de la Paz

Mientras, con las postreras claridades de la tarde, desciendo lentamente la colina hacia el Instituto, pienso: "¿Y no habrá huellas de Don Bosco en esta ciudad?"

De él, personalmente, sobremanera escasas. Pasó por aquí poco menos que como un relámpago el 29 y 30 de mayo de 1880. Le habían hecho una propuesta de fundación, y vino a ver de qué se trataba.



Cuando iba a marcharse, al llegar a la estación, el tren ya había partido. ¿Cómo ocupar el tiempo hasta el siguiente? Se fue al Monasterio de la Paz, que, quizá cerca de allí, poseían las religiosas Salesas. La visita fue para estas hijas del común Patrono San Francisco de Sales, tan placentera como inesperada. La fama de la santidad de Don Bosco había llegado hasta ellas, y aprovecharon su visita como un favor del Cielo, para presentarle dos religiosas que desde tiempo atrás venían padeciendo no leves achaques de salud.

—Bendígalas, Don Bosco —suplicó la Superiora.

Después de bendecir a una, le dijo el Santo:

—Jesús quiere, Reverenda Madre, que usted lo acompañe en la Coronación de espinas. Pero trabajará mucho por esta Casa.

Bendijo luego a la otra, y la animó a soportar con paciencia la enfermedad. Cuando se retiraban, le dijo Don Bosco a la Superiora:

—Esta religiosa está ya madura para el Cielo.

Y así fue: poco tiempo después expiraba piadosamente.

La otra vivió aún cuarenta años: falleció en 1920, después de haber desempeñado cargos importantes y de haber llevado su corona de espinas, esto es, un persistente dolor de cabeza (1).

Aquellas dignas religiosas no han olvidado la inesperada visita del santo Fundador de los Salesianos.

(1) *Mem. Biogr.*, XIV, 455.

18 DE MARZO:

## LAS DOS POMPEYAS. EL PALACIO REAL. ESPAÑA EN NÁPOLES

### A Nuestra Señora de Pompeya

Hoy es nuestro día de Pompeya.

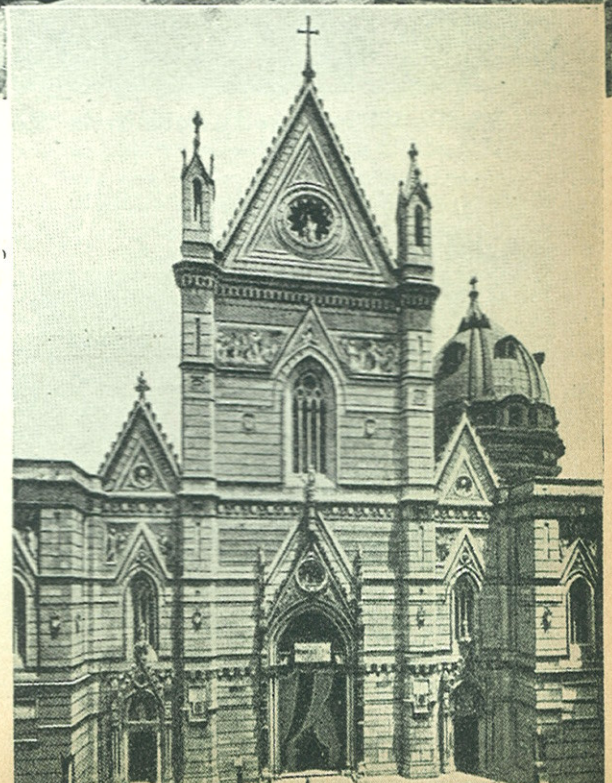
Estamos en la plaza Vanvitelli, y no sabemos si tomar este o aquel vehículo. Advertida nuestra vacilación, se adelanta hacia nosotros una buena señora para iluminarnos. Resulta ser una excelente cooperadora salesiana, pues es madre de un clérigo y de un aspirante salesiano. Ahora va ella también, como nosotros, a la estación; tendrá mucho placer en guiarnos. Allá nos indica el tren. Le agradecemos mucho la atención, y subimos. Pocos instantes después, la vemos de nuevo; viene hacia nuestra ventanilla; trae dos bolsitas de "bucólica" para el trayecto, que, a toda costa, quiere que aceptemos. Hay almas buenas. Págueselo Dios con la perseverancia de sus dos vástagos en las filas de Don Bosco: no desea otra cosa.

Ya estamos en marcha. Bordeamos el golfo de Nápoles, que está a la derecha. A la otra mano están las verdes faldas del caprichoso Vesubio. Hay estaciones, cuyos nombres no nos son desconocidos: Pórtici, con noviciado salesiano; Resina, junto a las célebres ruinas de Herculano; Torre del Greco, resurgida varias veces de los estragos del volcán; Torre Annunziata...

Cinco quilómetros más, y descendemos en Pompeya la nueva, la edificada en torno del popular Santuario de



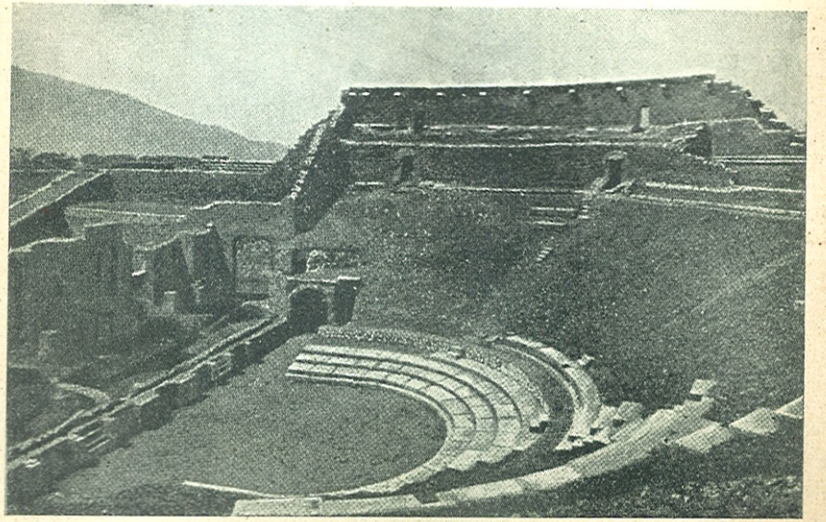
Nápoles: El Puerto y el Vesubio.



Nápoles: La Catedral; a la derecha, la cúpula de la capilla interna de San Jenaro.



Pompeya: La calle de la Abundancia.



Pompeya: El Teatro Trágico al aire libre.



Nuestra Señora del Rosario, construido por la devoción y con las dádivas de gratitud de católicos de todo el mundo.

Tenemos ya delante la grandiosa fachada de la Basílica. A su izquierda se yergue majestuosa la torre monumental de cinco pisos y armonioso carillón.

Al entrar por la puerta central, vuelan los ojos a la taumaturga imagen, que brilla cuajada de preciosa pedrería. Brota luego espontánea la oración por todos los queridos en este ambiente en que flota sensible el doble amor de la Madre y de los hijos.

Hay muchos peregrinos. Se distribuyen muchas comuniones. Hemos visto varios cortejos nupciales: hijos que vienen a labrar su nido bajo la mirada de la buena Madre Celestial. Los muros están en muchas partes esmaltados de exvotos dispuestos bellamente. Hay quince capillas dedicadas a los misterios del santo Rosario, representados en sendos artísticos mosaicos. Me acuerdo de nuestro Santuario mariano de Luján y pienso en el de Valdoco, que aún no he visto. Hay una cripta, donde se conservan los restos del infatigable promotor de esta devoción consoladora, y alma de las obras aquí realizadas, el Siervo de Dios abogado Bartolomé Longo.

## Ansia y medio de conquista

También este piadosísimo abogado tuvo relación con nuestro Patriarca: allá por el 84 u 85 se fue a Valdoco para conocerlo personalmente.

En una de las conversaciones, el de Nápoles le preguntó al de Turín:

—Dígame, Don Bosco: ¿cuál es el secreto con que usted ha conquistado al mundo?

—No hay tal conquista, mi querido señor abogado; pero si, con la intervención amorosa de la Providencia, he ido a alguna parte, ha sido con este secreto: la difusión

del *Boletín Salesiano* por doquiera; hacer que lo reciban todos, hasta los que no saben leer.

El gran apóstol laico de Pompeya reconoció la eficacia del recurso de Don Bosco. Publicaba ya *El Rosario y la Virgen de Pompeya;* era un periódico bimestral que distribuía a 4.000 personas. A su regreso de Turín, diose a ampliar los talleres de tipografía e imprenta, a fin de poder aumentar la tirada, que fue creciendo hasta llegar diez años después a los 72.000 ejemplares (1).

Por eso, la revista del abogado Longo declaró en 1934 que a Don Bosco, como a feliz inspirador, se debió la segunda época de florecimiento de la tipografía y de la publicación, que lleva hoy a todas partes el conocimiento de las maravillas de la Basílica pompeyana y fomenta la cooperación generosa de todos los devotos del mundo (2).

Algún tiempo después, siendo ya don Rúa Rector Mayor, don Bartolomé se empeñó en traerse a Pompeya a los hijos de Don Bosco para ponerlos al frente de las obras masculinas de beneficencia aquí instaladas. Había ya el más cabal acuerdo entre las partes, cuando el hombre o el demonio suscitó tales obstáculos que todo quedó en la nada, con gran pesar de este Siervo de Dios, por quien sentimos la más honda simpatía.

## Por las calles de la otra Pompeya

Satisfecha la devoción en la ciudad de María, vamos a acallar el ansia de curiosidades arqueológicas en la contemplación de las reliquias de la infeliz ciudad pagana.

En un carricoche movido apenas por una sombra de jamelgo, un locuaz auriga, diestro cazador de ocasiones calvas para desplumar turistas, nos conduce hasta una de

(1) *M. B.*, XVII, 670.
(2) *Il Rosario e la Madonna di Pompei,* sep.-oct. 1934, p. 280.



las entradas a las excavaciones. Y empezamos a andar a pie, que es la mejor manera de observar. Me parece estar en un mundo resucitado.

Aquí están, desembarazadas de lavas y cenizas, en gran parte, las ruinas de aquella ciudad floreciente que sepultó el Vesubio en el año 79 de la éra cristiana. Entramos por la *Porta Marina.* Seguimos la calle homónima solada con grandes piedras, en las que se ven las hondas huellas, que dejarían los carros y coches de entonces. A la derecha está el *antiquárium,* finca rústica, en cuyo interior se admiran objetos varios: motivos ornamentales, fragmentos de muros con alguna pintura, restos tumularios, ánforas, utensilios domésticos, etc., traídos de diversos puntos de las excavaciones y reunidos allí como en un museo.

Más allá está el templo de Apolo con su pórtico, la Basílica, el Foro y, más lejos de este, a la izquierda, el templo de Júpiter, cerca de un mercado. En la misma calle, que ahora se denomina de la Abundancia, admiramos un bello edificio con galerías, patio interior con dos órdenes superpuestos de columnas; en la acera de enfrente, la sala de los comicios. Más adelante, hay restos de las termas estabianas. Doblamos allí a la derecha por la calle de los Teatros, hasta llegar a un foro triangular, a cuya vera se levanta un teatro al aire libre con sus graderías y alojamiento para los gladiadores. Casi pegado al anterior, otro teatro, pero cubierto. Se justifica el nombre de la calle.

Volvemos entonces a la primera, y pasamos junto a dos edificios, que dejan ver, en lo que ha quedado en pie, las diversas partes de las casas pompeyanas, con vestigios de frescos en los muros, estatuas, peristilos, residuos de alguna fuente, etc.

Nos internamos en seguida en las excavaciones nuevas. Hay obreros ocupados en restaurar lo recién descubierto. Las calles con sus piedras irregulares; las hierbas,

que brotan de las junturas; los lagartos, que huyen a nuestro paso, me recuerdan también aquí las ruinas de Itálica que tan sentidamente evocó en su inmortal Canción el vate de Utrera Rodrigo Caro.

Torciendo otra vez a la derecha, llegamos a la Gran Palestra, que apareció en 1936, con espaciosa piscina de plano inclinado y columnata. En una de las columnas, un sacerdote que está allí estudiando, nos hace notar, signos e inscripciones que denotan que por el tiempo de aquella erupción ya el cristianismo había hecho su entrada en Pompeya.

Junto a la Palestra, se levanta un grandioso anfiteatro, en condiciones bastante buenas de conservación; mide más de 130 metros por 104; la solemne gradería de 35 hileras de asientos está dividida en tres órdenes.

Y aquí nos detenemos. Es lástima, porque todo esto es muy interesante y, ciertamente, no hemos llegado a ver lo mejor. Pero no es posible proseguir: mi buen P. Kenny viene ayeando y suspirando. Y no es para menos: no es nada cómodo andar por estas piedras desiguales y desniveladas, muchas de ellas mordidas profundamente por las ruedas de los carros de hace casi veinte siglos. Y luego el Sol, que reverbera en las losas, asaetea sin contemplación a estos dos prójimos. Yo también estoy despeado. Tomamos asiento por unos instantes sobre un montón de ruinas, nos enjugamos la faz sudorosa, nos abanicamos con los pañuelos, y después, a casita, es decir, a la ciudad de la Virgen Santísima del Rosario.

## El regreso; nubes en el camino

Junto al Santuario está la Casa del Peregrino. En un ángulo del gran comedor popular —mesas y bancos—, abrimos las alforjas —si tal nombre merecen— y almorzamos a lo romero, y, de las flacas provisiones fiambres, aún sobra alguna golosina con que obsequiar a unos pobres



chiquitines famélicos que vagan por las mesas, comiéndose con los ojos cuanto ven aparecer en ellas. Vemos que entran también en este comedor, quizá para un refrigerio, una de las parejas de recién casados y su séquito.

Salimos en dirección a la Basílica para despedirnos de la Virgen Santísima, y luego, lentamente, marchamos camino de la estación. Entre tanto, le propongo a mi colega detenernos en Torre Annunziata y en Pórtici, donde tenemos un instituto filosófico y un noviciado, respectivamente, pero no he dicho nada: el P. Kenny está más desvencijado de lo que he creído; dice que necesita estar cuanto antes en Nápoles y descansar seriamente; por otra parte me insiste en que haga yo solo esas visitas, lo cual —claro está— rechaza de plano el fiel lazarillo, a pesar de las renovadas protestas del amo, que ni él ni yo hemos de ser los de Tormes.

Llega el tren, y no tardamos en estar de regreso en Nápoles, y en el Vómero. Mi amigo ha llegado arrastrándose. El P. Director envía por el médico de la casa. Este ordena algún específico y, ante todo, descanso. Es de esperar que con esto se produzca alguna reacción favorable.

## Ante el antiguo Palacio Real

Pasadas algunas horas y visto que mi inválido reposa atendido por amable enfermero, determino salir a aprovechar el tiempo apacible del atardecer.

Sigo instrucciones del P. De Bonis: por el funicular central, me dirijo a la Plaza del Duque de Aosta; de aquí, caminando hacia la derecha, encuentro la del Plebiscito, característica por un grandioso hemiciclo orillado de columnas dóricas, que abraza la iglesia de San Francisco de Paula de soberbio frontispicio clásico. En la parte opuesta se destaca el magnífico Palacio Real, que también ha debido pagar su tributo a la guerra mundial.

Mientras lo contemplo, me pregunto si Don Bosco, en

la visita del 80, pasó delante de él. Si lo hizo, no debió de olvidar sin duda sus coloquios con el último Rey napolitano que lo habitó, ni la entrevista que este le solicitó para su esposa. ¿Lo recuerda el lector? (1). Lo que ignora ciertamente es lo que pasó con esta.

El Santo concurrió puntual a la cita concertada con el Rey en el Palacio Farnesio. Toda la nobleza napolitana estuvo presente a la misa que celebró Don Bosco. Después Francisco II lo condujo a la sala en que la Reina María Sofía, con su brillante cortejo de damas, aguardaba al Santo. Este empezó a hablarles de la iglesia de María Auxiliadora de Turín y, con la misma sencillez con que si estuviera con sus pilluelos, les distribuyó medallas de la Virgen. Luego habló muy elogiosamente de la piadosa madre del Rey, María Cristina de Saboya, cuya causa de beatificación marchaba felizmente. Pero a ellos les interesaba más el consabido asunto, por lo que Francisco II aprovechó la primera coyuntura para interrumpir, diciendo, como quien no quiere la cosa:

—Vea, Don Bosco: mi consorte desearía saber si usted se ratifica en lo que me afirmó no há mucho en la Villa Ludovisi.

—¿En lo que yo afirmé a V. M.?

—Sí: sobre nuestro retorno a Nápoles.

—¡Ah, recuerdo! Pues mire, Majestad: yo no soy profeta; mas, si he de decir lo que siento, me parece que lo mejor que puedo aconsejar a V. M. es que renuncie a la esperanza de recobrar el trono.

—Pero ¡cómo! —intervino aquí la Reina vivamente contrariada—. ¿Puede ser ello posible, cuando toda la nobleza está con nosotros, cuando tantos súbditos leales sostienen allá nuestro derecho y aborrecen de corazón al reino de Italia?

—Mi deseo, señora —repuso con calma Don Bosco—,

(1) V. pág. 130 y sigs.



es que se realicen las esperanzas de V. M.; pero lo que yo humildemente opino es que la realidad será otra: ¡que V. M. no volverá a sentarse en el trono de Nápoles!

¡Qué entereza, qué valor el del Santo para hablar así delante de aquel auditorio!

A duras penas reprimió la Reina el despecho que le alteraba el rostro, saltó de su asiento, saludó fríamente al Siervo de Dios y abandonó la sala.

Poco después el Rey acompañaba a Don Bosco hasta la puerta, entre las dos filas de pajes, que saludaban respetuosamente.

Al volver a su residencia, Don Bosco refirió lo sucedido, al P. Francesia, y este de nuevo le observó con filial confianza:

—Pero, Padre, ¿por qué toca usted esos puntos enojosos?

—No soy yo, hijo; son ellos los que preguntan e insisten.

—Yo, a esos pobres proscritos, les dejaría por lo menos la ilusión de una esperanza.

—Yo no sé lo que harías tú, si estuvieras en mi lugar; sólo sé que no puedo contestar de otro modo. En primer lugar, no tienen herederos; luego ¡el Señor los ha borrado del libro de los reyes! (1).

Y el vaticinio del vidente se cumplió; lo está atestiguando este palacio, que jamás volvió a ver entrar por sus puertas a los infortunados príncipes: con Francisco II fenece la dinastía napolitana.

## Evocaciones hispanas

Entre las estatuas que adornan el frontis del antiguo Palacio Real, descubro las del Emperador Carlos V y de Alfonso el Magnánimo de Aragón: huellas de la dominación española en estas tierras.

(1) *Mem. Biogr.*, VIII, 659.

Casi tocándose con el mismo Palacio, veo con grata sorpresa el celebérrimo Teatro de San Carlos, que lleva en su exterior señales de la guerra. Más allá, me asombra la inmensa mole del Castillo Nuevo, construído en el siglo XIII y restaurado en el XV por Alfonso V de Aragón, cuyo nombre descuella en la blanca y majestuosa portada; allí residió su corte esplendorosa y la de los virreyes españoles. Por el gran portón me asomo al extenso patio y admiro las corpulentas torres y el arco triunfal tendido entre dos de ellas con la representación de la gloria del monarca aragonés. El foso que circuye al castillo impresiona por sus dimensiones. Los barcos llegan hasta pocos metros de los enormes muros que dan al mar.

Cruzo los bonitos jardines adyacentes; entro en la elegante Galería de Humberto I de forma de cruz, y elijo el brazo que lleva a la Vía de Roma, que debe de ser la más aristocrática de la ciudad y a la cual se sigue llamando con el viejo nombre español de Toledo. Otros nombres y denominaciones que recuerdan a España voy leyendo en calles y tiendas: López, Díaz, Santiago de los Españoles, Trinidad de los Españoles, etc.

En uno de los escaparates de una importante librería de esta arteria veo expuestos muchos títulos de la Colección Austral de Espasa-Calpe Argentina: un destello de la patria en Nápoles.

Va atardeciendo y yo, buscando por esta calle la entrada al funicular para el regreso. Por lo que tardo, me parece ya que voy en sentido opuesto al que busco. Pregunto a un señor que viene hacia mí, sin mucha prisa a lo que entiendo: efectivamente, me he pasado. Ese buen señor va hacia allá y se complace en conducirme hasta la entrada. De la conversación que entablamos, resulta que conoce la Argentina, donde vivió muchos años, de que guarda óptimos recuerdos.

En el Vómero, hallo a mi enfermo más aliviado.

## 19 DE MARZO:

## RIQUEZAS ARTÍSTICAS. ADIÓS A NÁPOLES. GAETA. CARROZAS EN TÉRMINI

### El Museo Nacional de Nápoles

Cuarto día de Nápoles. Es San José. Recuerdo con cariño a los Josés que, allende el charco, estarán recibiendo mil parabienes por su día onomástico, y muy especialmente, al querido P. José Reyneri, nuestro dinámico Inspector hasta hace pocos meses; a Monseñor José Borgatti, Vicario Capitular de Viedma, y a los PP. Spriano, Silva, Ciolfi, Cóggiola, Bomone, etc. Es también la fiesta del P. Director de este Instituto; le presento mis felicitaciones y votos.

El P. Kenny, si bien aligerado de sus dolencias, no se anima a acompañarnos en la visita que habíamos convenido hacer al Museo Nacional, que pasa por uno de los más ricos del mundo.

El tranvía nos deja enfrente del grandioso edificio.

No intentaré describir, ni someramente, lo que estoy viendo. ¿Cómo haría, si son más de ciento las salas que nos abren sus puertas? Sólo puedo expresar que voy pasando de asombro en asombro ante tantas maravillas del cincel y del color, de todas las épocas. Contemplo con singular delectación algunos originales o copias excelentes de obras de arte conocidas en reproducciones de imprenta o fotografía más o menos felices. ¿Quién no se emociona delante de antiquísimos ejemplares atribuídos a Fidias, a

Praxiteles, a Policleto o a otros escultores de sus respectivas escuelas?

¡Qué opulenta galería de mosaicos, decoraciones y pinturas, procedentes de Pompeya y Herculano!

En la pinacoteca, me extasían prodigios de Rafael, Correggio, Lippi, Botticelli, Mantegna, Ticiano, el Greco, Velázquez, del Piombo, el Dominiquino y tantos otros. ¿Cuánto oro sería suficiente para comprar tanta riqueza?

Después de haber volado por estas sublimidades del arte, ¡qué prosaica y rastrera es la visión de la calle y de la realidad a que he descendido!

## Lo primero es lo primero

En llegando al Instituto, subo a ver cómo sigue mi enfermo. No me permite hablar, pues dispara a quemarropa:

—Tengo resuelto marchar a Turín con el primer tren de la tarde.

No hay consideración que logre hacerlo apear de su decisión: mi amigo es chozno de irlandeses, afines de los vascos, según dicen. El médico le ha asegurado que sin dificultad podrá llegar a Turín, donde con mayor comodidad piensa él someterse a un tratamiento médico. Y, si las cosas se extremaren, antes habrá visto al menos la Tierra Santa salesiana... Después de eso, sería más satisfactorio el *Nunc dimittis*...

—¡Oh! —interrumpo— ¡no será para tanto, querido!... Pero, si estás resuelto, vamos a Turín.

—No: ¡Qué *vamos!* Voy. Tú te quedas aquí y realizas tu programa.

—De ninguna manera: he de repetir que el lazarillo no puede abandonarte. Además, sabes bien que yo solo, soy hombre muerto, y aquí perdería el tiempo. ¿A qué hora salimos?



—Pero ¿renunciarás a tu visita al sur? ¿Y Sorrento, Capri, Herculano, Bari, Brindis, Caserta...?

—Allá queden ellos. Ya se presentará otra ocasión... En esto no me vencerás. ¿Crees que podría perdonarme jamás a mí mismo el haberte dejado partir solo en tus condiciones? ¿Y qué harías tú en mi lugar?... Ni una palabra más. Después del almuerzo, en marcha. Y cree que lo haré con gusto. Voy a liar los bártulos.

—Si te empeñas... ¡Dios te lo pague!

## Porfía entre los hijos y el Padre

Esa misma tarde, después de agradecer vivamente las fraternas atenciones de que nos han colmado los óptimos salesianos del Vómero, con el tren de las 15.15 vamos de regreso hacia Roma.

De las ciudades que aparecen al paso, una, sobre todo, llama mi atención: la que se divisa a la distancia asentada sobre una altura que, al extremo de un golfo, se adentra en el mar: la añosa Gaeta, el refugio del augusto Pío IX en noviembre de 1848.

¡Gaeta! ¡Nombre claro en la historia de la Sociedad Salesiana! ¿Cómo no recordar el tierno episodio de los muchachos de Don Bosco, que llegaron hasta allá con su ardiente amor al Papa? ¡Si me parece ver, en una sala del vetusto castillo, trocado en transitoria corte pontificia, al Vicario de Cristo, recibiendo de manos de uno de sus prelados la exigua cantidad de 33 liras, que los artesanitos de Valdoco, a costa de privaciones, habían logrado reunir en su deseo de aliviar la suerte del Padre de los fieles allí desterrado! Una carta acompañaba la ofrenda; la desdobló Pío IX, y, al terminar la lectura, honda emoción se dibujaba en su semblante.

Poco después, llamó al Cardenal Antonelli y, agregando otra suma a aquellas pocas liras, se las entregó diciéndole:

—Tenga a bien, Eminencia, hacer invertir en rosarios este dinero.

Así se consiguieron sesenta docenas. Las bendijo Su Santidad y ordenó que se llevaran al mismo Purpurado, con estas palabras:

—Dispone el Padre Santo que se envíen estas coronas a los artesanitos del sacerdote Juan Bosco de Turín, en testimonio del amor de un padre hacia sus hijos.

Monseñor Antonelli, en dos paquetes, hizo despachar los rosarios al Nuncio Apostólico de Turín, con una carta fechada en Pórtici el 2 de abril de 1850, para que él los entregase a Don Bosco, quien los distribuiría a los jovencitos destinatarios.

No es para dicho el júbilo producido en el Oratorio por este rasgo de amor paternal de Pío IX. ¡Qué fiesta, la del 21 de julio de 1850, en que se distribuyó el soberano presente! Revistióla Don Bosco de la mayor solemnidad: hubo sermón de circunstancias; luego, discursos, poesías, cantos, vivas y aplausos entusiastas al Vicario de Cristo, que tanto los amaba. Fue un día de recuerdo imborrable (1).

Trascurrieron ocho años, y Pío IX por primera vez recibía en audiencia a Don Bosco. No había olvidado el episodio de las liras, pues le expresó:

—¿Sabe Ud. que me acuerdo aún de la ofrenda que me enviaron a Gaeta aquellos sus jovencitos y de la carta en que expresaban sus tiernos sentimientos?... Siempre que lo pienso, me emociono vivamente. ¡Pobres niños, que se privaron de los céntimos con que debían comprar su panecillo y companage! ¡Qué sacrificio para ellos!

—Nuestro deseo, Padre Santo —contestó Don Bosco—, era ofrecer mucho más. ¡Qué inmenso fue nuestro gozo al saber que tan humilde obsequio había sido tan del agrado de Vuestra Santidad! (1).

(1) J. Bonetti, *Cinco lustros de historia*, cap. XXIII; *M. B.*, III, 507, 522.



## De nuevo, en Roma

Cuando se desvaneció la evocación de Gaeta, el tren había abandonado ya las fértiles planicies de la Campania... Desandábamos el camino de pocos días atrás, contemplando las mismas tierras del Lacio, los mismos ríos, los mismos túneles, las mismas poblaciones, y al fin veíamos blanquear a lo lejos los primeros edificios de la Ciudad Eterna, iluminadas con las últimas luces de la tarde. Eran aproximadamente las 19 cuando descendíamos en la estación de Término.

## Carrozas principescas

¿Será esta la misma estación, a la cual llegó Don Bosco el 15 de enero de 1869? Lo esperaban allí insignes personajes, que, después de saludarlo cordialmente, lo condujeron a tres carrozas de lujo, que, fuera de lo común y llamando la atención de todos, se habían estacionado dentro del propio recinto de la estación.

—Suba, Don Bosco —lo invitaron—.

—¡Cómo! —exclamó él con sorpresa—. ¿Para quienes son estos carruajes?

—Para usted y su acompañante.

—Pero ¿por qué han hecho esto?

—Así lo ha ordenado el Cardenal Berardi —explicó el Mayordomo de Su Eminencia—, y quiere él que una de las carrozas quede a disposición de usted durante toda su permanencia en Roma.

—De ninguna manera. Don Bosco no está hecho a tales lujos. Iré a pie.

(1) *Mem. Biogr.*, V, 858 y 859.

Sólo cuando un prelado le observó que ese proceder podía disgustar al Cardenal, consintió en que lo llevasen hasta la iglesia próxima de *San Bernardo alle Terme,* donde diría la santa Misa (1).

## Otra carroza

Pocos días después era la misma carroza papal la que iba en su busca: Se acercaba la hora de la audiencia concedida al Santo, y ordenó Pío IX:

—Don Bosco no tiene carroza. Vayan a buscarlo con la mía.

No tuvo él más remedio que subir, a la puerta de la casa en que se hospedaba, a donde había volado el vehículo. "Imaginaos —contaba después festivamente a sus hijos de Turín para que supieran la bondad del Papa— una carroza en que cabían cómodamente catorce personas, con ricos tapices de seda, borlas y caireles, y ¡dentro a Don Bosco!"

Terminada la audiencia, la misma carroza lo esperaba.

—¿A dónde desea ir usted ahora? —le preguntaron—.

—A la casa del Marqués Vitelleschi.

—Es orden del Papa que lo llevemos allá. Sírvase subir.

Llegado allá, le dicen:

—Manda el Papa que lo esperemos y lo conduzcamos nuevamente a su residencia.

Pero él les observó que debía permanecer allí mucho tiempo, y así consiguió que el coche volviera al Vaticano (2).

¡Cuánto lo apreciaba y amaba el Angélico Pío IX!

(1) LEMOYNE-AMADEI, *Vita di S. Giovanni Bosco,* II, 22; *M. B.,* IX, 495.

(2) LEMOYNE-AMADEI, *Ibidem,* II, 25; *M. B.,* IX, 531.



## El Tesoro de Italia

Recibió este un día en audiencia a la ilustre Condesa Matilde de Romelley, de Bélgica, y le preguntó:

—¿Ha visto usted ya el *Tesoro de Italia?*

—Ignoro, Santo Padre, dónde está ese tesoro; pero en estos días he visto el *Tesoro Vaticano.*

—¡Oh, no! —insistió el Papa—. Lo que debe conocer es el *Tesoro de Italia.* Si mañana se encuentra usted aquí, lo verá: ¡Ese *Tesoro* es nuestro Don Bosco! (1).

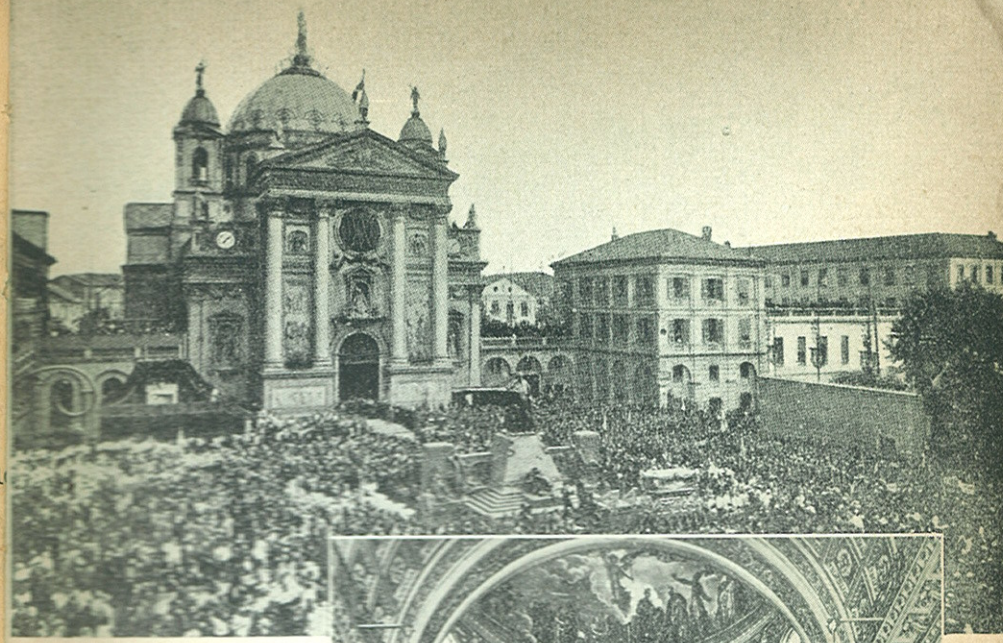
* *

Para nosotros, es natural, no hay carrozas. Además, no las necesitamos: salimos por la puerta de la derecha a la *Vía Marsala,* la cruzamos y estamos ya en el conocido Instituto del *Sacro Cuore.*

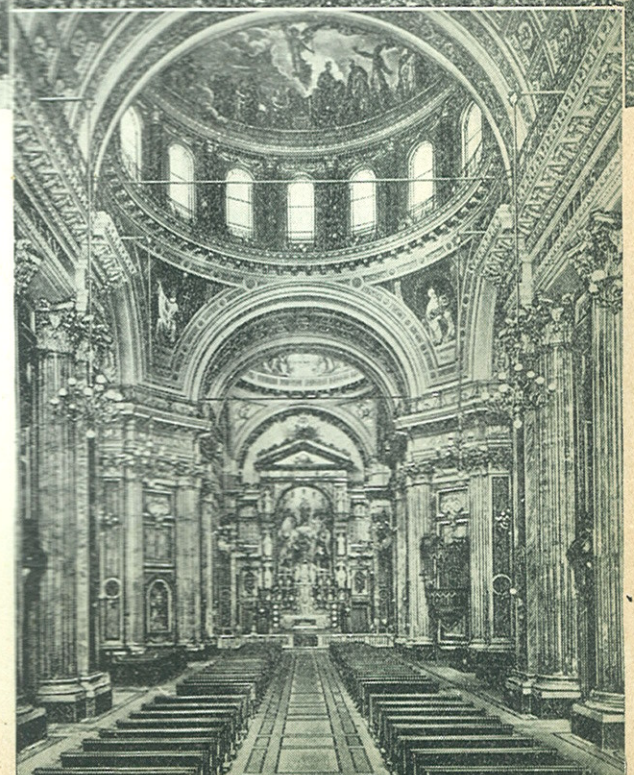
Nos instalamos. Y mientras mi compañero consulta al buen hermano enfermero, dedico unos minutos disponibles a escribir algunas líneas a varios de los Josés de Buenos Aires.

Después, a cenar y pronto a dormir, que mañana será otro día de madrugón para el viaje a Turín.

(1) *M. B.,* X, 429.



Turín: Exterior de la Basílica de María Auxiliadora y monumento a Don Bosco por el escultor Cellini.

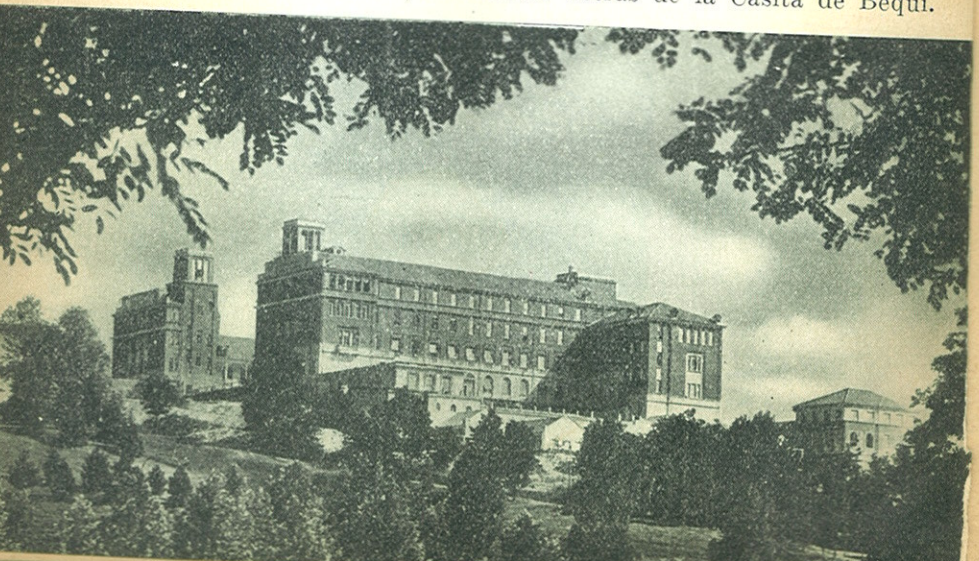


Interior de la Basílica.



Casita natal de San Juan Bosco en Bequi, antes de su restauración.

Instituto "Bernardo Semería", construído detrás de la Casita de Bequi.



## De Roma a Génova y Turín
## TURIN: Valdoco, Valsálice, Bequi, Castelnuovo, Don Boco, Ivrea, Superga, Lanzo, etc.

### 20 DE MARZO:
### A TURÍN. LA TIERRA SANTA DE VALDOCO

**Rumbo al noroeste**

—¿Vamos, P. Kenny?

—¿Ya?

—Claro, a no ser que prefieras salir en ayunas.

—¿Está todo listo? ¿Han traído los billetes?

—Sí, y las maletas nos esperan en la estación, con el que ha ido a reservarnos los asientos.

—¿Has pensado en las municiones de boca?

—Deben de estar apiladas en el comedor. Vamos allá.

Damos término así a la acción de gracias de la misa. Nos desayunamos. Cargamos la bolsita de provisiones. Saludamos al P. Prefecto, y al andén, en que está aguardándonos el rápido de las 8. De nuevo hay la mar de viajeros. Pero nos instalamos nosotros bastante bien junto a una ventanilla: el joven que nos ha precedido merece la propina.

Esperamos la señal de partir que, como en otros lugares de este mundo, también en Roma se permite reñir

con la puntualidad y provocar muchos suspiros de impaciencia. Los altavoces no cesan de trasmitir órdenes y advertencias. Se oye, al fin, el agudo pitar de la sirena, y el tren se pone en marcha. *¡Deo gratias! ¡In nómine Dómini!*

Mi colega, a quien los achaques lo han traído a mal traer casi toda la noche, no está para conversar y, después de un rato, cabecea como un bendito. Por no molestarlo, y, respetando el derecho de su naturaleza resentida, corto la charla iniciada con los amables vecinos y me vuelvo a entretener los ojos en el panorama que se va renovando a mi izquierda. Pero, como el mucho dulce empalaga, así acaba por hastiarme la contemplación de unos mismos sujetos: suburbios de la ciudad, campos labrantíos, de vez en cuando el azul del mar, aldeas, pueblos, ciudades...

En alguna de estas, nos detenemos escasos minutos; de muchas, ni siquiera el nombre alcanzo a saber por lo veloz que anda el tren y más por la escasez de letreros indicadores. Las que más me interesan son las conocidas por las lecturas: la histórica Civitavecchia; Orbetello, ya en Toscana, junto a un lago; la isla de Elba, que emerge del Tirreno a distancia con la sombra de Napoleón, que le dio renombre; Livorno, patria de Mascagni, con sus famosos arsenales y astilleros; Pisa, la temida rival de genoveses y florentinos; Massa y Carrara, émula del Pentélico por sus níveos mármoles; La Spezia, fábrica de formidables navíos de guerra; Chiávari, cuna de papas y santos; Rapallo, remanso de paz, en que las grandes potencias concluyeron tratados para fin de terribles contiendas; Santa Margarita, villa pulcra y gentil...

Mi mayor placer es la contemplación del mar Tirreno y de sus riberas rocallosas, mágicos cuadros de luz en los trechos fugaces entre un túnel y otro, que se vienen sucediendo sin tregua, junto a este soberbio litoral ligur, en una obra arrogante de osada ingeniería.



## La cuna de Colón

¡Al fin Génova!... La imaginación nos la pinta como emporio del comercio medieval, puerto moderno de ultramar, ciudad poblada de tiendas, casas de cambio, prenderías, mercados, nó sin su característica judería y también sus palacios suntuosos; pero nada de esto descubro al paso vertiginoso del tren, sino edificios que se suceden o se sobreponen en las desigualdades del terreno.

Aquí, más que en otras ciudades, percibo los estragos de la guerra no desaparecidos aún: las ruinas, como enormes heridas que tardan en cerrarse. Indudablemente, tratándose de un puerto de tan capital importancia como este, aquí la devastación ha sido más considerable y, por eso también, el trabajo de reconstrucción —siquiera muy intenso— ha de tardar aún en borrar todos los vestigios de la barbarie bélica.

En la estación, se detuvo el tren más de lo que el horario marca: hubo tiempo como para ir a recorrer algunas calles; pero ¿quién lo haría ignorando la hora de la reanudación de la marcha? Lo más a que nos atrevimos, fue a dar unos pasos por el andén para estirar las piernas entumidas.

De pronto los altavoces reclaman atención: se va a partir. Suena el silbato de la locomotora. Pocos minutos después estamos cruzando los extremos de la gran ciudad, en cuyo seno o inmediaciones vio la luz el inmortal descubridor de nuestra América. ¡A él, nuestro homenaje!

## Ahora, a Turín

Vamos corriendo hacia el norte; nos internamos en la Península. A uno y otro lado, alturas amenas y fértiles, vestidas de variados cultivos, que dan todos los matices del verde. Cruzamos un hermoso valle. ¿No será el de la Polcévera? Porque allá arriba diviso los blancos muros de

una iglesia con alta torre, que se me antoja puede ser el santuario mariano que los genoveses llaman de Ntra. Sra. de la Guardia. ¿Será aquel el monte Figogña? Y el pensamiento vuela entonces al R. P. Luis J. Pedemonte que, lejos de aquí, en el querido Bernal de la Argentina, emplea sus aún recias energías en erigir un grandioso templo a la misma advocación, para llenar así el cristiano anhelo de sus piadosos padres genoveses.

Alguna hora más, y vemos dilatarse ante nuestros ojos las rientes llanuras del Po, surcadas de largas hileras de árboles recién podados, que parecen estar señalando las lindes de diversas propiedades.

Pasan Novi, Alejandría, Asti... Son nombres conocidos y repetidos en la historia salesiana. Levántome, voy al pasillo y me acodo a la ventanilla. Estamos ya en el Piamonte, la tierra de Don Bosco.

¡Con qué fruición contemplo esas suaves colinas, que acaso él recorrería cuando niño, o cuando sacerdote, misionando, o cuando llevaba de vacaciones a sus niños, dejando en aldeas o ciudades la simiente ejemplar de la piedad y alegría de sus jovencitos y la eficacia de su palabra de apóstol! ¿Estará por estas partes Castelnuovo? ¿Y Quieri? ¿Y Bequi?... ¿Y aquella alquería? Nó, no es la de él; pero sí, bien semejante... Unas vacas me recuerdan las que el hijo de Margarita llevaba a pastar. ¿Sería lejos de allí?...

Y absorto en pensamientos de este linaje, no echo de ver que nos acercamos a Turín, sino cuando los compañeros de viaje empiezan a recoger sus bultos y a vestir sus abrigos o a cepillar las ropas y sombreros.

Entramos en los suburbios de la capital del Piamonte.

## Valdoco: Auxilium Christianorum

Estación de *Porta Nuova*. Son las 18 y dos minutos. Quince después nos deja el tranvía en el barrio de



Valdoco y, precisamente, en el *Corso Regina Margherita* (avenida de la Reina Margarita) y en el punto desde el cual contemplamos, como en éxtasis, las tantas veces vista en grabados elegante fachada de la Basílica de María Auxiliadora, con sus columnas, su rosetón, su inconfundible frontón y, detrás, la cúpula, grandiosa peana de la Virgen de bronce, que parece que nos espera, nos mira, nos llama y nos bendice.

Me parece una ilusión: ¿Yo, delante de la Basílica, que empezó Don Bosco a construir sin tener en los bolsillos más que 40 céntimos? Sí, la casa que se edificó la Virgen en el mismo sitio que Ella eligió: y con portentos la edificó: cada ladrillo, cada piedra atestigua un milagro de su bondad maternal. Me parece que huello tierra santa.

¡Con qué cariño y fervor leemos la invocación que campea en el frente, bajo el airoso tímpano: *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis!*

¡Ruega por nosotros! repetimos en lo íntimo del alma, cuando un minuto después, con el corazón palpitante, un nudo en la garganta y los ojos a punto de soltar las fuentes, estamos en el templo, de hinojos ante el expresivo cuadro de la Auxiliadora, que concibió Don Bosco y realizó el hábil pincel de Lorenzone.

¡Ruega por nosotros, tus hijos, que, desde las remotas orillas del Plata, venimos a agradecerte singulares favores: el habernos enviado —hace precisamente tres cuartos de siglo— esclarecidos discípulos de tu apóstol Don Bosco; el habernos llamado a formar en su joven milicia, que es toda tuya; el habernos asistido tan amorosamente en los ya largos años de actividad salesiana, protegiéndonos, iluminándonos y sacándonos con felicidad en tantas empresas! ¡Gracias, Madre Auxiliadora, gracias!

¡Ruega por nuestro hogar salesiano: por los supremos padres que desde aquí trasmiten tus maternales inspiracio-

nes; por los que allá los representan; por todos los hermanos de nuestra inspectoría; por mi Casa de Bernal; por sus clérigos y aspirantes; por los novicios; por los alumnos; por los queridos bienhechores, exalumnos y amigos!

¡Ruega por...! Y durante un buen lapso prosigo haciendo mención de los que allá me suplicaron un particular recuerdo ante la Madre taumaturga. En último término, como para que flote sobre las otras peticiones, de modo que mejor las vea la Virgen Santísima, pongo las intenciones del Soberano Pontífice y, sobre todas, la paz del mundo... ¡La paz que ha de venirnos de Dios Nuestro Señor, por medio de su Madre Santísima, a quien una vez más, como en las más angustiosas encrucijadas de la historia, querrá El constituír en la Auxiliadora y salvadora de la cristiandad!

Concluída esta plegaria, sin curiosidad por nada de cuanto nos rodea, vamos a doblar las rodillas ante los restos sagrados de nuestro dulcísimo Patriarca San Juan Bosco. Y allí de nuevo, las efusiones del alma en agradecimientos, admiraciones y súplicas. ¿Y es verdad que mis ojos se posan en aquella cabeza, de donde brotaron mil ideas geniales para la redención y custodia de la juventud; en aquellos pies, que tanto anduvieron evangelizando a los pobrecitos; en aquellas manos que esparcieron inconmensurable caridad y jamás se cansaron de bendecir y absolver; en aquel pecho, precioso cofre de un corazón grande y dilatado como las arenas del mar?... ¡Oh, sí! Dentro de esos sagrados miembros alentó un día el espíritu inmortal del que fue dócil y portentoso instrumento de las ternuras indecibles de María Auxiliadora! ¡Qué bien está allí, reposando ahora a la vera de su celestial Madre, Soberana y Maestra!...

Vamos ya camino de la puerta, cuando tropiezan nuestros ojos con otra urna bendita iluminada: la de Santa



María Dominga Mazzarello (1), la dignísima hija de Don Bosco y fundadora con él de las Hijas de María Auxiliadora: otra fulgidísima estrella de la constelación dombosca, creada por los amores de Jesús y de su Madre divina... Y aquí otra, siquiera breve, oración, a la primera bienaventurada de nuestra familia.

## En la casa paterna

Y ahora al Oratorio, teatro principal de las proezas de Don Bosco.

Entramos en la portería. Nos anunciamos. Nos conducen al despacho del P. Rubén Uguccioni, director de la Casa Capitular. Le encuentro a este padre mucha semejanza con el venerado P. Luis Vaula, así en las facciones como en la amabilidad de la conversación. Jamás olvidaré lo cordial de esta acogida.

Sabedor del estado de salud de mi compañero, ordena con toda solicitud se lo instale donde pueda ser cuidadosamente atendido. Me parece haber llegado realmente a la casa solariega de nuestra numerosa familia.

A mí también me asignan un cómodo aposento, en el segundo piso del pabellón que corre paralelo al flanco izquierdo de la Basílica.

Pues ya ha oscurecido, refreno las ansias de conocer en todas sus partes esta bendita casa, de la cual tanto he leído y oído, cuna y corazón de nuestra Sociedad. Será mañana, Dios mediante.

Al bajar al patio de la Basílica —así denomino al que se extiende a la derecha de la misma—, me encuentro con varios conocidos: otros salesianos argentinos, a quienes no veía desde nuestra dispersión en Roma: los PP. Enri-

(1) Entonces no era más que beata; al año fué proclamada santa.

que Pozzoli, Antonio Zitta, Luis del Piero, Luis Tust y los PP. Domingo Martínez y Luis J. Muras, a quienes había visto aún, el día de la partida a Nápoles. ¡Cuántas impresiones brotan del corazón!

Para la cena me conducen al gran comedor de la Casa Capitular, esto es, de los secretarios y adjuntos de los RRmos. PP. del Capítulo Superior. Este tiene comedor aparte. ¡Cuántos sacerdotes, venerables por edad y méritos, entre buen número de otros, jóvenes aún! Me señalan, por ejemplo, al ilustre P. Eugenio Ceria, el gran biógrafo de Don Bosco e historiador de la Congregación, que a los ochenta años no ha concedido todavía jubilación a su docta y elegante pluma.

## Padres y hermanos

En la breve recreación que sigue a la cena, cábeme el placer de saludar al Rdmo. P. Pedro Tirone y al Rdmo. P. Modesto Bellido, del Capítulo Superior. Nos entretenemos con este hasta que la campana nos llama a la iglesia para las oraciones de la noche. Estamos de nuevo bajo la mirada maternal de María Auxiliadora.

¡Qué bella hermandad! Todos mezclados: sacerdotes y laicos, y también los Superiores mayores. Mi recogimiento no es tan profundo como para que no advierta que a mi lado, en el mismo reclinatorio, acaba de arrodillarse el Rdmo. P. Renato Ziggiotti, Consejero Escolástico General (1), a quien había conocido ya en Roma. La platiquilla o "buenasnoches" está a cargo del R. P. Ugucconi.

(1) Dos meses después era designado Prefecto General, en reemplazo del Rdmo. P. Pedro Berruti que falleció, y el 1º de agosto de 1952 era elegido Rector Mayor para suceder al Rdmo. P. Pedro Ricaldone, que entregó su alma a Dios el 25 de noviembre de 1951.



Poco después, estoy en mi celda y en mi lecho, saboreando aún las santas emociones de este día inolvidable de mi llegada a la Roma Salesiana. ¿Cuándo imaginé que tendría alguna vez la dicha de hospedarme en el legendario Valdoco, y dormir bajo el techo de su casa material, a la bendita sombra del manto azul de la Virgen de Don Bosco, a dos pasos de su espléndida Basílica? Me parece un sueño.

Y, paladeándolo, me dormí.

21 DE MARZO:

## EL TINGLADO DE PINARDI. LA PRIMERA IGLESIA. LA BASÍLICA DE MARÍA AUXILIADORA

### La Capilla de Pinardi

Noche feliz me dio la buena Madre Auxiliadora.

Despierto con el ansia de vivir plenamente mi primer día en la Casa Madre de la Obra Salesiana.

Al salir de la habitación, supe que a esa hora los salesianos se reunían para la meditación en la Capilla de Pinardi.

—¿Quiere indicarme dónde queda esta? — pregunté.

Y me la indicaron. Donde termina la Basílica, hay un patio de regulares dimensiones, limitado por un viejo edificio que corre paralelo a la amplia sala de la sacristía, con galería o pórtico en la planta baja. En el canto izquierdo de ese pórtico, se abre una puerta: por allí entro en la Capilla de Pinardi.

Si hay un lugar histórico en la Casa Madre, es este. Aquí estuvo la primera de las iglesias de Don Bosco; fue la simiente prolífica de sus iglesias, esparcidas hoy por todo el orbe.

Como ahora la veo, es una restauración, bendecida solemnemente el 31 de enero de 1928, al cumplirse los cuarenta años de la muerte de Don Bosco. Es muy pequeña: tendrá unos 20 metros de largo por 6 de ancho; es de exigua altura, y menos tenía la de entonces.



¿Quién no recuerda que Mons. Luis Fransoni, Arzobispo de Turín, oficiando en ella para administrar la confirmación a cerca de 300 jóvenes, al ir a pronunciar una alocución, dio con la mitra en el techo? Había olvidado que no estaba en la catedral. Quitóse la mitra, y exclamó sonriendo:

—¡Se ve que a estos niños es menester hablarles con respeto: con la cabeza descubierta! (1).

A uno y otro lado, una serie de ventanitas dan luz al estrecho recinto.

### Un mal músico

Las de la izquierda caen a un angosto patio, en cuyo extremo se yergue una bella estatua de la Virgen Santísima: fue el primer patio estable del Oratorio de D. Bosco.

A través de una de esas ventanitas, en 1848, mientras el buen Padre catequizaba a los niños, un infeliz emisario de las sectas le disparó un arcabuzazo, que pasándole bajo el brazo izquierdo, le rasgó la sotana.

Un grito de terror se escapó del alma de aquellos chicos, que, pálidos y temblorosos, se quedaron luego, con los ojos desencajados, en profundo silencio mirando a Don Bosco.

—¡Cómo! —les dijo él con admirable calma—. ¿Os asusta una broma tan sin gracia? La gente malcriada no es capaz de chancearse, sin mostrar la hilacha. Mirad: me ha hecho un rasgón en la sotana y ha descascarado esa pared. Pero, sigamos.

Y reanudó la exposición. La amable serenidad de Don Bosco calmó los espíritus.

¡Qué escena, cuando, después de la Bendición, salieron al patio! No bien apareció Don Bosco, todos lo rodea-

(1) J. Bonetti, *Cinco lustros de historia del Oratorio Salesiano*, cap. XV.

ron: unos sollozaban; otros, al besarle la mano, se la humedecían con sus lágrimas; otros contemplaban o tocaban el desgarrón de la sotana. Y Don Bosco, enternecido por el amor de sus chicos, les decía:

—¡Oh! Si la Virgen no le desviaba la batuta, el golpe habría dado en el blanco; pero ¡se ve que es un mal músico!

Y, echando una ojeada a la sotana rota, agregaba:

—¡Pobrecita! Lo siento por ti: no tengo otra que te reemplace... Pero, hijos, aprovechad el tiempo: ¡ea! ¡todos, a jugar! (1).

## Los muebles y galas de la Capilla

Los hermosos y cómodos bancos que ahora la llenan, no son ni por asomo los paupérrimos del tiempo aquel.

Tampoco lo es el elegante altarcito. En el sencillo de entonces había un cuadro de San Francisco de Sales, el mismo que había colocado Don Bosco anteriormente en la capilla improvisada para sus niños y, sólo prestada, en el Refugio de la Marquesa Barolo. Quiso él que ese dulce Santo los siguiera como Patrono en la nueva morada fija.

Brillaba el lugar por su limpieza, ni le faltaban pobres galas, que habían pertenecido al vestido de bodas de Mamá Margarita, la cual, no pudiendo tolerar la desnudez y pobreza en que veía a su Dios, se desprendió de las sedas de aquel antiguo recuerdo tan caro a su corazón. Y ella y su hijo sacerdote cuidaban personalmente del decoro de aquel centro de la casita y de sus almas.

No es la misma tampoco la decoración —¡qué había de ser! ¡Para decoraciones estaban entonces!—; ni es el mismo el pavimento, que entonces estaba un par de decímetros más bajo que el suelo exterior y que se inundaba con las lluvias de la estación invernal; ni el techo aquel

(1) J. B. Bonetti, *Cinco lustros*, cap. XIX.



famoso, que tocaba con la mano el niño que se subiera a un banquillo, o, desde el humilde pulpitito con la cabeza, el predicador, que no fuera de tan escasa estatura como el buen teólogo Borel.

Este, que ahora veo, no es el armonio con que muchas veces Don Bosco mismo acompañaba el canto de sus pilluelos; aquel era otro pequeñito, que le había costado la fabulosa suma de 35 liras. (Por cierto, que entonces las liras no tendrían el mísero valor adquisitivo de hoy, en que 35 liras son poco más o menos un peso actual de nuestra moneda.)

Ni siquiera las paredes son las de entonces. De entonces solamente son el sitio y las dimensiones.

Todo lo antiguo, mísero y precario, se derribó en 1856, diez años después de la toma de posesión, para dar lugar al primer cuerpo de edificio sólido y estable, que es el más antiguo y venerado del actual Oratorio de Valdoco.

## Reliquias de lo primitivo

Algo hay, sin embargo, que es todavía de entonces: en una repisa colocada a la derecha, junto al minúsculo presbiterio, está la primera imagen de la Virgen que Don Bosco presentó a la veneración de sus muchachos: una estatuita de la Virgen Santísima de la Consolación, llamada vulgarmente *La Consolata*, Patrona querida de Turín; medirá, aproximadamente, de 70 a 80 centímetros, si no calculo mal.

Y otra cosa hay de entonces: los recuerdos, ¡y qué vivos! Allí inauguró el Santo el 21 de mayo de 1847 la Compañía de San Luis Gonzaga, cuyo reglamento había aprobado Mons. Fransoni el 12 de abril. Allí organizó para sus jovencitos la primera tanda de Ejercicios Espirituales, que se repetirían anualmente. Allí empezó la práctica de la santa Misa diaria con la recitación en voz alta de las oraciones y el santo rosario. Allí, en 1848, mientras

distribuía la santa comunión con escaso número de partículas, milagrosamente se multiplicaron éstas para que todos pudieran comulgar.

¿Y quién no recuerda que también allí Don Bosco era diligentemente vigilado por los custodios del orden público? Temía el Gobierno que estuviese preparando a esa juventud para alguna revolución. Por eso, disimuladamente, concurrían hasta personajes de nota, y, durante largo tiempo, todos los domingos, cinco o seis guardias civiles iban aparentemente a oír misa y, en realidad, a observar y espiar cuanto allí se hacía o decía. ¡Y cuánto bien espiritual les hizo también a estos la palabra de Don Bosco!

—¡Ellos —decía él— me ayudan mucho: vienen a vigilarme y, entre tanto, su presencia contribuye al silencio y compostura de los jóvenes! (1).

Allí, a la puerta que ya no existe, en 1849, Don Bosco distribuía a los niños que iban saliendo, las castañas que Mamá Margarita había preparado en un cesto. Habían pasado ya unos 200, cuando el recipiente quedó vacío. ¿Y los 400 niños restantes? Siguieron desfilando y cada uno recibió su puñado. Pronto los niños cayeron en la cuenta de lo sucedido, y empezaron a decirse unos a otros:

—¡Don Bosco es un santo! ¡Es un santo! (2).

## Meditación

Con este agolparse de sugestiones, es de imaginar sobre qué versaría mi meditación de esta mañana: las vías prodigiosas de la Providencia; los principios oscuros y humildes que ella prefiere para sus obras gigantescas; el *contra spem in spem crédidit* de nuestro Padre, *ut fieret páter multárum géntium!*

(1) *M. B.*, II, 406, 445, 447.
(2) *M. B.*, III, 576.



La capilla está repleta de salesianos: sacerdotes y coadjutores, jóvenes y ancianos. Confundidos entre ellos, como cualesquiera, veo a varios miembros del Capítulo Superior: los Rdmos. PP. Giraudi, Tirone y Candela, a quienes volví a ver allí en los días sucesivos. Los demás salesianos de la Casa habían ya acudido al turno anterior, en la vecina Capilla de San Francisco de Sales, según me informé luego y observé yo mismo más de una vez en que hube de madrugar algo más.

## Página de la historia inicial

Al disponerme a salir, para ir a celebrar, topan mis ojos, en la pared del fondo, con una lápida conmemorativa que lleva en italiano la inscripción, que, en español, reza así:

> *"El Oratorio, iniciado por Don Bosco en la iglesia de San Francisco de Asís el 8 de diciembre de 1841 —trasferido sucesivamente al Refugio de la Marquesa Barolo, a los Molinos del Dora, a San Pedro* in Víncoli, *a la casa de Moretta y al prado de Filippi—, después de ingratas vicisitudes y duras pruebas, guiado por la Virgen Auxiliadora, llegó por fin a su meta, al hallar asiento estable* aquí, *donde se alzaba el mísero tinglado de Pinardi, principio humilde de esta Casa Madre de la Sociedad Salesiana y, durante seis años, única y paupérrima capilla, que Don Bosco bendijo y ocupó el 12 de abril de 1846, día de Pascua de Resurrección.*
>
> *"Este local, construido en el área del antiguo galpón y que fue luego durante muchos años comedor de Don Bosco y de sus hijos —para recuerdo y como homenaje— fue convertido en capilla dedicada a N. S. Jesucristo en su gloriosa Resurrección.*
>
> *"31 de enero de 1928, XL Aniversario de la muerte de Don Bosco."*

¡Hermosa síntesis histórica del período inicial de la Obra Salesiana!

**De tal madre, tal hijo**

En la pared exterior de la capilla, pared que da al actual pórtico —en lugar de este pórtico estaban antes las habitaciones de la planta baja de la antigua vivienda de Pinardi—, leo otra inscripción:

*"Don Bosco y Mamá Margarita,/ después de ha-*
*" ber hecho a pie el largo camino/ que de la colina*
*" de Bequi lleva a Turín,/ al caer la tarde del 3 de*
*" noviembre de 1846,/ establecían su residencia fija/*
*" en la casa de Pinardi,/ que aquí se levantaba/ jun-*
*" to al mísero tinglado/ que en abril del mismo año*
*" se había convertido/ en la primera capilla del Ora-*
*" torio."*

¡Cuántos otros recuerdos y reflexiones brotan de estas líneas! Don Bosco, que acababa de convalecer en Bequi de una enfermedad que lo había puesto al borde del sepulcro, al disponerse a regresar al campo de su misión, le propone a su madre vaya a vivir con él en Valdoco. Bien sabía lo inmenso del sacrificio que estaba solicitando, pero no ignoraba la heroica virtud de la madre. Esta, después de quedar un instante pensativa,

—¿Crees que será para gloria de Dios? —le pregunta—.

—¡Sí, madre mía!

Y, sin vacilar, la santa mujer deja lo poco que allí tiene en comodidad material, pero sobre todo lo mucho que significa el amor correspondido que profesa al hijo José y a sus amados nietecitos, que lloran inconsolablemente al saber su decisión. "¡Dios lo quiere! ¡Por Él, cualquier cosa!" se ha dicho (1).

(1) *M. B.*, II, 522.



Vedla con el cestillo de ropa blanca colgado del brazo, alejándose junto al hijo sacerdote. ¡A pie, aquel extenso camino, que con devoción recorrí luego varias veces, si bien en cómodo *Fiat!*

Debieron de haber salido muy de madrugada, ¡Cómo habrá mirado por última vez la amada casita y las otras de su aldea de Capriglio, que desde allá se divisan! Les habrá dicho "¡adiós!", pensando que quizá ya no las volvería a ver. Pero "¡Dios lo quiere! ¡Adelante!"

Quizá a la sombra de algún árbol del sendero, se habrán detenido a descansar, trazando planes. En Quieri, en casa de unos conocidos, almorzaron alguna cosa, y de nuevo en marcha, para llegar antes de la noche a la capital.

Casi a la entrada de Valdoco, sucede el encuentro con el teólogo Juan Vola, quien, al enterarse de que van tan solos y tan desprovistos de medios humanos, se desprende del reloj para que su venta les dé algo para las primeras necesidades.

—¿Ve, madre, cómo la Providencia viene ya en nuestra ayuda? —comenta el hijo, al despedirse del buen amigo— (1).

Y llegan al lugar, y suben a los que han de ser sus aposentos, y uno de ellos también cocina y comedor. ¡Ay, con qué desnudez se encuentra Margarita! En su comparación, lo que ha dejado en Bequi es un tesoro. ¿Qué es lo que hay aquí? Dos pobres camas, dos bancos, una mesita, dos sillas, una ollita, una cacerola y algunos platos y cubiertos. Quizá se afligió un instante, pero luego sonrió y exclamó:

—¡Qué suerte! En Bequi, de la mañana a la noche, todo era andar y venir de aquí para allá, vigilando, ordenando, aseando; aquí, por lo que veo, tendré más tranquilidad y menos preocupaciones.

(1) *M. B.*, II, 528.

Y empezó a cantar alegremente, en lo cual no tardó en acompañarla Don Bosco (1).

Así empezó a ser la abnegada madre de los pilluelos del Oratorio, que la llamarán en adelante con cariño su *Mamá Margarita*. Ha dejado allá unas criaturas, y aquí le da Dios centenares, y tendrá muy cerca, en la pobre capilla, al Dios que allí la ha querido.

¡Oh, la santa madre de Don Bosco! ¡El secreto de la excelsa santidad del hijo!

¡Cuántas evocaciones ante una lápida!

## La sacristía de la Basílica; la primera misa

Voy a celebrar. Entro en la sacristía. Es una espaciosa estancia llena de aire y de luz y que invita al recogimiento. A lo largo de una de las paredes más extensas, hay un gran mueble a modo de mesa, en que están preparados los paramentos de la misa. Junto a la pared opuesta, otro mueble con unos veinte reclinatorios para los sacerdotes que se disponen a celebrar o dan gracias.

En lo alto, como friso de los muros, una serie de artísticos lienzos, que reproducen escenas características de la vida de Don Bosco: Juanito Bosco, sentado entre amiguitos de la aldea, que le escuchan hablar de Dios y del alma; Don Bosco, confesando a Pablito Álbera, el que será su segundo sucesor, mientras muchos otros niños aguardan su turno para lo mismo; el Santo llega a Valdoco con Mamá Margarita; en el patio, con una corona de sus chicos; el encuentro con el albañilito Garelli en la sacristía de San Francisco de Asís y comienzo del Oratorio Festivo.

Son tantos los sacerdotes que van a celebrar desde las primeras horas de la mañana, que deben establecerse muchos turnos. No es cosa fácil conseguir el altar de María Auxiliadora o el de San Juan Bosco; esto, por lo general,

(1) *Id.*, ib.



debe gestionarse con antelación de algunos días, a no ser que pueda uno celebrar bastante tarde. A menudo son obispos y prelados los que solicitan este privilegio y, claro está, tienen las preferencia.

En este primer día, me tuve por dichoso en poder rezar la misa en uno de los muchos altares alineados en el precioso ábside o galería que corre detrás del altar mayor. Me llevaron al de San José Cottolengo. En su apacible penumbra, me imaginé estar, casi literalmente, cubierto con el manto de la Auxiliadora. Esto y el ambiente místico que forman el porte devoto, las plegarias y cánticos de alumnos y peregrinos, son una fiesta del espíritu.

Cuando me llevan al desayuno, me encuentro con hermanos de tantas partes del globo, no sólo de Europa y América, sino también de Asia, África y Australia, que debí exclamar con el poeta, refiriéndolo, en verdad, a un cielo:

Tuttí convegnon qui d'ogni paese (1)

## Recorriendo la Basílica

Mediando ya la mañana, el P. Enrique Pozzoli, alma de artista y fotógrafo de nuestra peregrinación, me invita a visitar la Basílica.

—De mil amores — le contesto.

No intentaré, por cierto, ninguna descripción: todas huelgan, cuando ya lo ha hecho, en forma inimitable, el Rdmo. P. Fidel Giraudi, Ecónomo General de la Sociedad, en estupenda monografía del sagrado edificio, con lujosas ilustraciones de cada uno de los detalles (2). Yo no haré más que consignar algunas de mis impresiones de salesiano.

La actual Basílica no es enteramente como nos la legó

(1) Dante, *Inf.*, III, 123.
(2) *Il Santuario di Maria SS. Ausiliatrice in Torino*, S.E.I., Torino, 1948.

Don Bosco. Hubo necesidad de ampliarla para que pudiese contener las multitudes que a ella confluyen; pero se ha tenido extremo cuidado en conservar todo lo antiguo: se llevó más atrás el presbiterio con su altar mayor; a ambos lados de estos, se levantaron sendas capillas con capacidad para un millar de personas, y, sobre ellas, dos magníficas tribunas, a la altura del cuadro de la Virgen; la de la izquierda, para el órgano y cantores; la de la derecha, para uso de la comunidad, y en las solemnidades, para toda suerte de fieles. El que desde una de esas tribunas levanta la vista se encuentra con una cúpula magnífica, enteramente nueva, siquiera menor que la antigua que sigue coronando el crucero. En el centro de la nueva, se leen las palabras proféticas: *Haec est domus mea; inde, gloria mea:* Esta es mi casa; de aquí se difundirá mi gloria.

A la parte posterior del altar mayor, se le han agregado la elegante galería de los altares y la sacristía a que me referí más arriba.

Piedad y admiración son los sentimientos que desde luego invaden el alma del que penetra en este santuario. Si por una parte extasía el armonioso conjunto, realzado por la exquisitez, opulencia y variedad de los materiales; por otra, todo invita al recogimiento y oración: la gravedad de la arquitectura, la amable convivencia del color y la luz, lo significativo de las decoraciones para quien, siquiera medianamente, conozca la vida de Don Bosco, y el valor histórico de los diversos elementos.

## Aedificavit sibi domum María

Pensar que tanta arte y riqueza surgieron poco menos que de la nada, porque la Virgen Santísima lo quiso, es reconocer la intervención de lo sobrenatural.

Un día de fines de abril de 1864, el capataz Carlos Buzzetti fue a invitar a Don Bosco para que colocara la primera piedra. Fue un acto sencillísimo, como la causa



de todo lo sublime: rodeaban al Santo sus clérigos y alumnos. Al terminar, sonriendo, le dijo al capataz:

—Mira, quiero adelantarte una suma para los grandes trabajos; no es mucho, mas es todo lo que tengo.

Y a renglón seguido, sacó el portamonedas, lo abrió y lo volcó en las manos que Buzzetti había juntado con risueña ilusión. Sorpresa general: Buzzetti tenía en sus manazas la considerable suma... de 40 céntimos.

Pero Don Bosco, con su imperturbable sonrisa, dirigiéndose a Buzzetti, algo corrido:

—No temas —continuó—; la Virgen no permitirá que falten fondos para su iglesia. Yo seré el cajero.

Y, volviéndose a los circunstantes, aseguró con firmeza:

—¡Ya veréis! (1).

Yo me he figurado a Don Bosco, siguiendo paso a paso la construcción, observando ansioso la cavazón de los cimientos, el asomo de los muros y la armazón de la andamiada. ¡Cuántas veces se habrá encaramado a esta, para animar a los albañiles y seguirlos en su labor, o para consultar los planos con el capataz, o irse derecho a este a entregarle la paga de los obreros que, con uno de sus prodigios, acababa de proporcionarle la Virgen! Y vio así surgir sucesivamente las pilastras, los arquitrabes, los arcos torales, las pechinas, las dos torres y, al fin, la atrevida cúpula con su linterna, pedestal de la hermosa Inmaculada, tal como la había contemplado en sus sueños y más de una vez se la había mostrado a sus chicuelos, desde el patio de Pinardi, señalándosela con su dedo allá en lo alto y diciéndoles:

—¿No la veis?

Y en vano ellos dirigían allá los ojos: nada veían.

Pero al fin fué realidad; la vieron muchos de ellos; la vemos nosotros y la verán cuantos peregrinen a Valdo-

(1) F. Geraudi, *Il Santuario di M. SS. Ausiliatrice*, 21.

co; la verán sonriendo, como Madre amantísima, a los hijos dichosos que viven a sus plantas.

Es de imaginar el regocijo del Santo cuando su espléndido cuadro, como él lo ideó y lo quiso, dominó el altar; cuando vio ir enluciéndose y decorándose las paredes, cubriéndose de losas el pavimento y levantándose los hermosos altares. ¡Y lo que sería el día bendito en que se consagró el santuario, aquel 9 de junio de 1868! Cuatro años antes, su fe profunda había lanzado, como firme reto, aquel "¡Ya veréis!", y ahora lo veían con asombro, también aquellos que entonces lo habían tildado de atrevido, imprudente, visionario y loco.

¡Qué bien está en caracteres de oro, la leyenda de la cúpula: *Aedificavit sibi domum Maria!*

## Capillas y altares

El Santo, que todo lo vio en misteriosos sueños, ¿habrá visto que, en la primera capilla, a la derecha del que va entrando, con el andar del tiempo, reposarían los sangrados despojos de su hija espiritual, Santa María Dominga Mazzarello, Confundadora de las hijas de María Auxiliadora? Suavemente iluminada, parece que duerme blandamente y, por su sonrisa de cielo, que está soñando inefables maravillas.

¿Y habrá sospechado que, un poco más allá, en la extremidad derecha del crucero, lugar que él había consagrado a San Pedro, primer Sumo Pontífice, estarían alguna vez expuestos a la pública veneración, sobre suntuoso altar, sus propios miembros de santo? Y menos habrá imaginado que su cuerpo volvería a ese lugar entre luces y voces de triunfo un 9 de junio —el de 1929—, aniversario de la consagración de su querido Santuario. En la última guerra, una granada atravesó la bóveda del templo y cayó delante del mismo lugar que ocupa su bendito cuerpo, y hubo doble suerte: el artefacto mortífero no reventó, y la



sagrada urna, en previsión de infaustas eventualidades, ya había sido retirada y depositada en lugar remoto de la campaña, sin peligro de posibles bombardeos. Así nos lo salvó el Señor: ¡bendito sea!

En el brazo frontero, se levanta el altar de San José, a quien Don Bosco profesaba tierna devoción. De él es también la idea del lienzo: aparece el santo Patriarca sobre nubes, soltando de su mano flores —esto es, gracias, beneficios—, que van a caer sobre el Oratorio, representado en la parte inferior.

Bajando de aquí hacia la entrada, encontramos la capilla de San Francisco de Sales, el santo de la mansedumbre, modelo y Patrono de la Sociedad que de él tomó el apellido. En la misma capilla, adosado al muro de la derecha, estuvo, desde 1938 al 50, el sepulcro con el cuerpecito del Beato Domingo Savio, el primer niño que el sistema de Don Bosco entrega a la nómina de los bienaventurados. Así, también el lirio está esparciendo su fragancia cerca del solícito jardinero.

## Los que allí rezaron

¡Cuántos recuerdos encierra para el salesiano este piadoso recinto de la Basílica!

Allí rezaron los hijos predilectos del Apóstol, varios de ellos, seguidores suyos en la ascensión a los altares: Don Rúa, Don Rinaldi, Don Beltrami, Don Czartorisky...

Allí, con paternal abrazo, despidió el Padre a los misioneros heroicos, que envió a la Argentina, su segunda patria: Cagliero, Costamagna, Lasagna, Fagnano, Bodratto, Vespignani, Gamba, Milanesio, Rabagliatti, Calcagno, Cassini... ¡Se verificaba el *Inde, gloria mea!* Salían los hijos de la casa de la Madre, para ir a sembrar su gloria hasta las extremidades del mundo.

Bajo esas bóvedas sonaron las armonías de los primeros maestros salesianos: Cagliero, Dogliani, Pagella...,

y la voz elocuente de Francesia, Lemoyne, Bonetti, Carmagnola, Caviglia...

¡Cuántos personajes ilustres, eclesiásticos, civiles y militares, han ido a implorar para sus empresas el favor de la taumaturga Virgen de Don Bosco! Allí estuvieron el futuro Beato Pío X en 1875, el futuro Pío XI en el 83; allí el Rey, la Reina, los Príncipes...

A estos altares han acudido ya multitudes de todos los puntos cardinales del planeta, atraídos por el maternal imán de la pujante Auxiliadora y los hechos sorprendentes de su Apóstol. Con mis propios ojos lo estoy viendo desde este primer día. ¡Cuántos peregrinos! Y otra vez murmuro lo de Dante:

Tutti convegnon qui d'ogni paese.

## La Capilla de las Reliquias

A la derecha, antes de llegar al altar de santa María Mazzarello, hay, entre dos pilastras, una puerta, en cuyo dintel se lee: *Capilla de las Reliquias*. Está abierta.

Invita a bajar. Los muros están revestidos de mármoles; de mármoles diversos, también la rica escalera, cuyo segundo tramo dobla hacia la izquierda. Al llegar al pie, nos encontramos con un recinto que es una magnificencia por la decoración mural, los reflejos de luz sobre los mármoles pulidos y el pavimento, que es brillante cristal.

Se ha edificado esta Capilla en el subterráneo de la Basílica, perpendicularmente a la nave central, de modo que corre, más o menos, desde el altar de la Santa al opuesto de San Francisco de Sales.

Para recorrerla ordenamente, torcemos ahora a la derecha, que es lo más próximo a nosotros. Tropieza la mirada con un cuadro: una aparición de la Virgen Santísima a Don Bosco. ¡Ah! Estamos en la capilla de la Aparición. Junto al arco de entrada, en el rincón de la izquierda, divisamos, incrustada en el suelo, una cruz de oro. ¿Qué significa? Nos lo dice la inscripción puesta en torno del arco, que es esto, en español:

*"En el año 1845, San Juan Bosco se vio en sue-*
*"ños en los prados de Valdoco, rodeado de innume-*
*"rables jóvenes, y vio a la Santísima Virgen que le*
*"mostraba el nacimiento y porvenir del Oratorio de*
*"Turín; luego, adelantando Ella un pie y asentán-*
*"dolo en este lugar, le decía: —Aquí, donde los*
*"gloriosos Mártires de Turín, Aventor, Solutor y*
*"Octavio, sufrieron el martirio; sobre esta tierra*
*"regada y santificada con su sangre, quiero yo que*
*"se honre a Dios de un modo singular—. Este altar*
*"se erigió para recuerdo de la Aparición de María*
*"Auxiliadora".*

Como otros visitantes, besamos reverentemente la cruz señaladora del lugar bendito, y pasamos a admirar el precioso altar de la Aparición, el cuadro de la derecha que representa el martirio de los tres Santos y los relicarios con recuerdos personales de Don Bosco y de los santos Patronos y Protectores de Turín.

## Siempre a medias los dos

Al salir de esta primera capilla, descubrimos a la derecha un sepulcro con la sobria inscripción: "Servus Dei Michaël Rúa Sacerdos": El Siervo de Dios, sacerdote Miguel Rúa. Allí duerme en paz el primer sucesor de Don Bosco.

Era justo que descansara aquí: el Santo encontró por vez primera a Miguelito el año 1845 en el Refugio; era entonces alumno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en cuyo floreciente Instituto Don Bosco solía confesar de cuando en cuando. Un día de 1848, el niño, encontrándose con Don Boco, le pedía una estampita y, en respuesta, le mostraba el Santo su mano izquierda; luego,

con la derecha hacía ademán de cortarla y darle al niño la mitad cercenada, y añadía:

—¡Toma, Miguelito, toma!

Y no entendía Miguelito aquel lenguaje. Varias otras veces repitió Don Bosco el mismo juego, que le daba al chico en que pensar. El día en que Rúa recibió en Bequi el santo hábito, se atrevió a preguntarle lo que entendía significar con aquellos gestos, y comprendió entonces cómo estaba destinado a dividir con el Santo la vida, los afanes y preocupaciones por las almas (1).

Fue Rúa, en efecto, el primer clérigo del Oratorio, el primer salesiano. Cuando se fundó el primer colegio fuera de Turín, Rúa, ya sacerdote, fuè el primer director; pero no tardó en volver al lado de Don Bosco para hacer sus veces, sobre todo en las obligadas ausencias. En los últimos años del Fundador, participó más directamente aún en el gobierno de la Sociedad, que crecía ya con empuje incontenible: fue el Vicario del Padre y, a su muerte, en 1888, le sucedió, como Rector Mayor y heredero de sus virtudes y su espíritu, durante 22 años. En 1910 moría en olor de santidad, y, en Valsálice, junto a la gloriosa tumba del Patriarca, labraron también la suya, y quedó compartiendo el mismo lugar de reposo. Pero allá quedó solo, cuando, en la Beatificación de Don Bosco, trasladaron los restos de este, en procesión apoteótica, a la Basílica de María Auxiliadora. Fue una separación momentánea, porque en mayo de 1939, al cerrarse el proceso apostólico sobre las virtudes y fama de santidad de Don Rúa, fue también él trasportado a la Basílica, casi junto a la vera de su Maestro y Padre, con lo que una vez más se confirmaba el gesto y palabra proféticos: siempre a medias los dos.

Por eso, yace ahora aquí en bello y sobrio sarcófago. Encima de éste, una artística escultura del maestro Galateri representaba al Siervo de Dios yacente, envuelto en la capa pluvial, plácidamente dormido.

(1) Angelo Amadei, *Don Michele Rua,* I, p. 18 y 46.



Del fondo del alma surge la plegaria para que no se demore el luminoso día en que la Iglesia lo despierte y lo eleve a compartir con el Padre, también el esplendor de los altares.

## Un tesoro incomparable

Pero vamos adelante. Siete son las capillas por recorrer. En seguida, la de las Santas que no fueron vírgenes ni mártires. A esta corresponde enfrente, a la izquierda, la de las que fueron o mártires o vírgenes. Luego, en una especie de pequeño crucero, están, a la derecha, el altar de los santos Obispos y Confesores, y a la izquierda, el de los santos Mártires. Más allá, los ricos altares de los Santos Fundadores y de los Santos Doctores de la Iglesia, a derecha e izquierda, respectivamente. Por último, en el fondo, el altar mayor, en que se veneran las Reliquias más preciosas: de la Santa Cruz y de la Preciosísima Sangre —obtenida esta en 1886 de Mons. José Sarto, Obispo de Mantua y futuro Pío X y Beato—, ante las cuales nos postramos en profunda y amorosa adoración, como nos invita la inscripción en letras de oro del frente: *Ecce Lignum Crucis, in quo Salus mundi pependit; venite, adoremus.*

Mosaicos primorosos, pinturas expresivas, inscripciones apropiadas a cada lugar, decoraciones exquisitamente nobles, dan realce a cada uno de los altares, que ostentan, al mismo tiempo, en finos cofres, las reliquias de los santos correspondientes, todo dispuesto con tino de artista y liturgista.

A fines de 1941, la Capilla tenía en exposición más de 6.000 tecas o relicarios de tamaño, material y forma diversos. ¡Lo que se habrá sumado en los años corridos desde entonces, máxime con la voluntad que hay de ir acreciendo día a día el sagrado tesoro!

La mayor parte de él fue generosa donación del Comendador Miguel Bert, apasionado devoto de las santas Reliquias. Muchos otros lo han imitado enriqueciendo el enorme caudal.

En la sacristía, que es un cuantioso depósito de otras muchas reliquias insignes, hay una lápida que expresa:

*"El Comendador Miguel Bert/ fallecido en Turín el 2 de marzo de 1926,/ piadoso cultor de las memorias de los Santos,/ donó/ al Santuario de María Auxiliadora/ el tesoro de santas Reliquias/ veneradas en esta Capilla/, que se inauguró el 14 de setiembre de 1934, día de la Exaltación de la Santa Cruz de Nuestro Señor."*

¡Cuánto habría gozado ese buen señor, si hubiese llegado a admirar el arca magnífica que debía conservar su religiosa ofrenda!

La Capilla se debe a la solicitud del actual Rector Mayor, Rdmo. P. Pedro Ricaldone, quien confió el encargo directo de construirla al Rdmo. P. Fidel Giraudi, el genial ampliador de la Basílica. Y éste, con la eficaz ayuda del hábil arquitecto salesiano don Julio Valotti, labró esta joya, que admiran cuantos descienden a contemplarla.

Mientras subimos la escalera, me dice mi compañero artista:

—¿Habrá, entre las capillas de este género, otra que la supere?

—No soy autoridad —le respondo—; pero me permito ponerlo en duda.

—¡Qué excelente gusto en todo! ¡Qué distinción!

—Así me parece. ¡Cuánto le agradezco, Padre Pozzoli, su amable invitación!

—¿Verdad que hemos empleado bien la mañana?

—Ya lo creo. No habría podido serlo mejor.



## Crece la familia: la primera iglesia

Por la tarde, visité la histórica capilla de San Francisco de Sales, cuyo aspecto y proporciones le dan ya pleno derecho al nombre de capilla y aun de iglesia.

La de Pinardi no tuvo, en el pensamiento de Don Bosco, sino carácter de provisional, y, cuando su familia de pilluelos desbordó de ella, pensó seriamente en reemplazarla por otra de mayor capacidad.

Manifestóselo a la madre, y esta le observó:

—Pero, hijo, ¿dónde encontrarás el dinero necesario? ¿Olvidas que todo nuestro haber se ha ido en pan y abrigo para esos pobres muchachos? Antes de embarcarte en nuevos gastos, piénsalo bien, Juan, y consúltalo con Dios.

—Pues, madre, es lo que haremos. Y dígame: si usted tuviese dinero, ¿no me lo daría?

—¡Qué pregunta! Bien sabes con cuánta voluntad.

—Pues, mire: Dios, que es mucho más bueno y generoso que usted, y tiene infinitas riquezas, ¿no me proporcionará oportunamente lo necesario para una obra que ha de redundar en su divina gloria?

La buena Margarita debió declarar que el hijo tenía razón. Y, al fin, su profunda confianza en Dios ¿no era acaso la que ella misma le había infundido desde la cuna? (1).

Era en 1851. Emprendió la obra en un terrenito que formaba ángulo recto con la capilla de Pinardi. La intervención visible de la Providencia le dio término a mediados de 1852. Fue para entonces, un verdadero lujo; hasta tuvo el modesto campanario que aun sigue en pie, testigo secular de maravillas.

La de Pinardi pasó a ser entonces salita de estudio para los estudiantes.

---

(1) LEMOYNE-AMADEI, *Vita di S. Giov. Bosco*, I, 437; *Mem. Biogr.*, IV, 255.

La entrada principal de la de San Francisco de Sales está a escasos metros del muro posterior de la actual Basílica de María Auxiliadora. Los cuerpos de ambos corren en la misma dirección

Traspuesto el cancel de madera, contemplo el interior, que es de una sola nave. Aunque hermosamente decorada no há mucho, no luce la pintura, sea por los colores oscuros empleados, sea por la escasa luz que entra por tragaluces muy altos. Simplemente blanqueada, como estaría al nacer, sería más clara y como sin duda la quiso Don Bosco para sus niños.

Tiene tres altares: el mayor, dedicado al santo Titular y Patrono de la Sociedad, San Francisco de Sales; el de la capilla de la derecha o de la Santísima Virgen, ante la cual el Beato Domingo Savio solía entretenerse en filiales coloquios, y el de la izquierda, en que se venera a San Luis Gonzaga, elegido por Don Bosco para modelo y protector de sus jovencitos.

No sé si los bancos de ahora son los mismos en que se arrodillaron y sentaron centenares de niños modelos, como Domingo Savio, Miguelito Rúa, Juanito Cagliero el futuro primer cardenal salesiano, Pablito Álbera, Magone, Besucco, Gavio y cien otros, flores exquisitas brotadas al influjo del admirable sistema educativo domboscano, que es una "sabia fusión de bondad y formalidad, de alegría y de piedad, de autoridad y libertad, de inteligencia y corazón, de religión y patria..." (1).

A la derecha, adosado a las pilastras del prebisterio, está el viejo púlpito, dádiva de San José Cafasso, desde donde, alguna vez este, y habitualmente Don Bosco y el teólogo Borel, dirigían al juvenil auditorio la palabra hen-

(1) Trazó esta hermosa definición del método educativo de S. Juan Bosco el actual Rector Mayor, Rdmo. P. Renato Ziggiotti, en carta al autor. (Nota de 1953).



chida de celo, que inflamaba en los tres amores: a Jesús Sacramentado, a la Virgen Santísima y al Papa.

Perfumes de gentiles recuerdos exhalan aquí cada objeto, cada rincón, cada imagen, ese comulgatorio, esas gradas, esas puertas.

## La puerta del prodigio

De estas, la lateral inmediata a la capilla de la Virgen era la que llevaba al patio al terminar las funciones. Por ella ahora salgo también yo y, una vez fuera, quedo no poco sorprendido al leer en una sencilla lápida que descubrí en la pared:

> *"Junto a esta puerta —una mañana de noviem-*
> *" bre de 1860—, obró Don Bosco el milagro de la*
> *" multiplicación de los panes distribuidos a los jóve-*
> *" nes después de la santa Misa."*

¿Cómo aconteció aquello? Era costumbre del Oratorio dar los domingos, al salir de misa, el desayuno a los niños, cuyo mayor número comulgaba. El lauto desayuno consistía en un panecillo —la *pañota* que ellos decían—, al cual, en las fiestas o días del Ejercicio de la Buena Muerte, era costumbre añadir una tajadita de embutido. Esta frecuentemente era tan delgada que los chicos la levantaban hasta los ojos y, como mirando a través de ella, exclamaban festivamente:

—¡Oh! ¡Se ve Superga!

Superga es una hermosa colina de las inmediaciones de Turín, donde se levanta la espléndida Basílica Real. Muchas veces oímos este episodio de labios de Mons. Cagliero, Mons. Costamgana, del P. Vacchina y otros venerables salesianos de la primera hora.

Pues, aquella mañana de noviembre de 1860 debía distribuirse el panecillo de ritual. Me guía en el relato uno

de los testigos presenciales: el P. Francisco Dalmazzo, adolescente de quince años entonces.

Hacía poco que había llegado él al Oratorio, pero no se hallaba: no podía acostumbrarse a alimentación tan frugal y a tan escasas comodidades. Había resuelto irse y escrito a la madre para que lo fuese a buscar. Quiso aquella mañana, antes de partir, confesarse con Don Bosco, que estaba rodeado de rapaces que esperaban su turno. En esto, llegan dos de los más grandecitos, se acercan a Don Bosco, y le dicen:

—Padre: no se puede dar desayuno: no hay pan.

—Vayan a buscarlo a la panadería —respondió el Santo—.

—Es que el panadero no lo entrega, si no se le paga antes lo que se le debe.

—Bueno, váyanse; ya veremos —concluyó, y continuó confesando—.

Ya mediaba la misa, y vuelve uno de los dos.

—Pero, Don Bosco, ¿qué daremos por desayuno a los chicos? Ya no hay tiempo que perder...

—No molestéis... Dejadme confesar... Ya veremos... Pero, aguarda: haz que busquen en la despensa y en los comedores todo lo que haya... Vé.

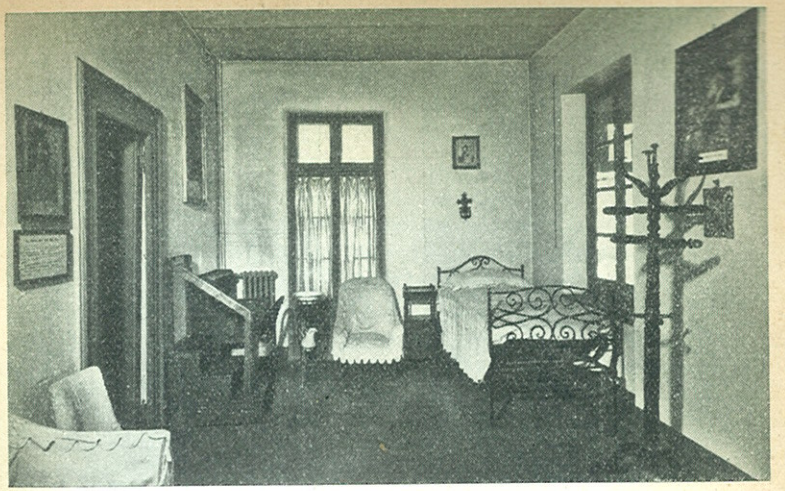
Y fueron a rebuscar. Cuando la misa tocaba a su fin, vuelve el muchacho a decir:

—Recogido está todo el pan que logramos encontrar; pero es muy poco para tantos. La misa ya termina.

Don Bosco, que continuaba confesando, le indicó con señas que no se turbase, y añadió:

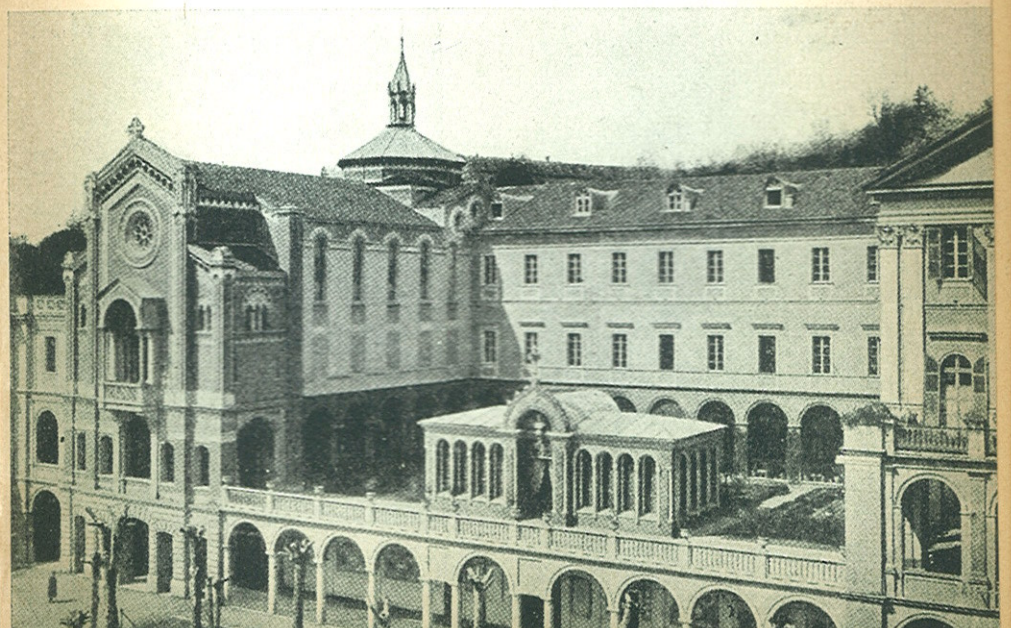
—Meted en el canasto lo que haya disponible; iré yo a distribuirlo.

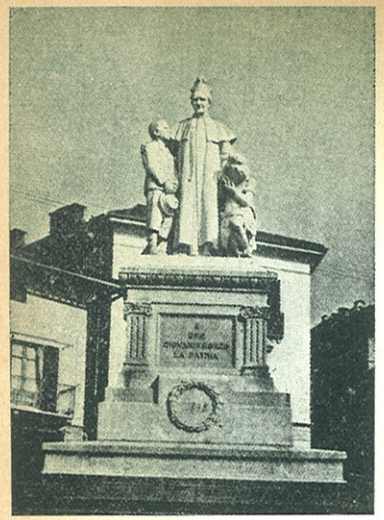
Esto estimuló la curiosidad de Francisco, porque, de ordinario, el pan lo repartían otros. Y siguió a Don Bosco, que se había levantado y se dirigía a la puerta. Vio el



Turín-Valdoco: Habitación en que murió S. Juan Bosco.

Turín-Valsálice: Tumba de Don Bosco durante 40 años.

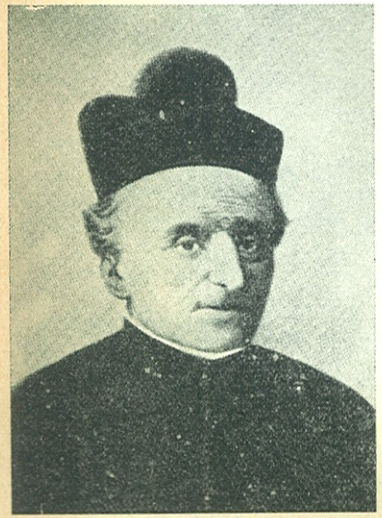




Monumento a Don Bosco en Castelnuovo Don Bosco.



San José Cafasso.



El teólogo Juan Borel.



Monseñor Luis Fransoni, arzobispo de Turín.



jovencito a su mamá, que había venido a retirarlo, y le hizo señas de que aguardase un instante, mientras él se adelantó a recibir su porción, y echó una ojeada al cesto, calculando que habría en él quince o, a lo más, veinte piezas. No satisfecha su curiosidad, para observarlo todo mejor, se colocó disimuladamente al lado de Don Bosco, que repartía a la interminable fila de niños. Estos recibían su parte y, muy contentos por recibirla ese día del querido Don Bosco, le besaban la mano, llevándose además una sonrisa y alguna palabrita del Santo, como muy sabroso companage.

Cerca de 400 fueron los que desfilaron y recibieron su pieza de pan. Cuando pasó el último, echó Francisco una ojeada al canasto y ¡oh maravilla! vio en él la misma cantidad de panes que al principio. Fuera de sí por la emoción que le produjo el portento, se fue volando hacia la madre, que lo urgía impaciente:

—Vamos, muévete; vamos.

—Nó, mamá —protestó entonces él—; ya no me voy de aquí. Perdóneme que la haya hecho venir inútilmente; pero ya no me muevo. ¿No ha visto usted?

—¿Qué cosa?

Y le contó el niño cuanto acababa de presenciar, y añadió:

—No puedo alejarme de una casa, a la cual Dios bendice de tal modo, ni dejar a un santo como Don Bosco (1).

Y, en efecto, se quedó, y para siempre, con Don Bosco: fue clérigo, salesiano, sacerdote, y ya lo vimos como primer Procurador General que la Sociedad Salesiana tuvo en Roma para representarla ante el Padre Santo.

Y este milagro de multiplicación se repitió varias veces: ya aludimos a la de las hostias, y de las castañas; en

(1) *Mem. Biogr.*, VI, 777.

otras ocasiones, multiplicó avellanas, medallas, etc. y, sobre todo, multiplicó maravillosamente sus hijos, sus casas, sus templos, sus obras, sus amigos, sus admiradores, llenándolo todo con el espíritu de comprensión y de bondad que le infundió la divina Maestra para la conquista de los corazones para el divino Rey, como en esta ocasión conquistó el corazón del curioso adolescente.

22 DE MARZO:

## LAS HABITACIONES DE SAN JUAN BOSCO

### Misa a los pies de María Auxiliadora

Hoy me he sentido feliz como el que más: he realizado lo que veces sin cuento, desde los días lejanos de la niñez, envidié a muchos: celebrar el santo Sacrificio en el histórico altar de la taumaturga Virgen de Don Bosco, donde él tantas veces celebró abriendo el dique al torrente de la ternura para con su inefable Auxiliadora.

Salgo de la sacristía a las 6 en punto. Con pie tembloroso escalo las gradas. Me parece que entro, casi sensiblemente, en un ámbito sobrenatural. ¿No es por ventura verdad que allí la mirada de la Madre se posa con más dulce complacencia sobre el pobre hijo suyo, que tanto la amó, y la predicó, y la cantó lo mejor que pudo en su vida? Así se me antoja, máxime cuando alzo la vista hasta la Madre y Reina del grandioso lienzo de Lorenzone.

No es para dicho el sentimiento que me acompaña en la deliciosa media hora, que no es sólo mía, porque la comparto con todos mis queridos superiores, hermanos, amigos, bienhechores, alumnos, y en especial con los que me rogaron expresamente los recordara en la felicidad de este momento. Sobre el altar he puesto también algunas cartas que se me confiaron: encierran, sin duda, fervorosos mensajes de almas buenas, agradecimientos, súplicas, ansias, propósitos, que debe de estar

leyendo la Virgen con maternal agrado y corresponder con entrañables bendiciones, que me figuro van ya volando, a través de las tierras y los mares, hasta la patria.

¡Qué veloz huye el tiempo! Y allí no es de juiciosos demorarse: son muchos los que aguardan la misma suerte en la media hora que se les ha señalado y que no fuera nada cortés cercenar o retardar. Por esto, el celebrante no suele aquí distribuir la sagrada comunión; eso lo hacen sacerdotes especialmente encargados, que cada diez minutos, más o menos, extraen el copón del Sagrario construído *ad hoc* en la parte posterior del altar.

Al alejarme, siento que he contraído otra deuda de gratitud para con la querida Auxiliadora. ¿No disfrutaré de nuevo de tanta ventura? Espero que sí.

## Las habitaciones del Santo

¡Generoso Valdoco, que no acaba de brindar satisfacciones a sus huéspedes!

Después del desayuno, asciendo a las que llaman *camerette di Don Bosco,* esto es, humildes habitaciones del Santo. Son como el Nazaret, como la Jerusalén de nuestro Padre. ¡Cuántos peregrinos, hasta de muy remotos países, suben a ellas con viva curiosidad y deseo de exteriorizar la devoción que profesan al querido Santo! Es de imaginar cuáles serán los sentimientos de quien no es un simple peregrino, sino un salesiano, hijo espiritual de San Juan Bosco.

Una de mis primeras visitas fue ya para este piadoso lugar; pero no tan detenida como pienso realizarla ahora para enterarme bien de todo.

Estas habitaciones pertenecen al pabellón que hizo levantar Don Bosco entre los años 1852 y 1876, en el brazo que corre perpendicular a la casa de Pinardi y paralelo a la capilla de San Francisco de Sales; ocupan la extremidad del segundo piso.



Súbese a ellas ahora por una escalera construída después de 1929 en el extremo derecho del pórtico que arranca del lugar que ocupaba la antigua casa de Pinardi. Antes de esa fecha, se llegaba a ellas por la galería exterior que corre a todo lo largo del pabellón, subiendo una escalera que hay hacia la mitad del pórtico.

En el primer piso, hay entradas a las oficinas de la prensa salesiana, *Boletín Salesiano,* Administración, Archivos, Pío Unión de los Cooperadores Salesianos, etc.

## ¡Silencio! La antecámara

Sigo subiendo. Un cartel invita a callar, a recogerse: el lugar sagrado está cerca. En el último descanso de la escalera se abre una puerta: es la entrada a lo que puede llamarse ahora antecámara. Allí suele haber algún hermano coadjutor, que oficia de custodio y cicerone.

Esta humilde habitación, antes de 1929 algo más extensa que hoy, había sido bibiloteca de la Casa. Después, fue habitación, sucesivamente, del P. Joaquín Berto, secretario de Don Bosco; de Don Rúa hasta 1888, como Vicario del Santo, y hasta 1914, de los prefectos generales PP José Belmonte y Felipe Rinaldi.

## Fragua de santos

De este aposento, se pasa al que, desde 1853 a 1861, fué para Don Bosco a la vez dormitorio, sala de trabajo y de recibo.

A su puerta, un día del verano de 1854, se oyeron unos golpecitos.

—¡Adelante! —invitó la timbrada voz de Don Bosco—.

Entraba un niño de unos doce abriles, cuerpo grácil, rostro franco, frente despejada y ojos inteligentes y candorosos.

—¡Hola! ¿Eres tú, Domingo? —empezó Don Bosco, que para atender a sus chicos interrumpía cualquier trabajo—. ¿Estás por ventura triste porque se ha marchado tu padre?

—¡Oh, nó! De ningún modo.

—¿Y entonces?

—Vengo para ponerme en sus manos, Padre; para que haga usted de mí aquel hermoso traje para el Señor que dijimos en Bequi; ¿no recuerda usted?

—Sí, que lo recuerdo. Pero ¿qué es lo que miras tan fijamente?

Era que Domingo había divisado pendiente de la pared un cartel —que aun queda allá medio descolorido por los años—, con unas palabras en latín, cuyo significado trataba sin duda de descifrar.

—Miro eso, Padre; no acabo de entenderlo: *Da mihi animas; caetera tolle.*

Y le ayudó el Santo a traducir: "Señor, dame almas; llévate lo demás".

Quedó el niño pensativo un instante, y de pronto exclamó con viveza:

—Ya entiendo, sí, ya entiendo: trátase aquí de un negocio; pero nó de dinero, sino de almas. Confío en que también la mía participará de él (1).

¡Cuántas otras veces volvió allí el angélico Savio para conversar con Don Bosco acerca de cómo ascender pronto a lá santidad! Su obsesión era hacerse santo.

## Un juicio de Mamá Margarita

Por varios años, la santa madre de Don Bosco subía allí a exponerle las dificultades que surgían para alimentar o vestir a sus pilluelos. Y un día le dijo:

(1) D. Bosco, *Vida del B. Domingo Savio*, cap. VIII.



—Mira, Juan: en el Oratorio tienes muchos jovencitos buenos; pero hay uno que los aventaja a todos.

—¿Y quién es ese, madre?

—¡Domingo Savio!

—¿En qué se basa usted para afirmar eso?

—En que, cuando reza, no lo haría mejor un serafín; en que a menudo lo veo llevarse algunos compañeritos al altar de la Virgen para rezar el rosario. A veces, en lo mejor del recreo, va a postrarse ante el Sagrario. Ese niño parece que vive en el Cielo (1).

La sutil perspicacia de la madre llenó de complacencia a Don Bosco, que harto conocía ya hasta qué alturas se remontaba aquella almita, águila de santidad.

## El primer salesiano

En esta habitación, en 1855, el día de la Anunciación de María, ante un crucifijo y ante Don Bosco, pronunciaba sus votos el primer salesiano: don Rúa, su futuro sucesor (2). ¡Cuántos otros lo imitaron después!

## Tareas de escritor

Aquí, cuando todos dormían, él, tras los múltiples afanes diurnos, se entregaba al apostolado de la pluma, a escribir las *Lecturas Católicas*, que inmenso bien obraron, fortaleciendo a muchos en el bien y apartando a otros de la herejía protestante, que por aquellos años intentaba adueñarse del Piamonte.

Hasta allí más de una vez subieron los sectarios para obligarle a desistir de esa obra que desbarataba sus perversos planes y para intimidarlo con todo género de ame-

(1) *M. B.*, V, 207.
(2) *M. B.*, V, 213.

nazas. Y una tarde lo libró de la muerte la oportuna intervención de uno de sus jóvenes más fornidos y afectos que había sospechado de aquellos visitantes.

## Rabia infernal

¿Cómo olvidar las veces que fue allí a molestarlo de mil modos el mismo Satanás, mientras redactaba el Santo las Reglas de la Sociedad, que tantas almas arrebataría al infierno?

¿Y no fue obra diabólica la que se desarrolló allí aquella noche del 15 de mayo de 1861? Véase cómo la compendia el P. Giraudi en su magistral historia del Oratorio: "Desatóse un terrible temporal, y reventó con espantoso estruendo un rayo en el extremo del edificio, donde estaba la pieza de Don Bosco, quien sólo por milagro se salvó de la muerte junto con los alumnos que dormían en el salón del piso superior. El rayo se había introducido en la chimenea que llegaba hasta el cuarto de Don Bosco, donde destrozó la pared, derribó un armario de libros, echó patas arriba el escritorio, levantó en alto la cama de hierro del Siervo de Dios y, en medio de una luz deslumbradora, la arrojó contra la opuesta pared, mientras el pobre Don Bosco se estrellaba contra el piso" (1). ¡Qué espanto, especialmente en el dormitorio de los niños! Pero no hubo desgracia alguna personal. Se cantó un tedéum, y a los que le decían:

—Es preciso, Don Bosco, instalar un pararrayos.

—¡Sí hijos, —les contestó—; colocaremos allá arriba la estatua de la Virgen!

Y allá está todavía, en el frontón de aquella ala de edificio, la estatua de la buena Madre, que, bendecida por

(1) F. Giraudi, *L'Oratorio di Don Bosco*, 1935, p. 135; *M. B.*, VI, 938.



él un 8 de diciembre, no ha permitido que el infierno reprodujera la horripilante hazaña (1).

A la izquierda del cuarto, veo la estufa por donde penetró el satánico rayo; lo recuerda una inscripción.

## Antro de conspiración

Estas paredes fueron también testimonio de los ridículos lances causados por las pesquisas, que, en forma bochornosa para los realizadores, se cumplieron el 26 de mayo de 1860 por orden del Ministro Farini. Se sospechó que allí se estaba fraguando un complot contra la seguridad del Estado. ¡Con cuánta vergüenza debieron alejarse al fin los impertinentes pesquisidores! (2).

¡Cuántos otros sucesos, gratos y aflictivos, tuvieron por escenario esta habitación de nuestro Padre! Volúmenes fueran necesarios para referirlos todos.

De las paredes, cuelgan ahora fotografías: muchas del Santo, de diversas épocas de su vida; otras, de Mamá Margarita, del teólogo Borel, de la madre de Don Rúa sucesora de la de Don Bosco, etc.

## Escenario de 27 años: de 1861 a 1888

Cuando en 1861 este brazo de edificio dobló su anchura, junto a la estufa que acabo de ver, se abrió una puerta de paso a una nueva habitación. A ella se trasladó Don Bosco, en tanto que la antigua se convertía en antesala o sala de espera para las innumerables personas que iban a consultarlo.

Era la mañana del 23 de mayo de 1877. Entre los que, en esta antesala, aguardaban su turno para llegar a Don Bosco, se veía a don Carlos Alberto Cays, conde de Giletta

(1) *M. B.*, VI, 946, 1069.
(2) *M. B.*, VII, 552, 610.

y Casalette, abogado, orador y exdiputado. De pronto, entró una mujer trayéndose a la rastra una chica de unos once años, la cual, a consecuencia de un susto, sufría perturbación mental, debilitamiento general del organismo, pérdida de la palabra y del uso de la mano derecha. Había sabido la señora las maravillas que obraba la Virgen por medio de su Siervo, y acudía para conseguir allí lo que no había podido con sus cuidados y las prescripciones médicas.

Después de una hora de espera, al ver lo mucho que la criatura sufría y considerando que aún debían pasar muchos antes que ella, resolvió marcharse. Pero los presentes, conmovidos, y más que todos el Conde Cays, convinieron entonces en cederle su turno. Así, no tardaron en entrar a la presencia de Don Bosco la señora y la enfermita. Entonces el Conde se dijo a sí mismo: "Si esta niña sale curada de su achaques, lo tendré como señal de que la Virgen quiere que yo sea salesiano, y desecharé ya toda duda y temor".

Hacía algún tiempo que el buen Conde se inclinaba a la vida salesiana y al sacerdocio; pero no se decidía aún. El Santo le había aconsejado una novena a María Auxiliadora para obtener la gracia de conocer la voluntad de Dios. Ese era cabalmente el último día de la novena. Después de lo que acababa de suceder, esperaba el aviso del Cielo, que no tardó. Se oyeron resonar dentro, gritos, pasos, ruidos. Después se abrió la puerta y apareció la niña, como si fuese otra. Llena de vivacidad y de alegría, con desenvoltura superior a sus años, empezó a referir a los circunstantes lo que acababa de acontecer en el cuarto de Don Bosco, y la madre, radiante de felicidad, confirmaba el relato de la niña.

¿Qué es lo que había ocurrido? En entrando, la pobre señora acomodó a la chica en un sofá, expuso a Don Bosco su desgracia y le pidió la bendición de María Auxiliadora, que era ya su sola esperanza. Él la exhortó a



aumentar su fe en la Virgen, la invitó a arrodillarse y bendijo a la tullida. Luego intimó a la pequeña:

—Haz la señal de la santa Cruz.

La niña empezó a santiguarse, pero con la izquierda.

—Nó, nó con la izquierda —observó el Santo—, ¡con la derecha!

—No puede —quiso explicar la madre—.

—Deje, señora; deje que haga la prueba. ¡A ver, hijita, con la derecha!

Y la chica lo hizo con soltura.

—Bien —exclamó Don Bosco—, lo has hecho muy bien; pero no has dicho las palabras. Vamos: hazlo de nuevo, diciendo conmigo: En el nombre del Padre...

La chiquilla, que hacía un mes que no profería palabra, soltó la lengua, rezó, y luego, fuera de sí, se puso a gritar:

—¡Mamá! ¡la Virgen me ha curado!

Y la madre lanzó un grito, y rompió en copioso llanto.

—Ahora —añadió Don Bosco— levántate solita, y anda.

Obedeció ella, recorriendo la habitación con paso firme y ligero.

Ese fue el relato. Todos estaban profundamente emocionados y empezaron a comentar el prodigio, mientras madre e hija bajaban a la iglesia a agradecer a María Auxiliadora.

Cuando le tocó entrar al Conde Cays, dijo resuelto:

—Don Bosco, si usted me acepta, soy salesiano.

Y refirió lo de la señal que había pedido a la Virgen.

—Véngase enhorabuena con nosotros —concluyó el Santo—; será muy bien recibido.

—¿Y cuándo he de entrar?

—Cuando usted quiera.

Dos días después el buen Conde se establecía en Valdoco: renunciaba a las comodidades para abrazar la po-

breza y los trabajos de Don Bosco. Recibió el santo hábito, y antes de concluir el año, dada su profunda preparación teológica, fue ordenado sacerdote, y lo fue muy ejemplar por muchos años, trabajó incansablemente y murió con fama de santo el 4 de octubre de 1882, a la edad de 69 años (1).

## Los muebles de Don Bosco

Desde la puerta, echo una ojeada a esta nueva habitación del Padre, en que vivirá ahora hasta las vísperas de su muerte en 1888.

Están allí los antiguos muebles: a la izquierda, una cómoda; más allá, arrimado a la pared un escritorio sobre el cual apoya un pobre armario de siete anaqueles para libros y cartapacios, y, colgando de la pared, entre la cómoda y el escritorio, un crucifijo de regular tamaño.

Contra la pared de la derecha, en primer término, un armario de dos cuerpos con puertas, de vidrios las de arriba, para otros libros de uso personal. Más allá del vano de una puerta, en el rincón, un sofá. Donde está este era el lugar de la cama del Santo, la cual, en los postreros días, se trasladó a otra habitación contigua que fué la de su santa muerte, y allí quedó hasta ahora.

¿Y ese sofá del rincón? Pues, por veintidós años fue la cama de su digno sucesor Don Rúa, quien allí, muchas veces vestido, se recostaba para el brevísimo reposo nocturno que se permitía. Sólo en la última enfermedad, por estricta prescripción médica, se resignó a descansar en una cama que allí colocaron y en la cual expiró santamente el 6 de abril de 1910. De la pared, cuelga un cuadro de San Miguel, el Arcángel del nombre de Don Rúa, y otro más pequeño, de San José.

Como se ve, este mismo lugar fue morada de dos

(1) *Mem. Biogr.*, XIII, 222.



Siervos de Dios; es un doble santuario que recorre uno con honda emoción. Veo, en este mismo momento, a algunos visitantes que posan en esos muebles el rosario u otro objeto piadoso, que llevan devotamente a los labios y guardarán, sin duda, como reliquias.

## Coloquios memorables

Junto a la escribanía hay un silloncito y dos sillas. ¿Cuál de estas, me pregunto, será la que en 1883 ocupó el sacerdote Aquiles Ratti, el futuro Pío XI, en los varios interesantes coloquios que él mismo recordó haber mantenido con el Varón de Dios?

Hé allí la mesa donde, con fecha de 15 de noviembre de 1875, escribió Don Bosco a Mons. León Federico Aneyros, Arzobispo de Buenos Aires, una carta en latín, con la que le anunciaba la partida de los diez primeros salesianos para la Argentina; le rogaba que, con bondad de padre, los recibiera, los aconsejara y, si fuere menester, los corrigiera. "Hasta ahora —agregaba— han sido mis hijos; en adelante serán hijos vuestros, y cuanto hagáis por ellos lo tendré como hecho por mí" (1).

Cuando el 26 de junio de 1877, Mons. Aneyros llegó al Oratorio, fue recibido triunfalmente. Demostró Don Bosco entonces de modo palmario cómo la Argentina era su segunda patria: desde la entrada del Oratorio hasta las habitaciones destinadas a nuestro Arzobispo y su séquito, flameaban banderas argentinas entre las pontificias e italianas. Subieron del primer piso; se asomaron al balcón, mientras resonaban los vivas y aplausos de la multitud apiñada en el patio, y Don Bosco, imponiendo silencio con la mano, expresó:

—¡Hé aquí el Arzobispo de Buenos Aires!

Iba a decir más, pero no pudo por la emoción. Dice

(1) *Mem. Biogr.*, XI, 588.

el historiador que, en el tono de la voz conmovida, pareció que quería decir: "¡Ved a nuestro Padre, a nuestro Bienhechor, a nuestro amigo, a quien tanto hemos deseado ver!" Y enternecieron a Mons. Aneyros esas pocas palabras de tal modo que se volvió luego a abrazar estrechamente al Santo entre las aclamaciones de todos (1). ¡Oh, las veces que Mons. Aneyros subió al pobre cuarto de Don Bosco, para conversar con él sobre nuestra Patagonia y sobre las futuras fundaciones en Buenos Aires y otras ciudades argentinas! Durante aquellos días flotaban en este recinto el pensamiento y la imagen de nuestra patria.

## ¡Pan, trabajo y paraíso!

Diez años después, en octubre de 1887, sucedió otro caso de interés especial para América. Conversaban allí el Santo y el distinguido chileno P. Camilo Ortúzar. Era este un sacerdote muy celoso: durante la guerra del Pacífico, que sostuvo su patria contra el Perú, había acompañado a las tropas como Vicario General; era, además, escritor castizo y erudito: uno de sus libros continúa siendo muy citado por los que escriben sobre temas idiomáticos (2). Su nombre sonaba con insistencia para el episcopado, y él, huyendo de tan alta dignidad, se alejó de Chile, y, deseoso de mayor perfección, había resuelto dejar el siglo y entrar en algún instituto religioso. Se inclinaba a la Compañía de Jesús, pero vacilaba. Entonces su piadosa madre le sugirió fuese a consultar al Hombre de Dios de Valdoco. Obedeció. Y ahora lo sorprendemos mientras expone su propósito.

—¿Por qué no se hace salesiano? —le interrumpe Don Bosco.

(1) Íd., XIII, 145.

(2) *Diccionario manual de locuciones viciosas y de correcciones de lenguaje*, que mereció varias ediciones y comentarios.



—A decir verdad —contesta—, jamás he pensado en ello.

—Usted desea trabajar, ¿no es así? Pues bien, aquí tendrá *pan, trabajo y paraíso.*

En ese momento, la campana de María Auxiliadora daba las doce. Rezaron juntos el Ángelus, y descendieron al comedor. Don Bosco sentó al huésped a su lado. Durante la comida, varias veces el P. Ortúzar se refirió a su vocación religiosa y a su noviciado, y el venerable anciano dulcemente insistía:

—*¡Pan, trabajo y paraíso!:* hé aquí tres cosas que puedo yo ofrecerle en el nombre del Señor.

El eclesiástico chileno, que de primera intención no había reparado en la seriedad del ofrecimiento, quedó de pronto pensativo y preocupado, y acabó por declarar con decisión:

—¡Acepto, Padre!

—Mire usted —concluyó el santo anciano—: Don Bosco se marchará pronto —eran los últimos meses de su existencia—; pero, en su lugar, queda Don Rúa, quien se encargará de darle el *pan;* el *trabajo* no le escaseará ciertamente, y Don Bosco espera llegar pronto al Cielo para prepararle su porción de *paraíso.*

Aquella misma tarde, empezó el P. Ortúzar su noviciado en Valsálice. Y fue un ejemplar salesiano, que no se arrepintió en ningún momento de aquella resolución: así también se lo había asegurado Don Bosco.

"No hay hombre más feliz que él —escribía un compatriota que lo visitó dos meses después—; rebosa de alegría; habla continuamente de Don Bosco, en quien tiene una fe ciega: lo considera un oráculo del Cielo" (1).

(1) *Mem. Biogr.*, XVIII, 419.

## De cella ad coelum

Por la puerta que hay en esta habitación a la derecha, penetro en la que, de todas las habitaciones del Santo, es la que más interesa y atrae, a pesar del poquísimo tiempo que la ocupó. Fue construida en 1876, cuando la necesidad creciente aconsejó prolongar esa ala del edificio, por lo que el piso ganó dos aposentos y, más allá, como término del pabellón, una galería cerrada.

Un salesiano, al entrar en la primera de esas estancias, cae instintivamente de rodillas: ese fue el dormitorio del amado Patriarca en sus postreros días; de esa celda simple y pobre, su alma bendita se remontó al alcázar de Dios.

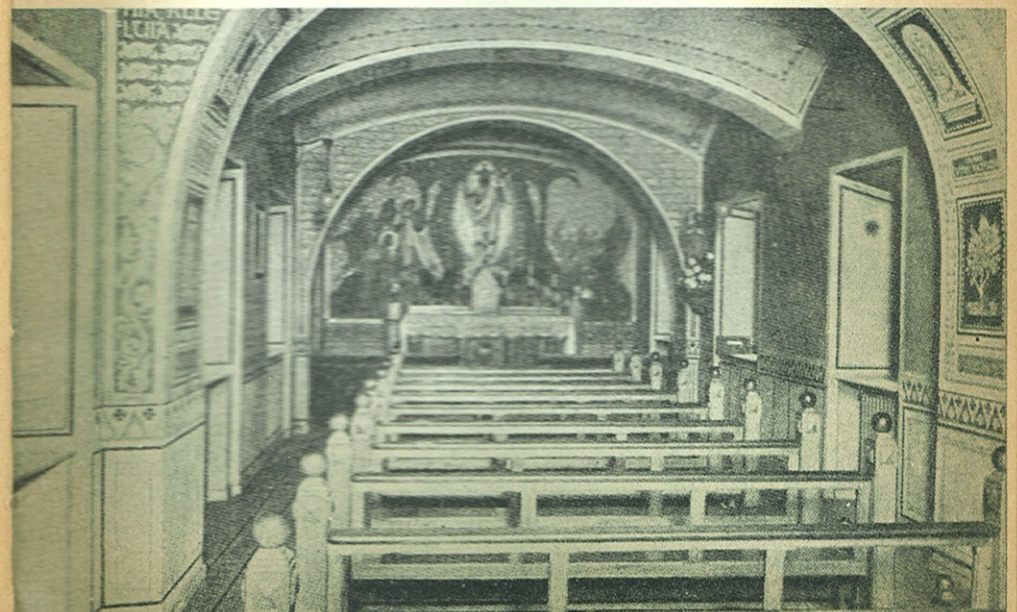
La devoción de los hijos, todo lo ha dejado allí en el mismo orden que tenía, al morir el Padre, en aquella madrugada del 31 de enero de 1888, cuando las campanas de María Auxiliadora tañían el Ángelus, como una invitación de la Madre.

Lo que más llama la atención es el pobre lecho de hierro con la blanca cobertura tendida sobre el colchón y las almohadas. La cabecera mira hacia el Santuario; no sé si, a través de la ventana que hay a su lado y de la galería, alcanzaría él a divisar, desde la cama, a la Virgen de la cúpula; no se me ocurrió verificarlo. Sobre el cabezal, cuelgan de la pared un Crucifijo y un cuadro de San Juan Bautista, en cuya fiesta solían los hijos celebrar siempre la de Don Bosco, siquiera en rigor fuese la suya la de San Juan Evangelista.

A la izquierda de la cama, están, por orden, una mesita de luz, una silla poltrona, un lavabo de hierro, un escritorio con su asiento y una escalerita de tres gradas, que ayudaba al ancianito a subir a la cama y descender de ella, pues es de cierta altura. A este lado de la puerta hay un pupitre que dicen que era el que usaba en el seminario de Quieri, cuando estudiante.



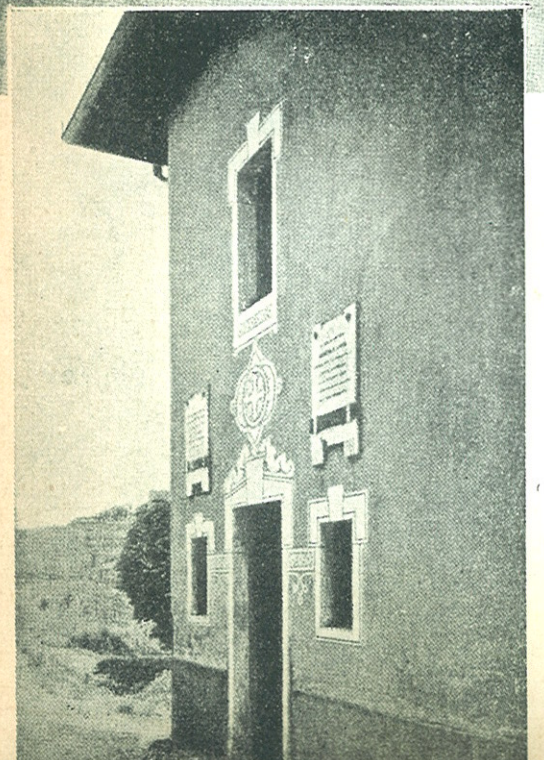
Don Bosco y Mamá Margarita; al fondo, la primitiva capilla y casa de Pinardi, en Valdoco.



**Turín - Valdoco: Interior de la actual capilla de Pinardi.**



Mondonio: Casa donde murió el Beato Domingo Savio.



Bequi: Entrada a la Capilla del Rosario.



Mientras la oscuridad vaga de uno en otro objeto, el alma evoca los últimos días, activos siempre, del Varón insigne que no conoció el descanso y que repetía: "En el Cielo descansaremos". Hasta el postrer segundo, vivió pensando en Dios y el prójimo. Ahí le tenéis, clavado en el lecho y trabajando aún: dando instrucciones para alguna empresa, dictando respuestas a la voluminosa correspondencia, recibiendo visitas, evacuando consultas, insistiendo en recomendaciones anteriores y hasta oyendo en confesión a hijos y alumnos que lo solicitaban.

¡Con qué santa impaciencia aguardaba a Mons. Cagliero a quien de un momento a otro esperaban de ultramar! ¡Con qué efusión paterna lo recibe al verlo! ¡Con cuánta satisfacción bendice a aquella criatura indígena que le presenta Monseñor, como fruto cierto y promisorio de las misiones patagónicas, que habían sido el sueño y obsesión de tantos años!

¡Cuánto sufre su humildad, viendo llegar a su mísera alcoba a insignes personajes: el cardenal Alimonda, su entrañable amigo; el ilustre Arzobispo de París, Mons. Richard; muchos obispos; hasta el Duque de Nórfolk, insigne jefe de los católicos de Inglaterra! ¿Quién es él, para que se interesen por su salud cardenales, obispos, prelados, príncipes, títulos, corresponsales de los diarios de todo el mundo? El Sumo Pontífice repetidas veces le envía su bendición, con telegramas afectuosos del Cardenal Rampolla (1).

Pero lo más conmovedor en la crónica de los últimos días, son los coloquios íntimos con sus hijos agrupados junto a su lecho; aquellas palabras escuchadas con devoción, como un testamento sagrado; aquella postrera bendición de su mano, inerte ya, guiada por la de Don Rúa; aquel postrer grito de *¡Viva María!*, como ansia suprema

(1) *Mem. Biogr.*, XVIII, 485.

de que su celestial Maestra, Auxiliadora y Madre viviera siempre en los corazones de sus hijos de todos los tiempos.

Todo esto flota en este religioso recinto, para quien conoce la vida del Santo, y para quien no hay relicario más precioso, porque este aposento es el relicario de lo mejor de Don Bosco, de su corazón, de su alma, que aún se siente viva y palpitante en la evocación cariñosa de las horas inolvidables, que duermen allí plácidamente.

## La última capilla de Don Bosco

Es la en que, con suma dificultad, celebró el 4 de diciembre de 1887. Ya no rezó otra misa.

Ocupa esta capilla la segunda de las últimas habitaciones construidas en este pabellón; comunica con el último dormitorio del Santo.

El 29 de enero de 1886 el mismo Cardenal Alimonda había subido a bendecirla para que su amigo *Don Giovanni* —como cariñosamente lo llamaba—, por estar muy achacoso, no debiese bajar a la iglesia para celebrar. Y así, cuando se sentía menos bien, lo hizo Don Bosco hasta aquel 4 de diciembre. El 5 ya no pudo; celebró otro, y él asistía con fervor edificante y comulgaba como un ángel. De este modo, hasta la última comunión, que fue el día del dulce Patrono San Francisco de Sales, el 29 de enero de 1888.

Allí está ahora el altar de las últimas misas del Santo. Muy dichosos se reputan los que logran celebrar en él. No olvidaré las muchas veces que, durante mi breve estada en Valdoco, me cupo a mí la envidiable suerte.

El altar es modesto como entonces; pero todo brilla de limpio, como un oro. Las paredes están decoradas. La imagen principal es una estatuita del Sagrado Corazón de Jesús que extiende los brazos para recibir con su *Venite ad Me omnes,* y más arriba, un cuadro de María Auxiliadora.



Muchas son las personas que suben a oír aquí la santa Misa. Alguna vez me tocó a mí dar la primera comunión a varios niños. Un día vi al Párroco de María Auxiliadora bendiciendo aquí un matrimonio, seguramente de exalumnos, devotos de nuestro Padre.

## La galería de las vides

Flanqueando este altar, se ven dos puertas, que conducen a un corredor o galería, cuya longitud es igual a la de las dos piezas anteriores. Allí Don Bosco descansaba, daba algunos pasos o se asomaba a alguna de las cuatro ventanas, para ver a sus niños durante el recreo. Allí también solía pasarse largas horas confesando a los alumnos mayores. Se ven aún los reclinatorios en que estos se arrodillaban a uno y otro lado del sillón que ocupaba él.

Hay también un sofá, insigne reliquia: en él Don Bosco, difunto ya y revestido con los ornamentos sacerdotales, fue colocado la tarde de su muerte, antes que lo bajaran a la iglesia. Se ven las fotografías. Parece que está sumido en plácido sueño. Todos se acercaban a él sin temor, como al cuerpo incorrupto de un santo, y ante él permanecían en prolongada oración, y le besaban las manos y acercaban a ellas cruces, medallas o rosarios para conservar como reliquias.

Este corredor sirve actualmente de sacristía para la capilla anexa. Celoso y amable sacristán es un buen hermanito salesiano de Méjico, don David Torres, a quien debo muchas atenciones y, en gran parte, las misas que celebré aquí, y con quien me entretuve varias veces hablando en español sobre las riquezas que tiene a su cuidado. Sea esta memoria, signo cariñoso de mi agradecimiento.

Pero otra cosa notable hay en este lugar: las ventanas, cubiertas por vástagos de vid, que llegan a dar sombra al corredor a modo de espesas cortinas. En 1876, Don

Bosco, al pie de aquel brazo de edificio, había hecho plantar vides, las cuales fueron desarrollándose, creciendo y trepando hasta las referidas ventanas. Y le ofrecían la dulzura de sus racimos, que él vendimiaba y, como obsequio, solía enviar a algunos bienhechores y también brindaba con ellos a los alumnos de los cursos superiores. El último año, con fino pensamiento, dispuso que se trasfiriera la vendimia hasta la llegada de Mons. Cagliero, desde la Argentina: deseaba que fuesen para hijo tan amado las primicias.

### Un racimo tentador

Se me ocurre ahora un ameno episodio acaecido a la sombra de esas pámpanas. Era la tarde de un sábado de 1884. Don Bosco estaba confesando en este lugar a los alumnos. Uno de ellos, Pablo Falla, de rodillas esperaba su turno, cuando descubrió entre las anchas hojas un racimo que empezaba a negrecer; acercóse poco a poco, alargó la mano, lo desprendió del sarmiento y, despreocupadamente, empezó a picar con tal deleite que se olvidó de todo, aun de que ya se había retirado el penitente que lo separaba del confesor. Cuando Don Bosco hubo absuelto al joven del otro lado, se volvió a Falla para confesarlo. Sólo entonces advirtió este que estaba con el racimo en la mano delante de Don Bosco; púsose rojo más que los granos que saboreaba e intentó mascullar una disculpa; pero Don Bosco, suavemente, como si se tratara de la cosa más natural, le dijo:

—No te aflijas, hijito; acaba nomás tu uva, y te confesaré luego.

Dicho esto, volvióse el Padre al otro lado y siguió su tarea.

Aquel jovencito fue, andando el tiempo, sacerdote en Cavallermaggiore (Cúneo) (1).

(1) *Mem. Biogr.*, XVII, 167.



¿No parece esta escena una de las encantadoras *Florecillas* de San Francisco de Asís?

Las vides que se ven ahora no son las mismas de Don Bosco; estas murieron poco después que su plantador. Para sustituirlas y recordarlas, Don Rúa ordenó plantar otras de uva americana, y son las que estoy viendo (1).

### Museo domboscano: el altar del éxtasis

Pegada a los cinco locales que acabo de recorrer, como los en que más intensamente se desarrolló la actividad íntima de Don Bosco, se abre ahora una sala, mayor que las anteriores y que ofrece especial interés por ser como un piadoso museo de cosas que él usó.

A la derecha de la entrada hay un armario de unos dos metros y medio de altura. Dentro de él hay un sencillo altar de madera. ¿Por qué está allí? Porque en diciembre de 1878 se obró en él un prodigio.

Don Bosco celebraba. Eran ayudantes los jovencitos Franchini y Garrone. A la elevación, ¡cuál no fué el estupor de ambos al ver al sacerdote arrobado, con resplandor de cielo en el semblante, elevándose poco a poco de la tarima y quedando suspendido en el aire! No alcanzaban a levantarle la casulla. Y debieron aguardar unos diez minutos para que el Santo volviese de su éxtasis y descendiese a continuar la misa.

Acabada esta y después de la acción de gracias, Garrone, que esperaba para servirle el café, preguntó:

—¿Qué le pasó, Don Bosco, en el instante de la elevación? ¿Cómo es que se puso tan alto?

El Hombre de Dios lo miró un rato y, sin responder, le ordenó sonriendo:

—Vamos, toma también tú un poco de café.

Comprendió Garrone que no le agradaba a Don Bos

(1) *Id.*, ib., nota 2.

co que recordase lo sucedido, y calló, sorbiendo el pocillo. Y no fue la única vez que el muchacho presenció el singular fenómeno; lo vio otras tres veces (1).

Evasio Garrone con el tiempo fue salesiano y después misionero en la Patagonia, donde, como sacerdote, curaba los espíritus y a la par, como avezado médico, los cuerpos. Llamábanlo cariñosamente *el Padre Dotor,* y con este título escribió su amenísima biografía un ilustre hijo de aquellas tierras, el P. Raúl A. Entraigas, artista de la pluma.

Recuerdo que el relato de ese éxtasis lo oí más de una vez en el Colegio de San Juan Evangelista de la Boca, en Buenos Aires, de labios del inolvidable P. Bernardo Vacchina, quien lo había oído a su vez del propio P. Garrone, su compañero de trabajos y hazañas en los días heroicos de la misteriosa Patagonia.

Las puertas del armario, desprendidas de las bisagras, están detrás del mismo. El hecho no sucedió en este lugar, sino en el primer dormitorio de Don Bosco convertido en antecámara, donde, poco antes de 1877, habían instalado este mueble para que él celebrara cuando se sentía indispuesto. Detrás de la Cruz del modesto Sagrario, hay ahora un cuadrito que representa el primer sueño de Don Bosco: el Señor y su bendita Madre confían al niño la guarda de un inmenso rebaño de corderos.

Allí también tuve la satisfacción de celebrar más de una vez.

## Reliquias interesantes

A unos pasos delante del altar, sobre una mesa baja, hay una gran urna rectangular, a través de cuyos cristales se ve el ataúd en que, durante 29 años, estuvo encerrado en Valsálice el cuerpo de Don Bosco, hasta el 13 de octubre de 1917, fecha en que se procedió a abrirlo para el reconocimiento canónico al finalizar el Proceso Apostólico de Beatificación. Se lo sustituyó entonces por otro más simple. Este primero se halla bastante bien conservado, a pesar de la extrema humedad del lugar, al pie de la colina, donde se lo había depositado.

(1) *Mem. Biogr.*, XIII, 897.



En torno de las paredes hay armarios con vidrieras, llenos de prendas y objetos de uso personal; allá, al frente, ornamentos sagrados, sotanas, sobretodos, etc. Si no recuerdo mal, hay un viejo confesionario, y, en el rincón próximo al altar, el púlpito o cátedra, desde donde, al fin de las oraciones de la noche, despedía el Padre a sus queridos hijos con las famosas platiquillas o buenas noches.

En el centro de la sala, más allá del féretro, hay cuatro vitrinas con preciosos recuerdos: las primeras ediciones de algunos de sus libros, diversos autógrafos, un platillo con unas cuantas avellanas de las que multiplicó en enero de 1886, de modo verdaderamente maravilloso (1); libros y objetos piadosos que usaba; varias cosas que estaban en su mesita de luz cuando murió: frascos de remedios, vasos con agua, azúcar o sal, etc., cuya conservación atestigua la singular devoción que desde antiguo, y aun en vida, profesaban a Don Bosco cuantos lo rodeaban.

## El corredor exterior

He acabado de recorrer el venerable santuario constituido por las habitaciones de Don Bosco. Sin embargo, se me hace que esto quedaría incompleto si, al salir y pasar por la antecámara, no cruzara la puerta que da al patio de la casa de Pinardi y no me detuviera un instante

(1) *Id.*, XVIII, 16 y 21.

en ese corredor, pasaje forzoso entonces para entrar en estas piezas. Es algo inseparable de las mismas.

Cuando en los últimos años, por el exceso de ocupaciones o por los achaques, no podía Don Bosco, según su deseo, bajar a entretenerse con sus chicos, salía de vez en cuando a este corredor a contemplarlos por unos instantes en su recreo. Bastaba entonces que uno solo desde allá abajo lo viese y gritase: "¡Don Bosco!", para que al punto, como por virtud magnética, se paralizasen los juegos; volaban los ojos allá arriba, se agitaban las manos en alto y de todos los pechos brotaba un entusiasta "¡Viva Don Bosco!", seguido de un aplauso fragoroso. Correspondía él con su paternal sonrisa, con el saludo de sus brazos extendidos como para abrazarlos a todos y con una invitación final a proseguir los entretenimientos. La mayoría entonces se dispersaba; algunos grupos permanecían aún con embeleso, contemplándolo o entablando con él un mudo diálogo de las almas hasta que desaparecía. Para aquellos chicos, la aparición del buen Padre equivalía a la del rey, a la del papa. ¡Qué expresión tan elocuente del amor que nutrían hacia aquel hombre que, como alguien dijo, después de Jesús, amó a los niños como nadie nunca los ha amado! Y quizá ningún amor fue más correspondido.

Ese espectáculo era más conmovedor cuando el Santo aparecía en el alto balcón, después de alguna ausencia prolongada por sus viajes.

Ahora no se asoma él; pero sus hijos han colocado a lo largo de la barandilla jarrones y macetas, que la decoran de hojas y flores, que asoman por entre los hierros y recuerdan la frescura, suavidad y fragancia de la inefable sonrisa con que el Padre les devolvía desde lo alto el filial saludo, con un gesto como de amplia bendición.

Puedo ya bajar, mientras otros bajan también y otros —quizá muchos más— ascienden con devoción a



visitar los santos rinconcitos de que les ha hablado la fama.

* * *

Voy a saludar a mi compañero inválido. Está ya mucho mejor. Las atenciones del buen enfermero lo han aliviado grandemente. Casi se anima ya a salir de su aposento. Debe de estar pasando el pobre el suplicio de Tántalo: ¡estar en la casa de Don Bosco, y no poder visitarla! Para no aumentar su sentimiento, trato de refrenar el entusiasmo al referir mis impresiones.

Dos o tres días más, y podrá también él saciar sus filiales anhelos.

23 DE MARZO:

## CUMIANA. INSTITUTO AGNELLI. VALSÁLICE

### Junto al corazón del Patriarca

Nuevamente afortunado: logro rezar misa en el altar de San Juan Bosco, en la Basílica.

Fui a verlo ayer al sacerdote encargado de anotar las misas y, advirtiendo que en la lista había un vacío de media hora, entre las reservadas para dos miembros del Capítulo Superior, los Rdmos. PP. Ziggiotti y Bellido, lo solicité y conseguí para mí.

Voy ahora a celebrar. Es otro momento de profunda emoción. Y no es para menos: ¡ofrecer el augusto Sacrificio, teniendo delante, a la altura de los ojos, a un metro de distancia, la urna bendita en que veo tendidos los sagrados restos del glorioso Padre y Fundador, revestidos con preciosos ornamentos sacerdotales!

Me parece que oye él materialmente mis plegarias, que sigue todos mis movimientos, y que a ratos hasta palpita su corazón de padre. Bien sabe él con cuánto fervor torno a poner en su valiosas manos las intenciones que me han confiado.

Acrece la devoción el pensamiento de que en este mismo lugar celebraba él con preferencia la santa misa, en testimonio de su acendrada devoción al Pontificado, pues aquí se elevaba el magnífico altar de San Pedro, que él había mandado construir.



### El altar y capilla de San Juan Bosco

¡Ah! ¡Y no es menos magnífico el altar que a San Juan Bosco le erigieron sus hijos y devotos en este lugar de privilegio: la espléndida capilla del brazo derecho del crucero! El valor y opulencia de los materiales sirven aquí dócilmente al arte para crear una obra de excepcional belleza religiosa. La realizó el distinguido arquitecto, profesor de la Escuela de Arquitectura de Turín y presidente de la Academia Albertina, don Mario Ceradini.

La equilibrada combinación de mármoles de procedencia y colores diferentes —amarillos, verdes, rosados, negros, rojos— con variedades de ónices, piedras orientales, jaspe, lapislázuli, malaquita, bronce, plata, etc., es un poema de líneas, formas y luces, un portento de armonía. Todo parece dedicado a destacar la augusta presencia corporal del Santo en la esplendidez de la urna, protegida por valiosos cristales.

Las dos estatuas del veronés Nori, la Fe y la Caridad, como símbolos de estas virtudes tan hondamente enraizadas en el alma de Don Bosco, parece que están de guardia de honor a uno y otro costado del precioso cofre.

En la parte superior, en medio de cuatro soberbias columnas corintias de jaspe rojo, descuella el conocido lienzo de Crida: Don Bosco presenta unos jovencitos a María Auxiliadora, la cual aparece sentada en alto trono, sosteniendo al Niño Jesús de pie sobre sus rodillas y con el brazuelo extendido en ademán de protección; en el ángulo inferior, en primer término, dos monaguillos están prosternados en las gradas del trono en actitud encantadora, mientras arriba, en el rincón opuesto, unos angelitos en un fondo de cielo asisten gozosos a la piadosa escena.

Apoyado en los floridos capiteles, descansa el arquitrabe macizo y claro, que ostenta la inscripción dedicatoria: *"S. Ioanni Bosco D."*, y encima, como remate, el ornamentado tímpano enarbola en el vértice el escudo de

la Sociedad Salesiana, flanqueado por dos ángeles que se sientan en las cornisas inclinadas del frontón.

La mesa del altar, con el peregrino tabernáculo y la grada de finas labores y preciosas esculturas de las virtudes cardinales, es un primor de luces, engastes y cincelado. Espejos son la tarima, las gradas, el piso, taraceados. Cierra por delante el altar una estupenda balaustrada de finos mármoles con artísticas aplicaciones de bronce; aquí es donde todos se postran ordinariamente para rezar al Santo.

En los muros de la capilla, a uno y otro lado del altar, en sendas hornacinas, hay dos bellas estatuas de santos educadores y amigos de la juventud: San Felipe Neri y San Juan Bautista de La Salle, obra eximia del celebrado escultor ravenés Cayetano Cellini.

Lámparas votivas y arañas elegantes completan la ornamentación visible de la suntuosa capilla.

Pero esto no es todo; hay una peculiaridad notable: por las alas del altar, se llega a su parte posterior. Allí, trasponiendo cualquiera de las dos magníficas verjas de bronce, se pasa a un esplendido camarín, revestido también de selectos mármoles, ónices y bronces y coronado con doble cúpula decorada con mosaico finísimo de estrellas en fondo azul. ¿Y para qué este camarín? Para que los devotos del Santo puedan aproximarse más al bendito cuerpo, más aún que el sacerdote que celebra en el altar; desde allí se valoran perfectamente todos los detalles preciosos de la urna santa y aun puede tocarse el cristal que cierra el nicho en que descansa aquella.

Tan somera relación basta para expresar cuánto amor filial se juntó aquí a la preciosidad de los materiales y a la perfección del arte, para labrar este sagrado monumento al dulcísimo Patriarca.

En esta capilla acabo de saciar uno de los vivos anhelos de mis días más remotos. Gracias al buen Dios.



## Ahora, con el Don Bosco visible

Es nuestro Rector Mayor. Lo diviso junto a un automóvil. Corro hacia él, cuando se dispone a subir. Me ve, y se detiene paternalmente para recibir mi saludo.

—Muy buenos días, Padre — exclamo besándole la mano y casi temiendo que no se acuerde ya de mí, después del saludo en Roma; pero advierto su excelente memoria, pues recuerda mi nombre, y añade:

—¿Cómo lo pasas? ¿Has visitado mucho ya? Aprovecha el tiempo lo mejor que puedas. Ve cuanto sea interesante para tus trabajos, y no tengas prisa. ¿Tienes necesidad de alguna cosa: dinero, abrigo...? Dílo sin temor.

—Gracias, Padre, gracias. Pero no quisiera detenerlo. Sólo cumplo con un encargo del P. Pozzoli, que ha salido esta mañana para Milán. Me expresó que se llevaba el pesar de no haber tenido la suerte de hablar con V. R., y que lo saludase en nombre suyo, como lo hago ahora en este providencial encuentro.

—¿De modo que el P. Pozzoli se ha marchado? ¿Y deseaba hablarme?...

—Presentarse a V. R., saludarlo...

—¡Cuánto lo siento! Pero volverá ¿verdad?... Y tú ¿quedas todavía aquí?

—Sí, Padre: el Oratorio me interesa más que nada.

—Muy bien. Entonces conversaremos con tranquilidad. Dilo a mi secretario.

—Gracias, Padre — y nos despedimos.

Subió. Cerró el conductor la portezuela. Zumbó el motor, y en marcha.

Desde dentro, el buen Padre contestó a mi "¡Feliz viaje!", con un ademán y una sonrisa.

¿Puede darse paternidad mayor que la de un Superior General que expresa lo que acabo de consignar?

## Excursión inesperada

No mucho después, saludo a un excelente salesiano brasileño, el P. Hugo Ferreira, si no me equivoco; muy amable, por lo llano y humilde, me espeta a quemarropa:

—Lo invito a dar un paseo.

—¿Un paseo? ¿Adónde?

—A Cumiana.

—¿Y cómo irá hasta allá? Me parece que Cumiana no está a la vuelta de la esquina.

—Tenemos "máquina", Padre. ("Máquina" es acá el automóvil.)

—Ahora veo más claro. En mi programa tengo ese punto, y ahora me ofrecen la "máquina". A la ocasión la pintan calva... Y dígame, Padre: ¿va usted solo?

—Nó, sino acompañando a un señor Obispo.

—¡A un señor Obispo! ¿Y qué título tengo yo para agregarme? ¿Quién es ese Excelentísimo Señor?

—Es un salesiano. Y ese es también su título, Padre. Tendrá él mucho gusto en que usted nos acompañe, y además le interesa que se ocupe el lugar disponible en el auto.

—Así, indudablemente, este saltará menos. Si es así... Pero ignoro aún quién es ese señor Obispo...

—¡Pues, Monseñor Emilio Sosa Gaona!

—¡Ah! ¡El señor Obispo de Concepción del Paraguay! ¡Si lo conozco! No sabía que estuviese en Turín. Entonces, ¿a qué hora salimos?

—A las diez. El auto nos espera junto a la portería.

—¡A las diez! No hay tiempo que perder. Voy por mi sombrero.

—Aquí lo aguardo.

Minutos después estaba yo de vuelta. Ya esperaban la "máquina" y mi gentil invitante, quien me expresó que Monseñor estaba enterado de mi adhesión, y que lo celebraba. Mejor que mejor.



## Hacia los Alpes: a Cumiana

Al aparecer Monseñor, le salgo al encuentro y nos saludamos afectuosamente. Ocupamos los asientos en el vehículo, e, *in nómine Dómini*, partimos.

Cruzamos la ciudad, y enderezamos hacia el oeste, porque Cumiana está casi al pie de los Alpes, a una altura de 364 metros sobre el nivel del mar.

La mañana hermosa promete un día espléndido, e invita a contemplar el pintoresco panorama que se va presentando a uno y otro lado de la magnífica carretera, que serenísimo devora nuestro *Fiat*.

Allá al frente, la majestuosa cordillera alpina. Lástima que no haya arrojado aún por completo su embozo de niebla, lo cual no deja de comunicarle otro encanto. El conductor nos señala los picos más eminentes que van apareciendo: a la derecha, el monte Cenís, de 3170 metros, y a la izquierda, el monte Viso, de 3840, donde nace el Po, a 1900 metros de altura.

La población urbana de Cumiana no debe de pasar de 4000 habitantes. No nos detenemos en ella, para dirigirnos a la Escuela Agrícola Misionera, que en esas cercanías —precisamente en Bivio de Cumiana— han montado los salesianos. Allá asoma en una posición encantadora.

Tributase al señor Obispo, reverente y calurosa acogida, de que, por carambola, participan sus acompañantes. Aquí viene a punto lo de "quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija".

Visitamos la hermosa iglesia y cada una de las secciones del Instituto: aulas, gabinetes, talleres de mecánica agrícola, tierras de cultivo, instalaciones para la cría de aves y otros animales domésticos, apiario, laboratorios, galpones, maquinaria, instrumental, etc., todo de acuerdo con los últimos adelantos de la técnica agraria.

Claro está que no posee esta escuela la extensión de

campos de experimentación que suelen tener las nuestras de la Argentina. Pero todo es relativo, y esta de aquí es más que suficiente para la práctica del cultivo intensivo, propio de casi toda Italia, donde puede decirse que no existen latifundios.

Propósito de los Superiores ha sido el que nada falte en este Instituto para la formación cabal de maestros salesianos que se destinan a dirigir con la mayor competencia las escuelas de agricultura de la Sociedad. Y a fe que los resultados responden a los sacrificios que supone la instalación de este magnífico Instituto.

Durante el almuerzo, se nos brinda ocasión para ponderar la excelencia de algunos productos de la escuela.

Después de entretenernos agradablemente con los superiores y alumnos, nos despedimos y, desandando la ruta de la mañana, volvemos a Turín.

## El Instituto Agnelli y La Generala

A monseñor Sosa Gaona le interesa mucho conocer el Instituto Internacional Eduardo Agnelli, donde los salesianos cumplen una obra admirable en favor de hijos de obreros de la renombrada fábrica de automóviles *Fiat,* que a dos pasos del mismo alinea sus imponentes talleres. El apostolado salesiano se ejercita aquí en un florentísimo Oratorio Festivo con múltiples actividades postescolares y las concurridas Escuelas Profesionales, encargadas de preparar técnicos mecánicos para la fábrica vecina.

Linda este Instituto con un establecimiento de muy grata recordación en la historia salesiana: La Generala. ¿Quién ignora el pintoresco episodio, nacido de un proyecto de Don Bosco? Aquel atrevido proyecto pertenece al capítulo de las locuras de los santos.



## La Generala y un proyecto audaz

La Generala era un establecimiento penitenciario o correccional para menores. Hospedaba a unos 300 jóvenes de toda índole: con los propensos al crimen, los había débiles de carácter y hasta más de un inocente sorprendido en alguna contravención involuntaria.

Con San José Cafasso había empezado Don Bosco a atender a los presos de la cárcel y había obtenido allá resultados consoladores. Ahora le atraía poderosamente este establecimiento, por ser jóvenes los que allí estaban recluidos. Obtuvo autorización para visitarlos a menudo, darles lecciones de catecismo, confesarlos, entretenerlos con temas atrayentes, y hasta para dictarles en proximidad de la Pascua de 1855 una breve tanda de Ejercicios Espirituales, en los que logró que todos, a excepción de un pobrecito, se acercaran a los santos sacramentos.

Aquellos muchachos querían ardientemente al sacerdote que tanto se interesaba por ellos y, por no causarle disgustos, habían mejorado mucho en su conducta. Él no los amaba menos, y pensó en premiar la buena voluntad demostrada. Por eso, se presentó al Director de Presidios y le expuso:

—Vengo, señor Director, a presentarle un proyecto.

—Ya lo escucho —contestó el otro—; sé que usted ha realizado una gran trasformación en nuestros reclusos.

—¡Pobres muchachos! —continuó el sacerdote—. No ignora usted como hace tiempo que no dan motivo de queja alguna; su comportamiento es ejemplar. Pues, se me ha ocurrido que debemos premiarlos.

—¿De qué manera?

—Dándoles un día de paseo y expansión; yo los llevaré a pie hasta Stupinigi; saldremos temprano, y volveremos al anochecer. Verá usted cuánto bien, física y moralmente, les hará esa excursión.

El funcionario, espantado de lo que oía, se enderezó en el asiento y exclamó:

—Pero usted, señor Don Bosco, se está chanceando.

—No me chanceo, señor Director; le hablo con la mayor seriedad, y le suplico tome en consideración mi solicitud.

—Pero ¿ignora usted que yo soy responsable de cualquier fuga?

—Yo le aseguro que nadie intentará fugarse. Yo, si usted me confía esos muchachos, me comprometo a traérselos de vuelta, sin que falte uno solo.

Prolongóse bastante la discusión. Al cabo, convinieron en que el Director consultaría al Ministro.

Entre tanto, Don Bosco fue a entrevistarse con el Prefecto de la Provincia, a quien incumbía directamente aquella autorización. Volvió con una rotunda negativa.

El Director de Presidios, en cumplimiento de la palabra dada, se presentó al Ministro, que lo era el famoso Urbano Rattazzi, el encarnizado enemigo de las órdenes religiosas. Rattazzi escuchó atentamente, y declaró que consideraría el proyecto y luego contestaría.

## Coloquio con Rattazzi

Cuando menos lo pensaba, recibe Don Bosco una invitación del Ministro a conversar con él. Acude el Santo con la sencillez y naturalidad con que se personó siempre a los más encumbrados personajes. Rattazzi lo recibió con exquisita gentileza, y le expresó:

—Señor abate: me han comunicado su proyecto. Sepa pues que me parece bien: realice usted la excursión, de que han de recabar grandes beneficios los jóvenes reclusos. Por mi parte, adoptaré las precauciones oportunas: haré que desde lejos sigan la caravana un grupo de carabineros sin uniforme, a fin de que acudan en su socorro en caso de que se produzca algún desorden y, si fuere necesario,



obliguen al que por la noche se negare acaso a regresar a la cárcel.

—Excelencia —replicó Don Bosco—, le agradezco muchísimo su amabilidad. Mas no podré yo realizar mi propósito, sino con la condición de que me permita estar enteramente solo con mis jovencitos y de que V. E. me dé su palabra de honor de que no nos seguirá la fuerza pública. Asumo yo toda la responsabilidad, y, si sobreviene algún desorden, V. E. me hará meter a mí en la cárcel.

Rattazzi no salía de su asombro.

—Pero, mi buen abate —afirmó—, ¡por la tarde no regresará usted con uno solo de aquellos tristes arrapiezos!

—¡Con todos volveré, señor Ministro! ¡confíe en mí!

Vista la firmeza de Don Bosco, concluyó Rattazzi:

—¡Bien! ¡Hágase como usted desea!

## Sol en la noche

Es de imaginar la dicha de Don Bosco, y el contento de los pobres muchachos al darles la noticia. Fue el sol que entraba en las tinieblas de la cárcel... Les ponderó la importancia de aquella merced jamás a nadie concedida; la necesidad de que se condujesen con cabal corrección porque la ciudad entera tendría los ojos puestos en ellos; la responsabilidad que él había asumido; la inutilidad de que alguien intentase huir, porque al poco tiempo sería nuevamente aprehendido y más duramente castigado. A todo esto, varios de los mayores profirieron tales amenazas contra el que se desmandare, que Don Bosco las reprobó, y afirmó que tenía la más plena confianza en el buen comportamiento de todos. Y cuando, al terminar, les preguntó:

—¿Prometéis ser obedientes, no reñir?...

—¡Sí, sí! —interrumpieron—. ¡Lo prometemos! ¡Palabra de honor! ¡Ya verá, Don Bosco! ¡Ya verá!

Y uno añadió:

—Usted será nuestro general en jefe, y yo, en nombre de todos mis compañeros, le aseguro que nunca general alguno habrá tenido súbditos más dóciles y disciplinados.

—¡Así lo creo, hijos míos! — exclamó él.

Y después de anunciarles el horario y el programa, se despidió entre los vivas y aplausos de los pobres muchachos.

Al día siguiente, bien tempranito, en marcha hacia Stupinigi, a cuatro millas de Turín. ¡Qué alegría! ¡Oh goces de la honesta libertad!

¡Qué agradecidos estaban a Don Bosco! En el camino, lo obligaron a subir sobre el jumento de las provisiones; con estas cargaron ellos; y a él lo escoltaron como a un rey. Llegados a la meta, oyeron misa, se desayunaron, recorrieron los deliciosos jardines y alrededores del soberbio castillo real, almorzaron y participaron de las diversiones que organizó Don Bosco para entretenerlos.

## Triunfo de un sistema educativo

Pero no hay bien ni mal que cien años dure. Llegó la tarde, y en ella, la hora de volver. ¿Cuántos volvieron? Todos. A pesar de las ansias vehementes de libertad, el lazo de la gratitud los ataba de tal modo al Padre y amigo, que con él todos retornaron a su triste encierro. ¡Ah, y cuánto sufrió el sensible corazón del Hombre de Dios, al ver que las sombrías puertas de nuevo se cerraban para sus queridos jóvenes, varios de los cuales eran del todo inocentes!

El Ministro Rattazzi, que impaciente aguardaba el resultado de aquella locura, respiró con alivio una vez que hubo escuchado al Siervo de Dios, y le dijo con emoción:

—Le agradezco mucho, señor abate, en el nombre del Estado, todo lo que realiza usted en favor de nuestros jovencitos encarcelados. ¿Y no podría explicarme por qué



el Estado no tiene el enorme influjo que usted ejerce sobre ellos?

—¡Ah, señor Ministro! La nuestra es una fuerza moral: en tanto que el Estado no sabe sino mandar y castigar, nosotros hablamos especialmente al corazón, y nuestra palabra es la palabra de Dios.

—Tiene usted razón —asintió el Ministro, después de un instante de reflexión—: ustedes pueden reinar sobre el corazón de la juventud; nosotros absolutamente nó; ese imperio les pertenece a ustedes exclusivamente (1).

¡Qué monumento a la eficacia del sistema educativo de Don Bosco! Aun los más díscolos se rinden a él.

Pero prosigamos nuestra excursión.

## Mausoleo y templo: Valsálice

—¿Adónde desea ir ahora, Monseñor? — interrogó el chofer.

—Si es posible, a Valsálice. ¿Estamos muy distantes?

—No tanto, Monseñor. Tenemos tiempo para llegar allá.

Hacia allá nos dirigimos, a través de modernas y hermosas arterias, hasta desembocar en la espaciosa Plaza de *Vittorio Véneto*. Al término de esta, el Po. Lo cruzamos por el puente de Víctor Manuel I. Delante surge majestuosa la iglesia de la Gran Madre de Dios. Doblamos a la derecha por la avenida de Moncalieri, flanqueando el río. A la izquierda, una altura coronada por unas construcciones que rematan en una Cruz.

—¿Qué es aquello? — pregunto.

—El Monte de los Capuchinos — explica el conductor.

"Debo ir allá", pienso para mí.

Casi enseguida, doblamos a la izquierda y empezamos

(1) *Mem. Biogr.*, V, 219 a 225.

a escalar la colina. A los dos o tres minutos, paramos delante de un airoso edificio.

Estamos en Valsálice. Valsálice significa *valle del sauce*. Cuanto está alrededor es muy pintoresco; graciosos palacetes asoman entre el riente y profuso verdor de las suaves cuestas.

Anunciada la visita, no tarda en presentarse el Director, P. Evaristo Marcoaldi, que, muy cumplido, va abriéndonos todas las puertas y dando las oportunas explicaciones. Así, lo vemos todo: el amplio patio de los internos o *liceístas*, circuido de elegante galería, y el de los oratorianos, con aire de campo de deportes, separados entre sí por un robusto cuerpo de edificio; luego, aulas, dormitorios; un segundo patio o jardín, en el primer piso, en cuyo centro surge el mausoleo que encerró la tumba de Don Bosco, sobre la cual se eleva una primorosa capilla dedicada a Ntra. Sra. de los Dolores. Junto a Don Bosco se dio también sepultura a los restos de sus dos inmediatos sucesores: los de Don Rúa, que vimos ya trasladados a la Capilla de las Reliquias del Santuario de María Auxiliadora, y los de don Pablo Albera, que reposan aún en esa augusta calma. ¡Qué de peregrinos de todos los climas llegaron a deshojar sus plegarias sobre el sepulcro del Santo sobre todo!

## Ocurrencia infantil

Viendo el lugar que él ocupó, recuerdo un risueño episodio del día en que, en apoteosis inolvidable, el féretro de Don Bosco era llevado a Turín. Mientras todos andaban preocupados por las ceremonias que se desarrollaban, a un tierno niño se le antojó subirse al hueco y tenderse en él, como si estuviese dormido. Viéronlo algunos así y, al preguntársele qué estaba haciendo, respondió con viveza:



—*¡Faccio Don Bosco!:* ¡Hago de Don Bosco! (1).

¡Oh dichosa ingenuidad!

## Templo y Serafín

En el segundo piso, admiramos la luminosa iglesia, cuyas líneas evocan inmediatamente las de la espléndida Basílica de San Carlos de Buenos Aires. Y se explica: las dos son criaturas del mismo arquitecto salesiano, el Rdo. P. Ernesto Vespignani, que aquí en Valsálice inició la serie de suntuosos templos, que son orgullo de varias ciudades argentinas, como Buenos Aires, Rosario, San Isidro, Bernal, etc. y de otras capitales de América, como Lima, Montevideo, La Paz...

Al llegar a la sacristía, nos informa el cicerone:

—Esta fue la habitación del Siervo de Dios P. Andrés Beltrami.

Alma de serafín, vivió él en este Instituto, enseñando, sufriendo, escribiendo y consumiéndose como un cirio de pureza y amor ante el Santo Tabernáculo, al cual dirigía durante su ocupación, frecuentes miradas a través de una ventanita de ese aposento. Está en trámite la causa de su beatificación.

## Una predicción

Yendo de una a otra parte, vemos lugares, habitaciones, escaleras que conservan algún recuerdo del santo Fundador. Nos interesa, sobre todo, la ventana de un piso alto, desde donde él el 13 de setiembre de 1887 le dijo al P. Julio Barberis:

—En adelante quedaré yo aquí para custodiar esta casa.

---

(1) *Mem. Biogr.*, XIX, 119.

Y tenía los ojos fijos en la escalera que llevaba desde el jardín del primer piso a la planta baja.

—Haz preparar el plano — añadió, puesta siempre la mirada en el mismo punto.

Creyó el P. Barberis que se refería al plano del edificio que aún debía construirse, y contestó:

—Bien: lo haré preparar y en el próximo invierno se lo presentaré.

—Nó para este invierno, sino para la nueva primavera; y no me lo presentarás a mí, sino al Capítulo.

Cinco meses después Don Bosco yacía en aquel mismo lugar.

El P. Barberis empezó entonces a comprender, y lo comprendió todo, justamente en la primavera, cuando, sin que él hubiese hablado nunca del encargo del Padre, se presentó al Capítulo el proyecto para el monumento que se erigió sobre el sepulcro del Vidente (1).

Allí reposó desde 1888 hasta 1929. Tumba gloriosa, fue meta de numerosas y devotas romerías; fue mausoleo y templo. La guerra última, que dejó crueles rastros en la iglesia y otros sitios del Instituto, respetó ese lugar, que tanto veneraron los hijos, para quienes fue realidad la inscripción esculpida sobre la losa: *Defunctus ádhuc lóquitur,* porque el amado difunto seguía hablándoles elocuentemente desde el sarcófago, con el recuerdo de sus enseñanzas y heroicas proezas, y los iluminaba y confortaba...

## Regreso feliz de un día lleno

Volvemos a Turín, cruzando el Po por el puente de Humberto I. Entramos en el paseo de Víctor Manuel II. Le dice entonces el chofer al señor Obispo:

(1) *Mem. Biogr.,* XVIII, 384.



—Excelencia, vamos a pasar delante de San Juan Evangelista. ¿No querrá visitarlo, siquiera brevemente?

—Bueno. Estando al paso, bajemos unos instantes.

Así lo hacemos. No está el P. Director; pero muy cumplido nos recibe y atiende un sacerdote joven.

La visita me parece muy breve, y el lugar, merecedor de más detenimiento. Me propongo volver otra vez, y dejo para entonces el referirme a él.

Pasamos delante de *Porta Nuova* (Puerta Nueva), la estación más importante de Turín, que no se ha restablecido aún totalmente de las feroces embestidas bélicas. Recorremos la moderna avenida de Roma, hasta *Piazza Castello* (Plaza del Castillo), desde donde se domina toda la amplitud del antiguo Palacio Real. Detrás de este, asoman el casquete de la torre catedralicia y la rara cúpula de la Capilla Real del Santo Sudario *(Santa Síndone)*. A cada uno de estos monumentos, debe corresponderle su hora, su página.

Torcemos ahora por Vía Garibaldi, Vía del XX de Setiembre, Paseo de la Reina Margarita y embocamos en la calle de María Auxiliadora.

Llegamos felizmente al Oratorio de Valdoco. La excursión no podía ser más interesante. Se la agradezco al bondadoso Mons. Sosa Gaona y al simpático salesiano brasileño.

## Otros superiores eminentes

Salgo de una breve visita a la Basílica, y encuentro al Rdmo. P. Albino Fredrigotti. Consejero del Capítulo Superior; lo saludo y converso con él algunos instantes.

Poco después, otro encuentro que esperaba mucho: con el Rdmo. Ecónomo General P. Fidel Giraudi, a quien había tenido el gusto de conocer en Buenos Aires, en 1949. Al presentarme, veo que se acuerda de mí; me entretiene con amabilidad, aconsejándome que disfrute bien mi viaje

y sin ninguna prisa. Me repite en italiano *(Non aver fretta)* lo mismo que el Rdmo. Rector Mayor, y, como despedida, me ofrece un ejemplar de su espléndida monografía sobre la Basílica de María Auxiliadora. ¡Como para no quedar encantado de tan paternal acogida!

Después de la cena, uno de los secretarios del Rdmo. Rector Mayor se empeña en presentarme al R. P. Eugenio Ceria, que es una autoridad eminente como biógrafo de Don Bosco e historiador de la Sociedad Salesiana, amén de sus muchos méritos de insigne humanista. Está en los ochenta años. Recíbeme con efusión, y se ilumina su rostro al saber que he llegado de la Argentina y que soy de los que se ufanan de haber gozado de la dirección del Rdmo. P. José Vespignani, a quien profesa él particular veneración. La campana de las oraciones de la noche corta nuestra charla. Quedo vivamente impresionado de este ejemplar viejecito, pequeño de talla, gigante de espíritu, vivaz y sencillo como una criatura.

## 24 DE MARZO:

## ORATORIO DE VALDOCO. PONTIFICIO ATENEO SALESIANO: INSTITUTO REBAUDENGO

### Misa, en las "camerette"

En adelante, no se reproducirá en mi alma el sentimiento de santa envidia que experimentaba siempre que sabía de alguien que había celebrado en las habitaciones de Don Bosco. "¡Qué afortunado él!" me decía.

Y hoy ¡qué afortunado yo! puedo exclamar: he rezado misa en el altar de las últimas misas de nuestro Padre. ¡Con cuánta emoción he oficiado! La circunstancia de ser hoy, día de la conmemoración mensual de María Auxiliadora, es muy oportuna para considerar aquí las maravillas que el oscuro pastorcillo de Bequi llevó a cabo a la vera de su potente Señora, Madre y Maestra.

### Patio de los oratorianos

Después del desayuno, recorro otras dependencias de esta complicada Casa de Valdoco, que es un pueblo.

El Oratorio Festivo, obra primigenia y específica de Don Bosco, después de haber ido errando por diversos lugares, a medida que se iban adquiriendo nuevas parcelas de terreno y según lo aconsejaba la conveniencia de agrupar oportunamente los elementos de las diversas secciones (oratorianos, artesanos, estudiantes, exalumnos, etc.), ha podido instalarse definitivamente a lo largo de la Vía Salerno, perpendicular a la Vía Cottolengo.

Consta de un amplio pabellón con gran número de salas. En estas se desarrollan las multiformes actividades privativas del Oratorio. Tienen su local propio desde la dirección hasta las comisiones protectoras, las clases o aulas, grupos de asistencia social, conferencias, compañías, Acción Católica, obras postescolares, música vocal e instrumental, bibliotecas, juegos, etc. Al salón de actos o teatrito le corresponde, se entiende, el lugar que en el organismo educativo salesiano se le asigna de rigor.

Junto a ese edificio, un vasto patio para los juegos al aire libre, que muchos gustan presenciar desde el corredor exterior que corre en toda la extensión del primer piso del edificio. Lo más alto de este es una especie de frontón, en cuyo tímpano campea una estatua de Don Bosco; desde allá el Santo bendice, protege y sonríe a sus niños que se solazan en el espacioso local prometido por la Virgen en los vatídicos sueños.

## El teatro de Valdoco

Bajando hacia la Vía Cottolengo, marcho junto a un edificio con grandes señales de destrucción. Me dicen que ese era el bello teatro del Oratorio, con platea y dos galerías capaces de contener cómodamente unas 2.000 personas. Corre paralelo a la Basílica. Lo había hecho construir Don Rúa en 1895; pero un voraz incendio, provocado por bombas arrojadas en la última guerra, destruyó todo el interior; no quedan en pie sino las paredes maestras, testigos, durante medio siglo, de brillantes actos públicos, asambleas, congresos, representaciones escénicas, conciertos, etc., que en la prensa de Turín merecieron siempre las crónicas más encomiásticas. Fue el *San Carlos* o el *Scala* de Valdoco.

Presentemente, para reemplazar tan sensible pérdida, se está terminando en otro lugar una sala mucho más



espaciosa y con todas las comodidades que exige un teatro moderno.

## El reino de los artesanos

Costeando estas silenciosas paredes, llegamos a un portón que nos lleva a otro de los grandes patios: es de los artesanitos. Está rodeado de edificación para las escuelas profesionales. Allí están los amplios talleres de tipógrafos, impresores, encuadernadores, carpinteros, tallistas, herreros y mecánicos. Los demás talleres: de sastrería, zapatería, escultura, etc. están en otro brazo. Los pisos superiores son para aulas, en las que se imparte la teoría correspondiente a cada profesión, y para dormitorios.

¡Qué hermoso es ver este patio, en las horas de recreo, recorrido en todas direcciones por muchachos que se dedican al juego de su predilección, cruzándose en mil sentidos, en un ordenado desorden, que los va preparando sin sentirlo a la conquista del propio ideal en el confuso tráfago del mundo y a respetar las actividades ajenas que a menudo lindan con las propias! ¡Magnífica educación social! El que se arriesga a atravesar el patio, debe estar dispuesto a recibir encontronazos y no quejarse si un pelotazo le lleva el sombrero o le hace saltar los anteojos. En ese momento, el campo es de esa dichosa y despreocupada juventud, la cual, no obstante, acude solícita y humilde a presentar sus excusas al imprudente que se ha aventurado a cruzar ese campo de batalla.

## Pontificio Ateneo Salesiano

Poco antes de mediodía, mi querido compañero el P. Kenny, bastante restablecido ya de sus dolencias, el P. Luis J. Muras y este servidor, salimos del Oratorio para visitar el gran instituto de los Condes Rebaudengo.

Moran en él dos comunidades salesianas muy impor-

tantes, cada una con su dirección independiente. Es una la de San Juan Bosco, colegio de aspirantes a coadjutores salesianos misioneros, que se preparan a ser jefes de taller en lugares de misión.

La otra, con la advocación de Santo Tomás de Aquino, es parte integrante de una Universidad Salesiana Pontificia, esto es, canónicamente autorizada por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades a expedir títulos académicos reconocidos por Roma; su denominación oficial es la de *Pontificio Ateneo Salesiano*. Su Gran Canciller es el mismo Rector Mayor de la Sociedad Salesiana. Su Rector Magnífico actual es el eminente teólogo P. Andrés Gennaro. El Ateneo consta de tres facultades: de Filosofía, Derecho y Teología, y de un Instituto de Pedagogía.

Aquí funcionan la Facultad de Filosofía y el Instituto de Pedagogía. Las otras facultades están instaladas en La Crocetta, que es otro barrio de Turín.

Constituyen el claustro de profesores, eximios salesianos, exalumnos de los institutos pontificios de Roma o notables por estudios de especialización, casi siempre abonados con la autoridad de obras magistrales.

Vamos a vernos con sabios; no obstante, llegamos, y nada de hurañía, estiramiento o protocolo; en todo y, acaso aquí más que en otras partes, sencillez y cordialidad domboscanas. La sencillez y la modestia son el signo del valer auténtico.

El joven director, P. Luis Fiora, es la cortesía personificada; nos presenta a los profesores que encontramos de pasada, y, pues en el Instituto hay varios estudiantes argentinos —algunos, sacerdotes ya—, dispone que vengan a acompañarnos. Tras las efusiones propias de este primer encuentro de compatriotas y satisfacer algunas curiosidades acerca del terruño, iniciamos con ellos la visita: a la iglesia, a las aulas, al Aula Magna, al salón de



estudio, al de actos, al de la rica Biblioteca, a los gabinetes y museos. El Gabinete de Sicología Experimental es estupendo. El Gran Canciller no ha reparado en expendios para dotar al Instituto de los adminículos más recientes que contribuyan a la mayor eficiencia de la enseñanza.

Los alumnos compatriotas están contentísimos; viven con los profesores como con hermanos de mayor edad: es la familia que anheló Don Bosco como distintivo de sus casas. El Ateneo es internacional: además de italianos, hay españoles, eslovacos, portugueses, brasileños, húngaros, ingleses, belgas, franceses, holandeses y de varias naciones de América; todos viven en admirable unidad. Me parece que el grupo hispanoamericano es el más numeroso y su idioma el de mayor número de hablantes; con todo, para las relaciones comunes entre los diversos grupos, se recurre al casero de Dante, que es como el oficial de toda la Sociedad.

No son menores, en su ámbito, las sorpresas que nos depara el otro instituto de aspirantes a coadjutores misioneros, con los talleres perfectamente montados a la moderna, las aulas para la teoría de los diferentes oficios y práctica del dibujo profesional, y la alta calidad de las labores realizadas en cada ramo, que son el índice más elocuente de la excelencia de los métodos empleados por los maestros y de la capacidad efectiva de los aprendices. ¡Bien para las misiones que logren disfrutar de la valiosa cooperación de estos futuros hermanos, para la formación integral de los indígenas!

Suena la hora del almuerzo, que trascurre entre la alegría y hermandad de las fiestas salesianas, la expresión de las impresiones recibidas y la respuesta a las curiosas preguntas formuladas acerca de la vida religiosa, social, política y económica de nuestra tierra y de las actividades específicas de la Obra de Don Bosco en la Argentina. Al fin, en atención a los huéspedes, se sirve un pocillo de buen café.

Nos regalan después con una novedad para nosotros, invitándonos a visitar el refugio antibélico construido allí y utilizado en los pavorosos días de bombardeo de la pasada contienda. Impresiona no poco el ir descendiendo por los corredores angostos, como de catacumbas, hasta la espaciosa sala principal, a 18 metros de profundidad. ¡Ojalá no se vean esos buenos hermanos en la precisión de hacer uso de ellos nuevamente! Con este voto y el del progresivo florecer del ilustre Instituto y con nuestro vivo agradecimiento por las finezas recibidas, nos marchamos. Todavía algunos de nuestros antiguos alumnos de Bernal, se empeñan en acompañarnos hasta el tranvía, que nos conducirá hasta cerca del Oratorio de Valdoco.

## Conmemoración de María Auxiliadora

Se me va la tarde en escribir algunas cartas, llenar algunos encargos y realizar algunas diligencias personales.

Cuando voy a cenar, el patio de la Basílica está iluminado: es el resplandor de las estrellas que coronan a la Virgen de la cúpula.

—¿A qué se debe esta novedad? —inquiero—. Ayer no fue así.

—Es que hoy es 24 del mes: conmemoración de María Auxiliadora.

—Ahora me lo explico.

* *

Cuando entro en el refectorio, me detiene el Secretario del Rdmo. Rector Mayor, y me comunica:

—Mañana, Padre, a las 9, el Rdmo. P. Ricaldone lo recibirá a usted.

—No esperaba fuese tan pronto. Muchas gracias.

* *

Las oraciones de la noche se rezan hoy en la Capilla de San Pedro, que está debajo de la sacristía. Se le dedicó



al Apóstol tan hermoso oratorio, cuando, después de la beatificación de Don Bosco, los Superiores resolvieron erigir el altar del santo Fundador en el sitio que ocupaba el que él había consagrado a San Pedro. Fue una restitución.

Me dispongo a bajar, cuando me invitan a impartir la bendición con S. D. M. a la gente que llena el Santuario por ser día de la Conmemoración mensual de María Auxiliadora. ¡Cuánta concurrencia, y a esa hora! ¡Qué robusto y afinado coro forma todo ese pueblo! Acompaña los cantos, como organista, nada menos que el Rdmo. P. Fedrigotti, uno de los Consejeros del Capítulo Superior. He sabido que, por añadidura, es excelente compositor (1).

(1) El 2 de agosto de 1952 fue elegido Prefecto General de toda la Sociedad.

25 DE MARZO:

## COLOQUIOS INOLVIDABLES. LA CATEDRAL Y EL PALACIO REAL

### Anunciación de la SSma. Virgen

Atribuyo a esta buena Madre varios favores que he recibido hoy, solemnidad de la Anunciación.

Después de la meditación en la Capilla de Pinardi, subo a celebrar en el santuario de Don Bosco; pero hoy me toca hacerlo en el altar del éxtasis, en presencia de las innumerables reliquias que se exponen en esa sala.

¿Me alcanzará él la gracia, no digo del éxtasis que él, por la santidad de la vida, mereció muchas veces; sino de celebrar estos augustos misterios de tal modo que no profane lo que es más propiamente oficio de ángeles, con preocupaciones mezquinas de hombre? Siempre que me acerque al ara santa, susurre él a mi oído la amonestación bíblica: *Sancta sancte tractanda sunt.*

### Conversación con el Rdmo. Rector Mayor

No he olvidado que a las 9 el Rector Mayor se dignará atenderme. Faltan pocos minutos, y ya estoy aguardando junto a la habitación que lleva el número 18 en el segundo piso. No bien advierte mi presencia el secretario, entra, y sale enseguida para invitarme a pasar. No sabría expresar lo que se produce en mi interior, ni cuántos sentimientos lo embargan por un instante.



Entro... ¿Cómo? ¿Esta es la estancia del generalísimo de un ejército espiritual que tiene distribuidas sus fuerzas hasta los últimos confines del mundo? ¿Tan simple, tan pobre, tan reducida? Allí está el Padre, sentado a un modesto escritorio, en el rincón de la izquierda, junto a la ventana pródiga de luz.

Al sentir mis pasos y mi saludo

—¡Buenos días, Padre!

Levanta los ojos; una amable sonrisa aflora a su rostro, al reconocerme, y, tendiéndome la diestra, que beso con efusión, responde en el perfecto castellano que aprendió en España y demuestra no haber olvidado en lo más mínimo después de casi cuarenta años de ausencia,

—Muy buenos nos lo dé Dios. Siéntate, querido. Te esperaba.

—Gracias, Padre.

Me siento. Al alzar la vista, diviso un cuadro de San Pedro, su Patrono, colgado de la pared. Espero me invite a hablar, y comienza él:

—¿Cómo estás?

—Aturdido, Padre: me parece un sueño cuanto veo.

—¡Cómo! ¿No lo conocías ya?

—Sólo de oídas, Padre. Es la primera vez que llego a esta benéfica casa solariega. En estos días casi no he hecho otra cosa que recorrerla y estudiarla en sus secciones principales.

—Muy bien; has procedido como buen hijo.

Se interesa luego por mi salud y mis posibles necesidades. Me interroga acerca de mi casa de Bernal; por su director, el R. P. Guillermo A. Cabrini. Le llena de satisfacción saber que éste está derrochando alegría salesiana y fomentando el espíritu de piedad entre los clérigos y aspirantes que se preparan para el apostolado.

Quiere lo informe sobre los estudios de éstos; se complace mucho al advertir la seriedad con que se realizan, y expone sabios conceptos sobre la importancia que

para nuestros estudiantes encierra una sólida formación humanística y filosófica.

Después de tocar varios otros puntos, me atrevo a presentarle mi último libro. Lo hojea con interés, encomia la presentación tipográfica, y observa:

—Se ve que no disponéis de buen papel.

—Así es, Padre: el papel escasea mucho allá, y debe uno contentarse con el que le dan.

Lee diversos párrafos y manifiesta que le agrada la claridad de exposición. Aprovecho lo que ha observado para expresarle que, al escribir, lo que más me preocupa es la sencillez y claridad, y que hasta preparaba un ensayo sobre estas cualidades, en que entendía presentar como dechado a Don Bosco.

—Muchas e interesantes cosas podrás decir —me interrumpe, y añade—: en resumidas cuentas, ¿cuál es el fin de la literatura sino la claridad, es decir, dar a entender plenamente el propio pensar a los demás?

Más adelante, le doy a leer un escrito de una corporación, que me importa conozca él. Lo lee con atención, lo alaba sinceramente por sus conceptos,

—Pero —agrega— ¿no te parece que esta partícula (era la preposición *de*) es superflua?

Y, en efecto, sobraba allí. Le expreso entonces mi asombro por lo bien que recuerda y domina el español, y, como explicación, me dice que, durante mucho tiempo, en Sevilla, fue corrector de imprenta en nuestra tipografía. Me relata cómo a menudo trabajos urgentes le obligaban a quedarse corrigiendo pruebas hasta horas muy altas de la noche. Una vez hubo de señalarle un gazapo no muy leve que se le había escapado nada menos que al ilustre académico y canónigo sevillano don Cayetano Fernández, el autor de las preciosas *Fábulas ascéticas*. Este, que profesaba a don Pedro —por *don Pedro* lo conocen aún en España al P. Ricaldone— estrecha amistad, le agradeció mucho el aviso.



De lo anterior, fácilmente la conversación deriva hacia *Hugo Wast*, el Dr. Gustavo Martínez Zuviría. ¡Con qué placer recuerda los días que nuestro egregio novelista pasó en la Casa Madre consultando los archivos, de cuyo estudio fue exquisito fruto la magnífica biografía que corre con el raro título de *Las aventuras de Don Bosco!* ¿Quién contará el número de los que han conocido a nuestro Padre por la biografía de Hugo Wast, popularísima en América, España y otras naciones de Europa en que corre traducida? ¿Y qué decir de la vida del Rdmo. P. José Vespignani en dos tomos (*Alma romana* y *Su segunda patria*), que teje, al rededor de la figura prócer del insigne salesiano, la más brillante apología de los primeros hijos de Don Bosco en la Argentina y de su obra civilizadora sin par en las remotas tierras patagónicas? El P. Ricaldone me expresa entonces que debe manifestársele de algún modo al gran escritor amigo el reconocimiento de la familia salesiana. Me confía el encargo de averiguar si se lo ha inscrito ya en la Pía Unión de Cooperadores Salesianos, que, si nó, le hará preparar uno de los diplomas especialísimos y se lo remitirá con algún otro recuerdo. Le doy gracias de antemano, en el nombre del claro compatriota.

Al interrogarme si continúa él trabajando, hube de afirmar que sí, aunque ignoro si, después de la biografía del P. Vespignani, ha publicado otro libro. Le dan mucho que hacer las inmensas ediciones de sus novelas, que se agotan como el pan bueno —es, fuera de duda, de los novelistas actuales el más popular y más leído—. No breve tiempo le reclaman su cargo de Director de la Biblioteca Nacional y otras actividades como miembro de varias importantes instituciones de cultura. A él se le debe, en gran parte, la incorporación de la enseñanza religiosa a los programas escolares de la Nación, cuando, como Ministro de Justicia e Instrucción Pública, firmó el memorable decreto respectivo. Con visible interés escucha

el Rector Mayor la enumeración de estos títulos de gloria del Dr. Martínez Zuviría, y la cierra él con un elogio de la piedad ejemplar que los Superiores del Capítulo admiraron en él durante los días, algo alejados ya, que vivió en Valdoco.

—A propósito de libros, ediciones y editores —interroga luego—, ¿has visitado ya la SEI?

(SEI es la sigla de la Sociedad Editora Internacional, con filiales en los centros más cultos de Italia, creada y sostenida por los Superiores salesianos para la difusión del buen libro.)

—Todavía nó, Padre; pero he de hacerlo cuanto antes.

—Recorre bien todas las secciones de la administración y los talleres; más de una cosa te interesará allí. ¿Tampoco habrás ido al *Colle?*

—Nó, Padre.

—También allá has de ir. Verás, no sólo la casita natal de nuestro Padre y Fundador, sino también el gran edificio que se levantó junto a ella para la formación de maestros salesianos de las artes del libro, como un homenaje a Don Bosco, apóstol incansable de la sana prensa.

—Todo eso me interesa mucho. Pero he sabido que no es cosa fácil trasladarse hasta allá, máxime para quien, como yo, es mal novicio en viajar por estos lugares.

—¡Ah! En cuanto a eso, no te preocupes. Te haré llevar en "máquina". Si combinas, de manera que vaya algún otro, mejor; serán más los que aprovechen.

—No sé, Padre, cómo agradecer tan exquisita bondad.

Hablamos de otros temas: algunos de carácter personal; después, de la Editorial Don Bosco de Buenos Aires; del Beato Domingo Savio; de mi visita a España, etc. Solicito algunas reliquias de nuestros Siervos de Dios, y me las promete.

Entre tanto me he percatado de que el sacerdote secretario varias veces ha abierto la puerta o hecho ruido



en ella, y una vez ha entrado a anunciar una visita. Entiendo que es indiscreción permanecer más tiempo allí.

—No quiero, Padre, seguir molestándolo —digo entonces como para despedirme.

—No digas eso; no me molestas; continúa: tienes algo más...

Probablemente, ha echado de ver que tengo en la mano la hojita en que llevo anotados algunos puntos de guía para esta conversación. Pero, si bien, en realidad, algo más me queda, por decir, no voy más allá. Tanto más cuanto que me parece está él con alguna fatiga, y ha tosido varias veces pues no cesa de hablar. Por eso, doy a entender que, por mi parte, he concluido.

Me da entonces, como exhortación final, algunos consejos para que mi actividad de salesiano sea siempre benéfica y fructuosa, especialmente en el apostolado de la pluma, en que me anima a perseverar; de lo hecho anteriormente, está contento y lo bendice complacido.

El Padre continúa; no me atrevo a interrumpirle; mas, a poco, otra vez entra el secretario, lo que aprovecho para levantarme; y, sumamente agradecido, llevo su diestra a mis labios, mientras él me dice:

—Confío en que hemos de vernos y hablarnos nuevamente.

—Mil gracias, Padre.

Me dirijo a la puerta y, antes de abrirla, oigo que me habla:

—Mira: el lunes tendrás a tu disposición la "máquina" para ir al *Colle;* no lo olvides.

—Me voy confundido por tanta bondad.

Es sábado. La entrevista ha durado tres cuartos de hora justitos. Me parece que salgo de la gloria o que desciendo del Tabor.

## Con el Ecónomo General

Mientras voy por el corredor hacia la escalera para descender, veo abierta la habitación número 9. La curiosidad me hace mirar hacia adentro y descubrir sentado a su escritorio al Rdmo. P. Fidel Giraudi, el Ecónomo General. Pasa por mi cabeza una súbita tentación o inspiración; vacilo un instante, y... llamo.

—*¡Avanti!* —contesta el Padre con voz firme, que desmiente su edad rayana en los ochenta años—.

Al verme entrar, sonríe, y, en italiano, me pregunta por el objeto de mi visita. Hará un año, estuvo él, en compañía del inolvidable P. Pedro Berruti, Prefecto General, por las tierras del Plata y, después, también en España, tanto tiempo como para entender el español, pero no tanto como para expresarse en él con facilidad; así me parece a lo menos, y entonces me atrevo a hablar en italiano, un italiano que no aspira, claro está, a figurar en ninguna antología. Pero estos queridos Padres están hechos a escuchar a salesianos que llegan de todos los puntos del globo, que hablan como Dios les da a entender, y de nada se asombran. Así, pensé siempre que disimularían mis disparates y toscas audacias contra su dulce lengua. Hablo entonces:

—Perdóneme, Padre, haya venido sin haberlo solicitado previamente.

—Nada de perdón, hijito; has hecho bien en venir. Y ¿qué te ha traído?

—Una ocurrencia... Mire, Padre: visité el otro día las habitaciones de Don Bosco, y me parece que debiera haber allá un plano, que guiara y mostrara claramente la posición y contenido de cada una. Y esto, más para el que se propone hablar luego de ellas en público o escribir con cabal conocimiento.

—Lo que dices revela, mi querido, que no conoces mi libro sobre el Oratorio, donde se encuentra lo que has echado de menos.

Y mientras esto dice, se levanta, toma de un armario un gran libro y, pasando sus hojas, adornadas de magníficas y abundantes láminas.

—¡Mira! —exclama— ¡Observa! Aquí, al fin, tienes una serie cronológica de planos, que van historiando las construcciones del Oratorio desde su principio. Y aquí —agrega, señalando otro lugar del copioso volumen—, tienes la descripción detallada de cada una de las *camerette*. Mira: te voy a obsequiar con un ejemplar para que, con él en la mano, vayas a estudiarlas detenidamente y puedas luego allá discurrir sobre ellas, como has dicho, con cabal conocimiento.

—Muy agradecido y muy honrado, Padre. Seguiré puntualmente su sabia indicación.

(Así, en efecto, lo hice después durante varios días, y ese estudio me permitió escribir lo que habrá visto el amable lector en páginas anteriores.)

Levántase de nuevo entonces, y diciéndome:

—Ven, carísimo, —me toma cariñosamente del brazo y me saca de la habitación.

Cruzamos el corredor; por una puerta que hay en el extremo a la derecha, salimos a una terraza, que es como un jardín, por la profusión de plantas que la adornan; la atravesamos y penetramos en otro pabellón de la casa, donde el P. Giraudi tiene su despacho de Ecónomo General, rodeado de los de sus dependientes. Me introduce en él.

De uno de los armarios, toma un ejemplar nuevo, metido en su estuche, de *L'Oratorio di Don Bosco;* lo abre, y me muestra varios capítulos, que, a su entender, me interesarán más para mi objeto [1]. Cuando va a entre-

[1] De ese mismo libro, con anuencia del ilustre autor, se han tomado muchas de las ilustraciones que dan realce a este trabajo. Mil gracias a su bondad.

gármelo, valiéndome de la filial confianza que me ha inspirado, me atrevo a rogarle:

—Complete, querido Padre, la obra: échele la firma.

Y, sin más ni más, estampa en la guarda una afectuosa dedicatoria, que con orgullo muestro siempre, explicando cómo esa letra grande de rasgos enérgicos retrata la grandeza y pujanza de un corazón paternal. Toma luego de sobre el escritorio un folleto sobre el Beato Domingo Savio, y con él deja señalado el capítulo de las *camerette*, y me repite que vaya a estudiarlas con ese libro.

No acaba allí la cosa: añade su preciosa monografía sobre la *Capilla de las Reliquias*, que es otro lujo de arte tipográfico, y cuya lectura, como la de la anterior, me ha brindado ya momentos de intensa fruición por la habilidad con que en sus páginas he visto reunidos, en justa proporción, el saber del erudito, la agudeza del crítico de arte, la amenidad del narrador y la devoción a San Juan Bosco.

Pero veo que aquí también es verdad lo que en el terruño decimos: que no hay dos sin tres; porque quiere que me lleve también su estudio sobre la *Capilla y altar de la Beata María Dominga Mazzarello en el Santuario de María Auxiliadora*.

—Lo escribí —me informa— para retribuir en parte el no escaso sacrificio que se impusieron las Hijas de María Auxiliadora, al ceder a la Basílica el cuerpo de su Bienaventurada Madre. Pero —añade—, ¿dónde estaría mejor que en la Basílica? Si lo hubiesen guardado en el rico altar de su iglesia particular, ¿habría recibido ella el culto que le rinden ahora tantos peregrinos, que de todos los puntos del universo llegan a Valdoco?

Y me parece que las Salesianas deben de estar ya bien satisfechas de su generosa cesión.

Voy a salir, y me pregunta si he visitado ya la SEI y el *Colle*. Alégrase al saber que el Rdmo. P. Ricaldone me tiene prometida la "máquina" para lo último.



La entrada de uno de los secretarios viene como de perlas para despedirme y estampar en su mano generosa un ósculo de agradecimiento.

—Te vas bien cargado —observa sonriendo—.

—Sí, Padre, de muy rico tesoro. Dios se lo pague.

Y me voy, enajenado de alegría.

En el librito de memorias, escribo: "¡Qué mañana feliz, que completo ahora con estas anotaciones tan halagüeñas, aunque desordenadas! ¡Fino presente de la Virgen Santísima en este su día de la Anunciación!"

## Salesiano benemérito: el P. Tomás Bordas

Después del almuerzo, un buen hermano me pone en relación con el P. Tomás Bordas. Es español. Por varios años estuvo al frente del *Boletín Salesiano* en lengua española, y supo imprimirle vigoroso empuje.

Es ahora bibliotecario de la Casa Capitular y director de la publicidad salesiana. En virtud de tan delicado oficio, es el P. Bordas uno de los que están más al tanto del movimiento general de la Sociedad. Por eso, es muy provechoso conversar con él siempre, y máxime cuando necesita uno información sobre algún asunto determinado, por ejemplo, de nuestras misiones, de la actividad artística de las Casas, de la acción de los Cooperadores o Exalumnos, de publicaciones salesianas, etc., etc. De todo, nos dará él algún pormenor o novedad interesante.

Por él sé ahora que nuestro Padre San Juan Bosco acaba de ser designado, por decreto de no recuerdo qué Congregación Romana, Patrono de los Editores Católicos Italianos.

Como el Padre es español, dedicamos también unos instantes del sabroso palique a la querida España.

## La Catedral y la Capilla Real

Debo empezar a conocer esta hermosa capital del Piamonte. Por eso, salgo esta tarde a visitar ante todo su Catedral, dedicada a San Juan Bautista.

Su aspecto general impresiona al instante por la humildad y sobriedad de las líneas. La fachada está casi totalmente desnuda de ornamentación. Los tres cuerpos de su estructura anuncian la existencia de tres naves en el interior.

Imponente es la torre que se yergue a su izquierda en severo estilo románico. En la fase final de la construcción de la catedral intervino el célebre arquitecto mesinés Felipe Iuvara, el mismo que erigió la grandiosa Basílica de Superga.

Para entrar en el templo, se asciende una soberbia escalinata de más de diez gradas que terminan en espaciosa meseta.

¿Cómo olvidar que el 9 de junio de 1929 llenaban esa plataforma más de sesenta entre cardenales y obispos, revestidos de ricos paramentos, tocados de áureas mitras, empuñando los refulgentes báculos pastorales y acompañados de sus ministros? ¿Qué hacían allí? Aguardaban ansiosos el arribo de los sagrados despojos de Don Bosco bellamente dispuestos en urna riquísima. Desde Valsálice, donde hasta entonces habían descansado, eran conducidos a la Basílica de Valdoco para que ocuparan, al lado de su inseparable Auxiliadora, el sitio de privilegio que le había decretado la Iglesia en su Beatificación.

Al llegar la santa urna a esta plaza de San Juan, el deslumbrante cortejo de prelados se incorpora a todo Turín, que, formando una procesión sin precedentes, no cesa de cantar aquel *Don Bosco ritorna* que traduce el júbilo desbordante de la muchedumbre, al ver que su querido Santo vuelve a vivir más cerca de sus inquietudes en aquel Valdoco, faro de prodigios hacia el cual vuelan constantemente los ojos incontables de angustiados o agradecidos, desde todas las latitudes de la tierra.



Ahora todo está en silencio mientras recorro las grandiosas naves, también ellas sobrias, y, en trechos, tan deterioradas por la edad que reclaman restauración. Visito las muchas capillas, en que no falta algún lienzo de valor artístico. Hay un altar en que se venera una antiquísima imagen de la Virgen Santísima, que aseguran es la primera de Ella que recibió culto en esta ciudad.

Por la nave de la derecha, subo luego a la Capilla Real, famosa, más que por las tumbas de reyes saboyanos que allí yacen, por la insigne reliquia de la Santa Sábana (Santa Sindone, que allí dicen), que envolvió el cuerpo de Nuestro Señor al ser llevado al sepulcro después del descendimiento de la Cruz, y que reproduce la figura del Salvador: es un verdadero tesoro, sin precio para los cristianos. El lienzo, que mide 4 metros y 36 centímetros de largo por uno y 10 de ancho, se conserva sobre el altar en un relicario preciosísimo. Me postro a venerarla, aunque sin verla, porque no se expone sino en determinadas fechas, muy de tarde en tarde. En la sacristía, me hacen contemplar un facsímil, que dicen muy aproximado, del precioso lienzo.

## Palacios y plazas: un sueño de Don Bosco

Desciendo a la derecha de la Catedral, cruzo unos arcos y llego a la Plaza Real, a cuya izquierda se extiende el vasto y severo Palacio que habitaron los soberanos de Saboya y Cerdeña hasta 1865.

¿Por qué me detengo tanto en observación ante ese edificio? ¿Creo acaso que ha de asomar a una de las altas ventanas la figura de alguno de sus ilustres dueños, Carlos Félix, Carlos Alberto, Víctor Manuel, nombres ligados también a la historia salesiana? De ellos y de su familia,

más de una vez recibió generosa ayuda el Oratorio incipiente de Don Bosco.

Una vez, en 1846, el Concejo Municipal de Turín, presidido por el Marqués de Cavour, estuvo a punto de disolver el Oratorio. Súpolo el Rey Carlos Alberto y envió al Conde de Colegno con esta declaración: "Es mi intención que se fomenten y protejan esas reuniones festivas; si se ven peligros de desórdenes, trátese de prevenirlos e impedirlos". Y el Oratorio se salvó. Todos los años el mismo Rey enviaba una abundante limosna *a los pilluelos de Don Bosco* (1).

Y Don Bosco amaba y fomentaba el amor a sus soberanos, miembros de una dinastía de tradición cristianísima, que había dado siervos de Dios y santos a la Iglesia. Por eso también, deploraba los tristes pasos en que alguno de ellos anduvo, por inicuos manejos de los enemigos de Dios, y tanto se empeñó, por gratitud a su benevolencia, en prevenir sus yerros.

Es notable lo que sucedió con motivo del proyecto de ley con que Urbano Rattazzi pedía en 1854 la supresión de las órdenes religiosas. Era a fines de noviembre, cuando Don Bosco tuvo un sueño: le pareció estar en el patio, junto a la antigua casa de Pinardi, rodeado de clérigos; de pronto entra y corre hacia él un paje de la Corte, con su uniforme rojo; y, una vez en su presencia, grita:

—¡Una noticia importante!

—¿Qué es lo que sucede? —pregunta Don Bosco—.

—Anuncia: "¡Gran funeral en la corte! ¡Gran funeral en la corte!"

A tan triste noticia, quedó el Santo como de piedra, y el paje repitió:

—"¡Gran funeral en la corte!" —y desapareció, sin dar lugar a explicación alguna.

Despertó Don Bosco, y escribió a Víctor Manuel re-

(1) LEMOYNE-AMADEI, *Vita di S. G. B.*, I, 320.



firiéndole el sueño, a fin de que no permitiese la discusión del referido proyecto de ley. Y envió la carta a Palacio, que contemplo en ese instante; leyóla el Rey y no le dio importancia: en Palacio no había ningún enfermo.

Cinco días después, otro sueño: escribía el Santo en su habitación, cuando de súbito oye el piafar de un caballo en el patio; ve abrirse la puerta y aparecer el mismo paje de librea roja, que, una vez dentro, grita:

—Anuncia: nó "gran funeral", sino "¡grandes funerales en la corte!" —y marchóse, cerrando la puerta tras sí. Deseoso Don Bosco de que le aclarase algo, corrió al balcón, y alcanzó a ver al paje en el momento en que montaba a caballo. Lo llamó, le preguntó por qué le repetía aquel anuncio, y el caballero, gritando de nuevo:

—"¡Grandes funerales en la corte!" —se perdió de vista—.

Por la mañana, envía otra vez al Rey la relación de lo que ha soñado y le suplica que se oponga a la aprobación de aquel proyecto, si quiere evitar los castigos anunciados. Y, en confidencia a los suyos, concluía:

—Esa ley acarreará graves desgracias a la Casa Real.

A pesar de las muchas peticiones que de todas partes llegaron a las Cámaras a fin de que se rechazase el proyecto, el 9 de enero de 1855 se inició su discusión.

El 12 del mismo mes, la Reina Madre María Teresa, que de súbito había caído enferma unos días antes, dejaba de existir a los 54 años.

El Rey recibió otra carta misteriosa: "Abre los ojos; ya ha muerto uno. Si esa ley se aprueba, graves desgracias herirán a tu familia. Esto no es sino el preludio de los males: *Ernat mala super mala in domo tua...*" (1).

El 16 se celebraron las exequias de María Teresa. Esa misma tarde, la Reina María Adelaida recibía el Santo Viático y expiraba el 20, a los 33 años. El 24 fue-

(1) Llovían desgracias sobre desgracias en tu casa.

ron las honras fúnebres y el cadáver fue conducido a Superga.

—¡Cómo se ha realizado su sueño! —con espanto le decían al Hombre de Dios sus clérigos—. En verdad, que ha habido grandes funerales en la corte, conforme lo anunció el paje.

—Es verdad —asintió Don Bosco—. Son inescrutables los destignios del Señor. ¿Y quién sabe si con estos dos funerales, ha quedado satisfecha su justicia?

El 10 de febrero resolvió el Parlamento que al día siguiente se reasumiría la discusión de la ley. Y antes que el día 11 alborease, en la noche del 10 al 11, exhalaba el último suspiro el hermano del Rey, Duque de Génova, Fernando de Saboya, de 33 años. Nuevamente, funerales en la corte el día 14. ¡En menos de un mes, tres miembros de la familia real conducidos a la tumba!

Tres meses más tarde, de nuevo la corte de luto: el último hijo del Rey, Leopoldo María Eugenio, volaba al Cielo, llenando de nueva consternación el ánimo de Víctor Manuel. ¡Qué terrible e inexorablemente se había realizado el funesto vaticinio! (1).

Varias veces el Rey salió de este Palacio, que tengo delante, para ir a entrevistarse con Don Bosco. Dos veces fue en persona al Oratorio, de incógnito, vestido de paisano, y no dio con el Siervo de Dios; otra, envió un emisario para anunciarle su llegada, y acaeció lo mismo. En otra ocasión, estando el Rey en Florencia, supo que Don Bosco había estado allí, sólo cuando este ya se había marchado. De modo que no se conocieron personalmente. Quizá no lo permitió el Señor, por no haber hecho el Rey caso de los anuncios escritos que le envió por conducto de su Siervo. Sin embargo, en el Rey creció la admiración hacia el Vidente turinés, y de cuando en cuando le

(1) *M. B.*, V, 176, 178, 185.



hacía llegar generosas dádivas para sus empresas de caridad.

¡Cuántas evocaciones ante un palacio que me parece muerto: cuerpo sin alma: el alma debían ser los herederos de aquella vetusta corona! ¿Dónde están ahora? ¿Qué ha sido de ellos? La dinastía saboyana no existe ya; la Iglesia y sus órdenes religiosas continúan viviendo más vigorosas que nunca.

Lentamente voy recorriendo la gran plaza limitada por artística verja, en cuya mitad se abre un ancho portón. A uno y otro lado de este, sendas estatuas ecuestres de Cástor y Pólux sobre elevado pedestal.

Cruzo por aquí la verja, y me encuentro en la *Piazza Castello* (Plaza del Castillo), así llamada, sin duda, por el viejo castillo medieval que se ve adosado a la parte posterior del Palacio *de Madama*. Este queda en el medio de la plaza y fue durante mucho tiempo el centro de la ciudad. Arrancan de aquí grandes calles, algunas modernizadas, como las de Roma, Garibaldi, Po, Verdi, Pedro Micca.

Pero lo avanzado de la hora me aconseja poner término a la visita de hoy.

26 DE MARZO:

## DOS FUTUROS PAPAS EN EL ORATORIO. EL MARTINETTO. EL ORATORIO DE SAN PABLO

### Misa en la Capilla de Pinardi; inspiración

Después de orillar algunas dificultades, alcanzo a rezar misa en el rico altar de la Capilla de Pinardi. Me ayudan dos buenos hermanos coadjutores.

Pronto caigo en la cuenta de que todo lo que me rodea evoca la Resurrección del Señor: al frente, en el retablo, la representación del glorioso misterio, felizmente ejecutada por el fecundo pintor Juan Crida; en los arcos, las palabras del *Regina coeli* y del *Victimae paschali;* a uno y otro lado, decoraciones simbólicas con inscripciones referentes a la sagrada Pascua.

Y nada más oportuno, porque en una Pascua, la de 1846, Don Bosco entraba en posesión de este lugar santo. Aquel día, 12 de abril, el alma del Santo y las de sus tiernos protegidos se iluminaron con fulgores de resurrección: a la tristeza que las envolvía, porque doquiera encontraban dureza y desdén y de todas partes se los arrojaba, sucedió el sol del regocijo del día pascual; habían terminado las enojosas peregrinaciones; el Mar Rojo de las agrias pruebas había sido vencido; la Providencia los instalaba al fin en la tierra prometida, en el campo bendito de los sueños de Don Bosco. ¡Qué oportunamente se ha grabado allí el dicho santo: *Haec dies quam fecit Dominus: exultemus et laetemur in ea!* ¡Oh, sí! Aquel era el día por el Señor creado para los hijos de su Apóstol, que



pueden ahora exclamar: ¡Alegrémonos y regocijémonos en él, principio de nuestra historia, de nuestros trabajos y de nuestros alientos para mayores empresas!

Imagino los sentimientos que embargarían el corazón de Don Bosco, cuando por primera vez celebró allí la misa; los propósitos de apostolado que formularía para la misión que le confiaba el Cielo... Y mientras voy celebrando, una idea, primero muy vaga, y luego más definida, enseñorea mi espíritu: la de escribir las impresiones que en mi viaje iré recibiendo de todos los lugares que hayan tenido alguna relación con Don Bosco. No sé si parece que nuestro santo Padre me lo pide, ni recuerdo ahora si se lo prometí, como testimonio de gratitud por los innumerables beneficios que de él recibí por medio de sus hijos. Es lo que estoy tratando de hacer sencilla y llanamente en estas páginas.

Con profunda emoción concluyo el santo Sacrificio.

### Lápidas elocuentes

Doy gracias, y me dispongo a salir, cuando, volviéndome a la derecha, me llama la atención una lápida en que no había reparado antes. La corona un medallón con el rostro lleno de Pío XI. Debajo se lee:

> *"Su Santidad el Papa Pío XI/ en el año 1883/ "siendo joven sacerdote/ sentóse aquí a la mesa de "Don Bosco/ y al mismo tiempo que alimentaba el "cuerpo/ nutría y deleitaba su espíritu/ con la con-"versación y ejemplo de aquel/ a quien, corriendo el "tiempo, debía/ con vivo júbilo de su corazón de "Vicario de Cristo/ elevar al honor de los altares/ "declarándolo Beato el 2 de junio de 1929, y glori-"ficarlo con el nimbo de los Santos el 1º de abril "de 1934, Pascua de Resurrección."*

¡De nuevo, la Pascua de Resurrección! Voy a for-

mular alguna pregunta a mi acompañante, pero éste se adelanta diciéndome:

—¿Ha visto usted aquella otra lápida? —y su mano me indica la empotrada en la pared opuesta—.

—Nó aún. ¡Son tantas las cosas que hay que ver aquí! Vamos allá.

Y ya en la otra vera, leo bajo otro medallón con la efigie sonriente de Don Bosco:

*"San Juan Bosco/ en la primera y más que po-*
*" bre capilla del Oratorio/ que aquí había erigido/*
*" oró y celebró distribuyendo a sus jóvenes los di-*
*" vinos misterios/ y luego, por espacio de unos treinta*
*" años/ en este mismo recinto/ dividió con sus hijos/*
*" el pan de la Providencia/ mientras les hacía sa-*
*" borear/ también las dulzuras de su paternidad."*

—¡Qué hermoso! ¿Luego, esto fue también el comedor de Don Bosco?

—Alrededor de treinta años: usted lo ha leído. Y sospecho que usted ignora que antes fue también dormitorio y estudio.

—¿Y cómo así?

—Pues, porque en 1852 se inauguró, perpendicularmente a este local, la iglesia de San Francisco de Sales, que por entonces, comparada con la que aquí había funcionado, debió de parecer una catedral. Pues, en dicha ocasión, como el lugar no sobraba y las necesidades crecían, esto pasó a ser dormitorio de los escasos internos de entonces, y poco después, su sala de estudio o de reuniones. Y así hasta el año 1856.

—En que se trocó en el comedor de Don Bosco ¿no es así?

—No enteramente así, porque se derribó entonces el antiguo tinglado, que era aquí capilla, junto con el viejo edificio en que aquel se apoyaba, y, en su lugar, surgió el pabellón en que nos encontramos, y aquí, donde había



estado la primera capilla, se instaló el comedor de los salesianos.

—Y aquí —ya entiendo— sentóse junto a Don Bosco el sacerdote Aquiles Ratti y recibió las hondas impresiones que guardó religiosamente su corazón y que, siendo ya Soberano Pontífice, con tanta fruición evocó en memorables y elocuentes discursos.

—Varios días vivió él aquí en 1883.

## Pío XI en el Oratorio de Valdoco

Interrumpo un instante el diálogo, para ir a bucear en el mar inmenso de los archivos domboscanos.

Don Aquiles Ratti llegó una mañana. Venía de Milán, en cuya célebre Biblioteca Ambrosiana era ayudante del sabio prefecto Monseñor Antonio María Ceriani, de quien debía ser luego digno sucesor. Lo traía al Oratorio la fama de su fundador. Pidió hablar con él. El Santo lo acogió paternalmente y, después de amable coloquio, le dijo:

—Ahora, querido don Aquiles, queda usted dueño de casa. Quisiera acompañarlo, pero lamento que urgentes ocupaciones me lo prohiban; ni siquiera puedo señalarle un guía, porque todos están muy ocupados. Pero ya se lo he dicho: está usted en su casa; recórralo con plena libertad, y observe y pregunte cuanto quiera.

¡Cuán pronto debía el sagaz visitante comprobar la verdad de aquellas palabras! Había entrado en una colmena, en que no había zánganos. Lo vio todo.

Al encontrarse de nuevo en el comedor, le preguntó Don Bosco:

—¡Y bien, don Aquiles! ¿Qué es lo que ha visto?

—*Vidi mirabilia hodie* —contestó el joven sacerdote—: hoy he visto maravillas.

Y siguió viéndolas en intimidades de aquella vida salesiana. Porque, acabado el frugal almuerzo, empezaron

las audiencias que allí mismo concedía Don Bosco a salesianos venidos de otras casas. Advirtiólo don Aquiles y, levantándose, por prudencia:

—¡Hasta luego, Don Bosco! —le dijo—.

—Nó, nó; no se vaya; quédese usted.

Y así, estuvo presente a esas confidencias, en que aquellos, uno tras otro, presentaban sus problemas con filial confianza, hasta que el Padre, después de haberlo escuchado todo, lo grato y lo ingrato, sin inmutarse en lo más mínimo, les daba con brevedad y precisión admirables la solución ansiada. Don Aquiles sentía crecer su asombro ante cada nueva cosa que veía y oía (1).

En sucesivos coloquios, admiró la privilegiada inteligencia del Santo, su inclinación a las letras, los vastos planes de trabajos literarios e históricos a que hubo de renunciar abnegadamente por consagrarse al bien de la juventud. Y hubo de escuchar también alguna fórmula apropiada para poner término a la enojosa cuestión romana, a que años después él, Papa de la Conciliación, aludió claramente en la Encíclica *Quinquagesimo ante anno*.

Tan hondas raíces echó esta admiración en el ánimo del docto eclesiástico milanés, que no la olvidó ya, y debió, siendo ya Papa, exteriorizarla en muchas ocasiones, aun dirigiendo la palabra a auditorios no salesianos. ¡Con qué complacencia afirmó ser de los que habían conocido personalmente a Don Bosco; de los que de él recibieron "vivas y cordiales muestras de benevolencia y de paternal amistad, como podría haberla entre un glorioso veterano del sacerdocio y del apostolado católico y un joven sacerdote". (2).

—¡Qué impresiones en sólo dos días de convivencia!

(1) *Bollettino Salesiano*, abril-mayo 1934, p. 108.

(2) Discurso de Pío XI en el Patio de S. Dámaso, 3 de junio de 1929.



## También el futuro Beato Pío X

—¡Y no sólo Pío XI —continúa diciéndome el cicerone—; a la humilde mesa de este refectorio habíase sentado antes, en 1875, Monseñor José Sarto, después Obispo de Mantua, Patriarca de Venecia y Papa: el glorioso y santo Pío X.

—¿Cuándo y cómo sucedió eso?

—En 1875, como dije, y, precisamente, el 15 de agosto, Asunción de María Santísima. Entonces don José Sarto no era sino canónigo. Estaba predicando ejercicios al clero de Casal Monferrato, cuyo Obispo Monseñor Ferré tanto les había hablado de Don Bosco a él y a su colega de predicación, que se vinieron a Turín. Don Bosco los invitó a almorzar. Se hizo un poco de fiesta. Pero ¡qué almuerzo!

—¿Por qué?

—Porque, al dejar el Oratorio, el buen Canónigo Sarto se llevó a su compañero, ¿sabe a dónde?... Pues, a una posada de la ciudad, a almorzar. ¡Así era la mesa de Don Bosco!

—¿Qué habrían dicho ellos!

—Estaban edificados de la sobriedad del Santo y de sus religiosos. Pero, no acostumbrados a tanta, debieron justamente reconvenirla. ¿Y sabe el recuerdo que llevó don José de aquella visita? Lo recordaba él mismo siendo Sumo Pontífice. Por la mañana, le había dicho el Santo: —"¿Quiere ver, señor Canónigo, cómo obedecen mis alumnos?" Y llamando a uno de ellos, le entregó una botella, que el muchacho tomó por el gollete, y le ordenó: "Ahora, entiérrala los dedos". El niño, sin observar nada, los extendió, y la botella se fue al suelo. Todos se echaron a reir, y el niño miraba tranquilamente a Don Bosco, como lo era más natural, esperando sus órdenes (1).

—Hermoso rasgo!... ¡Y cuántos otros personajes,

(1) Mem. Biogr., XI, 325.

siquiera menos encumbrados, habrán venido aquí! Quizá, entre otros, seguramente, también el sabio consejero y protector de nuestro Padre, San José Cafasso, ¿no es verdad?

—Probablemente. Y otros siervos de Dios de los nuestros: Don Rúa, Don Rinaldi, Don Beltrami, el Príncipe Czartoryski...

—Razón de sobra tiene, pues, el P. Giraudi al llamar a estos lugares del Oratorio la Tierra Santa Salesiana, pues por ella pasaron o en ella vivieron tantos varones de Dios. ¿Y hasta cuándo estuvo aquí el comedor?

—Hasta 1927, en que el comedor de los salesianos se trasladó a los nuevos pabellones, que se construyeron entonces a lo largo de la Via Sássari. El Siervo de Dios P. Felipe Rinaldi, verificada la traslación, ordenó que esto se transformase otra vez en capilla para recuerdo del nacimiento de la Obra Salesiana. Lo cual se llevó a cabo solemnemente, en 1928, con asistencia de ilustres dignatarios eclesiásticos y civiles y, entre ellos, los Eminentísimos Purpurados José Gamba, Arzobispo de Turín, y Augusto Hlond, salesiano, Primado de Polonia.

Agradezco al óptimo coadjutor tantas interesantes noticias, y juntos vamos al comedor, no sin recordar, entre tanto, el mísero desayuno de los tiempos heroicos de la Capilla de Pinardi, tan diverso en verdad del de hoy.

## Huertos en flor: el Martinetto

Anoche convine con Monseñor Emilio Sosa Gaona en que lo acompañaría hoy al Instituto Agustín Richelmy. Saldríamos a las 7 y media.

Unos minutos antes estoy en la portería. Junto a ella nos aguarda ya con su automóvil un distinguido abogado exalumno de nuestro Instituto de Valsálice.

Llega Monseñor, y partimos hacia la Vía Medail, 13, donde se eleva el colegio que se conoce también con el



nombre de el Martinetto. Fue fundado por Don Rúa en 1894, a instancias de Monseñor Agustín Richelmy, Obispo de Ivrea entonces, y después Cardenal Arzobispo de Turín.

El ilustre Obispo del Paraguay había sido invitado para celebrar la misa y distribuir la primera comunión a un grupo de chiquitines, ramillete de lirios de ese plantel. La función resultó solemnísima, con asistencia de los deudos de esos angelitos, amén del alumnado en pleno. Monseñor Gaona enfervorizó a los presentes con una bella plática de circunstancias en correcto italiano.

## Un dechado de oratorios festivos

El mismo coche, nos conduce luego a visitar el renombrado Oratorio Festivo de San Pablo, sito en las inmediaciones de la gran Fábrica de Automóviles Lancia. Llegados con el propósito de detenernos aquí, nos despedimos del excelente exalumno agradeciéndole la extrema gentileza con que hasta aquí nos ha traído.

Es este un barrio eminentemente obrero. La labor salesiana tropezó en los comienzos con ingentes dificultades. La indiferencia religiosa reinante en él y los soeces insultos con que era saludada allí la aparición de un sacerdote, movieron al inolvidable Don Rinaldi a mandar allá un contingente de apóstoles. Poco a poco el método de paciencia y dulzura se impuso plenamente: hoy Don Bosco es dueño absoluto de la situación.

Se lo tiene por un Oratorio modelo. Funcionan todas las secciones en locales propios: de hombres o padres de familia, de jóvenes, de aspirantes de Acción Católica, de congregantes de San Luis, de exalumnos, de exploradores, etcétera. Hay dos patios espaciosos, divididos entre sí por el salón de actos públicos, en cuyo frente se destaca la frase del humanista francés Juan de Santeuil: *Castigat ridendo mores*, la misma que ostentaba el primer teatro de Buenos Aires.

No falta la sección característica destinada a los aparatos de juego: columpios, pasos de gigante o "pasovolantes", tiovivos o *calesitas,* sapos o ranas, zancos, trapecios, paralelas, etc. Una circunstancia interesante: desde las casas vecinas de varios pisos, contempla la gente cómo se divierten sus chicos: espectáculo gratuito.

La iglesia es lo mejor del Oratorio: bella, luminosa, capaz, bien ventilada. Lo más pobre —una casa vieja sin ninguna comodidad— es lo destinado al personal salesiano, que, no obstante, vive feliz con las vistosas flores, que cuajan en sabrosos frutos, de su actividad múltiple: clases diurnas y nocturnas, asistencia postescolar, parroquia, asociaciones de Acción Católica, etc.

## Plantel de heroínas

Un joven del Oratorio nos acompaña a visitar el Instituto Misionero de María Mazzarello, que las Hijas de María Auxiliadora dirigen en la Vía Cumiana, cerca de San Pablo.

Jóvenes religiosas se preparan allí para ser heroínas por el apostolado misionero: se ejercitan, con ese fin, en los mil quehaceres que la necesidad pueda exigirles en las tierras remotas y desconocidas a que se las destine. Estudian idiomas, didáctica, primeros auxilios y práctica de enfermeras, cocina, toda suerte de oficios, etc. Hay hermanas de diversas nacionalidades. Nos sorprendió agradablemente encontrar, entre ellas, una uruguaya y cinco argentinas, las cuales, en compañía de la Hermana Directora nos mostraron las secciones más importantes del establecimiento. Armonizan estas con el grandioso aspecto exterior del edificio: la iglesia como un primor; las aulas y talleres, limpios, ordenados y ricos de material; bien iluminadas las salas de dibujo, pintura y música; el estudio, vasto y recogido; la cocina, reluciente como una plata; el museo, bien provisto; los gabinetes, montados a la moderna; las galerías, elegantes; los patios, claros y alegres.



¡Qué bendición es esta casa para las niñas y jovencitas de este barrio turinés! El Gobierno reconoce los títulos que otorga el Instituto.

Monseñor y su acompañante felicitan calurosamente a estas abnegadas Hijas de María Auxiliadora que, con las maravillas que efectúan, dan motivo de noble orgullo a sus hermanos, los hijos de Don Bosco. Así hube de manifestárselo también a la Rdma. Madre Sor Elvira Rizzi, del Capítulo General de ellas, cuando, unos días después, tuve la satisfacción de visitarla en su Casa Madre.

Por la tarde, después de la Bendición en San Pablo, volvemos a Valdoco.

## Un docto hispanista

El tiempo vuela; hay que aprovecharlo. Ante todo, me pongo al día con el breviario. Después voy al teléfono para averiguar si está en su casa el profesor Lucio Ambruzzi. Me contestan que sí, y suplico le pregunten si puedo ir a visitarlo. Dicen que el profesor me espera. Allá voy.

El profesor Ambruzzi hace algunos años fue, por tiempo considerable, cónsul de Italia en el Uruguay. Así tuvo ocasión de ahondar en el conocimiento del español, que ya probablemente sabría bastante. Esto explica el que haya podido escribir para sus compatriotas libros excelentes para aprender la lengua de Cervantes. Tradujo también, o anotó, varias obras de escritores hispanos, clásicos y modernos. En vista de tales méritos, la Real Academia Española, lo honró no há mucho designándolo Miembro Correspondiente. Su último trabajo es un diccionario bilingüe, español-italiano y viceversa, que es, actualmente, de lo mejor del género; sólo pudo prepararlo quien, como él, ha conocido prácticamente nuestra lengua,

sobre todo en lo referente a las particularidades hispanoamericanas. Nos conocemos por carta y por canje de nuestros libros.

Vive en el Corso Matteotti, ancha y hermosa avenida, casi desierta a esta hora. Llego al número 47, y llamo. El portero, ya prevenido, me encamina al piso del profesor. Un minuto después estoy abrazando al amigo, que me recibe con gran cordialidad. Me presenta a su culta esposa, que es para él, hombre de 80 años, el ángel que vela por su salud y para que no se exceda en su labor, pues no ha renunciado aún a la cátedra de español en la Universidad y a sus aficiones hispanistas.

En esto, llega un amigo de la casa, catedrático de glotología, y nos presentan. Hablamos de libros, lo que me abre la puerta para encarecer la excelencia del vocabulario del profesor, quien me noticia que me ha remitido ya a Bernal el segundo tomo. Recordamos a algunos filólogos argentinos y uruguayos, y deploramos la desaparición del doctor Carlos Martínez Vigil, común amigo, que fue el puente feliz de las relaciones de entrambos.

En la conversación, advierto como el señor Ambruzzi es ferviente admirador y amigo de la obra salesiana y está muy relacionado con varios superiores, y especialmente con el P. Bordas, español; varias de sus obras se han impreso en la tipografía de Valdoco o en los talleres de la SEI. Es un lazo de oro que estrecha más nuestra amistad.

No faltó un rico té con que se empeñó en brindarnos la señora. La charla se tornaba cada vez más interesante; pero, teniendo yo en cuenta que el profesor está aún convaleciente de una enfermedad de cuidado, para que no se fatigue hablando, juzgo discreto despedirme, lo que hacemos con efusión, nó sin la promesa de que nos hemos de ver nuevamente.



## Detalle significativo

Después de cenar, se me acerca el sacerdote secretario del Rdmo. Rector Mayor.

—Desea saber el P. Ricaldone —me dice— a qué hora saldrá usted mañana para el *Colle*, a fin de que la "máquina" esté lista.

—¡Qué sorpresa para mí, tamaña atención! ¡Y yo casi pensaba que él, entre sus innúmeras preocupaciones de todo calibre, no se acordaría ya del ofrecimiento de ayer.

—¡Oh! ¡Siempre es así!

—Bendígalo Dios, conservándole tan buena memoria y recompensando su solicitud paterna.

Quedamos en salir a las 6 y media.

27 DE MARZO:

## BEQUI. MONDONIO. CASTELNUOVO. QUIERI

### Hacia el Belén Salesiano

Son las 6.30. El pequeño *Fiat* del Capítulo Superior arranca. Vamos en él los PP. Luis J. Muras, Luis Tust y yo, en dirección al este. Turín está despertando.

Por un tiempo, divisamos al frente la suave colina de Superga con la majestuosa Basílica Real. Ahora la ciudad se aleja a nuestras espaldas. Rientes collados nos escoltan, ufanos con la promesa de sus faldas a medio verdecer y de sus árboles a medio florecer.

El chofer nos va nombrando las poblaciones a medida que despuntan a nuestros ojos. ¡Cuántos nombres grávidos de recuerdos en la historia salesiana! Pino Torinese, Castelvecchio, Quieri, Andezeno, Ariñano, Moriondo...; a la derecha, la torre de la iglesia de Butillera, donde fue confirmado el niño Bosco; luego, Castelnuovo d'Asti, hoy Castelnuovo Don Bosco, cabeza del distrito en que nació el Santo; a la izquierda, Mondonio, en que dejó de existir el angélico Domingo Savio; Murialdo, Serra y, por fin, al frente empieza a perfilarse sobre un alcor un imponente edificio.

—¿Qué es aquello? —preguntamos—.

—¡Bequi! —proclama el conductor—. ¡Bequi!

A nuestra vera, por el camino de piedra, van pasando un niño, una mujer... Y se figura uno a aquel Juanito Bosco, que recorría la misma senda, de verano y de invierno, con lluvia, nieve o sol, para ir hasta Castelnuovo a estudiar, andando casi veinte kilómetros diarios a pie; se figura a la pobre Margarita Occhiena, su madre, que por allí pasaba, cesto al brazo, para ir al pueblo a comprar o vender.



Y viendo a aquel hombre inclinado sobre su terruño, ¿por qué se me antoja recordar al hermanastro de Juanito, el iracundo Antonio?

### Sobre la altura

El auto tuerce a la izquierda, sube y vuelve a torcer hacia una esbelta torrecita roja. Se pára.

—¡Hemos llegado! —exclama el conductor.

Son las 7.10. Descendemos.

Casi no advertimos que estamos delante de la casita natal de Don Bosco: ¡tan humilde, estrecha y baja es! Más de lo que nunca me había imaginado. Y, con todo, nada de cuanto la rodea llama nuestra atención. Para ella únicamente son nuestros ojos: es la misma estampada en tantos libros.

En la vieja pared, una lápida de mármol anuncia:

*"En esta casa/ nació don Bosco/ el 16 de agosto de 1815."*

Con reverencia toco el muro de ladrillos limados por la intemperie de siglo y medio, y entramos por la primera puerta, de donde sale suave rumor de plegarias. Un puñado de cooperadores y aspirantes salesianos están asistiendo a la misa que se celebra en un altar erigido allí el 16 de julio de 1929, año de la Beatificación de Don Bosco.

### El pobre hogar

Allí estuvo la cocina. El techo es tan bajo que una persona de mediana estatura puede con la mano tocar las gruesas y toscas vigas en parte apolilladas. En el rin-

cón, junto al único ventanuco, el hogar que alimentaba a la familia. Ese era su comedor. El pavimento, antes de tierra apisonada, es ahora de baldositas blancas: un lujo.

Allí Juanito refirió una mañana el raro sueño aquel de sus nueve años.

Allí tengo la suerte inefable de celebrar ante una imagen de Don Bosco. A un lado del altar, un mármol de Mamá Margarita presencia todos los días el desfile de sacerdotes de todos los lugares del universo, que anhelan prolongar la misión que a su Juanito le confió la Virgen. Al pie del busto, estas sobrias letras:

*"Mamá Margarita —1º de abril de 1934— Pas-*
*" cua de Resurrección."*

¡La fecha de la apoteosis del Santo forjado en sus rodillas!

## Cátedra de santidad

A un costado, en un cartel se lee el elogio de la madre:

*"Mujer de fe profunda, tenía a Dios en lo más*
*" alto de los pensamientos, lo mismo que en los labios.*
*" «Dios te ve» era la frase con que recordaba a los*
*" hijos que los miraba siempre el que un día sería*
*" su Juez. Al permitirles que fuesen a jugar en las*
*" praderas cercanas, los despedía diciéndoles:* «Re-
" cordad que Dios os ve». *Al advertir que estaban*
*" pensativos, temerosa de que algún rencorcillo se*
*" escondiese en sus corazones, de pronto les murmu-*
*" raba al oído:* «Recordad que Dios os ve, y ve hasta
" los pensamientos más ocultos». *Cuando, al interro-*
*" gar a alguno, sospechaba que acaso ocultase la ver-*
*" dad, lo prevenía diciéndole:* «Recuerda que Dios
" te ve». *Así, sin advertirlo, repetía a sus hijos la*
*" misma lección de la Sagrada Escritura:* «Ámbula
" córam me, et esto perfectus» *(Camina en mi pre-*



*" sencia, y serás perfecto) y la recomendación de*
*" Tobías a su hijo:* «Ten a Dios en la mente todos
" los días de tu vida, y guárdate de consentir jamás
" en el pecado y de quebrantar los preceptos del
" Señor.»"

¡Madre santa y sabia! ¡Esta fue la cátedra en que tu Juanito aprendió las lecciones más altas de sabiduría y santidad!

Me ayuda la misa un salesiano chino. Pasan por mi mente todas las intenciones que traigo de la Argentina. Doy gracias, mientras celebran mis compañeros.

## La casa del hermano

Salgo después al patiecito. Al frente, a unos diez pasos, se eleva un gracioso templo que, al cumplirse el primer centenario del nacimiento de Don Bosco, se dedicó a María Auxiliadora, que en ese oscuro lugar se dignó escoger al admirable Apóstol de su culto.

A la derecha, pero más atrás, dando amplitud al patio o plazuela, se levanta paralelo a la casita de Don Bosco, un edificio de mayores proporciones y comodidades que esta. En la pared se lee:

*"Esta casa fue construída a trechos por José,*
*" hermano de Don Bosco, después de 1840, y restau-*
*" rada por los salesianos en 1929, año de la Beatifi-*
*" cación de su Fundador y Padre.*
*" Aquí se hospedaba Don Bosco cuando, desde*
*" el Oratorio de Turín, venía a visitar a su familia*
*" y cuando, durante el otoño, solía venir, acompaña-*
*" do de un grupo de jovencitos, a celebrar la fiesta*
*" del Rosario en la capillita que él mismo preparó,*
*" y bendijo el Teólogo Cinzano, Arcipreste de Cas-*
*" telnuovo, el 8 de octubre de 1848."*

Esta capillita está en la misma casa; en su costado izquierdo se abre la entrada.

Subiendo por la segunda puerta del frente de esta casa se llega al cuarto que ocupaba Don Bosco, y donde se guardan ahora religiosamente la cama y un sofá de su uso, a lo cual se agregaron un confesionario y restos de la pobre camita en que nació.

Unos escalones más arriba, en el altillo o desván que todavía se ve, se improvisaba el dormitorio para los chicos que lo acompañaban. ¡Todo lo ha convertido en santuario y reliquias el amor de los hijos!

## El primer oratorio festivo

En ángulo recto con la casa de José, a la derecha, se ha construido otra ala, semidescubierta por delante, a modo de galería, para descanso de los peregrinos que suben a Bequi. Y donde ella termina, en el otro ángulo del patio, hay un hermoso templete que cobija un fresco: la escena de Juanito que camina sobre la cuerda para diversión de los vecinos.

Ese, aproximadamente, es el lugar en que el niño apóstol, después de haber hecho rezar y cantar a sus compañeritos y personas mayores que acudían curiosas, y después de haberles repetido lo que en la mañana del domingo había escuchado predicar en la iglesia de Castelnuovo o de Murialdo, los entretenía con el juego de la cuerda y otros muchos de agilidad que había aprendido, observando a titiriteros y prestidigitadores.

Fue ese el embrión de sus Oratorios Festivos. Y estaba allí, a unos quince pasos de la casa; siempre bajo la mirada vigilante de la cristiana madre.

Y ved ¡qué casualidad! Desde un barandal de hierro que, a la derecha del templete, impide caer en una depresión de la colina, se divisa claramente, a no mucha distancia, sobre otra breve altura, un núcleo de pobres casas:



es la aldea de Capriglio, donde nació esa flor de madres que fue Margarita Occhiena.

Entre el templete y la casa de José, frente a la galería, se eleva, rodeada de un jardincito, una estatua del Santo, que mira hacia su casita. La inscripción del pedestal expresa:

*"A Don Bosco, los maestros — 16 de junio de 1929."*

Como se ve, es un homenaje rendido al incomparable Educador por los maestros de Italia, pocos días después de su beatificación en Roma.

## Nuestro Belén

A todo esto, mis compañeros, desahogada su devoción, salen al patio. Juntos determinamos visitar el piso alto de la casita.

Para facilitar el acceso, se construyó una escalera exterior a la derecha y se abrió arriba una puertecita en la pared, por donde se entra en un corredorcito. ¡Cuántos diminutivos, verdad? Es que no se puede hacer a menos, porque aquí todo es diminuto, todo está reducido a la mínima expresión.

Vamos al fondo del corredor. Allí hay una pobre pieza de escasa altura, con un ventanillo, una puerta rústica que da a la escalera exterior deteriorada del frente de la casa, una estufa y, arriba, toscas vigas apolilladas como las de abajo: ¡ese es pues asombro! el Belén de la hoy famosa Obra Salesiana: allí nació el 16 de agosto de 1815 Juanito, el niño privilegiado, que haría universalmente célebre el mísero lugar de su nacimiento y que daría a innumerables niños el techo, el abrigo y el pan que él no tuvo.

## Donde hubo fulgores y voces divinas

La segunda habitación, que se comunicaría con la anterior y la cocina, era el dormitorio de Juanito y sus hermanos. La ventanita es más estrecha que las demás; exigua la luz, que atravesaría sus vidrios. Y una noche de 1824, luz celestial alumbró allí el alma del pequeño, con el sueño misterioso, orientador de su existencia: Vio en sitio cercano la mar de niños jugando, riendo y algunos blasfemando. Con expresiones duras y puñadas, intentó hacerlos callar. Apareció entonces un Varón venerable, en la flor de la edad, de noble aspecto, manto de nívea blancura y semblante tan luminoso que ofuscaba. Llamó a Juanito por su nombre y le ordenó se pusiera al frente de aquellos niños, diciéndole:

—Nó con golpes, sino con la mansedumbre y caridad conquistarás a esos tus amigos. Vé, pues, inmediatamente a instruirlos acerca de la fealdad del pecado y de la hermosura de la virtud.

—Yo, niño tosco e ignorante —observó él, turbado y medroso—, ¿cómo podré hablar de religión a esos muchachos?

En aquel instante estos, dando fin a las riñas, algazara y blasfemias, se agruparon en torno de aquel Señor, y Juanito, casi sin saber lo que decía, preguntó:

—¿Quién sois Vos, que me ordenáis lo imposible?

—Precisamente, porque esto te parece imposible —intimó el personaje—, debes hacerlo posible con la obediencia y el saber.

—¿Y dónde y cómo podré adquirir ese saber?

—Yo te proporcionaré la Maestra; con Ella llegarás a ser sabio.

—Pero, ¿quién sois Vos, Señor, que habláis así?

—Yo soy el Hijo de Aquella a quien tu madre te ha enseñado a saludar tres veces al día.

—¡Ah! Lo que me tiene ordenado mi madre es que,



sin su licencia, no me junte con quien no conozco; por eso, os ruego que me declaréis vuestro nombre.

—A mi Madre pregúntale mi nombre.

En ese momento, junto al Varón desconocido, apareció una Señora de porte majestuoso, vestida con manto tan resplandeciente que cada uno de sus puntos parecía una fúlgida estrella. Al ver el Señor que iba creciendo la confusión de Juanito, le indicó que se acercara a la Señora. Y Ella, asiéndolo bondadosamente de la mano, le dijo:

—¡Observa!

Miró Juanito hacia donde la Señora le señalaba y vio que los muchachos habían desaparecido y, en su lugar, descubrió una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros animales.

—Hé ahí el campo que debes trabajar —prosiguió en sin de mandato la Señora—. Sé humilde, fuerte, robusto, y lo que veas suceder ahora con esos animales, deberás alcanzarlo tú en medio de mis hijos.

Y volviéndose él a mirar, en vez de fieras, contempló serenos mansos corderillos, que, triscando y balando, parecía que agasajaban a los dos personajes. Ante semejante espectáculo, incomprensible para él, Juanito rompió a llorar, y suplicó a la Señora que le hablase claramente de modo que pudiera entender lo que significaba todo aquello. Entonces Ella, poniendo su mano sobre la cabeza del niño, dijo:

—A su tiempo, todo lo comprenderás.

En ese instante, un ruido despertó a Juanito, y el sueño se desvaneció.

Cuando narró el sueño a los suyos, cada cual lo interpretó a su modo: para José, su hermanito llegaría a ser guardián de ovejas y cabras; el hermanastro Antonio se confirmaba en la idea de que "ese gandul se convertiría en jefe de bandoleros". La abuela, que, durante su

vida, había visto tantos sueños de rosa acabar en humo, sentenció:

—No hay que hacer caso de los sueños.

En cambio, la madre, sutil sicóloga y sencilla cristiana, casi en secreto hubo de decirle al soñador:

—¿Y no será que un día llegues a ser sacerdote?

Y expresaría así un antiguo y ardiente deseo, que jamás se había atrevido a manifestar (1).

Todo este luminoso cuadro pasa rápidamente ante mi espíritu al contemplar aquel paupérrimo cuartito, al cual, con divinos planes de conquista, bajaron una noche el Rey y la Reina de los Cielos. ¿Y no estamos nosotros, de la remota Argentina, para atestiguar en carne propia la realización del místico sueño? ¿No somos acaso de aquella turba? ¡Cuán sentida brota la gratitud desde lo más íntimo del alma, para estampar un cálido beso en la pared humilde de la pieza en que el niño soñó!

## El prado del sueño

Hay que seguir adelante. Al lado, está el henil, donde de tantas veces dio refugio Margarita en glaciales noches de invierno y carestía, a desgraciados mendigos, o escondió a tristes perseguidos de la justicia, provocando las dramáticas escenas que el P. Lemoyne pintó con tanta viveza en la biografía de la santa mujer.

Bajamos conmovidos.

A pocos pasos a la izquierda de la escalera, divisamos otro templete, con más apariencia de capilla. Hay una pintura que representa el sueño de Juanito. Se ha levantado allí, donde comienza el hermoso prado, que se supone fue el que vio el soñador lleno de niños y en que aparecieron Jesús y su Madre bendita.

(1) S. Giovanni Bosco, *Memorie dell'Oratorio*, 22; *Mem. Biogr.*, I, 123-128.



Cuando Don Bosco, ya sacerdote, después de cantar su primera misa en Castelnuovo, llegaba al caer de la tarde a este preciso lugar, recordó de pronto el sueño de los nueve años, no pudo contener las lágrimas —lo refiere él mismo en sus *Memorias*— y exclamó, una vez que hubo dominado la inmensa emoción que lo embargaba:

—¡Cuán admirables son los designios de la divina Providencia! Dios, en verdad, ha levantado de la tierra a un pobre niño para darle asiento entre los príncipes de su pueblo (1).

Volvemos al patio de antes.

## Santuario de la pobreza

—¿Y esos cuartitos de junto a la cocina? —pregunta alguien, al detenernos como en contemplación ante el conjunto de la casita—.

—Tal vez este de la derecha —opina otro— sería el de la abuela, madre de Francisco, el papá difunto.

—¿O no sería el de los mozos de labor, que les ayudaron un tiempo, o acaso el de Antonio, el mayor de los hermanos?

—En el de la izquierda estaría sin duda el establo de la vaquita.

—Sí, se ven allí las tablas viejas de un comedero. Aquí guardarían también los útiles de labranza.

—¿Y el de más allá? Está cerrado. Quizá sería la pieza para el aseo personal. ¿No os parece?

—Quizá. Lo cierto es que si la Pobreza buscó en aquellos años un lugar para sentar su trono, no debió de encontrar otro más apropiado que este.

—Con razón, nuestro Rdmo. Rector Mayor denomi-

(1) S. Giov. Bosco, *Memorie*, 116; Lemoyne-Amadei, *Vita di San G. Bosco*, I, 206.

nó a esta casita "el Belén Salesiano", "el templo de la pobreza salesiana".

—¿Qué altura le calculáis?

—Como el techo es inclinado, a la parte anterior no le doy, para las dos plantas, más de 5 metros y medio, y añado un metro a lo más alto de atrás.

—Sí: más no debe de tener. ¡Qué dimensiones tan reducidas!

—¡Y de aquí salió tanta gloria, y también... tanta riqueza para la niñez desvalida de todo el mundo!

—¡Adorables caminos de Dios!

## Padre de huérfanos

Mientras tanto, un sacerdote de edad ha venido a acompañarnos al Instituto Bernardi Semería, que es el gran edificio que avistamos desde la carretera en lo más alto de la colina y surge detrás de la casita paterna.

Junto al camino, que asciende con suavidad, nos muestra un caserón, y explica:

—En esa casa trabajaba Francisco, el padre de Juanito; allí le atacó la pulmonía que lo llevó al sepulcro.

¡Qué recuerdo! Era el 11 de mayo de 1817. El chico no tenía aún dos años. Mientras velaban al padre difunto, no se apartaba un momento del cadáver. La pobre Margarita, transida de dolor, quiso llevárselo.

—Si no viene papá, yo tampoco iré —afirmó el chiquillo—.

—Pero ¡si ya no tienes padre! —suspiró ella, y echó a llorar—.

Él también lloró porque lo hacía su madre, pero no comprendió entonces lo que significaba aquella pérdida de un padre, si bien recordó toda la vida la triste expresión: *¡Ya no tienes padre!* (1)

(1) S. Giov. Bosco, *Memorie*, 18; *M. B.*, I, 35.



Como vivo contraste con lo visto hasta ahora, se presenta la grandiosa construcción de cuatro y cinco pisos, erigida por el abogado Pedro Bernardi para amparo de niños huérfanos: es como un símbolo elocuente de lo que estaba llamado a ser el oscuro huerfanito de Bequi: padre de huérfanos de todo el mundo, y símbolo también del trueque del mísero ayer en el próspero presente de la Obra de Don Bosco.

## El Instituto Bernardi Semería

Nuestro guía nos presenta al P. Abel Joyeusaz, director del Instituto, quien primero nos hace servir el desayuno y nos acompaña luego a recorrer toda la casa: la devota capilla, los anchurosos patios, el comedor para más de 300 bocas, fácilmente trocable en espacioso salón de actos, los bien aireados y soleados dormitorios, las salas de estudio y de clase y los talleres.

Estos son el vértice de la excelencia; los destinados al arte del libro son la flor y nata de los de su género: allí nada falta, desde la trivial composición a mano hasta las especialidades más modernas del arte tipográfico: linotipia, monotipia, tipocromía, fotograbado, fotolitografía, fototipografía, calcotipia, estereotipia, fundición de tipos, encuadernaciones y doraduras en todos los estilos. Igual perfección se trata de alcanzar en las otras profesiones, de carpinteros, sastres, mecánicos, zapateros, agricultores. Las máquinas e instrumental de cada sección es de lo mejor que ofrecen las fábricas del día. La organización es también perfecta: los mejores maestros salesianos son los que dirigen a esos jovencitos, que, en su mayoría, aspiran a ser maestros de otros artesanos en las escuelas profesionales salesianas de todo el mundo. En las de la Argentina, actúan ya no pocos de ellos con éxito halagador.

## Mapa vivo y poema

Nos lleva luego el paciente cicerone a una de las torres o miradores. ¡Qué panorama encantador! Todo el escenario de la adolescencia de Don Bosco está delante de nuestros ojos.

Como en un mapa colosal, contemplamos a Bequi entero —unas quince casas con marco de verdor— a nuestros pies; más allá tierras, bosques, caminos, aldeas, villas, alguna pequeña ciudad. Especial placer nos produce descubrir, a medida que el guía las nombra y señala, las poblaciones que nos son familiares por la lectura de la vida de Don Bosco y de la historia de su Sociedad. ¡Verlas desde aquí, son singularmente evocadoras!

¡Ese Capriglio, patria de Mamá Margarita; ese Murialdo, primera escuela de latín de Juanito con su incomparable maestro Don Calosso; Castelnuovo, antes d'Asti, hoy Don Bosco; Mondonio, de donde voló a la gloria el angélico Domingo Savio: La Moglia, donde recuerdan al santo vaquerito y labriego; Buttigliera, Serra...! ¡Cuántos acontecimientos y episodios va colocando la mente en los diversos sitios! Y el conjunto me parece un poema, en que las localidades son sendos cantos de gloria del aldeanito apóstol.

Por último, nos muestra el guía, allá abajo, delante de este soberbio edificio el lugar destinado a una gran iglesia que será el Santuario de San Juan Bosco, que debe terminar en una doble columnata, como dos brazos gigantes que rodeen la casita histórica del Patriarca.

## Filii tui de longe venient...

*Tus hijos vendrán de lejos.* Bajamos ahora a visitar un rico museo de las misiones salesianas. Ocupa cuatro pabellones. Es digno de verse.



Nuestros misioneros de las varias partes del mundo han contribuido a enriquecer estas salas con sus envíos, muchos de ellos curiosos y de gran precio, y todos dispuestos artísticamente. Los objetos están agrupados por continentes y, dentro de estos, por naciones.

Nos interesa más —claro está— el sector americano y más aún el argentino. Nos parece que este podría ser más rico y atractivo. ¿No será amor propio nacional que no quisiera segundar a nadie?

Cuidan del Museo las buenas Hijas de María Auxiliadora, que tienen reservado allí cerca un elegante pabellón de tres pisos. ¿Podían faltar las hijas en esta tierra del Padre? Una de ellas, que nos habla en correcto español, estuvo varios años en Colombia, como misionera y enfermera en la famosa leprosería de Agua de Dios. ¿No es un dato elocuente?

La acción del niño soñador desbordó de Bequi, del Piamonte, de Italia, de Europa: cruzó los mares y llegó a los extremos del planeta. La llevaron allá sus hijos, y de allá han vuelto trayendo a la casa del Padre los trofeos ganados en la playas remotas.

¡Es la gloria de Cristo y de María que, saliendo de Bequi, a Bequi torna!

## La semilla de mostaza

Suena una campana. Es la del mediodía: *Ángelus Domini*... Nos conduce el buen guía al comedor de la comunidad. En torno de las mesas hay más de un centenar de salesianos, la mayor parte coadjutores, otra creación genial domboscana. ¡Es el milagro de la semilla de mostaza! Participamos de la franca alegría familiar: ¡todos hermanos!

Después, como el programa de la tarde es vasto, nos

despedimos cuanto antes de estos dichosos moradores y custodios de la heredad paterna.

## El último nido del águila

Volamos hacia Mondonio. La senda es atrayente. Debemos pasar por dos breves túneles.

Casi a la misma entrada de la aldea, surge una blanca estatua.

—¡Oh! —exclamo—. ¡La estatua del Beato Domingo Savio! ¡Igualita a la que hermosea el patio principal del Instituto de Bernal!

—Es verdad, aunque este pedestal es más alto y estrecho que aquel.

Descendemos. Me aproximo a la estatua y leo al pie:

*"ADomingo Savio/ sus admiradores."*

—Allí a la derecha —nos dice el conductor—, ven ustedes la casa que habitaron los padres de Domingo.

En efecto, un mármol incrustado en sus muros lo atestigua. Mientras van en busca de la persona que nos abrirá la casa, voy leyendo:

*"En esta casa/ el 9 de marzo de 1857/ moría*
*" santamente/ el joven Domingo Savio/ nacido en*
*" Riva de Quieri el 2 de abril de 1842/.*
*"El sacerdote Juan Bosco/ lo recibía en Turín*
*" a la edad de 12 años/ en el Oratorio de S. Fran-*
*" cisco de Sales/ lo encaminaba a sublime perfec-*
*" ción cristiana/ y luego refería sus angélicas vir-*
*" tudes/ en áureo libro/ que, traducido a varios idio-*
*" mas, divulgó su fama/ hasta los últimos confines*
*" de la tierra/.*
*"Sus condiscípulos/ colocaron esta lápida/ para*
*" que no se olvide un lugar/ honrado por tantos re-*
*" cuerdos de virtud."*



Al descubrimiento del mármol, el 7 de octubre de 1895, asistió, entre otros, nuestro inolvidable Monseñor José Fagnano, el intrépido Misionero y Prefecto Apostólico de la Tierra del Fuego, que tan bien representaba allí a nuestra Patria.

Entre tanto, llegan las llaves y podemos entrar en la modesta habitación, en cuya pared se lee:

*"Aquí el Siervo de Dios Domingo Savio moría*
*" santamente, a las 10 de la noche del 9 de marzo de*
*" 1857, exclamando:* ¡Oh, qué cosas bellas estoy
" viendo!" (1).

En aquel ángulo estaría el lecho del santo enfermito. Me parece ver a sus atribulados padres y a sus hermanitos rodeándolo y escuchando las expresiones de su tierno adiós y de cita para el Cielo. Era un águila de santidad; abandonaba el último nido terrenal para lanzarse al encuentro del divino Sol de sus amores.

Varios habitantes de Mondonio se han detenido curiosos ante los extranjeros. Acercándome, les digo:

—Mirad: en estos días el nombre de Mondonio resuena en todo el mundo. A nosotros, desde la lejana América, nos ha atraído la fama de este pueblo. ¿Quién le ha dado tanta celebridad? Vuestro Domingo Savio. ¡Podéis estar bien orgullosos de él!

Pero es hora de partir. Subimos al auto. A poco de andar, nos señala el conductor el viejo cementerio, a cuya vera pasamos, y pegada a él una humilde capilla.

—En esta —nos informa—, estuvieron los despojos de Domingo Savio, muy venerados por la población, hasta que fueron trasferidos al Santuario de María Auxiliadora de Turín.

—¿Casi robados, nó?

---

(1) S. J. Bosco, *D. Savio*, cap. XXV.

—Y casi, sin casi. Mondonio no quería ceder ese tesoro; lo custodiaba celosamente; pero una noche vinieron de Turín y clandestinamente se lo llevaron. Dicen que, al caer en la cuenta de lo sucedido, doblaron las campanas, en demostración de protesta y de dolor (1).

—Se ve que querían en verdad al Santito...

—Y ahora ¿adónde vamos?

—A Castelnuovo Don Bosco. Es decir, ya estamos en él. ¡Miren!

## Castelnuovo Don Bosco, cuna de próceres

Tenemos delante un armonioso monumento de mármol de Carrara. Detrás de él, la población. En el pedestal, la dedicatoria:

*"A/ don/ Juan Bosco la patria/ 1898."*

¡La patria chica! Castelnuovo es la capital del municipio, al cual pertenece el caserío de Bequi: es la patria de Don Bosco, como lo es de San José Cafasso y del Cardenal Juan Cagliero. ¡Tan humilde, y madre de tales próceres de la Religión y de la Patria grande!

Ese fue el primer monumento público que se erigió en el mundo a Don Bosco. Hoy no es posible contar los que tiene en todas partes.

¡Significativo monumento! Don Bosco sonriente, con la indumentaria característica, la esclavina, el bonete. A su derecha, un niño: acaso Domingo Savio, que también estudió en Castelnuovo; acaso Juan Cagliero, que nació en él. A la izquierda, un indio de la Patagonia besa de rodillas la mano bienhechora de Don Bosco que le ha mandado sus misioneros, capitaneados por el hijo de Castelnuovo, el P. Cagliero. El indígena no era Namuncurá, como alguien pudiera suponer, sino en vaticinio: en 1898, al inaugurarse el monumento, Ceferino Namuncurá vivía; en 1899 yo lo conocí en el Colegio Pío IX; nadie imaginaba entonces que con el volar de los años sería un Siervo de Dios. Pero ahora sí: el niño indígena del monumento es Ceferino; nadie que lo vea, pensará otra cosa: es el otro fruto bendito del genial sistema educativo de Don Bosco.

(1) CARD. CARLO SALOTTI, *Domenico Savio*, 1915, p. 244-250.



Son las 2 y 30 de la tarde. El *Fiat* va trepando. Me impresionan el silencio y soledad de estas calles angostas de piedras irregulares.

## El estudiante aldeano

En una de esas calles estaba la escuela pública, a la cual desde 1830 concurrió Juan Bosco, adolescente de 15 años, para continuar los estudios de latín interrumpidos desde la muerte de su bienhechor don Calosso.

Bequi dista de Castelnuovo casi una legua. Cuatro veces diariamente recorría el muchacho esa distancia para volver a su casa a almorzar, y lo hacía indefectiblemente, aunque el tiempo pusiera mala cara, aunque lloviera, y nevara, y silbara impetuoso y frío el viento. Más adelante, pues con este plan perdía mucho tiempo, se limitó a ir por la mañana y volver por la tarde, llevándose alguna comidita para almuerzo. Pero aun esto le pareció muy duro a la buena Margarita, quien le buscó una pensión en casa de un Juan Roberto, a quien le pagaba el pobre hospedaje con algunos frutos de su pobre cosecha. Allí Juan fue también aprendiz de sastre, de canto, de violín y de espineta. Tuvo, además, ocasión de ejercitarse en herrería. Todo debía servirle para sus artesanitos del porvenir.

Al principio, su tosca traza de muchachón aldeano, unida a la pobreza de su traje, provocó la burla de sus condiscípulos, menores que él; pero, con su talento, mansedumbre y espíritu servicial no tardó en conquistárselos a todos.

La madre cada semana le llevaba una provisión de pan casero para los siete días, e iba a informarse de la conducta de su hijo. ¡Qué contenta se volvía al advertir que todos la envidiaban por la joya que le había regalado el Cielo! (1).

## El sacerdote de los niños

En una de esas visitas, Juan mostró cierto desagrado por el modo de ser de los sacerdotes: nunca se acercaban a los niños para hablarles y ganar su confianza.

—Pero, hijo —argüía la madre—, ¿no comprendes que no pueden ellos perder su tiempo?

—¿Cómo? Entonces Jesús ¿perdía el tiempo cuando se entretenía con los pequeñuelos? ¿Y por qué entonces reprendía a los apóstoles que intentaban alejarlos?... ¿Y no decía que de los niños es el reino de los cielos?

—No digo que estés equivocado —concedía al fin la santa mujer—; antes, tienes razón; pero ¿qué hemos de hacerle?

—¡Oh! Ya verá, mamá: si yo llego a ser sacerdote, les consagraré a los niños toda la vida; jamás les pondré cara adusta; siempre me adelantaré a conversar con ellos (2).

¡Y cómo bendeciría ella en su corazón los propósitos del hijo!

## El regalo de doña Teresa

Pero llegamos ahora a una iglesia.

—Esa es la iglesia parroquial, donde fue bautizado Don Bosco —dice el chofer, mientras detiene el auto.

Bajamos, y entramos. Allá está el altar en que el joven Bosco recibió el hábito talar y en que, años después,

(1) *M. B.*, I, 219.
(2) *M. B.*, I, 227; LEMOYNE-AMADEI, *Vita di S. G. B.*, I, 85.



cantó la primera misa. En las vidrieras, policromías de vivos colores reproducen las imágenes de San Juan Bosco, de sus paisanos San José Cafasso y el Cardenal Cagliero y también del Beato Domingo y de Don Rúa. Se leen, además, los motes salesianos: *Da mihi animas, coetera tolle* y *¡Morir, antes que pecar!*

Allí está la sacristía, donde una tarde de 1850 Don Bosco ya sacerdote, se encontró con un avispado monaguillo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó—.

—Juan Cagliero.

—¡Ah! ¿Eres tú Cagliero? Me dice el señor Párroco que deseas estudiar. ¿Es cierto?

—Sí, señor, quiero estudiar.

—¿Y es verdad que quieres ser médico?

—Médico, sí, señor.

—Bien: médico... pero de almas. El año venidero te llevaré a Turín para que estudies. ¿Te agrada?

—Ya lo creo. Se lo diré a mi madre (1).

El año siguiente —era el 1º de noviembre— Don Bosco estaba de nuevo en la sacristía. Acababa de predicar. Le llamó la atención el monaguillo que lo había acompañado hasta el púlpito y ahora lo miraba con insistencia particular.

—Tú tienes algo que decirme —expresó—. ¿No es así?

—Sí, señor —asintió el niño con viveza—, algo que hace tiempo me preocupa: usted me prometió que me llevaría a Turín.

—¿Yo? ¿A Turín?

—Sí, ¿no se acuerda ya de Juan Cagliero?

—¿Juan Cagliero?... Es verdad. ¿Y para qué quieres ir a Turín?

—Para estudiar.

—¿Y para qué quieres estudiar?

(1) *M. B.*, IV, 136, 285; G. CASSANI, *Card. Cagliero*, I, 22.

—¡Para ser un día sacerdote!

—Bien: te llevaré. El señor Párroco me ha hablado ya de ti; pero debo hablar también con tu madre; díle que pase por aquí esta tarde.

Por la tarde, estaba la viuda doña Teresa en la rectoral. Apenas Don Bosco la vio, le dijo:

—La esperaba, señora, para tratar de un asunto muy importante.

—Pues tratemos, señor Don Bosco.

—¿Es verdad que quiere usted venderme su hijo?

—Nó, venderlo nó, pues en Castelnuovo se venden los terneros; mas a mi chico, si usted lo acepta, se lo regalo.

—¡Mejor entonces! Prepárele la ropita, y mañana me lo llevo a Turín: yo seré el padre de su Juanito.

Y a la mañana siguiente, después de misa, se ponían en camino hacia Turín, mientras exclamaba el niño:

—¡Ahora soy feliz, porque estoy con Don Bosco! (1).

Porque estuvo con Don Bosco pudo estudiar; fue clérigo, sacerdote, misionero, obispo, cardenal, gloria de su patria. Y fue tan feliz, que en su venerable ancianidad exclamaba:

—Si debiera nacer de nuevo, de nuevo me haría salesiano; y ¡si mil veces naciera, mil veces me haría salesiano!

## Un insigne bienhechor

La curiosidad me lleva al bautisterio y se complace con la lectura de esta inscripción en mármol:

*"En el primer Centenario del nacimiento del "glorioso conciudadano Venerable Juan Bosco, bau- "tizado en este sagrado templo, autoridades y pue- "blo de Castelnuovo d'Asti, aclamando al Apóstol "insigne, colocaron [esta lápida] — 16 de agosto "de 1915."*

(1) *M. B.*, IV, 288-294; G. Cassani, ib., I. 25.



No ha de faltar un recuerdo para el celoso Párroco don Miguel Antonio Cinzano, protector y animador del jovencito Bosco. En vísperas de entrar en el Seminario, no tenía éste medios para proveerse del ajuar necesario. El que entonces acudió fue el buen Párroco proponiendo a varios feligreses corriesen con los gastos. Y así, uno le proporcionó la sotana; otro, la teja; el párroco, su misma capa; este, el cuello y el birrete; aquel, las medias, y una buena señora, un par de zapatos. Fueron de los primeros cooperadores de Don Bosco (1).

El mismo Párroco tuvo el consuelo de bendecirle e imponerle la sotana allí, el 25 de octubre de 1835, día en que muchos jovencitos de los alrededores, amigos del nuevo seminarista, acudieron a presenciar la ceremonia.

## El seminario de Quieri

Partimos ahora hacia Quieri... ¡Quieri! ¡Cuántas páginas de la vida de Don Bosco han quedado aquí! Estas calles lo han visto estudiante, artesano, mozo de café, músico, preceptor o repetidor, deportista, luego seminarista, y siempre apóstol.

Paramos a la puerta del antiguo e histórico Seminario, convertido hoy en colegio de religiosos salvatorianos. Junto a las jambas, hay sendas lápidas. En la de la derecha leo:

*"San José Cafasso, a quien Benedicto XV de- "finió la «perla del clero», en este Seminario, de "1830 a 1833, adquirió la ciencia, la piedad, la cari- "dad, que luego comunicó admirablemente al clero,*

(1) *M. B.*, I, 367; Lemoyne-Amadei, *Vita*, I, 147.

*" a los presidiarios, al pueblo. Para recuerdo de su*
*" canonización. 1947."*

La de la izquierda me dice, poniéndola en romance, como las demás:

*"San Juan Bosco vivió en este Seminario, de*
*" 1835 a 1841, aprendiendo aquí el arte sublime del*
*" apostolado entre la juventud, con la inspiración del*
*" dulce San Francisco de Sales. 1947."*

Entramos y recorremos rápidamente el interior y su iglesia, que son un cofre de copiosos e inefables recuerdos para los salesianos. Me propongo realizar en otra ocasión una visita más espaciosa a este santo lugar.

## Una reliquia insigne de Santo Tomás

Otra vez en marcha, no tardamos en pasar delante de un templo de venerable aspecto.

—Es la iglesia de Santo Domingo —explica nuestro cicerone—; aquí se venera el célebre cíngulo de Santo Tomás.

—¡Oh! Bajemos entonces, siquiera un instante. No hacerlo, sería imperdonable.

Adoramos al divino Amo de casa. Contemplamos el arte de las vetustas naves y capillas, mientras nos dirigimos a la del santo Doctor, que está a la izquierda del altar principal. El lienzo representa al Santo, que, después de haber vencido una terrible tentación, se ve recompensado por Dios, pues bajan los ángeles a ceñirle la cintura con un cordón misterioso, como señal y prenda de que en adelante se verá inmune enteramente de ese género de tentaciones.

A la derecha de la capilla, en rico y artístico relicario de gran tamaño, está expuesto el misterioso cordón; misterioso, porque se lo ha sometido a exámenes de peritos,



quienes no han logrado hasta ahora determinar la naturaleza de los hilos ni la estructura de la trama que lo forma.

## San Luis Gonzaga en Quieri

Está San Luis en el Instituto que lleva su nombre, abierto en 1891 y regido por los salesianos. Allá nos dirigimos. Es un floreciente aspirantado con anejo Oratorio Festivo. La iglesia, aunque de dimensiones reducidas, es un magnífico ejemplar de arquitetura barroca del siglo XVII; perteneció anteriormente a unas religiosas dominicanas. Dicen que San Francisco de Sales, a su paso por la ciudad, estuvo allí.

Pero más de antiguo está San Luis en el grande y severo Palacio Tana, ante el cual se detiene ahora un instante el *Fiat*. Allí vivió un tiempo el santo joven, como lo recuerda la lápida del frontispicio. Es fama que las paredes de la habitación que ocupó están como decoradas por la sangre que saltaba de su inocente cuerpo cuando lo sometía al rigor de los azotes.

—Ahí tienen el *Duomo* —nos dice más allá el cicerone—.

—¿Cómo el *Duomo?* ¿Tiene obispo Quieri?

—Nó; pero así llaman a la iglesia matriz de Santa María de la Escala. Sus naves son solemnes como esa fachada, y se glorían de algunas obras de arte.

Recordamos nosotros cómo el jovencito Bosco tenía predilección por ese templo; allí, cuando estudiante, dio lecciones de latín al ya maduro sacristán Carlos Palazzolo, y ayudillo de ese modo a llegar al sacerdocio a que aspiraba. Toda la vida le estuvo este, agradecido (1).

(1) *M. B.*, I, 293.

### Una carrera memorable

Vamos saliendo de la ciudad, y todavía nos señala el conductor, a lo largo de la carretera, una calle de álamos, donde cuenta que Bosco alcanzó, con su agilidad y destreza, sonados triunfos.

Fue en 1834. Un acróbata foráneo había lanzado un desafío en cualquier habilidad a todos los estudiantes de Quieri. Ofendidos estos, rogaron a Juan que aceptase en su nombre el reto. Y él accedió, con la esperanza de obligar al charlatán a marcharse de la ciudad, porque con sus juegos alejaba de la iglesia a mucha juventud.

Corrió la voz. Gran muchedumbre acudió a la avenida de la Puerta Turinesa, donde debía realizarse la apuesta. El que ganara la carrera se llevaría 20 liras, que reunieron los estudiantes por su adalid.

Ya está todo listo, y prontos los jueces. Juan se ha quitado la chaqueta para tener más libertad de movimiento, se ha hecho la señal de la Cruz y encomendado a la Virgen Santísima. Dase la señal de partida. Los competidores arrancan; deja Juan que se adelante su rival y, cuando cree que el esfuerzo lo tiene fatigado, aviva el ritmo de sus piernas, no tarda en alcanzarlo y adelantársele de tal modo que el charlatán, perdida toda esperanza de vencer, se detiene exhausto a la mitad del trecho convenido, y pierde la apuesta: había ido por lana y volvió trasquilado (1). ¡Qué fiesta para los estudiantes de Quieri en la alameda que vamos recorriendo!

### Una va, y otra viene

Mientras nos comunicamos las variadas e intensas impresiones de día tan salesiano, tan de Don Bosco, devora el auto con gran rapidez el trayecto de Quieri a Turín. Se verifica plenamente lo de *motus in fine velocior*.

(1) *M. B.*, I, 313.



Todo lo ilumina, con sus rayos horizontales, el Sol que está a punto de trasponer los Alpes que se recortan a lo lejos: lo acompaña una escolta fantástica de nubes de oro, nácar, nieve y carmín.

Descendemos en la portería y nos despedimos del buen conductor. Voy a postrarme ante María Auxiliadora para agradecerle de corazón haya traído hasta aquí, por los caminos que acabamos de recorrer y las vicisitudes que ellos nos recordaron, a su Siervo Don Bosco, para salvación de las juventudes del mundo.

* * *

Antes de la cena, topo con el buen P. Kenny, relativamente ágil. Hace unos momentos que ha llegado de Milán. Me dice que ha renunciado definitivamente a la tan acariciada visita a Irlanda, tierra natal de sus abuelos, y que, en cambio, ha decidido volverse a Buenos Aires cuanto antes. Pero por nada del mundo, se marcharía sin haber visitado antes la cuna de Don Bosco: la casita histórica de Bequi.

—Iré mañana —agrega—. Me han prometido la "máquina". ¿No querrías acompañarme?

—Mira: hoy estuve allá; pero de mil amores volveré. Mucho me queda por ver aún. Iré contigo. ¿A qué hora saldrás?

—Quisiera celebrar en Bequi. ¿Se puede?

—Ya lo creo. Así lo hicimos hoy. Salimos a las 6 y 30.

—¿6 y 30? ¿Te parece esa misma hora?

—¿Cómo nó?

—Pues entonces, convenido. Vendrá, además, con nosotros, un misionero salesiano de la China.

—Perfectamente.

Y vamos a cenar.

28 DE MARZO:

## BEQUI. BUTILLERA. RIVA. QUIERI

### De nuevo, a Bequi: la feria

A las 6 y 30, ya volamos a través de Turín. El camino hasta la colina de Don Bosco es el de ayer. Diferencias circunstanciales dan tinte de novedad a lo ya conocido: la mañana más fresca, casi algo fría; el paisaje, tristón, por la demora del astro rey en asomar; las tierras, ligeramente escarchadas.

En cambio, veo más animados los caminos hacia Castelnuevo, y más hacia Quieri. En una y otra dirección, hombres y mujeres, adultos y niños, casi todos en grupos, se mueven sin mucha prisa y conversando. Los más van en el coche de San Fernando, un ratito a pie, y otro andando; los hay que van en bicicleta, y algunos, en carritos. Casi todos llevan cestos o bolsas, quién llenos, quién vacíos.

—¿Qué es esto? —preguntamos—.

—Los martes son días de feria: por eso, unos van a vender, otros a comprar —responde el conductor de ayer, que será nuestro amable cicerone.

A medida que el coche devora camino, la tenue mano de escarcha, que aterciopelaba antes las tierras y labrantíos, se va espesando; todo blanquea como bajo una capa de nieve. ¡Ojalá esa helada no queme las yemas de los ciruelos, perales y vides, que eran ayer alegre esperanza de modestos hogares campesinos!



### La Capilla del Rosario

Llegado que hubimos a la casita paterna, mis compañeros van a rezar misa en ella; yo voy a hacer lo mismo en la capillita del Rosario, que se halla en el costado izquierdo de la casa de José. Su frente se distingue de lo demás por la sencilla ornamentación de la puerta y de las dos ventanitas de sus flancos, y por los dos mármoles conmemorativos fijados encima de estas. Su lectura es, por los santos pensamientos que despierta, óptima preparación para la Misa.

La de la izquierda es de este tenor:

*"En esta humilde capilla, que erigió el Venerable Don Bosco, el sacerdote Miguel Rúa, su sucesor, vestía el hábito talar el 3 de octubre de 1852."*

Asistieron a la ceremonia, además de Don Bosco, el teólogo Cinzano, que bendijo la sotana, don Juan Bertagna, teólogo de nota, futuro obispo auxiliar de Turín, y varios alumnos del Oratorio (1).

Fue por estos días cuando Rúa se atrevió a preguntarle al Santo qué quería significar cuando hacía ademán de darle la mitad de la mano (2).

—¡Oh mi buen hijito! —exclamó él—. Ya debieras entenderlo; pero más adelante lo comprenderás mejor... ¡Don Bosco quería expresarte que un día habría trabajado a medias contigo! (3).

¡Y cómo, máxime desde entonces, se realizó plenamente el singular vaticinio!

---

(1) *M. B.*, IV, 487.
(2) V. pág. 185.
(3) LEMOYNE-AMADEI, I, 283.

## Encuentro inolvidable

Trascurrieron dos años, y por los mismos días, después de las solemnidades del Rosario, estaba aquí Don Bosco en vísperas de regresar a Turín con los jóvenes que había traído. Paseaba delante de la casuca natal, junto a la capilla, cuando vio a un niño que, en compañía de un hombre, se le acercaba. Fue a su encuentro, cautivado por su semblante alegre y porte jovial y respetuoso.

—¿Quién eres? —le preguntó—. ¿De dónde vienes?

—Soy Domingo Savio, de quien debe de haber hablado a usted el P. Cagliero, mi maestro; con mi padre, vengo de Mondonio.

Recordó Don Bosco que, en efecto, el mencionado sacerdote había ido expresamente a Valdoco para recomendarle un alumno suyo de prendas excepcionales. Y le había dicho: "En esta Casa, Don Bosco, puede que usted tenga jóvenes iguales a él, pero difícilmente habrá quien lo aventaje en virtud y talento. Examínelo usted, y verá que es otro San Luis". Sí, no había duda: era él. Lo examinaría, pues.

Lo llevó aparte. Lo interrogó acerca de sus estudios y de la conducta que hasta entonces había observado. Domingo respondía con plena confianza. De la conversación, hubo de inferir Don Bosco que, en realidad, tenía delante una almita llena del espíritu de Dios y que eran ya admirables las operaciones que la gracia divina había realizado en niño tan tierno: frisaba en los doce años.

Don Bosco se disponía a conversar con el padre del chico, cuando este preguntó:

—Y bien, Don Bosco, ¿qué le parece? ¿Me llevará a Turín para estudiar?

—¡Eh! Me parece que el paño es bueno.

—¿Y para qué le parece que podrá servir este paño?



—Para confeccionar un hermoso traje, que regalaremos al Señor.

—Entonces, yo soy el paño; usted será el sastre. Lléveme a Turín, y hará usted un bello traje para el Señor.

—¡Ay! Temo que la salud no te acompañe en los estudios.

—Deseche, Padre, ese temor: Dios, que hasta ahora me ha concedido salud y gracia, me asistirá también en lo porvenir.

—Y díme: una vez que apruebes los estudios de latín, ¿qué piensas hacer?

—¡Ah! Si el Señor me lo concede, deseo ardientemente abrazar el estado eclesiástico.

—Bien. Voy a probar si tienes aptitud para el estudio. Toma.

Le alargó un librito —era un número de las *Lecturas Católicas*—, le señaló una página y le ordenó:

—Estúdiala de memoria y mañana me la recitarás. Vé ahora a divertirte con aquellos alegres chicos, mientras yo converso con tu padre.

No hacía ocho minutos que Don Bosco hablaba con don Carlos, padre de Domingo, cuando el niño, sonriendo, se le acerca y le dice:

—Don Bosco, si usted quiere, le recito ahora la lección.

Tan asombrado quedó el Santo, al echar de ver que, no sólo sabía de memoria aquella página, sino que no menos perfectamente entendía su sentido, que vivamente exclamó:

—¡Muy bien, Domingo! Has anticipado el estudio de la lección, y yo te anticipo la respuesta: Sí, te llevaré a Turín, y desde ahora eres uno de mis amados hijos. Desde ahora también suplica tú al Señor que nos ayude a ti y mi a cumplir su santa voluntad.

El niño, enajenado de gozo y gratitud, le asió a Don

Bosco la mano, se la estrechó y besó repetidas veces, mientras afirmaba:

—Espero, Padre, portarme de tal modo que jamás le dé motivo de queja alguna.

Fijó Don Bosco, de acuerdo con don Carlos, la fecha en que llevaría a Domingo a Valdoco, y se despidieron (1).

En memoria de la dulcísima entrevista de los dos Santos, que he referido casi con las mismas palabras de Don Bosco, se grabó en el mármol de la derecha:

*"El Siervo de Dios Domingo Savio visitaba por*
*" primera vez esta capilla el 2 de octubre de 1854,*
*" en que era aceptado como alumno del Venerable*
*" Don Bosco."*

Los años siguientes también él habrá merecido, con los mejores alumnos, acompañar a Don Bosco para las fiestas de la Virgen del Santísimo Rosario.

En ese simpático oratorio rezaron, además del Beato Domingo y del Siervo de Dios Don Rúa, el futuro Cardenal Cagliero, el eminente escritor y humanista Juan Francesia, Monseñor Costamagna, niños entonces, y tantos otros, con los cuales iba luego Don Bosco visitando los pueblos del Monferrato, divirtiendo honestamente a los moradores con las músicas y representaciones teatrales de sus alumnos y edificándolos con su piedad eucarística en el recinto de los templos.

Figúrese el lector si, tales recuerdos no habrán añadido pábulo a mi fervor; más aún con la idea de que iba a celebrar donde tantas veces celebró nuestro santo Padre. En lugar tan estrecho y pobre, goza el espíritu más que en grandiosa y espléndida catedral.

En verdad, la capilla no tendrá sino 6 ó 7 metros de largo, un altar de madera sobre una tarimita, seis pobres

(1) S. JUAN BOSCO, *Domingo Savio*, cap. VII.



candeleros sobre una grada, una sencilla balaustrada de comulgatorio, y en la pared, como imagen principal, sobre una ménsula, una estatuita de Nuestra Señora del Rosario. Ciertamente, la decoración no es de los tiempos de Don Bosco: en el techo o bóveda han pintado un rosetón, que lleva en la orla la súplica lauretana *Regina Sacratissimi Rosarii, ora pro nobis,* y, en derredor, la enunciación de los quince misterios en sendos circulitos. A la izquierda del altar tenía Don Bosco el infaltable confesionario, y a la diestra, un hueco es la entrada a la humilde sacristía, parte de la cual está ahora ocupada por una vitrina en que se ven expuestos vestiduras, vasos sagrados y otros objetos que usó allí el Santo.

## Predicadora de la dignidad eclesiástica

Cumplida nuestra devoción, guío a mis compañeros en la visita de las dos casas, como que las recorrí ayer.

Al pasar por los toscos aposentos de la casita paterna, inquirió uno:

—¿Cuál de estos será el lugar en que Margarita pronunció aquellas estupendas palabras dignas de un Santo Padre, la noche anterior a la entrada de Juan en el Seminario?

—¿Quién sabe cuál? Estaba a solas con él.

Merecen, en verdad, repetirse. Cuatro días antes, había vestido Juan la divisa talar.

—Hijo mío —habló ella conmovida—: vistes ya el hábito eclesiástico, y con ello gozo yo, cuanto puede gozar una madre al ver feliz a su hijo. Pero recuerda que nó con el hábito se honra tu nuevo estado, sino con la práctica de la virtud. Si alguna vez llegares a dudar de tu vocación, ¡por piedad! antes que deshonrar ese hábito, depónlo luego. Prefiero que mi hijo sea un pobre labriego, antes que un sacerdote negligente en sus deberes.

Cuando viniste al mundo, te consagré a la Virgen Santísima; cuando iniciaste los estudios, te encarecí la devoción a esta tierna Madre; ahora te recomiendo que seas enteramente de Ella; ama a los compañeros devotos de María, y, si llegas a ser sacerdote, propaga sin cesar su devoción.

¿No son estas, palabras sublimes en labios de una campesina analfabeta? Con razón, al oírlas, el hijo lloraba, y protestó al fin entre sollozos:

—Estos consejos, mamá, no los ha echado usted en saco roto; serán preciosa enseñanza para toda mi vida (1).

Todo el mundo sabe cómo cumplió el hijo su promesa.

## La inspiradora del "Da mihi animas, coetera tolle"

De escena parecida fue quizá testigo el mismo lugar, la tarde del *Corpus Christi*, día en que Don Bosco cantó la primera misa en Castelnuovo.

—Juan —le dijo la madre—: eres ya sacerdote: ya dices misa; por lo tanto, ahora estás más cerca de Jesús. Pero no olvides que empezar a decir misa es empezar a sufrir. No lo advertirás al pronto; pero con el tiempo verás que tu madre no se ha equivocado. Segura estoy de que todos los días rezarás por mí mientras esté viva así como después de muerta: esto me basta. Desde este momento, no pienses sino en la salvación de las almas, y no te preocupes por mí (2).

Las últimas palabras, sobre todo, me recuerdan otras expresiones de esta admirable mujer, si bien no las pronunció aquí, sino en Quieri. Fue en 1833, cuando Juan, a punto de entrar con los franciscanos, fue a la casa parroquial a solicitar los documentos pertinentes.

(1) LEMOYNE-AMADEI, *Vita di S. G. Bosco*, I, 152.
(2) LEMOYNE-AMADEI, *Vita di S. G. B.*, I, 206.



El párroco se creyó obligado a a dar noticias a la madre del paso que Juan estaba por dar.

—Mire, doña Margarita —le observó—: usted no es rica; tiene ya sus años y llegará día en que no podrá trabajar. Si Juan entra en un convento, ¿quién proveerá a sus necesidades? El deseo de su bien me ha movido a advertírselo. Trate usted de disuadir a su hijo, el cual, con las dotes que posee, hará bien inmenso en una parroquia.

Margarita agradeció mucho al párroco la piadosa advertencia, y, sin descubrirle su modo de opinar en esto, voló sin tardanza a Quieri, y, al verse con Juan, le manifestó sonriente:

—¡Ah, Juan! He sabido por el párroco que quieres hacerte religioso. ¿Es verdad?

—Sí, madre mía. Siempre he creído que usted no lo vería mal.

—Lo que yo quiero es que medites bien lo que vas a hacer y que luego sigas tu vocación sin ningún reparo. Lo primero es la salvación de tu alma. Me aconsejó el párroco que te indujera a mudar de propósito, en vista de que en lo futuro podría yo necesitar de ti. Pues yo me digo: En este asunto, nada tengo que ver, porque Dios está sobre todo. Así que no te apures por mí. Yo nada te pido, ni nada espero de ti. Tenlo bien presente: yo he nacido pobre, pobre he vivido y pobre quiero morir. Antes, te prevengo: si determinares ser sacerdote secular y, con ello, llegares, por desgracia, a ser rico, jamás iría yo a visitarte. ¡No lo olvides!

¡Madre admirable! El biógrafo de Don Bosco nos dice que este, a la edad de 70 años, recordaba aún el grave aspecto con que la madre profería tan nobles palabras con el mismo tono vibrante de su voz enérgica, y se enternecía profundamente (1).

(1) *Mem. Biogr.*, I, 295.

¡Madre dichosa, que, viviendo después en Valdoco, al lado de su hijo, vio con sus mismos ojos la inmensa altura de perfección a que lo elevó la práctica de sus sabios consejos! ¿No salió de allí quizá la adopción del mote glorioso y realidad espléndida del apostolado de Don Bosco: *Da mihi animas, coetera tolle:* Dame almas; llévate lo demás?

¡Qué digresión! ¿verdad?

## Despedida de Bequi; un voto

Visitamos después el grandioso Instituto Bernardi Semería, que ya conocemos. Después nos preparamos a marchar.

Y mientras el *Fiat* desciende con lentitud para que los ojos de estos argentinos acaricien por última vez las reliquias del solar bendito, las almas formulan un voto:

Quiera Dios que no lleguen jamás a este místico remanso las atracciones mundanas, tiendas de vanidades y vocinglerías de la vida moderna que profanan la vecindad de tantos venerables santuarios que hemos visitado; que jamás sea meta de la curiosidad de frívolos turistas.

Sé siempre como hoy, Bequi bendito; apacible, fragante, recatado en el festivo verdor de tus fértiles frondas; luminoso y salubre; recinto augusto que invite a las caravanas piadosas de romeros sólo a rezar y a enaltecer las bondades del Cielo para con los pobrecitos y humildes de la tierra.

¡Adiós, casita santa, oratorio del Rosario, patio de las diversiones, pradera del sueño!

¡Sagrada colina, donde soñó Juanito Bosco: como el Betel de la Escritura, donde Jacob soñó la escala misteriosa, sé tú también, y para siempre, Casa de Dios y Puerta del Cielo!



## Otros santos lugares salesianos

Partimos para Mondonio. El P. Kenny desea, muy justamente, conocer el lugar consagrado por la santa muerte del angélico Savio, que nosotros vimos ayer.

Después, ahora por diverso camino, nos conduce el auto a Buttillera d'Asti. Probablemente, el que seguimos es el sendero en que don José Calosso conoció a Juanito Bosco, mientras volvían de la misión que se predicaba en dicho lugar. Por ahí iría el niño repitiendo con tanta exactitud y perfección los sermones oídos, que, atónito, el buen Capellán de Murialdo se ofreció a darle a Juanito lecciones de latín, pues lo juzgó maravillosamente dotado para el estudio. ¡Qué providencia fue para el aldeanito indigente, que no podía costearse la carrera de su sueño! ¡Cómo bendijo él siempre el dichoso encuentro con tan generoso bienhechor! (1).

Ya en Butillera, por la calle que ahora se denomina de San Juan Bosco, enderezamos hacia la antigua iglesia, cuya torre desde muchos puntos habíamos visto ayer y hoy destacarse airosa en lontananza. Tiene el templo, a la derecha de la entrada, un hermoso altar dedicado a Don Bosco, que sonríe en el expresivo lienzo del retablo. Una lápida expresa el motivo:

*"En esta iglesia parroquial, donde el 4 de agosto*
*" de 1833 fue confirmado el Beato Juan Bosco, los*
*" habitantes de Butillera, para perenne memoria, eri-*
*" gieron este suntuoso altar en 1932."*

## Tras las huellas de un ángel

Reanudamos la marcha. Por camino de tierra, llegamos a un caserío, de nombre San Juan de Riva, y nos

(1) *M. B.*, I, 176, 181, 213.

detenemos delante de una modesta casa de dos pisos, en cuyo frente una lápida notifica:

*"En esta casita/ nació el 2 de abril de 1842/ el
" piadoso, suave, angélico/ Domingo Savio/ alumno
" queridísimo/ del Venerable Juan Bosco/ en el Ora-
" torio Salesiano de Turín/ muerto en Mondonio el
" 9 de marzo de 1857.*

*"Los antiguos condiscípulos/ y los alumnos de
" los Institutos Salesianos/ en el año L de su muerte/
" con fraternal afecto/ colocaron esta memoria."*

Rindióse este homenaje el 5 de octubre de 1907.

Los actuales moradores de la casa, con gusto, sobre todo al saber que venimos desde tan lejos, nos permiten subir al piso superior, donde moró algunos años la familia del Beato Domingo, antes de trasladarse a Murialdo.

En la calle, conversamos con algunos vecinos, cuya curiosidad debió despertarse al poco frecuente rumor de un automóvil en lugar tan apartado. A otros habrán visto llegar allí, como piadosos romeros a esclarecido Santuario, y no dejarán de sentir secreto orgullo por la gloria que tantos les envidian.

Hay varios quilómetros hasta Riva de Quieri, de la cual depende este caserío. Allá volamos ahora para visitar la hermosa iglesia de la Asunción, que se ufana en ostentar algunos trabajos del insigne Iuvara. Después de entrar, halla uno luego a la izquierda un reducido bautisterio, en cuya vieja pared hay un mármol que explica:

*"Domingo Savio, ángel de pureza y de bondad,
" fue bautizado aquí el 2 de abril de 1842. Los niños
" de Riva quisieron recordarlo en el Centenario de
" su bautismo."*

¡Cuántas reflexiones! ¡Profunda piedad cristiana de los padres de Savio, que bautizan a su angelito el mismo



día que nace! ¡Delicadeza del recuerdo: los niños de Riva son los que lo ofrecen! ¡Acierto ejemplar de quien inspiró tan noble idea!

En la iglesia no faltan los cuadros de Don Bosco y de María Auxiliadora. ¿Quién los colocó allí? Probablemente, alguno de los millares de sacerdotes que regaló Don Bosco a las parroquias del Piamonte. Y ahora, nos dice el señor Cura, que nos acompaña, que una de las capillas de la mano derecha está destinada al culto del beato adolescente compatriota.

## Quieri: un día de paraíso

Aunque a mi incomparable P. Kenny le urge el retorno a Turín para los últimos trámites del regreso a la patria, no puede, al avistar a Quieri, no detenerse para recorrerlo, siquiera muy rápidamente. Para un salesiano, es esta antigua ciudad una porción insigne de su Tierra Santa.

Paramos primero en la iglesia de Santo Domingo para venerar el cíngulo del Angélico Doctor de Aquino. Recorriendo la iglesia, descubro a la derecha, en la capilla del Rosario, una placa de mármol, que ayer se le escapó a mi curiosidad. Regocijéme al leer:

*"El martes 8 de junio de 1841, en esta capilla,
" San Juan Bosco, devotísimo de la Reina del Ro-
" sario, siendo novel sacerdote, celebraba su tercera
" misa, asistido por su profesor Don Domingo Giu-
" siana, y pasaba en el convento anexo «un día de
" paraíso». Junio de 1936 XIV."*

El convento pertenece a los padres dominicos. Dominico era también el P. Giusiana que, como presbítero asistente, acompañó al Santo durante una de sus primeras misas.

En sus *Memorias,* dejó escrito Don Bosco: "El martes fui a Quieri, y celebré la misa en la iglesia de Santo Domingo, donde vivía aún mi antiguo profesor el P. Giusiana, quien me esperaba con afecto paternal. Durante toda la misa estuvo llorando de emoción. Con él pasé todo aquel día, que bien puedo calificar de *día de paraíso*" (1).

El P. Giusiana, que le había enseñado gramática en Quieri, lo quería mucho. En un examen, Bosco estuvo en un tris de quedar reprobado por haber querido sacar de un apuro a algunos compañeros, pasándoles su página. El P. Giusiana intervino entonces, y consiguió que se le asignara otro tema, con que obtuvo las más altas calificaciones (2).

## "Devotísimo de la Reina del Rosario"

Muy justa es la aseveración del epígrafe: Don Bosco era "devotísimo de la Reina del Rosario". Desde niño practica y propaga esa devoción, y la impone en sus colegios. En Bequi levanta la primera capilla para toda suerte de público, y la dedica a esta popular advocación, y todos los años allá acude para dar realce a la novena y festividad del Rosario. Para su tercera misa, escoge la capilla del Rosario, con preferencia a otras de este templo de Santo Domingo. ¿Sobre qué versó su primer sermón? Pues sobre el santo Rosario. Con el rezo del Santo Rosario agradeció innumerables favores recibidos del Cielo.

En 1848, el Marqués Roberto D'Azeglio, Senador del Reino, en una visita que hizo al Oratorio, después de elogiarlo todo, aseveró:

—Es para mí tiempo perdido el empleado en largas oraciones; nada vale para mí esa antigualla de cincuenta avemarías que se enhebran una tras otra. ¿No le parece,

(1) Lugar citado, p. 115; *M. B.,* I, 521.
(2) *Mem. Biogr.,* I, 278.



Don Bosco, que sería cosa óptima el suprimir práctica tan aburridora?

—Mire, señor Marqués —replicó Don Bosco con mucha suavidad—: para mí, esa práctica es de importancia suma, y estaría dispuesto a renunciar a otras cosas muy importantes, pero nó a esta, y hasta, si fuere menester, renunciaría a su preciosa amistad, pero jamás a la recitación del santo Rosario (1).

Y aquel hombre, que tampoco había logrado que Don Bosco y su institución participaran en manifestaciones políticas, se marchó, y parece que ya no volvió a hablar con Don Bosco.

En un sueño de 1872 sobre la Patagonia, vio Don Bosco misioneros de diversas órdenes que perecían al fin a manos de los salvajes. En esto, divisó a sus salesianos, que eran bien recibidos. Salió de su asombro, al observar que rezaban el santo Rosario, mientras los indígenas, formándoles corona, contestaban a sus avemarías (2).

Muchas páginas serían menester para agotar las pruebas del aprecio profundo que Don Bosco profesaba al piadoso ejercicio del Rosario.

## El dormitorio del estudiante Bosco

—¿Vamos ahora al Seminario? —pregunta el conductor—.

—Para visitarlo, es tarde ya —objeta el P. Kenny—; pero pasemos delante, para verle, a lo menos, la cara.

Y así se hace.

—Ahora tendría mucho gusto en ver el café del señor Pianta, donde Bosco trabajó de mozo. ¿Podríamos ir allí?

—¡Cómo nó! Pero la casa ha dejado de ser café.

(1) *Id., ib.,* III, 294.
(2) *M. B.,* X, 54.

Poco tardamos en llegar. La casa tiene en su frente una gran lápida conmemorativa. Descendemos y solicitamos ver el que fue dormitorio del santo mozo de café. Nos hacen atravesar una habitación, que parece un taller para compostura de bicicletas y, por una puertecita que hay en uno de los rincones, entramos en una covacha; no merece otro nombre: tendrá poco más de dos metros cuadrados y no más de dos en su mayor altura. A la tenue luz de una lamparita, vemos un cuadro de Don Bosco y flores frescas delante de él. Ese fue el dormitorio de Juan antes de su entrada en el Seminario: un hueco debajo del último tramo de una escalera; fue lo único que se le dio para que tendiera un mísero saco de paja. "¡Vaya todo por Dios!" se habrá dicho él; "¡Todo por el sacerdocio soñado!, ¡todo por las almas!"

Y aquello se le haría un palacio y le sabría a gloria, cuando, bien entrada la noche, molido por el rudo trajinar de todo el día, después de rezar las oraciones, se tumbaba en aquel jergón avaro y enjuto. Y se dormiría juzgándose todavía feliz, mientras la mar de otros muchachos a esa hora vagarían por el mundo sin ni siquiera un cuchitril como el suyo, e imaginaría cómo remediar la triste suerte de los desventurados. ¡Designios de Dios! ¡Cuántos como él, querrían ser ministros de Dios, y no lo habrían logrado sin las facilidades que él les brindó! Lo que sintió en carne propia, se empeñó en ahorrárselo a innúmeros semejantes.

A pocos pasos del excafé se levanta la iglesia de San Antonio Abad, de los PP. Jesuítas. Allí muchas veces reunía Juan a muchos chiquillos y jóvenes para que aprendiesen la doctrina y se preparasen a la recepción de los santos sacramentos. Una gran lápida en el muro lateral que da a la plaza recuerda esta actuación apostólica del estudiante de Bequi.

¡Cuántas otras huellas domboscanas podríamos descubrir en esta población, con sólo detenernos una horita más!



Pero ¡fuera la tentación! y ¡en marcha! El P. Kenny pondera lo mucho que debe hacer aún en Turín. Allá llegamos en breve, y descendemos en el patio de Valdoco cuando el reloj invita a rezar el Ángelus.

En el comedor, grata sorpresa: sobre mi plato hay varias cartas; una, aérea; la letra del sobrescrito es conocida, de los míos: aromas de la patria.

29 DE MARZO:

## MARAVILLAS EN LA BASÍLICA. LA MESA DEL PADRE. PORTA NUOVA. PIAZZA CASTELLO. PALAZZO MADAMA

### La Pascua del Soldado

Así denominan a la que están celebrando todos los reclutas de la guarnición de Turín.

No esperaba hoy tan brillante espectáculo. Numerosos grupos de milicias llegan al patio del Oratorio para pasar luego a la Basílica de la Auxiliadora. Me asomo un instante a la Plaza, y la veo repleta de camiones militares. Y van entrando otros.

Penetro en la Basílica. Desborda de uniformes. Un capellán del ejército desde el presbiterio, delante del micrófono, imparte instrucciones y exhorta a los jóvenes a cumplir el precepto pascual: unos cincuenta sacerdotes los aguardan en la iglesia y en la sacristía para oír su confesión; pueden elegir libremente. Veo largas filas de conscriptos que esperan ya su turno junto a cada confesionario y reclinatorio. ¡Con qué circunspección y seriedad se conducen!

Veo rostros pensativos. Muchos están leyendo con atención en un librito, quizá el examen de conciencia o los actos de dolor y de propósito. Más de uno, sin respeto humano, se dan golpes de pechos. ¡Cuántos, al dejar el confesionario, llevan en el rostro una sonrisa de felicidad!

Entre tanto da comienzo la santa misa en el altar de



María Auxiliadora. El capellán explica las varias partes, alternando con oraciones; luego empiezan las preces de preparación a la sagrada comunión. Casi al mismo tiempo seis o siete sacerdotes —yo entre ellos— salen a distribuir simultáneamente las sagradas partículas. Y esto dura largo tiempo.

Acabada la función religiosa, pasan todos al patio; se ordenan en filas. Voces juveniles inundan los ámbitos de alegría. Parece estar en la plaza de un cuartel, y, sin embargo, si no fuera por los uniformes, parecería la juventud del Oratorio. Se les distribuye un desayuno. Después van saliendo y, con la paz de Cristo en los corazones, buscan los correspondientes vehículos y marchan a sus faenas. Los capellanes militares sonríen de satisfacción.

Más de quinientos han sido los reclutas de esta mañana. Dicen que ayer y anteayer —yo no estuve— se presenció igual escena, y se repetirá toda la semana, que es la de *la Pascua del Soldado*. Se van turnando los diversos cuarteles de Turín. Esto se practica desde varios años atrás. Y, por cierto, sin ninguna coacción. Yo mismo vi a algunos —pocos, en verdad— que, durante la misa, quedaron en la plaza o en el patio conversando o yendo de una parte a otra: ni a entrar en la iglesia se los obliga.

Se ha elegido la Basílica de María Auxiliadora, que, por la amplitud y por el número de sacerdotes, ofrece más comodidad que ningún otro templo de la ciudad. ¡Y cuántos de esos jóvenes la prefieren, como exalumnos o devotos de María Auxiliadora y de Don Bosco!

### "In circuitu mensae tuae": a la mesa del Padre

Varios salesianos, compañeros de peregrinación, están en vísperas de regresar a Buenos Aires. Por eso, el Rdmo. Rector Mayor ha invitado a los argentinos a almorzar con los miembros del Capítulo Superior.

Actualmente, estos son diez. En sus manos está la marcha de toda la Sociedad, que cuenta hoy con más de 17.000 religiosos, sin contar, por cierto, a las Hijas de María Auxiliadora, que no son menos de 14.000. Cada uno de los diez dedica especial atención a determinada rama o actividad de la inmensa familia. Los coadyuvan los secretarios y adjuntos que, en número superior a 120 viven en comunidad, constituyendo la Casa Capitular, la cual actúa bajo la dirección inmediata de otro capítulo, compuesto de un director y consejeros.

Durante mi estada en Turín, mi comedor ordinario fue el de la Casa Capitular, donde, como argentino —atención sin duda a la primogénita de Don Bosco—, tuve lugar de distinción, y lo mismo mis compatriotas.

Hoy vamos al comedor del Capítulo Superior, que ocupa una salita contigua al otro. Esto, claro está, se estima como una honra singular.

Con varones tan graves y venerandos, habrá que estar muy tiesos y medidos ¿nó? Nada de eso: son padres. Nos reciben sencillos, sonrientes, cordiales.

Hay principios. Hasta se dispensa la lectura, que es fama no se omite allí sino en días de primerísima clase, como muy rara excepción.

Se habla en castellano. Todos los Superiores, o lo hablan, o lo entienden muy bien: El Rdmo. Rector Mayor se expresa con soltura en español correcto y castizo, con dicción impecable, como en sus mejores días de España, cuyos pintorescos refranes suelta a cada rato con la mayor naturalidad; el P. Antonio Candela ya lo hablaba muy bien cuando en 1908 acompañó como secretario al P. Visitador de la Argentina, que lo fue el Rdmo. P. Ricaldone, Inspector entonces de España; el P. Modesto Bellido es nada menos que salmantino y en Salamanca lo aprobó en Filosofía y Letras el paradójico don Miguel de Unamuno; el P. Albino Fedrigotti fue varios años



Inspector en Méjico y las Antillas; el P. Pedro Tirone, Catequista General, hubo de aprender nuestra lengua en la prolongada visita que realizó hace unos años a las naciones de Hispanoamérica; el P. Fidel Giraudi, Ecónomo General, si, por falta de ejercicio, no lo habla, lo entiende muy bien, como vimos que nos entendía cuando su fugaz visita al Plata en 1949; el P. Renato Ziggiotti, Consejero Escolástico General y doctor en Letras, como el anterior, estudia el español por necesidad, porque —según me escribió no há mucho— "el número de los salesianos de habla española es ya mucho mayor que el de los de lengua italiana". Ya lo creo: en 21 naciones hablan español los salesianos; de ahí, la conveniencia de que todos los Superiores lo conozcan también. ¿Y qué decir de los ausentes: el Rdmo. P. Pedro Berruti, Prefecto General, ahora en cama, que vivió en Chile más de 30 años, y del argentino Rdmo. P. Jorge Serié, que anda actualmente de visita por varios países de la América Española?

Como es natural, se conversa casi exclusivamente de la Argentina, respondiendo a preguntas que formulan los Superiores acerca de esta o aquella casa, de este o aquel hermano que han conocido. Se recuerda, sobre todo, al querido P. Vespignani que, en este comedor, miembro ya del Capítulo Superior, innumerables veces citaba a la Argentina. La tenía muy en el corazón; y no era para menos: le había consagrado lo mejor y lo más de su existencia. Y ahora la Argentina amorosamente guarda, con su memoria imperecedera, sus venerables restos.

A los postres, se sirvió un vinito de los buenos, y el Rdmo. Rector Mayor levantó la copa y brindó por las cuatro inspectorías del territorio argentino, y también por las otras hermanas de América, para que en todas se conserve y crezca robusto el espíritu de Don Bosco y para que se multipliquen las vocaciones, con las que se pueda

trabajar eficientemente en el vastísimo campo de las almas que la Providencia nos confíe.

La sobremesa se prolonga todavía un buen rato y cobra mayor interés con la llegada y conversación del venerado P. Eugenio Ceria, nuestro historiador oficial.

Pero también esto tiene fin. Damos gracias, y, antes de dejar el comedor, rodeamos al digno Sucesor de Don Bosco para rogarle que nos bendiga. Nos arrodillamos, y oímos esta hermosa fórmula de bendición, netamente salesiana:

—*Per intercessionem Beatae Mariae Virginis Auxiliatricis, Sancti Joannis Bosco et Beati Dominici Savio, copiosa Dei benedictio descendat super vos, super familias vestras, super fratres et alumnos vestros, super omnes intentiones vestras et super omnia opera vestra, et maneat semper* (1).

—*¡Amen!* —contestamos con fervor—.

Me parece la bendición del Patriarca Isaac a Jacob. Rebosan de alegría las almas de estos hijos: como los retoños del bíblico olivo, han lozaneado en torno de su mesa patriarcal, al calor y luz de su sonrisa.

Agradecidos vamos besándole la mano, y a cada uno le desea un feliz viaje. Cuando llega mi turno, me dice:

—Pero tú no te marchas todavía... Nos veremos otras veces.

—Así lo espero. Muchas gracias, Padre.

Poco después el Rdmo. P. Ricaldone se retira. Seguimos nosotros escuchando al querido P. Giraudi, que con mucho donaire nos deleita narrándonos recuerdos y

(1) *Por la intercesión de la Bienaventurada Virgen María Auxiliadora, de San Juan Bosco y del Beato Domingo Savio, la bendición de Dios descienda copiosa sobre vosotros, sobre vuestras familias, sobre vuestros hermanos y alumnos, sobre todas vuestras intenciones y sobre todos vuestros trabajos, y siempre permanezca.*



episodios de su visita a nuestra patria. Toca al fin el tema de la prensa salesiana, destacando su capital importancia y afirmando que hoy por hoy el libro, el folleto, la revista, los volantes son los que en definitiva obtendrán la victoria en la contienda universal de intereses dispares. Esta manifestación explica el ardor con que fomenta las actividades de la SEI y de los talleres tipográficos de Bequi.

Los PP. Luis J. Muras y Domingo Martínez se despiden; marchan esta tarde a Génova; mañana los alcanzará el P. Kenny, que tiene aún asuntos pendientes aquí. Y pasado mañana, todos rumbo a Buenos Aires. El Ángel de los que viajan, los ampare.

### Almadieros de Porta Nuova: un avemaría y una pesca

Es la tardecita. Me voy a recorrer parte de la ciudad. Subo al primer tranvía. Pasa delante de la estación de *Porta Nuova*. Bajo, y empiezo a andar a pie.

Hay hermosas avenidas arboladas; a una y otra mano, bellos y grandes edificios. Y recuerdo que en 1847 estos animados lugares eran poco menos que la soledad, y fueron escenario de uno de los incontables episodios en que Don Bosco fue actor principal.

Era una mañana. Volvía de la *Crocetta*. De pronto le salen al encuentro cuatro individuos de catadura nada tranquilizadora.

—Mire, señor abate —empezó uno—: este dice que yo tengo la culpa, y yo digo que tengo razón. ¿Qué le parece a usted?

Don Bosco, disimuladamente echó una mirada en derredor por si veía a alguien que en el peor de los casos pudiese acudir en su socorro. No vio a nadie. Se encomendó a Dios, mientras los angelitos hablaban sin ton ni son, y repetían:

—¿Quién le parece que tiene razón?

—Miren, señores —contestó Don Bosco, que entendió que sólo la astucia le ayudaría a salir del paso—: aquí, en un dos por tres, no es posible sentenciar; vayamos a tomar un pocillo de café al San Carlos, y allá decidiré...

"Con llegar a poblado", pensaba él, "ya no hay temor"; y uno de ellos interpeló:

—Pero ¿paga usted el café?

—Ya lo creo, desde que yo los invito.

—Entonces, vayamos.

Y allá se dirigieron, charlando como antiguos camaradas. Al llegar a la iglesia de San Carlos:

—Miren, señores —saltó Don Bosco—: he asegurado que les pagaría un cafecito, y cumpliré; pero soy sacerdote, y deseo pagarlo como tal: entremos antes en la iglesia para rezar un avemaría.

—Usted busca excusas para...

—Nada de excusas; cumpliré, pero quiero que digamos antes un avemaría.

—Es que después vendrá el rosario...

—¡Si les digo que una sola avemaría!... ¿No son acaso ustedes devotos de la Santísima Virgen?...

—Bueno, vamos.

Entraron, se arrodillaron, rezaron el avemaría, y dijo Don Bosco:

—Vayamos ahora, amigos.

Muy cerca estaba el café. Entraron, bebieron y ya no se acordaron del litigio. Don Bosco pagó y, al salir, agregó:

—Pues he tenido el placer de conocer a ustedes, deseo ahora que vengan a mi casa a beber un refresquito.

No se hicieron de rogar. En el camino, ¿qué diría la gente viendo a un sacerdote en medio de tales individuos?

Ya en Valdoco, una vez apurado el refresco, con la familiaridad ganada, les preguntó:



—Ahora, díganme en confianza: ¿cuánto tiempo hace que no se confiesan ustedes?... Si la muerte los sorprende en el estado en que ahora se encuentran, ¿qué sería de ustedes?

Se miraron unos a otros; miraron al sacerdote que, amablemente, seguía platicando, y, por conclusión, exclamó uno:

—Si encontráramos un sacerdote como usted, ya lo creo que nos confesaríamos, pero...

—¡Qué péro!... Y acaso ¿no estoy yo aquí? Vamos.

—Es que ahora no estamos preparados.

—¡Oh! Yo me encargaré de prepararlos. Vengan.

Y, asiendo a uno de la mano, lo llevó a un reclinatorio, indicándole que se arrodillase:

—¡Aquí, aquí! Somos amigos. ¡Fuera escrúpulos! Y, entre tanto, prepárense ustedes, que estoy para ayudarlos a todos.

Consiguió así confesar a tres, que lo hicieron con muestras de sincera compunción. El cuarto alegó que, por el momento, no estaba dispuesto; lo haría otra vez.

Al despedirse, prometieron los cuatro que volverían a visitarlo. Y Don Bosco debió de agradecer a su Auxiliadora que con tan rica pesca le había pagado aquella avemaría (1).

## Desarrollo de Turín

Ahora los sitios de aquel original encuentro son porción céntrica de la ciudad. Delante de la estación, se extiende la plaza de Carlos Félix, con jardines, arboleda, caminos y asientos, como las nuestras. Donde esta termina, empieza la aristocrática *Vía Roma*, modernizada, flanqueada de elegantes edificios de estilo similar, ocupados por lujosos comercios y agencias bancarias o de turismo.

(1) *Mem. Biogr.*, III, 75.

Yendo por dicha calle, admiro en una esquina la iglesia de San Carlos, la del episodio anterior y que da nombre a una espaciosa y eurítmica plaza, en cuyo centro surge el monumento ecuestre a Manuel Filiberto, Cabeza de Hierro, Duque de Saboya en el siglo XVI, trabajo admirable del Barón Carlos Marocchetti.

Remata la avenida de Roma en otra gran plaza, que se denomina del Castillo *(Piazza Castello)*, sin duda por el que, con sus cuatro vetustas torres medievales, se apoya en el muro posterior del *Palazzo Madama*, que ocupa el centro de la plaza. Este Palacio, joya de Iuvara, está convertido en Museo de Arte Antiguo, instalado en los suntuosos salones que fueron de la Princesa María Juana.

## Lorenzone en el Palacio Madama; una mano misteriosa

Tomás Lorenzone fue el pintor del cuadro de María Auxiliadora. De acuerdo con la concepción de Don Bosco, debía ser de tales dimensiones que el artista no encontraba local capaz de contener el gran lienzo en que debía pintarlo. Al fin, consiguió uno de los aposentos altos del Palacio Madama. La historia del Santuario de la Virgen de Don Bosco ha sorprendido allí al pintor en un momento interesante.

Después de haber dado los últimos toques al rostro de la Virgen, bajó el artista de la escalera y se puso a observar el efecto que producía. En su semblante se dibujaba satisfacción inmensa. A poco advirtió que había allí un sacerdote que contemplaba su trabajo; se dirigió a él y, tomándolo del brazo, lo condujo al punto de observación más propicio, y exclamó con entusiasmo:

—¡Mire, reverendo! ¡Mire qué bella es!... No la he pintado yo, nó. ¿Sabe? Hay otra mano que va guiando a la mía... ¡Oh! ¡Esto saldrá como lo desea Don Bosco!

Poco después, subió de nuevo a la escalera, y continuó trabajando.



El historiador añade que, cuando el lienzo trasladado a la iglesia de Valdoco fue ascendido a su puesto como retablo del altar mayor, Lorenzone cayó de rodillas y rompió a llorar como un niño (1).

¿Se habrá localizado en esa rica mansión la sala que fue taller del piadoso artista, y en que la mano misteriosa le ayudó a pintar la expresiva imagen de nuestra Virgen?

## Excelente mirador

Lo es el punto desde donde contemplo esta plaza y su Palacio y Castillo. Allá al frente está la verja, donde principia la Plaza Real, y, como límite suyo, el antiguo Palacio de los reyes de Saboya, y, asomándose a la izquierda del mismo, el campanario de la Catedral y la cúpula de la Capilla de Palacio, que visité el otro día.

Esto fue, por mucho tiempo, corazón de la ciudad. ¡Cómo ha crecido Turín, alejándose del Po hacia el oeste y por el norte y el sur!

Mientras voy de regreso al Oratorio, entro en la iglesia de San Lorenzo, que da a esta plaza; es de ingeniosa arquitectura, que se torna atrevida en los arcos caprichosos de la cúpula, obra del fraile teatino y arquitecto Guarino Guarini.

En la iglesia de la Santísima Trinidad, que está un poco más al oeste, se admira la habilidad del mesinés Iuvara, que labró tantos joyeles para Turín.

## Un diploma de honor

A la hora de la cena, el Rdmo. Rector Mayor me envía por uno de sus secretarios un rollo, que contiene un precioso documento: un diploma de honor, que, en su nombre, deberá entregarse al doctor Gustavo Martínez

(1) *Mem. Biogr.*, VIII, 5.

Zuviría. Le confiere categoría de privilegio entre los Cooperadores Salesianos.

(Para la entrega de este documento aproveché el arribo a Buenos Aires, del Rdmo. P. Modesto Bellido, quien, en representación del Rector Mayor, vino a realizar una visita a las casas salesianas de la Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, a fines de 1950.

El 20 de diciembre de ese año me cupo la honra de acompañar a dicho Superior y al Rdmo. P. Miguel Raspanti, Inspector Salesiano, en la visita que hicieron al doctor Martínez Zuviría. Fue una entrevista grata y cordial como la que más. Se trataron temas interesantes. En todo el curso de la conversación resaltó el espíritu hondamente cristiano del popularísimo *Hugo Wast,* no menos que la intensa simpatía con que distingue a la Obra de Don Bosco, puesta ya para siempre de manifiesto en los estupendos libros que ha dedicado a San Juan Bosco y al P. José Vespignani.

El P. Bellido, que lo trataba por primera vez, salió edificado de la cautivadora visita.)

30 DE MARZO:

## LA MOLE ANTONELLIANA. EL MONTE DE LOS CAPUCHINOS

### Doble satisfacción

Es la primera, poder celebrar en la Capilla de las Reliquias y, precisamente, en el Altar de la Aparición, junto al sitio señalado con una cruz de oro en que la Virgen Santísima posó el sagrado pie, diciéndole a su Siervo de Vallfloro: "Aquí, donde murieron por la fe los santos Mártires Aventor, Solutor y Octavio, me edificarás un templo" (1).

Entre tanto, se escucha un ruido sordo, intermitente, como de trueno lejano; parece vibrar en los muros y pavimentos. Cuando subo, conquisto la segunda satisfacción: se reproduce el espectáculo de ayer.

Llegan camiones y más camiones militares. Saltan de ellos compañías de soldados. Luego, invasión de la Basílica, asalto a los confesionarios, concurrencia en masa al comulgatorio, preces, pláticas, cantos... Repite lo de ayer la gallarda juventud de otro distrito, de otra arma: ayer fue la artillería liviana, hoy son los caballeros del aire; mañana serán...

¡Con cuánto placer los hijos de Don Bosco consagran esta hora de ministerio a la grandeza de la Patria! Porque ¿cuándo es más grande la Patria que cuando se

(1) M. B., II, 298, 342.

arrodilla para hablar con Dios y estribar en su formidable poderío!

## La Mole Antonelliana

Son las 9 y 30 cuando salgo a caza de novedades. Varias veces, desde diversos puntos, diviso la construcción característica, que debe de ser para la capital del Po, lo que la Torre Eiffel para la ciudad del Sena: la *Mole Antonelliana.* Viénele el adjetivo de su realizador, el arquitecto Alejandro Antonelli; tiene casi 170 metros de altura; y si la parisiense es de hierro, ésta es de mampostería: es una obra maciza de singular audacia; su aguda cúspide va adelgazándose como un aguijón para horadar las nubes.

Este edificio se construía para sinagoga. Pero surgieron discrepancias entre los miembros de la comisión judía, de tal modo que esta decidió deshacerse de él. Y ¿quién lo imaginara? Se lo ofrecieron a Don Bosco, claro está, por una respetable suma de liras. Intervino el propio arquitecto Antonelli. El Santo estudió la propuesta; pero, concluyendo que no se habría podido convertir la Mole en iglesia, renunció a adquirirla (1). ¡En todas partes, Don Bosco!

## ¡Aire, sol y Dios en el Monte!

Llego a la Plaza de *Vittorio Véneto,* notable por su claridad y dimensiones. Cuando, desde Valsálice, se trasladó a Valdoco el cuerpo del Beato Don Bosco, esta enorme plaza fue el punto de arranque de la maravillosa procesión. Su inmensa superficie era un océano de cabezas; los edificios que la rodeaban lucían tapices y banderas.

(1) *Mem. Biogr.,* XII, 256.



Cruzo la plaza y me encuentro con un puente tendido sobre el Po: es el de Víctor Manuel I. Por aquí ya he pasado, y he visto aquel majestuoso templo de la otra orilla asentado sobre alta plataforma, a la cual se asciende por numerosa gradería: es una artística rotonda que me recuerda la de Belgrano en Buenos Aires: es el templo de la *Gran Madre di Dío.*

Atravesado el Po, me dirijo por una hermosa avenida —la de Moncalieri— hacia una altura que he divisado a la izquierda; en la cima se destaca una iglesia.

Deseoso de saber qué hay allá, se lo pregunto a unos chicos que saltan y corren junto a una fuente.

—El Monte de los Capuchinos —me informan, e, indicándome una calle que tuerce a la izquierda, añaden—: Por allí puede usted subir.

—Pues, no me vendrá mal un poco de alpinismo —murmuro para mi capote, y echo a subir—. No son más de 300 metros, pero el declive no lo escala de un tirón quien, como yo, es hombre del llano. Pero, al fin estoy arriba. Entro en la venerable iglesia de Santa María del Monte, que anda ya por los cuatro siglos y no lo disimula.

¿Cómo olvidar que allí estuvo también Don Bosco, celebrando la misa para sus niños, en la época del Oratorio errante?

Una puerta de par en par parece invitarme a trasponerla; doy con un corredor que lleva a una sacristía y a una especie de capilla o mausoleo con el sarcófago de un capuchino muerto en olor de santidad. Parece que están reparando muros y blanqueándolos.

En esto, se rompe el silencio que reinó hasta ahora: unos pasos. Es un Padre Capuchino, que me recibe sonriente. Escucha mi breve presentación, y me conduce a ver el pequeño claustro que destruyeron las granadas, en vías de reconstrucción, y luego el riente jardincito del convento.

—Contemple esta vista —me dice, después de acercarme a un parapeto.

—¡Qué cuadro mágico!

Aire y sol. Allá lejos, los Alpes; nevadas algunas cumbres. En el punto opuesto, cerrando el horizonte, otra escarpada cordillera, pero de nubes multiformes. Abajo, serpeando, la cinta argéntea del Po; la urbe con su red de edificios, las líneas de las anchas avenidas, plazas, arbolados, chimeneas de las fábricas. Arriba, el azul trasparente, surcado a distancia por una bandada de palomas... Y sobre todo, silencio, paz, la sonrisa de Dios...

—Por ese lado —indica mi guía—, Valsálice... Allá, ¿lo ve?

—Sí, Padre. Allá descansó Don Bosco... después de muerto. Y Don Rúa... Y Don Álbera aún.

Poco después, agradezco al amable hijo del Pobrecito, y salgo.

Desciendo a Moncalieri y al puente; cruzo de nuevo la Plaza de *Vittorio Véneto* y emboco por la calle del Po. Descubro a poco una iglesia, y entro. Me impresionan sus líneas esbeltas. Me dicen que es la de la Anunciación.

Al torcer a la derecha, veo a corta distancia la Mole Antonelliana. Quiero pasar junto a sus muros de aspecto grave e imponente con sus varios órdenes superpuestos de ventanas, balcones y columnatas. Me detengo un instante a contemplar la atrevida aguja. Un transeúnte, que se percata de mi curiosidad de extranjero, me asegura que no hay en Europa torre hecha de ladrillos, que supere a esta en altura.

Un reloj, que veo al pasar, me aconseja que avive el paso, si he de estar para mediodía en el Oratorio.



**Guía de peregrinos**

Por la tarde, me vi en la precisión de demostrar mi aprovechamiento en el estudio de esta santa Casa. Ha llegado de visita una familia española, con varios exalumnos nuestros de allá. Se necesita uno que hable español para que los acompañe, y me confían a mí el encargo. Lo recibo con mucho placer. Vemos todo lo que puede interesar a un devoto de nuestro santo Padre.

Modestia aparte, creo que no desempeñé mal del todo el oficio de cicerone.

31 DE MARZO:

## TEMPLOS Y PALACIOS. EL MANICOMIO. LA CONSOLATA

### Templos y museos

Visito algunas iglesias valiosas de la ciudad. En la calle de María Victoria está la de San Felipe Neri, con notables realizaciones barrocas de Guarini y trasformaciones posteriores de Iuvara.

Paso luego delante del edificio de la Universidad, y poco después entro en el solemne Palacio Carignano, otra creación de Guarini. Fue residencia del Parlamento Subalpino y, por algunos años, del Italiano. Está actualmente convertido en Museo Nacional del Resurgimiento y de la Primera Guerra Mundial.

La curiosidad me hace penetrar en varias iglesias que hallo en el camino: las de la Santa Cruz, de San Francisco de Paula, etc., todas con algo artísticamente considerable.

### Con el Rdmo. P. Renato Ziggiotti

Es el Consejero Escolástico General de la Sociedad. Me encuentro con él en el patio del Oratorio, lo saludo y entablamos animada conversación sobre la Argentina.

Deplora la reciente desaparición del R. P. Lorenzo Massa, que ha dejado inconcluso un importante trabajo sobre las misiones de la Patagonia. A propósito de su interesante biografía del P. José Vespignani, insinúa la



conveniencia de que se escriba otra popular, más breve que la del P. Massa y la magnífica de Hugo Wast. Encarece la necesidad de documentación bien seria en esta suerte de producción histórica y biográfica.

Afirma, con plena razón, que para toda clase de escritos, aun de los menos graves, como los destinados a revistas escolares, es imprescindible la preparación especial, basada en sólidos estudios literarios y filosóficos, que capaciten para escribir, hablar y opinar discretamente.

De este interesante coloquio, debo inferir la profunda, maciza y vasta formación humanística del P. Ziggiotti, si no me fuera ya conocida por los concienzudos planes y programas con que está marcando brillante rumbo a los estudios de la Sociedad Salesiana.

### Un loco y dos cuerdos

En la salida de esta tarde me guía el propósito de visitar el célebre Santuario de la *Consolata* (Nª Sª de la Consolación), popularísimo en Turín. Ya estuve otra vez allí, pero muy de pasada. Deseo detenerme algo más. Salgo al *Corso Regina Margherita*. Doblo a la izquierda hasta la esquina, donde enderezo hacia la espaciosa avenida de Valdoco. Al llegar a la primera calle que cruza a ésta, tuerzo a mi mano izquierda y camino por la *Via Giulio*.

A poco, me veo delante de un edificio de grandes dimensiones. Llego a un portón, y pregunto:

—¿Qué casa es esta?

—El antiguo Manicomio —me contestan—.

¡Oh! ¡El Manicomio! ¡Y cuán cerca está del Oratorio! ¡Es el del tiempo de Don Bosco! Por ese mismo portón quizá, un día de 1846 entró un coche a todo correr, como un loco de atar. Expliquémonos.

Don Bosco, a pesar de los mil obstáculos que surgían

contra su Oratorio nómada, se había obstinado en llevarlo adelante. Y más: hablaba de futuras expansiones; describía edificios e iglesias que pronto tendría en propiedad. Sin lugar a dudas, para quienes le oían, sabiendo su pobreza, el buen sacerdote estaba a punto de perder la chaveta, si no la había perdido ya. La caridad aconsejaba prevenir lo irremediable. Quizá, llevado a tiempo a una casa de orates, podría curar y se salvaría una vocación, por otra parte, excelente. Sí, había que llevarlo.

Encargáronse de ésto dos respetables eclesiásticos y amigos también de Don Bosco. Dieron aviso al Director del Manicomio para que tuviese prevenida una celda. Alquilaron un coche de plaza, y se fueron al Refugio de la Marquesa Barolo, donde entonces residía Don Bosco.

Después de un preámbulo sobre tema indiferente, entraron de lejos en el del Oratorio. Y en seguida apareció el visionario con sus edificios, aulas, talleres, dormitorios, iglesias, clérigos, sacerdotes... No cabía duda: la demencia crecía. Se dieron una guiñada de inteligencia.

—¡Vámonos! —dijo entonces uno de ellos—.

—¿Y si viniera también Don Bosco? —propuso el otro—. Mira: vamos a dar una vueltecita. Acompáñanos, conversaremos. Un poco de aire puro de las afueras nos sentará bien. Vayamos. Un coche nos aguarda.

A todo esto, Don Bosco, que no era nada lerdo, había penetrado las piadosas intenciones de sus dos amigos. Con toda naturalidad, les dijo:

—De mil amores. Vayamos.

Llegáronse al coche, y se empeñaron en que subiese Don Bosco primero.

—De ningún modo —afirmó él con resolución—. Ustedes, antes; respeto a la edad; si nó, ¡agur!

Viéndolo tan decidido, subieron sonrientes por lo bien que la celada les iba resultando. Pero ni tiempo tuvieron



los dos para sentarse, cuando Don Bosco cerró de golpe la puertecilla, y ordenó al cochero:

—¡Pronto, pronto, al Manicomio, donde aguardan a estos reverendos!

Azotadas las bestias, arrancó el coche y dos minutos después, sin dar el auriga oídos a las voces de los dos clérigos, entraba como un huracán por el portón aquel.

Cuando se detuvo, acudieron los empleados y loqueros, que estaban ya advertidos. Con precaución, abrieron la puertecilla. Bajaron los ocupantes.

—¡Cómo! —exclamaron—. Dijeron que era uno. ¿Cómo son dos?

—¡A la celda! ¡A la celda! —ordenó el jefe—.

Y, sin atender a las protestas de los dos eclesiásticos, sin muchos miramientos, se los llevaron (1).

¡Don Bosco demente! Lugar común de los Santos. El amor de Dios, que los hombres materializados no alcanzan, les hizo decir y obrar locuras. ¡Al fin, la locura de Cristo ante Herodes!

Ahora que anoto este caso, lamento no se me haya ocurrido averiguar si en aquel patio han colocado alguna lápida recordatoria del suceso. ¿No la merecería?

## La Consolata

Mientras voy evocando la aventura, no he dejado de andar. Me encuentro ya en la calle de la *Consolata,* y paso junto a las paredes exteriores del venerable templo, otra construcción original del teatino Guarini. En la parte posterior, se destaca la gran cúpula hexagonal, rodeada de cuatro cúpulas menores, que corresponden, como advertí luego en su interior, a otras tantas capillas: este conjunto es lo que constituye el Santuario de Nuestra Señora, propiamente dicho.

(1) *Mem. Biogr.,* II, 415.

La parte anterior, de planta elíptica, es otra iglesia dedicada a San Andrés.

En la plazoleta lateral, se yergue una hermosa columna de capitel corintio, como pedestal de una expresiva imagen de la Virgen Santísima, ante la cual en este momento me descubro.

Penetro en la iglesia por un elegante soportal o columnata corintia, que sostiene una armonioso frontón.

Una vez en el interior, lo primero es el Santuario, y allá va el devoto de la Virgen, sin detenerse en el primer recinto. Descubrir en el fondo la imagen entre luces y flores y caer de hinojos es simultáneo: esa es la Virgen milagrosa, Consuelo de incontables generaciones, como lo fue muchas veces de Don Bosco, que iba a postrarse a sus pies, sobre todo en los días grises de los comienzos de su misión. ¡Cuántas veces llevó allí a sus niños! Una de las primeras presentaciones de su coro de niños —cosa insólita entonces— fue en este Santuario, y allí hizo cantar una de las primeras veces la hermosa canción al Niño Jesús, que él mismo había compuesto: *¡Ah Si canti in suon de giubilo...*

## La madre y el consejero y amigo

Al levantarme, descubro a la diestra, un barandal, desde donde se divisa a varios metros de profundidad otra capilla, casi iglesia. Allí, el 25 de noviembre de 1856, pocas horas después de la santa muerte de Mamá Margarita, Don Bosco celebró por ella el santo Sacrificio, acompañado de su fiel José Buzzetti, y, una vez terminada la misa, fue a postrarse ante la imagen de María Consoladora y quedó sumido en prolongada y devota oración. Le pediría, sin duda, a la buena Virgen que reemplazara Ella en Valdoco a la madre queridísima que todos habían perdido (1).

(1) *M. B.*, V, 560-565.



A la derecha de la capilla subterránea, junto a la entrada, está el hermoso altar de San José Cafasso, el docto maestro e incomparable consejero de Don Bosco. Bajo la mesa del altar, está su cuerpo bendito radiante de luz. Me postro ante el Santo; le doy gracias de lo íntimo del corazón, porque, si soy salesiano, en gran parte a él se lo debo.

¿Cómo es eso? dirá alguno. Pues, sencillamente, porque un día Don Bosco se creyó llamado a la vida religiosa, y a punto estuvo de ir a encerrarse en un convento de la Orden de San Francisco. Ya lo habían admitido. En esto le asalta una duda, y un amigo le aconseja que antes de adoptar la última decisión, consulte a Don Cafasso. Y fue a Turín a verlo, le expuso su caso, sus temores, y el santo sacerdote, después de recogerse en breve plegaria ante el Crucifijo de su habitación, concluyó:

—Prosiga usted tranquilo sus estudios; ingrese sin titubear en el seminario y secunde lo que la Divina Providencia le está preparando (1).

El joven seminarista obedeció. Si nó, ¿habría hoy salesianos? San José Cafasso fue para Don Bosco la voz del Cielo, y muchas veces su amante providencia.

Cuando no pocos eclesiásticos de Turín llevaban a Don Cafasso las murmuraciones, quejas y dicterios de cierta gente contra Don Bosco, ¿qué les respondía él?

—Dejadlo a Don Bosco; no lo molestéis; dejadlo obrar (2).

¿No conocía acaso los designios de Dios sobre su incomprendido pupilo?

En el expresivo lienzo, que hay sobre el altar, se representa al Santo exponiendo sus elocuentes y sabias lecciones de moral a un grupo de jóvenes sacerdotes; entre

(1) Lemoyne-Amadei, *Vita di S. G. Bosco*, I, 124.
(2) Ib., I, 388.

estos, se ve a Don Bosco, que lo escucha con avidez, como a un oráculo; fue él indudablemente el más aprovechado de sus discípulos del Colegio Eclesiástico de San Francisco de Asís.

¡Bendito San José Cafasso, recibe el agradecimiento de todos los salesianos!

### Águila y paloma

No lejos de este altar, camino de la sacristía, hay un elegante sarcófago de mármol; sobre él, la estatua yacente de un prelado. Allí descansan los restos del piadoso Cardenal Arzobispo de Turín, monseñor Agustín Richelmy. Al pie se ha grabado este epígrafe: *"Qui ut aquila vidit, vixit ut palumba"*. Magnífico elogio del Pastor: todo lo vio con ojos avizores de águila en defensa de la grey, y vivió para ella manso y sencillo como la paloma, o más sintético: tuvo mirar de águila y vida de paloma. Fue eximio bienhechor de nuestra Obra. Uno de los colegios salesianos de la ciudad lleva su ilustre nombre.

Cerca de la sacristía, un corredor que conduce a la calle muestra los muros literalmente cubiertos de cuadros de diversas medidas, que declaran gráficamente, con arte popular, más o menos valioso, muchas de las gracias innumerables concedidas por la augusta Virgen Consoladora a sus devotos; es la voz elocuente de la noble gratitud.

### La madre feliz

Al salir, mientras camino lentamente, recuerdo que en agosto de 1860, a la sombra del Santuario, quizá en este mismo lugar, se encontró Don Bosco con su difunta madre, que refulgía con sobrehumana hermosura. ¿Fue sueño o visión?

—¿Cómo? ¿Usted aquí, madre mía? —exclamó el



Santo lleno de gozo, al reconocerla—. Pero ¿no está usted muerta?

—Muerta estoy, pero vivo —respondió—.

—¿Y es feliz?

—¡Oh! Felicísima.

Y entablaron conversación, hasta que el hijo le rogó:

—Déme una muestra de cuánto goza usted en el Cielo.

—Imposible, Juan.

—A lo menos una vislumbre, un destello, una gota.

Vio entonces a la madre con inconcebible esplendor, con vestido cuajado de pedrerías y porte de majestad maravillosa. Empezó a cantar con voz tan meliflua, que Juan quedó arrobado. Al fin le anunció:

—Te espero, hijo. Debemos vivir siempre juntos.

Y desapareció (1).

(1) *Mem. Biogr.*, V, 567.

1º DE ABRIL

## LA S. E. I. — EN LA NECRÓPOLIS TURINESA

### La "Società Editrice Internazionale"

¡1º de abril! Hoy llevo un mes de Italia. Cúmplese también hoy un nuevo aniversario de la Canonización de Don Bosco. Le agradezco a María Auxiliadora, en cuyo altar logro decir misa, la apoteosis aquella de la Pascua inolvidable.

Me dispongo a emplear la mañana en visitar las instalaciones de la SEI o Sociedad Editora Internacional. Tanto me lo han recomendado los Superiores, que no quiero exponerme a quedar corrido, cuando, en la primera ocasión, me pregunten si he ido ya.

La SEI es una casa editora de primer orden, con filiales en Milán, Génova, Parma, Roma y Catania. Su grande y bello edificio, de algunos altos, nace en la Plaza de María Auxiliadora, corre por la calle homónima hacia el Paseo de la Reina Margarita y tuerce allí a la izquierda. Se ha levantado en terrenos que ocupó en parte el Oratorio nómada o peregrino de Don Bosco, cuando se iba acercando a su asiento estable.

Me dirijo al despacho del director, el Comendador José Caccia, que es un coadjutor salesiano muy culto. Conocido mi propósito, me ruega escoja otro día pues desea acompañarme él personalmente y, en ese momento, le es forzoso ausentarse. Le agradezco mucho la deferencia, pero



yo debo aprovechar la oportunidad, que ignoro si se presentará de nuevo. Entonces ordena a un empleado me acompañe por todas las secciones del establecimiento.

No me propongo describirlas una por una, ni mucho menos. Es suficiente declarar que todo: oficinas, talleres de imprenta, tipografía y encuadernación y los vastos almacenes brillan por el orden, higiene, modernidad de muebles, máquinas e instrumentos, que dan la máxima eficiencia a la labor desplegada por los centenares de empleados y obreros, que allí cooperan a la difusión de la cultura y al apostolado religioso.

Para apreciar la inmensa obra de cultura y evangelización desarrollada por la SEI, basta recorrer los amplios salones, cuyos anaqueles muestran ejemplares de las obras editadas allí. Todas las disciplinas allí figuran, tratadas por escritores de probada competencia. Los diversos idiomas extranjeros, y sobre todo los clásicos, asisten en profusión espléndida. La literatura narrativa, amena o de creación, y moralmente intachable, cuenta con innumerables títulos. Los libros didácticos que llevan el sello de la SEI, corren por todas las escuelas de Italia. ¿Y qué decir de la producción de carácter religioso, ascético, teológico, apologético, jurídico? Difícilmente se hallará otra editorial italiana más abastecida que esta en ese renglón. ¡Qué hermosas las revistas que salen de sus prensas!

Y con la calidad moral, literaria y científica de estas ediciones, corren parejas la excelencia del material empleado, la pulida presentación tipográfica, la abundancia y nitidez de las ilustraciones —cuando las hay—, y la solidez y elegancia de la encuadernación. ¿Y las ediciones de lujo? Son un primor.

## Apóstol del libro

¡Qué satisfecho no ha de estar con obra tan eximia —completada con la no menos perfecta de Bequi, a que me referí con anterioridad— el infatigable apóstol de la pluma y de la difusión del buen libro, Don Bosco! No contento con escribir él mismo, en horas de la noche, artículos para periódicos, opúsculos apologéticos, libros de historia, biografías, narraciones morales, diálogos y hasta sencillos dramas, supo estimular la actividad intelectual de amigos y alumnos. Fundó así las *Lecturas Católicas,* que prosiguen hoy sumando títulos, en varios idiomas, a los centenares que él dejó al morir; la *Selección de escritores latinos,* con la sección de *Escritores Latinos Cristianos,* y la *Biblioteca de la Juventud,* que, en más de 200 tomos, publicó las mejores obras de los clásicos italianos.

No descansó Don Bosco hasta instalar en su casa, para mayor independencia y economía, talleres gráficos propios. Ni se anduvo en chiquitas para dotarlos de las mejores máquinas de su tiempo. Llegó hasta a implantar una fábrica de papel en Mathi, cerca de Turín.

Cuando en 1884 se celebró la Exposición Nacional de Turín, Don Bosco participó ampliamente, y su sección de artes gráficas —que ocupaba un entero pabellón de 55 metros por 20— fue una de las que más llamaron la atención, y le mereció unánimes elogios de la prensa. Sin embargo, el Jurado, constituido por masones, adjudicó a Don Bosco un premio inferior al que merecía, evidentemente injusto, como lo hicieron resaltar los diarios libres de Turín, Génova, Nápoles, Módena, etc., los cuales reclamaron para él el gran Diploma de Honor, por su inmensa labor cultural, profesional y artística (1).

El joven sacerdote Aquiles Ratti —futuro Pío XI—

(1) *Mem. Biogr.,* XVII, 243; XVIII, 481.



en la visita que realizó en 1883 al Oratorio, llevaba como propósito estudiar la organización del Instituto y especialmente los talleres gráficos. Cuando don Aquiles expresó su admiración por lo que había visto, el Santo declaró:

—En estas cosas, don Bosco anhela siempre marchar a la vanguardia del progreso.

Y esto lo recordaba el Sumo Pontífice, en oración inolvidable, ante ingente muchedumbre, después de haber dicho que, en el apostolado del libro "se reveló el primer movimiento, la primera expresión del poderoso ingenio de Don Bosco", y que "las obras de propaganda y de producción libresca fueron sus predilectas" (1). Es que nadie comprendía mejor que él la eficacia poco menos que omnipotente de la prensa.

¿Cómo, pues, no habrá de bendecir desde el Cielo empresas como esta llamada a continuar y perpetuar un apostolado de su predilección?

## Un monumento a Moisés

Muy oportuno cae aquí el recuerdo con que el P. Giraudi cierra el hermoso capítulo sobre la SEI (2):

Un día Don Bosco, cruzando la actual Plaza de María Auxiliadora, por los días en que se daba término a las obras del Santuario, expresó al P. Juan Garino, que lo acompañaba:

—Aquí en el centro, me agradaría levantar un monumento que representara a Moisés en actitud de golpear con su vara la peña, y a esta despidiendo un chorro de agua que fuese recibida en un gran cuenco o taza (3).

Comenta el P. Giraudi: "En cambio, el amor y gratitud de los hijos levantó en el centro de la Plaza el mo-

(1) *M. B.,* XIX, 322.
(2) F. Giraudi, *L'Oratorio di D. Bosco,* p. 353.
(3) *Mem. Biogr.,* IX, 207.

numento a Don Bosco, nuevo Moisés, que del corazón de sus jóvenes supo hacer brotar inmensos tesoros de virtud. Pero no falta el manantial deseado por Don Bosco: fluyó él, junto a su monumento, de los guijarros desaparecidos hoy bajo la casa de la Sociedad Editora Internacional: cada máquina de este grandioso establecimiento editorial es un venero de agua viva que, a millaradas, esparce volúmenes en las escuelas y en los hogares, donde hay tanto anhelo de conocer, de saber, de nutrirse y de apagar la sed en las dulces y claras linfas que el buen libro vierte en las almas.

"Don Bosco, que tanto amó el libro y que tantos escribió, desde lo alto de su pedestal, delante del airoso edificio de la SEI, contempla y sonríe.

"En la *serenidad* de la mirada paterna y en la *luz* de su sonrisa, la SEI recoge su programa y el generoso lema: *Serenant Et Illuminant.*"

Este lema es como una explicación de la sigla SEI, y entiende significar que los libros de esa casa editora *serenan,* apaciguan las pasiones y, a la par, *iluminan* los espíritus, alumbran sus senderos.

## Homenaje a los hermanos idos

Es mi hora de la salida vespertina. Voy al Cementerio.

¡De cuántos hijos de Don Bosco, allá en el Plata nos contó la fama prodigios de virtud y de trabajo! ¡Cuánto me habría complacido conocerlos personalmente! Pues si eso no he logrado, he de tributar siquiera la demostración de culto y cariño a sus restos mortales, deshojando la flor de una plegaria sobre la tierra que piadosamente los cobija. Y allá voy.

Poco después de cruzar el Dora, afluente del Po, empiezan a divisarse las cruces, prismas y cupulilllas que ya a distancia anuncian la ciudad de los que se han ido.



Ya estoy dentro. Me descubro. Voy dispuesto a no distraerme en la apreciación artística de sepulcros y mausoleos, lo que amenguaría mi homenaje. Sólo me detengo a rezar un *deprofundis* ante la gran Cruz de la plazoleta central.

Con las instrucciones que me han dado, logro llegar —aunque nó sin algún trabajo— al panteón de la familia salesiana. La capilla no es, por cierto, tan grande y elevada como la nuestra de la Chacarita; quizá sea de mayor capacidad la cripta que guarda los féretros. Allí duermen en la paz del Señor los despojos de muchos hermanos, grandes hermanos. Me postro y rezo. Lo hago también en representación de los salesianos argentinos.

La hora serena, el Sol ya declinante, la quietud solemne, y más en este ángulo recatado, inundan el espíritu de inefable emoción.

Cuando me levanto, diviso en un hueco del muro que corre delante de la capilla como límite de una sección del camposanto, una gran lápida de mármol, en que se han esculpido los nombres de los salesianos que reposan en ese panteón y de los que, antes de adquirirse ese dormitorio común, están en otras parcelas del mismo cementerio. A muchos los he recordado ya; otros, de quienes ignoraba que hubiesen fallecido en Turín, reviven ahora en mi memoria. Voy leyendo los nombres y deteniéndome en los más conocidos:

## Nombres ilustres

*Juan B. Bonetti,* benemérito autor de los preciosos *Cinco lustros de historia del Oratorio de Turín* y director espiritual de la Sociedad.

*Antonio Sala,* consejero y ecónomo general.

*Domingo Belmonte,* uno de los primeros prefectos generales.

*Celestino Durando,* el docto humanista, cuyos diccionarios manejan todavía los estudiantes de humanidades.

*Juan B. Lemoyne,* confidente del Padre Fundador, autor amenísimo de los diez primeros volúmenes de las *Memorias biográficas* de Don Bosco, biógrafo de Mamá Margarita, poeta delicado, dramático fecundo.

*Julio Barberis,* el maestro de novicios ideal, según el espíritu del Santo, quien hubo de declarar un día: "Don Barberis ha comprendido a Don Bosco" (1), y egregio Director Espiritual General, que nos legó el *Vademécum,* áureo tratado de ascética domboscana.

*Juan Bautista Francesia,* uno de los más ilustres latinistas italianos modernos, comentador de clásicos, poeta de gusto exquisito, biógrafo, dramático feliz de los escenarios salesianos y último sobreviviente de los primeros hijos del Santo.

*Felipe Rinaldi,* el tercer Sucesor de Don Bosco, de vida tan sencilla, que nadie había pensado jamás que daría tarea a las Congregaciones Romanas por la profusión de hechos extraordinarios que empiezan a atribuirse a su intercesión.

*José Dogliani,* el coadjutor modesto, ilustre compositor, formador incomparable de bandas y coros que nada han tenido que envidiar a los mejores de su tiempo. Lo conocí en Bernal en 1900, cuando fue a Buenos Aires para dirigir los coros en las fiestas con que se celebró el primer Jubileo de la llegada de los salesianos a la Argentina; nos dio allá algunas lecciones de canto gregoriano, estrenó el órgano y, sobre todo, nos edificó con su humildad y observancia.

*Joaquín Berto,* el acucioso secretario y paciente compañero del Santo en sus laboriosas andanzas. Un día de

(1) *Mem. Biogr.,* XII, 38.



1880, después de una de estas, le dijo cariñosamente Don Bosco:

—Berto, ¿qué te agradaría hiciese yo por ti, para retribuir todo lo que tú haces por el pobre Don Bosco y tantas filiales atenciones de que lo rodeas?

—¡Oh Don Bosco! —contestóle él—. Más que pagado ya estoy con el vivo placer que experimento en ayudarlo como sé y puedo. Si algo me apena es no poder serle útil en mayor grado, como usted merecería y yo desearía.

Mirólo el Santo sonriente, y luego expresó:

—Mira, hijo: cree que Don Bosco te quiere como a las niñas de sus ojos. Y cuando llegue al Cielo, según espero, si el Señor deja a mi lado un lugarcito para que de él disponga a sabor, ese lugarcito será para ti (1).

¡Qué feliz no estará ahora el P. Berto junto a Don Bosco, cual secretario para siempre!

*Carlos Viglietti,* otro de los secretarios de Don Bosco, escritor de pluma vivaz y elegante.

*José Bertello, Clemente Bretto, Bartolomé Fascie,* miembros del Capítulo Superior.

*Pedro Enria,* el coadjutor ejemplar de los tiempos heroicos, émulo de José Buzzetti.

*Juan Garino,* eximio helenista.

*Francisco Paglia,* brillante apologista de su tiempo en *La ragione guida alla fede.*

Monseñor *Juan Marenco,* Procurador General en Roma, Obispo de Massa Carrara y Nuncio Apostólico en Centroamérica.

*Juan Pagella,* organista eminente, compositor fecundo de partituras ricas de originalidad, distinción y brillantez.

*Marcos Nassó,* profesor de Valsálice, notable matemático, dechado de ingenio y virtud.

(1) *M. B.,* XIV, 468.

*Luis Piscetta,* tan exiguo de cuerpo como grande de espíritu, teólogo eminente.

*Ángel Lago,* secretario de don Rúa, que murió en concepto de rara santidad.

*Miguel Borghino,* espíritu fogoso y emprendedor en las horas primeras y difíciles de la Bahía Blanca de casi setenta años atrás.

*Miguel Tonelli,* cuyo recuerdo bendicen aún en Buenos Aires los emigrantes italianos.

*Pablo Ubaldi,* otro doctísimo helenista, catedrático de varias universidades. En junio de 1885, para la academia del día onomástico de Don Bosco, el pequeño Ubaldi, de 4º año secundario leyó un saludo en griego que había compuesto él mismo. Fue después a besarle la diestra al Santo, quien le dijo: "¡Oh, el grecista! Te haremos luego profesor universitario". Y fue profecía (1).

*Miguel Unia,* el preclaro apóstol de los leprosos de Agua de Dios en Colombia, cuya vocación nació de una rara confesión, que por él hizo el mismo Don Bosco: sin dejarle hablar, empezó éste a enunciarle todos los pecados que había cometido hasta los 27 años, que entonces tenía, agregando el número, especie y circunstancias de cada uno. Fuera de sí por el estupor, le pregunta el penitente: "Pero ¿cómo ha sabido usted todas esas cosas?" Y en respuesta, añadió el Santo: "¡Ah, hijo! Sé aún otras: un domingo estabas en el coro de la iglesia de tu pueblo. A tu lado un compañero dormía con la boca abierta. Al advertirlo tú, tomando la más gorda de las ciruelas que llevabas en el bolsillo, se la metiste en la boca, de modo que el muchacho, sintiéndose sofocado, se levantó y echó a correr de uno a otro lado pidiendo socorro. Fue tal el alboroto, que hubo de suspenderse el canto. Pero, mira: aquel pecado no necesita penitencia; te la proporcionó tu

(1) *M. B.*, XV, 305.



primo sacerdote con media docena de sonoras bofetadas. ¿Te acuerdas?" ¡Vaya si se acordaba! Eso bastó para disipar las vacilaciones que lo angustiaban y determinarlo a seguir a Don Bosco y vivir con él para siempre (1).

En las tumbas de sus respectivas familias, están sepultados: el Conde *Carlos Cays,* a quien ya conocemos por otro hecho maravilloso que decidió su vocación, y el P. *Francisco Dalmazzo,* aquel muchacho de la multiplicación de los panes (2), después Procurador General y, por último, mártir de la santidad sacerdotal.

¡Qué sarta de gemas deslumbrantes para la corona del inmortal Patriarca! ¡Qué brazos membrudos para la actividad del Apóstol! ¡Qué mentes preclaras para las concepciones del Genio! Maestros, teólogos, filósofos, artistas, escritores, conductores, pero, en primer término, padres conspicuos, varones piadosos, salesianos ejemplares, que, bebiendo en la fuente genuina el gallardo espíritu del Fundador, emularon sus apostólicas proezas y multiplicaron los blasones del humilde hogar primitivo. Noblemente altivos de vosotros, os lo agradecemos, los que marchamos detrás. Vivid siempre en nuestra memoria, como lábaros de luz que nos señalan el camino del triunfo.

Se escucha ahora el lento són de un bronce. Toca a retirada. Arrojo sobre el lugar querido la postrera oración, y me dejo con el alma henchida de admiración y de ternura.

Con el tranvía nº 12 voy hasta el centro de la ciudad bulliciosa, huérfana de tantas insignes figuras como acabo de evocar. Entro en la iglesia de Santo Tomás, y asisto a la bendición que Su Divina Majestad imparte en ese momento a los fieles.

(1) *M. B.*, XV, 570.
(2) V. pág. 191.

2 DE ABRIL:

## DOMINGO DE RAMOS EN VALDOCO. LA CROCETTA. ASCÉTICA DOMBOSCANA

### Palmas y hosannas

Asisto en la Basílica de María Auxiliadora, desde la tribuna frontera a la de la *Schola Cantórum*, a la función litúrgica del día. Pocas catedrales, por cierto, podrán darse el lujo de disponer de tanto personal para las ceremonias y de una masa coral tan nutrida y ducha como esta.

Es admirable la precisión del clero de niños en los complicados movimientos de esta función. La procesión con las palmas, al suave compás de los himnos de júbilo y alegres hosannas trasporta al momento histórico de la entrada triunfal de Cristo en la ciudad de David. El canto impecable, en forma de vivaz diálogo, de la Pasión del Señor, con el tradicional aparato de rudimentaria representación escénica, hace revivir los pasos conmovedores de la divina tragedia.

### Los monaguillos

¡Qué porte atrayente, mezcla de gravedad y soltura, en el clero de alumnos, esa genial creación de Don Bosco, que tanto contribuye a solemnizar los actos de la liturgia! ¡Qué arbitrio más atinado para cautivar la atención versátil de la gente menuda y acendrar su piedad con esmerada



educación litúrgica! Para el público, que los sigue con curiosidad, es una predicación viviente (1).

¿Y quién diría que esos monaguillos tan formales, de manos juntas y ojos entornados y abatidos y andar circunspecto, como de un coro de graves canónigos, son los chiquillos que, antes de la función, en el recreo, revoltosos avispados, eran un azogue y hasta la piel del diablo? ¡Prodigios de la educación, que los amolda a las diversas circunstancias! ¡Secretos de la paciencia y del amor que los educan!

### La escolanía musical

Para los cantores y su director el P. Luis Lasagna ningún elogio sería excesivo. Con la cabal disciplina de estos elementos, con sus voces tan pulidas y ágiles que se amalgaman perfectamente en un conjunto homogéneo, con la docilidad para los matices que les reclama la exigente batuta, puede este coro triunfar en la ejecución de cualquier laberinto y primor de la polifonía.

Y no es poco admirable también la soltura y afinación con que a las veces la masa de más de 700 alumnos alterna con los escolanos.

Es el fruto exquisito de otra creación de Don Bosco: la educación de coros de niños. Él inició el método. Con su coro juvenil acudió a dar realce a las funciones sagradas de muchas iglesias de Turín. Para todos fuè grata novedad. La crítica la encomió. Grandes maestros de entonces concurrieron a Valdoco a presenciar las prácticas de Don Bosco, y estos coros empezaron a surgir en otras partes con disímil fortuna (2).

Las ocupaciones, claro está, no le permitieron al Santo

(1) *M. B.*, V, 788.
(2) *M. B.*, II, 561; III, 145, 149.

proseguir en esa tarea; pero tuvo excelentes discípulos que lo entendieron y reemplazaron: el clérigo Cagliero, compositor eximio en quien nadie advertía la pasta del futuro cardenal; el coadjutor José Dogliani, a quien sólo la muerte le arrebató de las manos la batuta, recogida por el joven sacerdote que la empuña ahora.

En Roma, siguiendo la misma escuela, obró iguales prodigios el maestro salesiano P. Rafael Antoliséi, cuyo coro más de una vez fue llamado a colaborar con las famosas capillas vaticanas.

Harto conocidos son los coros que en nuestro país inició el P. Santiago Costamagna y perfeccionaron los maestros PP. Aquiles Pedrolini, Magín Blanco y Francisco Zaninetti, para no mencionar sino a los ya desaparecidos, que cosecharon los primeros laureles que han ido multiplicándose en brillante serie de conciertos religiosos y profanos. Lo mismo cabría afirmar de otras naciones.

Pero ¿a dónde me ha arrastrado la digresión? Perdónenme los lectores.

Acabada la brillante ceremonia, encontré al P. Lasagna y mucho me halagó poder presentarle mis humildes, pero cálidas felicitaciones, lo mismo que al maduro coadjutor Enrique Scarzanella, otro egregio compositor, que coadyuva eficazmente al primero como diestro organista.

## A la Crocetta

Para la tarde tengo ya programa. Un joven sacerdote argentino del Pontificio Ateneo Salesiano viene a Valdoco para acompañarme a la *Crocetta*.

—¿Cómo se va hasta allá? — pregunto.

—Hay un tranvía que nos llevaría muy bien; pero no sé si será de su agrado recorrer algunas cuadras a pie, para ir a tomarlo.

—¡Oh, muy bien! Me agrada andar a pie; se conoce



mejor la ciudad; usted se detiene donde se le antoja... Vamos, pues, a buscar ese tranvía.

En el trayecto, pasamos junto a una iglesia.

—¿Qué templo es este?

—El de San Dalmazzo. Se lo frecuenta bastante.

Entramos. Me llaman la atención unos lienzos.

—¡Pero si estos son los mismos que adornan el retablo del altar mayor en nuestra Basílica de San Carlos de Buenos Aires! ¿No recuerda?

—Es verdad.

—Deben de ser de Reffo... Sí, esa es la firma. ¿Cuáles serán los primitivos? ¿Estos o aquellos?

—Para mí son estos, y aquellos, una copia del mismo Reffo.

Ya afuera, a pocos pasos, en la misma calle de Garibaldi, otra iglesia.

—Es la de los Santos Mártires —me explica el compañero—. Es de los Padres Jesuítas, y de las más estimadas de Turín. Fue construída a fines del siglo XVI.

—Hagamos una breve visita.

El interior es, en verdad, de ornamentación pomposa. La construcción se atribuye al arquitecto Tibaldi o Pellegrino de Bolonia.

— . —

Subimos ya al tranvía. A poco andar, entramos en la zona moderna de la ciudad, de trazado regular, de anchas avenidas profusamente arboladas, con bellos edificios de varios pisos a una y otra mano; se suceden también las plazas. Aquí triunfan el aire y la luz: la alegría.

Descendemos en la *vía Caboto*. Caminamos hasta el Nº 27.

—Aquel, Padre, es el Instituto Internacional de San Juan Bosco.

—No parece, al mirarlo de aquí, que fuera asiento de la actividad intelectual que dicen.

—Funciona en él el Pontificio Ateneo Salesiano, en las Facultades de Teología y Derecho Canónico. Ya habrá visitado usted las otras, ¿verdad, Padre?

—Sí, en Rebaudengo. ¿De modo que también esto es internacional?

—Sí, hay aquí estudiantes salesianos de más de veinte naciones de los diversos continentes.

Ya estamos dentro. La comunidad está en la capilla interna. Acaban de cantar las Vísperas. Llegamos a tiempo para recibir la Bendición Eucarística.

A la salida —¿cómo lo habrán sabido ya?—, me esperan los argentinos. Encontrarse con compatriotas, lejos de la patria, es sentir una emoción que sólo puede valorarla el que la ha experimentado: es casi como encontrarse, después de una larga ausencia, con miembros queridos de la familia; revive el calor del fogón hogareño. Y más cuando no faltan los que fueron alumnos en sus años de Bernal.

A los argentinos se unen luego los de la misma habla, que forja hermanos también: uruguayos, venezolanos, peruanos...

Saludo al R. P. Eugenio Valentini, director del Instituto y a algunos profesores. Luego me llevan a curiosearlo todo: el salón de estudio, la bien nutrida biblioteca, las aulas, el interesante Museo Bíblico, los dormitorios... En una sala, hay algunos clérigos enfrascados en libros y papeles.

—Estos —me informan— preparan sus tesis para el doctorado. Hasta los recreos abrevian para eso.

En el comedor, hay una radio en función; en derredor, un grupo numeroso de clérigos. Están trasmitiendo un partido internacional de fútbol.

—No sólo en la Argentina —observo— tiene devotos ese deporte.



—¡*Tutto il mondo é paese!* — exclama uno de los que me acompañan.

—En todas partes cuecen habas —traduce otro—, y en mi casa...

En una salita, veo un retrato que cuelga de la pared.

—¡Oh! —exclamo—. ¿No es ese el P. Adolfo Törnquist?

—El mismo, Padre.

—¿Y cómo está aquí ese ilustre argentino?

—Porque ha sido bienhechor insigne del Instituto.

—Está muy bien: nobleza obliga.

—¿Y qué le parece este otro cuadro? — me pregunta uno de los acompañantes, señalando un Don Bosco en el muro opuesto.

—¡Oh! ¡Don Bosco vivo y a punto de hablar!... ¡Qué perfección y finura en el dibujo! ¡Qué maravilla de tonos!... ¿De quién es esa joya?

—De un eximio pintor lombardo, el mismo que diseñó la maravillosa puerta principal que tiene hoy la catedral de Milán: Ludovico Poliaghi.

—¿Es original o copia?

—Original, Padre. Un ilustre crítico, al verlo, afirmó que, si algún día el Instituto estuviere a punto de ser subastado, este lienzo lo podría salvar de la enajenación.

—¡Zambomba! —exclamaría un andaluz que yo conozco—.

Mientras descendemos, digo para mí: ¡Ojalá nuestras almas reproduzcan con tanta perfección la imagen moral de nuestro gran Padre!

Cuando llegamos al pie de la escalera, un sacerdote viene hacia donde nosotros estamos.

—Ahí tiene, Padre —me dicen en voz queda—, al Rector magnífico del Ateneo.

—¿El P. Andrés Gennaro? No me perderé la honra de saludarlo.

Y con respetuosa efusión estrecho la diestra al celebrado teólogo, en cuyos excelentes libros se ahogaron mis dudas tantas veces.

Veo, por último, los anchurosos patios, característicos de toda Casa salesiana: en uno se divierten varios estudiantes con un balón, mientras otros ofician de tribuna. Y no faltan los "hinchas".

Hay otro patio para los niños del Oratorio Festivo anexo. Los atienden los clérigos, máxime los domingos y fiestas, como distracción de sus pesados estudios y para no olvidar el apostolado que ya deben de haber ejercido y el que les espera al abandonar el Instituto.

La hora avanzada aconseja la despedida, que es muy cordial. Formulo votos. Ellos me confían saludos y recuerdos para los superiores y compañeros que, desde la tierruca, los acompañan con afectuoso interés. Por otra parte, confío en verlos nuevamente, siquiera en Valdoco, donde quedaré algún tiempo todavía.

—¡Adiós! ¡Adiós!

—No estudien demasiado. Cuiden la salud, que los espera allá mucho trabajo... Siempre alegres. ¡Adiós!

Acabo de conocer la tan mentada *Crocetta,* de donde salieron legiones de salesianos, perfectamente pertrechados con las armas de la ciencia divina, expertos en Cánones, Teología, Sagrada Escritura, Música Sagrada, Liturgia... ¡A cuántos, en la Argentina, escuché hablar con veneración y amor de los eximios profesores que aquí tuvieron! Varios de ellos se han ido ya al Cielo; el P. Eugenio Vismara, liturgista de nota; el P. Juan Grosso, gregorianista de primer orden; los PP. Caviglia, Barberis, Nigra, etc.



## Venero de ascética domboscana

La fuente continúa manando raudales de frescura.

Acabada la cena, me ataja el P. Secretario del Rdmo. Rector Mayor, diciéndome:

—El Rdmo. P. Ricaldone me ha ordenado que le entregue esto —y me alarga un respetable paquete, agregando—: son sus obras. Falta un volumen, el tercero, sobre la Fe, que no se ha publicado aún.

—Pero ¿son para mí? ¿No habrá usted entendido mal?

—Nó, Padre. Y, además, esta reliquia, que, según añadió, se la había prometido.

—De esto, sí, estoy seguro. Crea usted que tanta bondad me confunde... Un millón de gracias a él, y otras a usted.

Subo a mi cuarto a depositar el tesoro.

Sí, rico tesoro son estos siete volúmenes, que la Librería de la Doctrina Cristiana de Bequi ha impreso, dando a la colección el título general de *Formación salesiana;* la componen hasta ahora dos series: la primera, de cinco volúmenes, son magníficos tratados sobre los votos religiosos y las virtudes teologales; de la segunda, han aparecido tres títulos: los dos primeros son del P. Ceria, y el otro, del P. Ricaldone.

Tengo en mis manos una riqueza inapreciable. Explanada con método magistral y estilo cautivador, poseo en estas doctas páginas gran parte de la ascética salesiana y, más precisamente, domboscana. Mucho de esto lo conozco ya: nos lo ha ido anticipando el Rdmo. Rector Mayor en estupendas circulares, que todos, al leerlas, calificaban ya de verdaderos tratados. Su mayor mérito, para nosotros, estriba en que quintaesencian el espíritu del Fundador, estudiado en todas sus dimensiones por quien posee la autoridad y capacidad máximas para ello.

El buen Padre, sin duda, habrá juzgado que tenía yo mucha necesidad de esta doctrina y, en su caridad, la ha puesto en mis manos, para que su lectura sea de provecho para mi alma. Dios lo quiera.

(Cuando escribo estas cuartillas, llega noticia de que ha aparecido ya el volumen que faltaba, sobre la Fe. Y más, de fuente autorizada sé que está próximo a ver la luz un voluminoso tratado sobre *Don Bosco Educador* o *Su sistema educativo*. Todos lo esperan ansiosamente. Se cree que será algo insuperable. ¿No es milagro de Dios que, a los años del P. Ricaldone, que ha cruzado la frontera de los ochenta, se escriba tan sustanciosa, bella y frescamente como él lo hace?) (1).

(1) Mientras estos originales van a la linotipia, llegan a Buenos Aires los dos tomos de *Don Bosco educatore;* el primero tuvo la satisfacción de verlo impreso y encuadernado el ilustre autor; el segundo nó; de él sólo alcanzó a revisar las pruebas estando ya en cama con la enfermedad que lo llevó a la tumba el 25 de noviembre de 1951. Téngalo ya Dios en su santa gloria a este dignísimo Sucesor de San Juan Bosco.

3 DE ABRIL:

## BOLLENGO. IVREA. MONTALENGHE. FOLLIZO. SAN BENIGNO CANAVESE

**El hombre propone...**

Era mi propósito ir hoy a Lanzo. Inconvenientes de último momento se me atravesaron en el camino. ¡Paciencia! *Quod differtur non auffertur* canta la máxima latina: lo que se difiere, no se suprime. Será otro día.

Y ahora ¿qué hacer? Traer a hoy lo de mañana. Pero para eso, se necesita el automóvil, que debía haber gestionado con tiempo. No obstante, ¿qué cuesta averiguar?

Me voy al buen P. Giraudi, y le expongo:

—Tengo planeado visitar hoy las históricas casas de San Benigno, Ivrea y Follizo.

—Optima idea.

—Pero, Padre, ¿no podría facilitarnos la "máquina"?

Temí verle arrugar el entrecejo. Me he equivocado de medio a medio. Me dice sencillamente:

—Voy a averiguar si no está ya a disposición de algún otro. Si nó, la tendrás tú. Y en tal caso, aprovecha para llegarte también hasta Bollengo. ¿Con quién irías?

—Con el P. Luis Tust y el hermano Spinardi, dos buenos trabajadores de la Patagonia.

—Está muy bien. Ya te avisaré.

—Dios se lo pague, Padre.

Pocos minutos después, sabemos que a las 9 el automóvil estará a nuestras órdenes.

## Hacia los Alpes: castillo y colmena

A las 9, los tres compañeros de excursión nos acomodamos en el *Fíat* de marras. Me siento junto al conductor ya conocido, que nos hará de amable cicerone.

Vamos ahora hacia el noreste de la ciudad. Tomamos la hermosa carretera que conduce a Milán; pero sólo la seguimos hasta Quivasso; de allí, torcemos rumbo al norte.

La mañana está encantadora: templada, trasparente. Delante y a la izquierda, los Alpes, envueltos aún en tenue neblina. Vamos dejando atrás las poblaciones de Séttimo, Aglié, Caluso, Mercenasco, Strambino, el puente romano de Quiusella. Un lago acrece variedad a la hermosura del paisaje. Divisamos la *Serra* con la atractiva ciudad de Ivrea, a la cual tornaremos después, y otras villas graciosamente esparcidas en las alturas que se nos han ido acercando.

Casi sin advertirlo, vamos subiendo. De súbito, nos dice el chofer señalando una construcción del repecho:

—Allá está el Instituto Salesiano, Eso es Bollengo. Hubo allí un castillo, que se conserva en parte.

El coche, pequeño, mas vigoroso, asciende zigzagueando, y al fin se detiene. Simultáneamente, a todo correr, han llegado allí unos clérigos. Han reconocido al *Fíat* del Rector Mayor. Sin duda, ahora sufren una desilusión: esperaban saludar al menos a algún Padre del Capítulo Superior, y, en cambio, se encuentran con tres desconocidos. Reaccionan pronto: son tres salesianos los que llegan, y basta. Cambiamos cordiales saludos.

Poco después, vemos adelantarse hacia nosotros un sacerdote pequeñito, que ya peina canas.

—El Padre Carrá —nos dicen—.

—¿El Padre Hermenegildo Carrá? ¿El que fue inspector en el Brasil?

—Y después en Portugal.



—¿Y nos visitó una vez en la Argentina?

El Padre había oído ya nuestro diálogo, y terció:

—Es verdad. ¿Son ustedes de la Argentina?... Bienvenidos, muy bienvenidos. Siéntense. ¿Se han desayunado ya?... Tomarán entonces una copita (un *"cicchetto"*) contra el mareo.

Como se ve, la gentileza en persona está delante. Lo enteramos de nuestro programa, y comprende que no nos demoraremos mucho allí, por lo que nos lleva a visitar la casa con las oportunas explicaciones.

Ese Instituto de San Anselmo para teólogos salesianos funciona sólo desde 1939. Cuenta actualmente con unos setenta estudiantes de varias inspectorías italianas. Allí tuvieron antes un colegio los jesuítas franceses, y después, los españoles —probablemente durante la guerra civil de estos—. Pasó después a manos de los hijos de Don Bosco.

Allí, con los de San Ignacio, estudió el que fue primer ministro francés, Bidault, y allí se hospedó el Rey de Bélgica, Alberto I.

Vemos varias dependencias del antiguo castillo, morada del famoso Conde Constantino Nigra, político, diplomático, filólogo y poeta. Y, en verdad, que el lugar es como para sentirse inspirado.

Desde un parapeto, nos hace gozar el P. Carrá de un panorama encantador: frente a los Alpes. A la izquierda, se descubre el valle de Aosta, paraíso de turistas. A lo lejos, en abanico, las cumbres de los gigantes alpinos: el Gran Paraíso, el monte Blanco, el Cervino y el Rosa, y justo en el medio, el Gran San Bernardo, que a la fantasía se le antoja soberbio escenario de dramáticas aventuras.

—¿Ven esa cruz? —nos advierte ahora el Padre, señalándonos una, trazada toscamente en el muro con dos trazos rojos—. La han pintado para indicar el punto pre-

ciso, desde donde, durante la última guerra, Mussolini presenció maniobras de sus ejércitos.

—Vemos, Padre, que viven ustedes entre recuerdos históricos.

—Y antes esas maravillosas hermosuras de Dios.

—¡Qué variedad de espectáculos les irá ofreciendo el sucederse de las estaciones!

Con sentimiento nos arrancamos de tan hechicero mirador, y envidiamos a los que aquí moran.

Antes de despedirnos, debemos apurar una jicarilla de café, que estaba ya aguardándonos. ¡Cómo agradecer tanta finura fraternal!

Entre los saludos de superiores y clérigos, el auto rompe la marcha cuesta abajo.

## Otro sitio de luenga historia

Y andando, andando, no se tarda en avistar a Ivrea.

—Se divisan tres torres, al parecer medievales.

—Sí, son las del castillo o fortaleza de Arduino, último Marqués del lugar y Rey de Italia a principios del siglo XI... ¿Ven aquella cúpula y un campanario? Son de la catedral —así nos va ilustrando el cicerone—.

—Celebramos saberlo. Lo ya sabido es que esta es la ciudad natal de Monseñor José Fietta, Nuncio Apostólico en Buenos Aires y gran amigo de Don Bosco.

¡Ivrea! ¡Cuántas veces se la nombra en la historia salesiana! Una de las primeras es cuando relata que aquí vino Don Bosco, todavía joven, a predicar una misión al pueblo, en la parroquia de San Salvador; eran cuatro sermones por día. Como si fuera poco, lo invitaron a predicar otros dos a los seminaristas, y aceptó: ya eran seis. En esto, enfermó el que predicaba a los internos del Colegio Cívico, y le rogaron a él quisiese suplirlo: otros dos sermones; total: ocho por día. Y el tiempo sobrante, y buena



porción de la noche, en el confesionario (1). ¡Qué ejemplo de resistencia en el trabajo, y celo por las almas! Era incansable. "Descansaremos en el paraíso", respondía a los que le instaban a no fatigarse.

El colegio salesiano de Ivrea está en el cuartel de San Antonio; nació en una propiedad de la madre de Monseñor Richelmy, obispo entonces (1892) de esta diócesis; quiso ella donarla a los salesianos. ¡Cuántos hijos de Don Bosco salieron de aquí a extender el reinado de Cristo por todo el mundo!

El nombre del colegio es muy simpático para los argentinos y más para los que son de la Patagonia, como mis dos compañeros: *Instituto Cardenal Cagliero.* ¡Qué más atinado que un eximio misionero para titular de una casa de aspirantes a las misiones! Son alrededor de 160 los que se preparan aquí para la vida heroica. Los vemos paseándose bajo los pórticos y en el patio. Están todos en silencio. Es que están de ejercicios espirituales. Así nos entera el P. Lorenzo Chiabotto, su director, gentilísimo con los huéspedes.

Llegamos casi a la hora del almuerzo. Nos agasajan cordialmente. El postre mejor nos lo sirve la cinta magnetofónica, haciéndonos escuchar una conversación interesantísima del P. Giraudi sobre el Beato Domingo Savio y el Oratorio de Valdoco de su tiempo.

Nos llevan a recorrer la casa, y luego al pedazo de tierra o colina que integra la propiedad. Vemos un sector rocalloso, que denominan, con un equívoco, *la Sassonia:* Sassonia es, en italiano, Sajonia de Alemania; pero, etimológicamente (proviene de "sasso", piedra), significa aquí lo que en español *pedregal* o *pedrera.* El trabajo tenaz de los muchachos ha hecho desaparecer en gran parte los enormes bloques de piedra que hubo en ese lugar.

(1) *M. B.*, III, 67.

Vamos subiendo. En lo más alto, surge un artístico templete del Sagrado Corazón de Jesús, que nos sorprende y embelesa. La vista que desde esta altura se descubre es deliciosa: la ciudad, el campo, las montañas, y a los pies, el colegio.

Nunca creí que Ivrea fuese tan hermosa. Pero, hermosa y todo, le decimos: ¡Adiós!

## Otro castillo y una obra de arte

—¿Y ahora? ¿A Follizo, nó? —preguntamos al conductor—.

—Si les parece, visitamos a Montalenghe. Lo tenemos de pasada — contesta él, mientras pone en movimiento el coche.

—¿Y qué hay en Montalenghe?

—El Instituto Salesiano de San Pedro, para niños huérfanos.

Está en sitio solitario. Se llega a él por senderos agrestes. El edificio es de pobre apariencia. También aquí los niños están de Ejercicios Espirituales; aprovechan sin duda la Semana Santa. Los predica un sacerdote ancianito, que nos sorprende hablándonos en español; estuvo en el Ecuador algunos años.

Como curiosidad, nos indican la colina. En su cumbre, se eleva un edificio que demuestra, no obstante los estragos del tiempo, aspecto señorial: fué residencia de unos condes. Visitamos los que debieron ser cómodos y lujosos aposentos, alegre sala de tertulia, comedor, biblioteca y hasta el recogido oratorio de los señores. Delante del expalacio se yergue bellísimo un árbol extraordinariamente frondoso y corpulento: nos dicen que es un cedro del Líbano. Dicen también que aquí suele venir el Rdmo. P. Ricaldone a descansar; su descanso es preparar alguna de sus magníficas circulares u otros escritos.



Los buenos hermanos no nos permiten salir sin que tomemos antes el café que nos han preparado en hermosos pocillos que pertenecieron a la vajilla condal.

Agradecemos la cordialidad, y partimos.

El núcleo del pueblo no tendrá más de 1000 habitantes.

Al ir saliendo, nos pregunta el cicerone:

—¿Quieren ver una rareza? —y pára el auto frente a uno de esos templetes de los caminos—. Vean esa obra de arte.

Dentro hay un cuadro rústico, que representa a San Juan Bosco, y de rodillas ante él ¿a quién diréis? ¡A Santo Domingo de Guzmán! Para el pintor lugareño, ¿qué son los anacronismos y las precedencias canónicas? Y ya me figuro el fervor con los aldeanos, sin parar en pelillos, se encomendarán a los dos santos, al pasar delante de ellos. ¡Cuánto en el Cielo no habrán reído la ocurrencia los dos bienaventurados!

Estos y otros alegres comentarios tejemos, mientras el *Fiat* va devorando camino.

## Un colegio predilecto de Don Rúa

Hénos aquí delante del Instituto de San Miguel, de Follizo. Lo fundó San Juan Bosco en 1886.

En el vestíbulo, mientras el portero da noticia de nuestra llegada al director R. P. Antonio Griggio, una lápida nos recuerda que "el Siervo de Dios P. Andrés Beltrami en esa casa nació a la vida salesiana (1886-1887, el mismo año de la fundación), ofreció los primeros frutos de su apostolado (1889-1891) y edificó a todos con ejemplos de virtudes heroicas..." Allí, el 4 de noviembre de 1886, con otros cien compañeros recibió el santo hábito de manos del Padre y Fundador. ¡Cómo aumentaba la familia!

En éstas, el P. Director viene a darnos cariñosa bienvenida. Entramos en la Dirección, y con profundo

respeto cuando él nos dice que en ese mismo local estuvo el dormitorio de Don Bosco y de su sucesor Don Rúa, cuando visitaban el Instituto.

De los dos cuerpos de edificios, el más reciente lo hizo construir Don Rúa; el otro ya existía cuando lo adquirió Don Bosco. ¡Cuántos salesianos, algunos también de la Argentina, cursaron allí la Sagrada Teología y tejieron su borla doctoral!

Ahora no es más que instituto filosófico. El Rdmo. Rector Mayor se ha interesado vivamente para que estos estudiantes no carezcan de ninguno de los adminículos más modernos indicados para profundizar esta disciplina. ¡Hay que ver la biblioteca y, sobre todo, los gabinetes de física, química e historia natural, de que se ufana con razón el Instituto!

También nos impresiona óptimamente el Oratorio Festivo anexo, con actividades ejemplares de su Acción Católica.

Antes que partamos, el P. Prefecto se empeña en agasajar a los huéspedes, y descorcha en su honor una botella de espumante y bullicioso Canelli.

Ahora sí, podemos afirmar con satisfacción que conocemos el afamado Colegio de Follizo, que se gloría de las predilecciones con que lo distinguió el Siervo de Dios Don Miguel Rúa.

## En el lugar de célebre abadía

Otro sitio de venerable antigüedad. La población de San Benigno Canavese oscila en torno de 2.500 habitantes.

Paramos ante la iglesia parroquial, soberbia construcción que perteneció a la célebre abadía de benedictinos de San Guillermo, donde el Rey Arduino dejó sus últimos días como penitente. El monasterio data de 1001; hubo época en que obedecían a su abad hasta 1.200 monjes. La torre, denominada de Arduino, imponente por la altura y corpulencia, es del siglo X.



Penetramos en el templo, que no tuvo poca ambición: el altar mayor quiere asemejarse al de San Pedro de Roma, y no le falta el estrellón que recuerde el de Bernini. En las capillas y en la sacristía hay cuadros estimados como de mucho precio artístico.

Las renombradas Escuelas Profesionales de Don Bosco funcionan en el casi decrépito caserón contiguo. Fue en otro tiempo seminario y, antes, monasterio, cuyo último abad fuè el Cardenal Víctor Amadeo Delle Lanze, que restauró y enriqueció mucho la iglesia y falleció en 1738. En 1877 fue declarado monumento nacional y cedido al municipio local. De este, pasó en 1879 a Don Bosco, que fundó las escuelas en que se formaron los mejores maestros de la artesanía salesiana, que de allí salieron para ir a dirigir otras escuelas del mismo género en Italia y otras naciones.

De entre los que fueron a nuestra patria, no puedo dejar de mencionar al inolvidable coadjutor don Carlos Conci, que por largos años dirigió la escuela de tipografía del Colegio Pío IX de Buenos Aires y, por el mismo tiempo presidió la Junta Central de los Círculos Católicos de Obreros de la República y fue el brazo derecho del Obispo de Temnos Monseñor Miguel de Andrea en Buenos Aires y del Cardenal Antonio Caggiano en Rosario, en los grandes movimientos sociales católicos del país. Con sus escritos y con su verbo ardoroso de tribuno, fuè el pregonero infatigable de la doctrina social de los Papas, para cuya difusión en las plazas y en las calles creó una escuela de brillantes oradores y agudos polemistas. Cuando se celebró en Ginebra el Congreso Internacional del Trabajo, fuè don Carlos elegido por el Gobierno de la Nación para representar a nuestra clase obrera, y a fe

que bien lucido fuè su desempeño. El catolicismo social del país está en deuda con él.

Otros alumnos notables nos envió San Benigno: el veterano coadjutor don José Torretti, hábil director del taller de electrotecnia del Colegio Pío IX; el notable escultor y decorador don Quintín Piana, que regaló a la Argentina valiosas obras artísticas, premiadas no pocas en concursos nacionales, y el eximio jefe de la escuela de mecánicos de la Institución Juan Segundo Fernández de San Isidro, don Francisco Berra, autor de apreciados manuales de su especialidad.

Hermosa es la capilla interna. Allí, el 20 de octubre de 1878 recibieron el hábito de manos de Don Bosco cincuenta novicios, entre los cuales estaban el Siervo de Dios Felipe Rinaldi, su tercer Sucesor, y Miguel Unia, el futuro Apóstol de los leprosos de Colombia.

Los locales son pobres y estrechos. El carácter de monumento nacional de que se ufana el edificio no permite a los salesianos emprender ninguna restauración ni adaptación a las necesidades crecientes de las Escuelas. A pesar de ello, trabajan aquí admirablemente, como podemos colegirlo del sinnúmero de trabajos prolijamente compuestos en los talleres-escuelas de mecánica, electrotecnia, escultura, carpintería y ebanistería. ¡Qué muebles! ¡Qué tallas! ¡Qué taraceas!

Presentamos férvidas congratulaciones al director del establecimiento, P. Donato Cucchi, cordial, decidor, generoso y partimos luego, porque la noche se nos echa encima.

El conductor y discreto cicerone tiene merecidos nuestro agradecimiento, y algo más...

—¡Qué día bien aprovechado! —exclama el P. Tust, cuando salimos del *Fiat*—.

—Es que Dios no hace las cosas a medias —sentencia el buen coadjutor Spinardi.

—*Gratias agamus Deo,* pues.



—¿Y mañana? —pregunta el P. Tust.

—Como convinimos: lo que no pudo ser hoy: ¡a Lanzo! Con el tren de las 7 y 43. Lástima que no pueda acompañarnos usted también.

—Lo siento yo más que usted; —dice el coadjutor—; no puedo faltar a un compromiso.

—Entonces, punto de cita: la portería, a las 7.

—Convenido. Hasta luego.

—Hasta luego.

4 DE ABRIL:

## LANZO: BELLEZAS Y REMEMBRANZAS HISTÓRICAS

### Excursión a Lanzo: las estaciones

No es hoy la Estación de *Porta Nuova,* sino la de la avenida de Julio César, frente a la iglesia de San Joaquín, seriamente castigada por la guerra, el punto de partida.

Ya estamos en el tren eléctrico y en excelente sitio de observación. Es un "tren carreta" como decimos los porteños para designar a los excesivamente lentos, porque, como este, paran en todas las estaciones.

Llegamos a una parada, y pregunto a mi compañero:
—¿Qué estación es esta?
—No lo sé —me responde.

Lo mismo sucede, al llegar a otra y otra. De modo que, en breve, estaremos en Lanzo, sin haber sabido por qué pueblos de nota hemos pasado. Es que aquí en Italia no veo la profusión, que hay en nuestro país, de letreros anunciadores de la próxima estación: a unos 100 metros antes de llegar, en los muros laterales y en el frente de la estación, muchas veces en sus faroles, y luego a otros 100 metros más allá de la estación, tenemos en la Argentina muy visible el nombre; además, cantan el de la próxima los guardas que cruzan el coche, y lo repiten al llegar el tren; de modo que, sólo el que de sueño está convertido en tronco, puede ir más allá de su meta. Aquí no hay nada de eso. A cada tierra, su uso. Lo cierto es que no viajo



muy tranquilo: "¿Será esta
bré pasado?", son pregunt
mente a mí mismo, por no
al vecino.

Por mera casualidad, p
viajeros que conversaban e
llegar a Mathi, nombre co
que Don Bosco tuvo una
casa para madres ancianas

Un poco más allá, cer
rril se hunde en la serra
arribar, se distingue en lo a
ficio, que todos conocen luego, pues un gran cartel que se lee desde el tren, lo pregona: *Collegio Convitto Don Bosco.* Se me antoja que la posición, con ese fondo soberbio de los Alpes, debe de ser envidiable. Y aquí bajamos.

### El pueblo de Lanzo

Para llegar allá arriba, vamos a cruzar el pueblo, que dicen tendrá unas 4.000 almas. Hay que ir subiendo. Entramos en la iglesia de la Santa Cruz que está en nuestro camino.

La calle que hemos tomado, zigzagueante y no muy ancha, está invadida de tiendas de todo género. Vocean mercancías. Circulan compradores y curiosos. Es el mercado o feria de los martes.

Preguntamos:

—Perdone: ¿Cómo se va a los salesianos?

—Por la *vía Don Bosco,* que es la próxima que se cruza con ésta. Doblen a la izquierda, y siempre adelante.

—Muchas gracias.

—Seguimos dócilmente la indicación. Damos con la *Vía Don Bosco* y subimos. A cierto punto parece interceptada por una torre imponente. Supimos luego que tiene

4 DE ABRIL:

## LANZO: BELLEZAS Y REMEMBRANZAS HISTÓRICAS

### Excursión a Lanzo: las estaciones

No es hoy la Estación de *Porta Nuova,* sino la de la avenida de Julio César, frente a la iglesia de San Joaquín, seriamente castigada por la guerra, el punto de partida.

Ya estamos en el tren eléctrico y en excelente sitio de observación. Es un "tren carreta" como decimos los porteños para designar a los excesivamente lentos, porque, como este, paran en todas las estaciones.

Llegamos a una parada, y pregunto a mi compañero:

—¿Qué estación es esta?

—No lo sé —me responde.

Lo mismo sucede, al llegar a otra y otra. De modo que, en breve, estaremos en Lanzo, sin haber sabido por qué pueblos de nota hemos pasado. Es que aquí en Italia no veo la profusión, que hay en nuestro país, de letreros anunciadores de la próxima estación: a unos 100 metros antes de llegar, en los muros laterales y en el frente de la estación, muchas veces en sus faroles, y luego a otros 100 metros más allá de la estación, tenemos en la Argentina muy visible el nombre; además, cantan el de la próxima los guardas que cruzan el coche, y lo repiten al llegar el tren; de modo que, sólo el que de sueño está convertido en tronco, puede ir más allá de su meta. Aquí no hay nada de eso. A cada tierra, su uso. Lo cierto es que no viajo



muy tranquilo: "¿Será esta mi estación?", "¿No me habré pasado?", son preguntas que me formulo continuamente a mí mismo, por no atreverme a molestar con ellas al vecino.

Por mera casualidad, por habérselo oído a uno de los viajeros que conversaban en alta voz, supe que íbamos a llegar a Mathi, nombre conocido porque es del lugar en que Don Bosco tuvo una fábrica de papel y fundó una casa para madres ancianas de sus salesianos.

Un poco más allá, cerca del punto en que el ferrocarril se hunde en la serranía, está Lanzo. Ya antes de arribar, se distingue en lo alto de una colina un vasto edificio, que todos conocen luego, pues un gran cartel que se lee desde el tren, lo pregona: *Collegio Convitto Don Bosco.* Se me antoja que la posición, con ese fondo soberbio de los Alpes, debe de ser envidiable. Y aquí bajamos.

### El pueblo de Lanzo

Para llegar allá arriba, vamos a cruzar el pueblo, que dicen tendrá unas 4.000 almas. Hay que ir subiendo. Entramos en la iglesia de la Santa Cruz que está en nuestro camino.

La calle que hemos tomado, zigzagueante y no muy ancha, está invadida de tiendas de todo género. Vocean mercancías. Circulan compradores y curiosos. Es el mercado o feria de los martes.

Preguntamos:

—Perdone: ¿Cómo se va a los salesianos?

—Por la *vía Don Bosco,* que es la próxima que se cruza con ésta. Doblen a la izquierda, y siempre adelante.

—Muchas gracias.

—Seguimos dócilmente la indicación. Damos con la *Vía Don Bosco* y subimos. A cierto punto parece interceptada por una torre imponente. Supimos luego que tiene

sus años: es del siglo XIII; era parte integrante de las murallas de la primitiva ciudad medieval. La planta baja, abierta como galería con arcos, permite pasar y seguir hacia arriba. Vamos viendo a uno y otro lado calles torcidas y angostas, con casas viejas de construcción singular. Una iglesia atestigua en la fachada y los muros las injurias de algunos siglos: es la de Santa María. De un edificio de mayor apariencia y dimensiones, nos aseguran que fué palacio de los Estes. Más allá, una construcción más reciente cobija los establecimientos de beneficencia que fundó el Siervo de Dios Federico Albert, amigo de Don Bosco; visitamos la hermosa capilla que guarda su sepulcro, y oramos.

Casi enfrente está la iglesia parroquial con su fiel campanario, y unos pasos más allá, la puerta sobre cuyo dintel la imagen sonriente de Don Bosco nos indica que allí está el Colegio Salesiano. Fué el segundo que fundó fuera de Turín, y le dio el nombre de San Felipe Neri, por la viva devoción que profesaba al santo Apóstol de la juventud romana. Fue en 1864.

## El histórico instituto

Entramos. Profundo silencio: los alumnos están de vacaciones: jardín sin trinos de aves, sin murmurio de fuente. Que fué jardín, y floridísimo, lo dice con elocuencia la lápida, que hay bajo el pórtico junto a la entrada y que, mientras el portero ha ido por el P. Director, vertimos del elegante latín del P. Francesia:

*"Andés Beltrami, nacido en Omegna de la provin-*
*" cia de Novara, alumno de este Colegio durante tres*
*" años, cultivó su dócil ingenio con el estudio de las*
*" letras, y, aventajando a sus iguales, resplandeció,*
*" para ejemplo de todos, por el fervor de la piedad*



*" y la santidad de las costumbres. Nacido en 1870,*
*" murió en Turín en 1897. Al amigo queridísimo, en*
*" el XXV aniversario de su muerte, sus condiscípu-*
*" los le dedicamos este homenaje. 1923."*

¡De nuevo, Andrés Beltrami, el joven santo, que deja destellos de santidad por dondequiera pase! Hoy los descubrimos en Lanzo, ayer en Follizo, días atrás en Valsálice. ¿Cuándo será en los altares de nuestros templos?

Y no es Beltrami el único de quien se gloría este Colegio: cerca de ese mármol hay otro en que se han grabado más de cuarenta nombres de exalumnos que en la primera guerra mundial vertieron su sangre por la patria.

Alumno de Lanzo fue también aquella alma ardiente y generosa de apóstol, que se llamó Monseñor Luis Lasagna, que tiene monumentos en el Uruguay y Paraguay.

¡Y qué profesores le dieron renombre: Monseñor Santiago Costamagna, Monseñor José Fagnano, los PP. Francisco Bodratto, Antonio Sala, José Puppo, etc.!

Y de sus directores, jardineros solícitos, ¿podremos olvidar al P. Juan B. Lemoyne, el biógrafo insigne de Don Bosco y depositario de tantas confidencias suyas?

Estos recuerdos los despertamos y comentamos ya con el director actual, P. Guido Bosio, que ha bajado a recibirnos, y nos da en la persona del P. Próspero Femoni, bibliotecario de la Casa, el más solícito y erudito cicerone.

## Evocación de glorias

¡Con qué habilidad historia este, todo lo que nos va mostrando! Sabemos por él que actualmente el alumnado se compone de 270 internos, venidos de lugares más o menos remotos, y unos 60 externos de la localidad; la mayor parte cursa la enseñanza media.

Visitamos con orden, diremos, cronológico: en primer lugar, lo más antiguo. Por eso, subimos a la altura, donde en el siglo XVI se levantaba un castillo de Saboya; sobre sus ruinas, en 1642, los capuchinos edificaron un convento que los albergó hasta 1802, en que el gobierno de Napoleón lo requisó. Ese edificio es lo que en 1864 pasó al dominio de Don Bosco, quien trató de adaptarlo a las exigencias de las actividades propias de sus religiosos; se ven aún y admiran restos venerables de la residencia capuchina.

Una escalinata con buen número de peldaños nos conduce derechamente a la iglesia de peregrina fachada. El interior, de una sola nave, sobriamente decorado, invita a la oración y a cumplir el consejo del Salmista escrito en grandes letras de oro en la arcada que limita el presbiterio: *Laudate, pueri, Dominum.* En esta casa, a cada paso encontraremos a Don Bosco; en esta capilla oró, celebró, predicó; ese púlpito es una reliquia suya. ¡Cuántas veces desde él habló Don Bosco a los salesianos que allí se congregaban para los Ejercicios Espirituales o para Capítulos Generales!

A la izquierda de la capilla, Don Bosco, desde el monumento que los exalumnos le dedicaron en 1914, al cumplir el Colegio los cincuenta años de existencia, mira al pueblo que se divisa allá abajo, y lo bendice. Quizá ese mismo sea el punto, desde el cual el Santo, en 1851, contempló el panorama encantador que lo circundaba, y dicen que exclamó entusiasmado:

—¡Qué hermoso lugar para colegio! (1).

Trece años después surgía allí el suyo.

Detrás del monumento, se extiende un pabellón, presidido por la hermosa torre, que debe de ser un mirador estupendo de toda la comarca.

(1) *M. B.*, IV, 271.



## Un sueño maravilloso

—Entramos ahora —nos dice el guía— en el Salón Don Puppo. Fue anteriormente claustro de los buenos frailes. Ahora es salón de actos públicos y patio cubierto en días de lluvia o nieve.

—¡Qué hermosa decoración! ¿Y por qué lo denominan de Don Puppo?

—¿No conocen ustedes las obras del P. José Puppo?

—¡Cómo nó! Allá se las usa con gran provecho. Sabemos que fue notable humanista, latinista, comentarista...

—Y durante muchos años honró a este Colegio como incomparable profesor.

—¡Ah! Eso lo explica todo. ¿Y ese cuadro que ocupa el centro del testero principal?

—Es del pintor Crida. Representa un pasaje del luminoso sueño de Don Bosco sobre Domingo Savio.

—¡Ah! ¿Cuando este le muestra el precioso ramillete, nó?

—Así es. Y recordarán ustedes que ese sueño lo tuvo nuestro Padre en esta Casa una noche de diciembre de 1876. A esa circunstancia se debe el que esté ese lienzo aquí. Ahora verán la antigua habitación de Don Bosco.

Y subimos por una escalera.

—Aquí estaba el cuarto de Don Bosco. Aquí lo envolvió aquel resplandor extraordinario y oyó aquellos himnos inefables, y vio aquella pompa, y riqueza, y hermosura, que creyó paradisíacas, y estaban tan lejos aún de serlo.

—Fue algo así como un Tabor (1)...

—Esa es la enfermería. Allí curó instantáneamente a seis muchachos atacados de viruela.

(1) *M. B.*, XII, 586.

## Un prodigio

El hecho merece recordarse. Véase si no parece otra de las florecitas de San Francisco de Asís, por lo maravilloso y sencillo a la par.

Iba a celebrarse la fiesta del titular San Felipe, en 1869. Don Bosco debía llegar la víspera, el 29 de mayo.

En la enfermería estaban severamente aislados, por prescripción médica, siete niños atacados de viruela. No querían los pobrecitos perderse la fiesta y mandaron a rogar a Don Bosco fuese a hacerles una visita. Y el Padre bondadoso fue. Al verlo entrar, exclamaron:

—¡Oh Don Bosco! ¡Bendíganos! ¡Sánenos!

—Pero ¿tenéis fe en la Virgen? —díjoles él sonriente—.

—Sí, Don Bosco, sí.

—Entonces, recemos juntos un avemaría.

Rezaron, y los bendijo. Los rapaces que, previendo el caso, se habían hecho aproximar la ropa, impacientes por vestirse, le dijeron:

—¿Podemos levantarnos, Don Bosco?

—Pero ¿tenéis, en verdad, confianza en la Virgen?

—¡Sí! ¡Sí!

—Entonces, levantaos.

No hubo que repetírselo. Cuando volvió el director, que había ido a acompañar a Don Bosco a su habitación, seis de aquellos enfermos ya no estaban allí, sino en el patio divirtiéndose con los demás. Sólo quedaba uno en cama, que le preguntó:

—¿Qué le parece, Padre? ¿No empeoraré, si me levanto?

—Quédate, quédate en cama —le contestó el director viendo su falta de fe, y bajó a ver a los fugitivos, no sin sentir su adarme de responsabilidad, recordando la prohibición médica. Los examinó, y vio que las pústulas habían desaparecido.



Al día siguiente, se celebraba la distribución de premios.

—¡José De Magistris! —llamó uno voz, que invitaba a adelantarse al que había merecido el primer premio—.

—¡Enfermo! —exclamó en alta voz el médico, Dr. Magnetti, que estaba al lado de Don Bosco.

—¡Presente! —corrigió el nombrado, con asombro del anterior—.

—¡Carlos Passerini! —llamaron nuevamente—.

Y otra vez sonaron casi simultáneamente un *¡Enfermo!* y un *¡Presente!*, y Passerini estaba delante de Don Bosco para recibir su premio.

El médico se disgustó; llamó a los dos muchachos; los examinó, y, no viendo huella alguna de enfermedad, no dejó de tachar aquello de imprudencia, y de responsables a los superiores. Levantóse, subió a la enfermería para visitar a los otros y, con no poco estupor, no encontró allá más que a Baravalle, el "hombre de poca fe". Los otros seis estaban perfectamente sanos. El séptimo, gracias a las atenciones del médico, pudo levantarse, pero sólo unos veinte días después (1).

## Ojos de lince

Continuamos nuestra exploración.

—¿Ven la bomba que hay en aquel rincón? Es la bomba famosa. Don Bosco estaba en el comedor conversando con algunos superiores. De pronto, calla, y, entre severo e indignado, exclama: "¡Corred, corred! Junto a la bomba dos infelices están ofendiendo a Dios". Y así era: los muchachos, recién venidos al Colegio, pillados de

(1) *M. B.*, IX, 652.

sorpresa, no pudieron negar que habían estado conversando de cosas no santas.

—Pero, ¿los había visto Don Bosco?

—¿Qué había de ver, si desde el comedor era imposible ver lo que aquí pasaba, como desde aquí, no podemos ver nosotros lo que pasa allá? (1).

—Lo cual significa que el Cielo dio a Don Bosco en aquella ocasión ojos de verdadero lince, para ver a través de las paredes.

—Y no fue, por cierto, sólo en esa ocasión —concluyó el P. Tust—.

## El Puente del Diablo

Pasamos a la huerta, que mira a la montaña, en la gloria del sol.

—Por este luengo emparrado y los otros caminos que ven en la huerta, cuando Don Bosco estaba ancianito y le era dificultoso el caminar, los salesianos, y a veces también los alumnos, lo paseaban sentado en un sillón con ruedas y alternaban las amenas relaciones del Santo con melodiosos cantares, cuyos ecos resonarían en la paz del valle como voces de hechizo.

Por uno de estos caminos, llegamos a un parapeto, pues allí el terreno desciende hasta ocultarse bajo el manto de plata de un riachuelo —aquí le dicen río—, el Stura, afluente del Po. En las ondas claras y trémulas se dibuja el esbelto arco de piedra del *Ponte del diávolo* (Puente del diablo), cuya atrevida construcción ha sido asunto de leyendas; dicen que es del siglo XIV. Es un detalle poético en este rincón de encanto.

—Cerca de aquí —habla el guía—, a la sombra de esos árboles, tuvo Don Bosco el 6 de agosto de 1876 un memorable coloquio con tres ministros.

(1) *M. B.*, VIII, 287.



—¡Ah! Zanardelli, Nicótera y...

—Depretis y otros personajes de su séquito.

## Una inauguración

Es interesante recordar este otro suceso que han recogido circunstanciadamente las *Memorias biográficas* (1).

Se iba a inaugurar el ferrocarril que va de Turín a Lanzo —el mismo que acabamos de utilizar nosotros—. Concurrirían ilustres personajes, entre otros S. A. R. el Príncipe Amadeo de Saboya. El Prefecto de Turín había establecido agasajarlos, después de la bendición del ferrocarril, con un refrigerio; pero ¿dónde? Se le sugirió que el sitio más adecuado, por su espaciosidad, sería el Colegio Salesiano. Solicitó el correspondiente permiso a Don Bosco, quien lo dio muy gustoso, y hasta se propuso acudir él también a fin de ayudar al joven director en el trabajo que representaba atender a unos 400 invitados de calidad, entre los cuales no faltarían quienes pudieran comprometerlo, a causa de las ideas, más que liberales, anticatólicas, que los más profesaban.

Y ya me parece verlo a Don Bosco junto a la entrada, mientras los músicos, que ha traído de Valdocco, ejecutan la Marcha Real, en actitud modesta, con el bonete en la mano, inclinándose ante los señores ministros que van entrando. En esto, Zanardelli, Ministro de Obras Públicas, que —por no haber podido asistir el Príncipe Amadeo— representaba a S. M. el Rey, dirigiéndose a Don Bosco sin conocerlo, le preguntó:

—Dígame, señor abate: ¿no habrá venido acaso Don Bosco?

—Lo tiene aquí a sus órdenes, Excelencia —respondió él—.

(1) *M. B.*, XII, 419 y s.

—¡Oh, cuánto me alegra conocerlo y saludarlo!

En breve, Don Bosco pareció el centro de interés, por la solicitud con que los otros ministros acudieron también a saludarlo.

Una vez dentro todos, entre los vivas y aplausos de los alumnos en correcta formación, pasaron a los pórticos que se habían convertido en brillante sala. Sirvióse allí el piscolabis, mientras los músicos ejecutaban trozos escogidos y un alumno recitaba una hermosa poesía. Terminado esto, se dispersaron todos en diversas direcciones, los más hacia lo alto con ansias de espaciar la vista. Los ministros y uno que otro senador y diputado permanecieron con Don Bosco, que los condujo lentamente al ameno paraje ya aludido.

## Los viajes de Don Bosco

Ya estaban allá cuando Nicótera, Ministro del Interior, insinuó, no sin pícara intención:

—Sabemos, Don Bosco, que usted viaja mucho.

—Pues lo necesario para la marcha regular de mis institutos, señor Ministro.

—Y va a menudo también a Roma ¿no es cierto?

—Algunas veces, Excelencia.

—¿Y, claro está, se habrá llegado al Vaticano? —preguntó con disimulada sonrisita.

—Pues ¿cómo nó? Un sacerdote que va a Roma ¿cómo podría dejar de ir al Vaticano?

—Dicen que usted intima con el Papa.

—Puedo asegurarles que el Papa me recibe con mucha bondad. Por otra parte, sin traba alguna he acudido también a los Ministerios, y los Ministros de Italia me han dispensado siempre gentil acogida. Al enterarse de mi presencia, ordenaban se me introdujese ante ellos sin demora. Saliendo de allí, volvía al Padre Santo, y allá,



también sin antesalas, pasaba a conversar con él, y de ese modo varios problemas de importancia se han podido revolver satisfactoriamente para ambas partes. Y pueden creer que, si el Papa tenía tan gran confianza en mí que, con discretas limitaciones, me concedía plenas facultades, no era menor, ciertamente, la confianza del Ministro Vigliani, que en muchas cosas me daba entera libertad, por más que supiese que era yo más católico que el mismo Papa, como suele decirse.

—Es verdad —interrumpió el diputado Ferraris—, es verdad. Puedo yo dar fe de lo que expresó Vigliani cuando abandonó el Ministerio. Sus precisas palabras fueron estas: "Miren que Don Bosco vale mucho; es acaso el hombre que puede prestar los servicios más grandes al Estado."

Escuchaban todos con viva atención, cuando Nicótera volvió al asalto:

—Pero usted, Don Bosco, no dice todo lo que piensa...

—¿Yo? ¿Por qué nó?

—¡Porque usted es muy astuto!

—¿Cómo, astuto? Lo que siento en el corazón, lo pongo en los labios. No hay secreto revelable que no lo descubra a quien quiera oírlo. Mis proyectos los conoce hasta el último jovencito de nuestras casas. Si eso es ser astuto, confieso que, en verdad, lo soy. En lo atinente a la religión, siempre estoy con el Papa, y me ufano de ello.

—¿Y en lo atinente a las cosas actuales? —interpeló el mismo—.

—¡Obedezco a las autoridades constituidas!

—Sin embargo, Don Bosco, opino que usted no nos lo dice todo.

—Disculpe, Excelencia: de mi manera de hablar, creo que ustedes han de colegir que no soy nada amigo de la

adulación. Como hombre franco y leal, manifiesto siempre lo que estimo justo. Todos saben lo que piensa Don Bosco.

## Dos tachas de Don Bosco

Aquí intervino el senador Ricotti, el historiador:

—Todo eso está bien; mas, para el Ministerio de la izquierda, Don Bosco tiene dos tachas.

—¿Tendría usted la bondad de indicármelas? Vería así si son errores corregibles.

—La primera es que hace usted demasiados sacerdotes.

—¿Y la segunda?

—¡Demasiados profesores!

—Pues, no veo, a la verdad, como en eso pueda yo ser culpable. En cuanto a lo primero, afirmo que no son muchos esos sacerdotes, si los coteja usted con el número inmenso que he dado a las oficinas públicas, a la milicia, a las letras, a las artes, a los oficios manuales. ¿Cómo puede usted, por otra parte, afirmar que un sacerdote obre mal cuando trata de formar a otros sujetos idóneos para ayudarle en su ministerio?... ¿Qué diría de un militar que no se empeñara en formar buenos militares? Un médico, un abogado desean que haya otros muchos médicos y abogados de valer. Y si yo no me preocupase en formar sacerdotes, se diría que yo no amo mi vocación.

—¡Don Bosco dice muy bien! —profirieron a una los ministros, cautivados por su sinceridad y entereza—.

—Con respecto al segundo punto —prosiguió él—, ¿quién me obliga a formar muchos profesores? Usted, señor Ricotti; usted con la ley de los diplomas exigidos para poder enseñar. Yo no hago más que cumplir la ley. Si usted cree que obedecer a la ley es un delito, entonces yo me gloriaría de él, y creo que todos están aquí conmigo. Y, además, es algo imprescindible: ¡Ay de mis colegios, si los profesores no tuviesen diplomas! ¡La zurra que estos



señores —y, sonriendo, señalaba a los ministros— me propinarían!

—¡Don Bosco nos tapa la boca! —declararon estos—. ¡Don Bosco tiene razón!

## Palabras de vida eterna

Todos sonreían. Venían otros a acrecer el grupo. Ya era mayor la confianza, y empezaron a bromear.

—Dígame, Don Bosco —se le ocurrió al diputado Ércole—: entre Nicótera y Zanardelli, ¿quién le parece que es más pecador?

—Difícil es la contestación: yo no puedo juzgar por las apariciencias, que tan frecuentemente engañan, ni por el interior, que no conozco.

—¡Ah! Díganos, díganos —insistió Nicótera como un muchacho pícaro—: ¿qué opinión tiene usted de nosotros dos?

—Para mí, señores, son ustedes dos caballeros: el señor Zanardelli es eminente abogado; usted, notable estadista...

—Pero no se escabulla, Don Bosco —instó Ércole—; respóndame: ¿quién es más pecador?

—Pero veamos: ¿por qué se te antoja —protestó Nicótera, dirigiéndose a Ércole— meterme a mí en el cotejo? ¿Por qué, mejor, no preguntas si eres tú más pecador que los demás?

—¡Es que yo no tengo ganas de convertirme! —declaró el diputado—.

—Entonces —falló Nicótera— tú eres más pecador que yo, pues conoces el mal y lo obras. ¿No sabes lo que dice la Biblia? *Desidérium peccatórum períbit!* (1). ¿Qué le parece, Don Bosco?

---

(1) "El deseo de los pecadores se frustrará" (Salmo III).

—¿Qué puedo agregar, si me están arrebatando de la boca la palabra? Por otra parte, para conocer a uno, sería preciso que estuviese él aquí, nó una horita, sino a lo menos todo el tiempo de unos Ejercicios Espirituales, para que ante todo pueda reflexionar en su vida pasada; en la muerte, con la cual concluye la farsa de este mundo; en la vanidad de las cosas terrenas y en la preciosidad de las celestiales; en los juicios de Dios; en la eternidad... Y debería pensar que, en el momento de la muerte, lo único que lo consolará será el bien realizado y que todo lo demás no causará sino angustias... Y, si después de esas reflexiones, me hiciese él una confesión general sincera, entonces sí podría yo juzgar de su interior.

Y mientras Don Bosco les endilgaba esta platiquilla sobre las verdades eternas, nadie se movía, y al fin quedaron todos pensativos. Hubo una pausa de silencio, que al cabo rompió uno, entre curioso y frívolo:

—¿Qué le parece, Don Bosco? ¿Cree usted que nosotros nos salvaremos?

—¡Eh! Yo me atrevo a esperar que sí, porque tan grandes son la gracia y la misericordia de Dios...

—Pero ¡mire que nosotros no queremos convertirnos tan de prisa!

—Lo que usted con eso entiende expresar es que desearían convertirse de veras, pero continuando no obstante en...; o bien, que lo desearían, pero que no se resuelven...

—Sí, precisamente, es así.

—Entonces, señores, no me cabría responder sino lo que hace un momento recordó aquel señor: *Desidérium*... con lo que sigue.

## Virtud conquistadora

Así, entre bromas y veras, prosiguió la conversación, mientras Don Bosco no perdía la oportunidad de insinuar



alguna verdad que llegaba al fondo de las almas; pero siempre amable, con encantadora sencillez, sin ironía ni ofensa personal, sin perder nunca la calma. Ya los tenía enteramente dominados.

—Usted, señor Zanardelli, no se siente muy bien —le espetó de pronto el Santo al Ministro, al verlo con aire de sufrimiento, espiritual o físico.

—¡Así es, Don Bosco! ¡Es cierto! —suspiró el interpelado—.

—¡Trate entonces de sanar! — respondió el hombre de Dios, mirándolo de tal modo que produjo un efecto raro en el Ministro.

¡Cuánto expresaba, en ocasiones como esta, la mirada silenciosa y profunda de Don Bosco!

Más de una vez se había acercado ya al grupo el Alcalde de Lanzo para recordarles que era tiempo de marchar y le contestaban:

—¡Un momento aún!

¡Estaban tan bien allí, como subyugados por la palabra, el gesto, la sonrisa, la humilde grandeza del Santo! De acuerdo con el programa, la comitiva debía permanecer en el Colegio unos veinte minutos, y, en realidad, estuvo una hora y media.

Cuando del jardín descendieron al patio, Don Bosco iba entre los ministros, y, al sentarse luego unos minutos en el pórtico, lo colocaron a él en el centro: parecía el rey de la fiesta.

La despedida fué muy afectuosa. Nicótera declaró en alta voz:

—He experimentado hoy un contento muy grande, una de esas satisfacciones que quizá no se experimentan más que una vez en la vida.

—A no ser —agregó Zanardelli— que visitemos otras veces alguna casa de Don Bosco.

Cuando, a la salida, se encontró Zanardelli con un sa-

lesiano, lo detuvo, le puso las manos en los hombros e, inclinándose, le murmuró al oído:

—Dígale a Don Bosco que he sentido la mayor satisfacción con la acogida que nos han brindado; dígaselo y aumentará usted mi placer. Salude, en mi nombre, a los buenos muchachos; dígales que jamás los olvidaré. Agradezca, en nombre de todos nosotros, a los superiores, alumnos, músicos, cantores. Algunos versos de la poesía que declamaron me los llevo en la memoria; los otros los aprenderé; no quiero olvidarlos; los guardará impresos mi corazón. Diga, exprese todas estas cosas; no se olvide. Yo haré por el Colegio cuanto pueda.

¡Cuáles, en verdad, no serían las impresiones que se llevaba el Representante del Rey, para hablar así!

¡Y qué feliz se sintió también Don Bosco al caer en la cuenta del saludable efecto que sus palabras cordiales habían producido en las almas de aquellos ilustres huéspedes!

—Acaso —manifestaba después— nunca estos señores hicieron ejercicios espirituales; pero creo que esta vez, aun sin haber ido a San Ignacio, han asistido a una tanda (1).

## Noticias de la tierruca

Nos llaman a almorzar. En gracia a los visitantes, no hay lectura. En cambio, hay que estar apercibido para dar contestación a las mil preguntas con que, en estos casos, lo acribillan a uno: sobre el viento y la lluvia del país del huésped, sobre sus riquezas y actividades, sobre la organización de su escuela, sobre su forma de gobierno y los hombres que lo ejercen, sobre la situación social y económica, sobre la industria y la cultura, sobre costumbres: la indumentaria, la vivienda, la familia, la alimentación, el mate y el churrasco...

(1) *M. B.*, XII, 419 y s. San Ignacio era un lugar cercano de la montaña en que se dictaban Ejercicios Espirituales.



No nos disgusta, por cierto, ilustrar a estos buenos hermanos, y menos aún, disipar ideas o prejuicios erróneos, bebidos acaso en fuentes de información deficientes, tendenciosas o malintencionadas.

En general, el conocimiento de las cosas de América peca de muy limitado. Juzgo no equivocarme si afirmo que, relativamente, nosotros conocemos las cosas de Europa más que ellos las nuestras, y no es difícil determinar el motivo de la discrepancia.

Otros, prescinden de otros aspectos, y prefieren informaciones sobre la vida religiosa o sobre las iniciativas salesianas y sus resultados.

Hemos tratado de satisfacer todas las curiosidades. Y así ha transcurrido una horita de palique ameno y provechoso. Nos levantamos de la mesa fraternal conociéndonos y queriéndonos más.

## Otros nombres conocidos

Desde una de las terrazas, dejamos vagar los ojos hacia los montes: en esta fruición parece que el espíritu reposa. Inquirimos por el Santuario de San Ignacio, a que aludió Don Bosco más arriba y donde él solía pasar sus temporadas de retiro espiritual. Nos dicen que no se alcanza a ver desde aquí; se halla detrás de una de las alturas que nos indican. En San Ignacio conservan como una reliquia la habitación que ocupaba el Santo.

Desde el otro costado, cerca del monumento a Don Bosco, se disfruta de otro género de panorama variado y pintoresco; a nuestros pies, se extiende parte del caserío de Lanzo.

—¿Y aquellas cruces? —preguntamos por las que descubrimos a cierta distancia allá abajo—.

—Es el cementerio. Allá descansan, entre otros, los restos benditos del P. Víctor Alasonatti.

Fue este un santo varón. Don Bosco lo conoció un día más allá de Lanzo, cabalmente en unos ejercicios de San Ignacio. Verse y simpatizar el uno con el otro, fue obra de un instante, lo que fue aumentando con los días. No mucho después llegaron a Avigliana, población en que el P. Alasonatti ejercía su celo apostólico, especialmente en el cuidado de la niñez, como excelente maestro, unas líneas de Valdoco: "Querido P. Alasonatti: Véngase a rezar su breviario conmigo. *Don Bosco*" (1). Y allá fue el ejemplar sacerdote; se hizo salesiano, fue el primer Prefecto de la Sociedad y el brazo derecho del amigo... Murió en olor de santidad. Hé aquí otro, a quien sólo habría que invocar y obligarle a hacer milagros, para verlo en los altares.

## Más recuerdos del Padre

Bajamos a visitar el pabellón del plano inferior. Esta construcción, la levantó Don Bosco desde los cimientos. Continuaba él sacando de la nada o, mejor, del arca de su fe en la Providencia divina, edificios como palacios. Son cuatro pisos. Allí están, en dos cuerpos, separados por elegante galería, las aulas y salones de estudio espaciosas y claras, las oficinas de la dirección y administración. La actual secretaría fue habitación de Don Bosco y testigo un día de un suceso etraordinario.

Era una tarde de agosto de 1887, uno de los postreros meses del Santo. Una hija de María Auxiliadora, Sor Felícitas Torretta, deseaba que el Padre la bendijera antes de ir a hacerse cargo de la dirección de un asilo. En la

(1) *M. B.*, V, 70.



antecámara, no encontró al secretario, y se fue derecho al escritorio del Santo. Estaba abierto. Al asomarse, la buena religiosa hubo de quedar pasmada ante lo que vio: Don Bosco, de pie, en éxtasis, como si escuchara, con sonrisa suave y los brazos abiertos y tendidos hacia arriba; la repetida inclinación de la cabeza, en señal de asentimiento, demostraba que mantenía un coloquio con un sér invisible. Parecía más alto que ordinariamente.

La hermana se acerca y

—¡Viva Jesús! —exclama—. ¡Padre, con su permiso!

No obtiene respuesta. El mismo resultado, las varias veces que repite su petición, con mayor intensidad; siempre silencio.

Se resigna entonces a esperar. Sólo después de unos diez minutos, ve a Don Bosco hacerse pausadamente la señal de la cruz con una inclinación profunda de cabeza, y luego, radiante de alegría, bajar las manos al escritorio. En ese momento, se percató de la presencia de la religiosa; no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, y explicó:

—¡Oh Sor Felícitas! Me ha asustado usted.

—¡Eh, Padre! Pedí permiso varias veces, y usted no me ha oído.

Y la hermana, que relata el hecho, observa que en aquel tiempo Don Bosco ya no podía tenerse en pie, sin que alguien lo sostuviera, y, sin embargo, durante aquel coloquio, se mantenía bien erguido sin esfuerzo alguno (1).

Llegados a la planta inferior, entramos en una sala que es exposición de objetos que usó Don Bosco en Lanzo: un reclinatorio, un escritorio, ornamentos sagrados, un cáliz, el sillón con ruedas de los paseos por la huerta, etc.: otro santuario viviente.

(1) *M. B.*, XVIII, 377.

### A punto de partir

—Con tanto ir y venir, subir y bajar —nos dice el paciente guía—, ustedes estarán rendidos.

—¡Oh! Con usura compensan el cansancio tantas cosas que no acaban de suspendernos.

—Vean: como de aquí a la hora del tren hay todavía un buen lapso, el P. Director ha dispuesto que descansen un momento. Vengan conmigo.

Y no valen protestas para ahorrarles trabajo. Nos han destinado sendas habitaciones. A mí me toca la que lleva el número 39.

—Este es —me dice el acompañante— el cuarto que acostumbra ocupar el Rdmo. P. Pedro Berruti, cuando nos visita. Descanse, y hasta luego.

Pensé en el P. Berruti, Prefecto General, que hace meses está en Valdoco en cama, víctima de grave enfermedad, y oro por él.

Mi descanso consiste aquí, en consignar, en mi libreta de memorias, algunas de las santas impresiones de este día.

Al acercarse la hora del tren, busco a mi compañero, y juntos vamos a agradecer al P. Director las atenciones recibidas y la caridad que con nosotros ha derrochado el erudito P. Ferrero.

Un joven escribiente, por un atajo nos guía a la estación, haciéndonos evitar así el largo rodeo de la mañana.

Durante el viaje de retorno, en el tren, hojeamos un hermoso libro del P. Rufillo Uguccioni: *La fiamma sul poggio*, con que nos ha obsequiado el P. Director y en que, a modo de película cinematográfica, se evocan inolvidables escenas conmovedoras e históricas de la vida colegial de Lanzo. ¡Con qué placer y provecho lo leerán los ex-alumnos!

## 5 DE ABRIL:
## PEREGRINACIONES. SAN FRANCISCO DE ASÍS. EL REFUGIO DE LA MARQUESA BAROLO

### De longe venient

¡De lejos vendrán a visitar tu Casa, oh Madre Auxiliadora y la de tu Siervo!

1500 peregrinos, maestros y maestras católicos de Francia, desde temprano invaden la Basílica, los patios, las capillas y las habitaciones de Don Bosco. Vienen a implorar para sus tareas de la escuela la inspiración y la asistencia de la Virgen, Maestra del gran Apóstol de las juventudes contemporáneas.

La misa oficial la celebra el Excmo. Sr. Arzobispo de Rüán en el altar del santo Educador del siglo XIX, cuyo sistema de paciencia y caridad se impone hoy en todas partes. Imploran su bendición para las escuelas de Francia.

En el patio saludo al distinguido Prelado, que preside la numerosa peregrinación, y que sale ahora de desayunarse y conversar con los Padres del Capítulo Superior. El P. Ceria me dice como acaba de expresar el noble huésped que encuentra en Italia "buen cielo y pan blanco". ¡Cómo estarán los franceses!

Todavía hormiguean en la plaza gran número de estos piadosos romeros, cuando llega otra numerosa caravana de católicos irlandeses, a exteriorizar su ardiente devoción domboscana.

Este sucederse de peregrinaciones es el pan de cada día.

## Recuerdo de Unamuno

Me encuentro con el Rdmo. P. Modesto Bellido, quien muy amable me entretiene con algunas noticias interesantes de las Misiones. Hablamos luego de España, de mi viaje allá, de los lugares que me propongo visitar, y a propósito me da óptimas indicaciones.

Cuando le nombro a Salamanca, él, que es de allá, me recuerda como frecuentó la célebre Universidad, en los años en que era su Rector el inolvidable don Miguel Unamuno, tan discutido por sus ideas cambiantes y contradictorias.

El día en que el joven Bellido se presentó a examen de Letras, formaba parte del tribunal el mismo don Miguel.

—Buenos días nos dé Dios — expresó el clérigo al acercarse a la mesa examinadora.

—¡Eso no cuenta! —contestó con algún desdén Unamuno—.

Pero, en realidad de verdad, contó mucho para el examinando, a quien Dios concedió un buen día, con el éxito brillante de la prueba, aunque, modesto como lo dice su nombre, no lo haya encarecido, ni mucho menos, el Padre.

## A San Francisco de Asís

Viajo ahora yo en devota romería a la iglesia de ese nombre. En el camino, doy con otra. La curiosidad me lleva adentro. En la nave central, llama mi atención una rareza: un enrejadito cuadrilongo, como el de las tumbas pobres de los cementerios. "¿Qué será?" me digo. Al aproximarme, veo una lápida que todo me lo explica: ese es el lugar preciso, de donde se elevó la célebre Custodia robada, hasta lo más alto del firmamento. Fue el prodigio del 6 de junio de 1453, que le valió a Turín el dictado de Ciudad del Santísimo Sacramento. En su memoria, se erigió allí esa iglesia del mismo nombre.



Mientras recuerdo el milagro, voy ya internándome en la frecuentada calle de San Francisco de Asís, que ha recibido tal nombre, indudablemente, de la iglesia que veo levantarse en la próxima esquina. El frontispicio anuncia el estilo barroco que reina en el interior, si bien nó con exageraciones.

Saludo al Amo divino del lugar. Recorro la nave de la derecha hasta topar con un hombre en mangas de camisa que está barriendo: sin lugar a dudas es el sacristán.

—¿La sacristía? —le pregunto.

Con no muy buen talante, me señala una puerta a cinco o seis pasos de allí, y, acto continuo, comienza a refunfuñar porque, como acaba de barrer ese trecho, teme sin duda que con mis torpes pies le empañe el espejo en que su escoba ha trocado el añoso piso.

El incidente me recuerda de pronto dónde estoy, y qué personajes he ido a buscar allí. Se me figura que por de pronto tengo delante, si nó al clásico sacristán del 8 de diciembre de 1841, a un sucesor suyo pintiparado, quizá el tataranieto o el chozno de aquel. Sonrío interiormente, y lo más sereno que me es posible,

—Buen hombre —le digo—, no tema usted; no le mancharé el pavimento. Soy de América, y no podría quizá llegar aquí otra vez, y necesito entrar en la sacristía.

## La sacristía

No sé si queda él conforme, porque, sin esperar respuesta, desaparezco de su vista. El lugar es más bien oscuro; pero me parece algo conocido: una gran mesa, ancha y oblonga, en el medio; contra las paredes, algunos armarios, el crucifijo, reclinatorios. Volviéndome, veo a la derecha una entrada por donde se va al ábside, y sobre su dintel leo en una lápida:

*"El Beato José Cafasso, en esta iglesia y en el
" adjunto Colegio Eclesiástico, de que fué sabio rec-
" tor, se santificó a sí mismo, al clero y al pueblo
" con el ejercicio constante y heroico de innumerables
" actos de caridad cristiana. 1811-1860".*

Don Bosco había sido su alumno aprovechado en ese Colegio Eclesiástico.

No tardo en advertir que también sobre la puerta por la que me introduje hay un mármol, con esta inscripción:

*"En esta sacristía, el 8 de diciembre de 1841,
" San Juan Bosco encontró al huerfanito Bartolomé
" Garelli, el primero de los innumerables jóvenes, a
" quienes, en los Oratorios Festivos, enseñó el ca-
" mino del Cielo. Para recuerdo, en el primer Cen-
" tenario. 8 de diciembre de 1941."*

Ya no cabe duda alguna: aunque no me lo diga ningún cicerone, estoy en la humilde sala, que fue la cuna de la hoy gigantesca Obra de Don Bosco. Y no podía ser sino la Virgen Santísima, la Madre sin par que se inclinó sobre su cuna; Ella lo quiso en el más preciado de sus días, el de su Inmaculada Concepción.

## Nace el Oratorio Festivo de Don Bosco

Van a cumplirse 109 años. Don Bosco, revestido ya, se disponía a ir a celebrar, cuando oye pasos precipitados de carrera, ayes y voces descompuestas y golpes repetidos.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? —pregunta, dirigiéndose al sitio del alboroto.

—¡Es este sinvergüenza, que se ha entrado aquí y no sabe ayudar a misa! —explica el sacristán, que viene arrastrando a un pobre chico que solloza.

—¡Cómo! —exclama serio Don Bosco—. Entrar en este lugar y no saber ayudar a misa ¿es motivo para maltratar a una criatura? ¿Y no sabía usted que ese muchacho es amigo mío?



—¿Amigo suyo! ¿Por qué no me lo advirtió usted? ¿Qué había de saber yo?

¡Ah! ¡ignoraba aquel modelo de sacristanes que todo rapaz era amigo del que Dios había destinado a ser el gran amigo de la juventud!

Ordenó al sacristán que fuese a encender las velas, y en tanto él le preguntó sencillamente al pobrecito:

—Díme, amigo: ¿Has escuchado misa ya?

—Nó, señor —contestó, conquistado por la sinceridad de aquel término, "amigo", con que lo llamó el Santo.

—Entonces, mira —continuó él—: asiste a la que voy a celebrar ahora, y luego te vienes aquí, porque necesito hablarte sobre algo que te interesa. ¿Me lo prometes?

¡Cuánto tiempo hacía —acaso nunca— que no le hablaban de aquel modo! Por eso, respondió con viveza:

—Sí, vendré.

Don Bosco celebró, y empezó a dar gracias. Ya el chico lo esperaba. ¡Cómo lo miraría el sacristán! ¿Le habría pedido ya disculpa? No lo dice la historia.

Cuando el Santo se levantó, sonrió viendo al niño, y lo llevó a una pieza contigua, —no sé si será la que recorro ahora con esa persuasión—, mientras iniciaba este diálogo:

—¿Cómo te llamas, amiguito?

—Bartolomé Garelli.

—¿Eres de Turín?

—Nó, señor; de Asti.

—¿Tienes padres?

—Han muerto ya —y, al decirlo, una lágrima humedece los ojos del muchacho.

—¡Solo en el mundo! —piensa Don Bosco, y sigue en alta voz: —¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿Sabes leer y escribir?
—Nó, nada sé.
—¿Cómo, nada? ¿Acaso no sabes silbar?

El muchacho sonrió, y Don Bosco también, porque esa sonrisa le revelaba que ya le había ganado la confianza.

—Y dime: ¿has recibido la primera comunión?
—Todavía nó.
—¿Te confesaste alguna vez?
—Sí, pero cuando era pequeñito.
—¿Y vas a la doctrina?
—No me atrevo.
—¿Por qué no te atreves?
—Porque los demás, mucho más pequeños que yo, lo saben todo, y yo no sé nada.
—Pues, díme: si yo te enseñara a ti solo, aparte, ¿vendrías?
—¡Ah! Sí, de buen grado.
—¿Vendrías aquí?
—Sí, con gusto, con tal que no me peguen.
—En cuanto a eso, no temas ya; serás mi amigo, y no te entenderás con otros. ¿Cuándo quieres que empecemos la catequesis?
—Cuando le agrade.
—¿Esta tarde, entonces?
—Muy bien.
—¿Y si fuera ahora mismo?
—También, con mucho gusto...

Arrodillóse el Santo y, ante todo, rezó con fervor un avemaría, para que la Virgen le concediese la salvación del alma que en su fiesta le enviaba.

Se levantó, y empezó su lección enseñando al chico a hacer bien la señal del cristiano y luego le dio una noción sencilla de Dios Creador y del fin para que Él nos ha creado (1).

(1) S. G. Bosco, *Memorie*, 124; *M. B.*, II, 70, 73.



Así empezó la grandiosa obra de los Oratorios Festivos, con la bendición de María Inmaculada en su gloriosa solemnidad.

## El primer patio

De la habitación paso a un estrecho patiecito de pocos metros cuadrados de superficie.

Una vez que los muchachos, conducidos por Garelli y otros, no cupieron en la salita, Don Cafasso, complacido por la obra incipiente, permitió que se congregaran en el patio contiguo, donde hubo cierta libertad para moverse, hablar, reír. Allí al "Oratorio", por primera vez, pudo agregársele lo de "festivo". Y eso se recuerda en el elocuente monumento que allí se ha erigido: una pieza de mármol, coronada por un águila que tiende las alas para el vuelo majestuoso. Debajo se lee:

*"Desde este breve espacio, remontó su vuelo de*
*" águila, para surcar los cielos de Dios, el genio in-*
*" mortal de Don Bosco acompañado, con el auspi-*
*" cio del Beato Cafasso, de mil legiones de adoles-*
*" centes oratorianos. 8/XII/1841 - 8/XII/1941."*

De nuevo, en providencial conjunción, los dos santos conterráneos. ¡Quién habría dicho entonces que lo que nacía en aquel rincón, se multiplicaría, en amplitud no soñada, en todos los ámbitos del orbe!

Retorno a la sacristía, y recuerdo que allí funcionó también, con cierta regularidad, la primera escuela de canto de Don Bosco, y allí enseñó algunos de los cánticos por él compuestos o adaptados.

## El altar de la primera misa

De nuevo estoy en la iglesia. Me detengo un instante junto al altar mayor y paso a la nave de la izquierda. Allí,

otra reliquia de Don Bosco: el Altar del Santo Ángel Custodio. Leamos lo que dice el bronce empotrado a la entrada de la capilla:

*" En esta capilla del Ángel Custodio, celebró su*
*" Primera Misa, el 6 de junio de 1841, don Juan*
*" Bosco, elevando en el augusto Sacrificio su alma,*
*" predestinada por la fe en Dios y la prodigiosa ca-*
*" ridad, a las santas ascensiones. Los exalumnos co-*
*" locaron esta lápida el 6 de julio de 1930, en mani-*
*" festación de júbilo con motivo de la Beatificación*
*" de tan excelso Padre y Maestro, perennemente*
*" agradecidos y devotos. P. Boselli."*

El que firma es Pablo Boselli, que fuè ilustre hombre de estado, senador, primer ministro del Reino; había sido alumno de Don Bosco y, cuando se ofreció la lápida, era el Presidente de la Federación Universal de los exalumnos, y redactó el expresivo epígrafe. Corona la inscripción la dulce efigie de Don Bosco y un grabado que lo representa en el momento del alzar; le asisten cuatro monaguillos; hay una señora que debe de ser Mamá Margarita, y el que asoma la cabeza es quizá el hermano José.

Dicen que en todos los aniversarios de la primera misa, venía Don Bosco a celebrar en esta Capilla memorable.

## Un confesionario y San José Cafasso

Sigo adelante. Cerca de la entrada, veo un confesionario. Es el que atendía San José Cafasso. Allí muchas veces se postró Don Bosco para confesarse con su inspirado consejero, como lo señala una aplicación de bronce, que representa a los dos santos: confesor y penitente.

La capilla próxima a este mueble reliquia, está dedicada al culto de San José Cafasso,



Tres años frecuentó Don Bosco regularmente esta iglesia, mientras fue alumno del Colegio Eclesiástico. ¡En cuántas de esas capillas o altares no habrá celebrado! ¡Cuántas veces habrá escalado ese púlpito! Algunos años más tarde, en el día de los solemnes funerales de Don Cafasso, pronunció él allí una sentidísima oración fúnebre, que fuè un panegírico de las virtudes de su santo maestro, amigo y bienhechor.

¡Cuántas veces también habrá dado realce a alguna función sagrada con las voces frescas y argentinas de su flamante coro juvenil! ¡Cuántas noches se habrá postrado cerca de Jesús, en la vieja balaustrada del comulgatorio! Me parece que el espíritu de Don Bosco flota aún en este venerable templo.

## El segundo asiento de la familia: el Refugio

Al volver de San Francisco de Asís, entro en la *vía Garibaldi,* doblo en la de *la Consolata* y voy a parar en la del Cottolengo. Avanzo por esta, a la sombra de la célebre Casa de la Divina Providencia. Donde esta termina, levántase otra imponente obra de caridad: el Refugio, fundado por la piadosa Marquesa Julieta Colbert de Barolo.

Funciona el Refugio en un edificio de dos y tres pisos; sufrió durante la guerra, y ahora se están llevando a efecto en él trabajos de reparación; por eso, no lo visito, aunque fuè escenario de muchos prodigios de celo de Don Bosco.

Fuè el Refugio la segunda morada de la familia, que aumentaba de modo alarmante para muchos. Allí se trasladó el Oratorio, que no cabía ya en San Francisco de Asís. Desde el centro de la ciudad, se fue a su extremo oeste, casi enteramente deshabitado entonces. La traslación fuè en octubre de 1844.

La Marquesa Barolo permitió que los muchachos, que

pasaban de 200, se reuniesen en un edificio inconcluso aún, que debía habilitarse como hospital en agosto de 1845. Dos salas del tercer piso se convirtieron en la primera capilla del Oratorio de Don Bosco, y la bendijo él el 8 de diciembre, tercer aniversario de los comienzos en San Francisco de Asís, dedicándola al de Sales.

Pero la afluencia de chicos seguía creciendo con empuje irresistible, de modo que también el Refugio se tornaba cada día más estrecho, y la Marquesa, menos conforme con el alboroto de la turbamulta juvenil. Acercábase, además, el día de la inauguración del Hospitalito proyectado.

Estos motivos movieron a Don Bosco a buscar otro local. Y así, consiguió autorización para poder reunir a su gente menuda, por la tarde de los domingos, en la capilla de los Molinos del Dora. La última misa celebrada en el Refugio fue la del 13 de julio de 1845, y ese mismo día por la tarde se trasladaron al nuevo domicilio.

De modo que en este edificio, delante del cual me he parado con curiosidad, funcionó el Oratorio durante nueve meses. ¡Cuánto le costó al pobre Don Bosco conquistar la tierra prometida de sus sueños! Pero, *contra spem, in spem credidit:* esperó contra todo lo que, humanamente, era imposible esperar. Fugaces ráfagas de vacilación intentaron aventar su esperanza en algún instante nubiloso, pero muy luego, como enseña vencedora, subió a tremolar al tope del robusto mástil de su fe.

Por la misma calle, en dos minutos, llego al lugar bendito, donde es ahora espléndida realidad la atrevida esperanza del varón de Dios.

6 DE ABRIL:

## JUEVES SANTO. SAGRARIOS DE TURÍN

### Día del amor

Es Jueves Santo, el día de la Institución de la Sagrada Eucaristía y del Sacerdocio.

Debía oficiar el Rdmo. P. Pedro Ricaldone, Rector Mayor; pero una fiebre que lo acosa desde varios días no lo permite. Lo sustituye el Rdmo. Ecónomo General P. Fidel Giraudi. Las ceremonias se efectúan de acuerdo con la liturgia del día, en ambiente de solemne gravedad mezclada con el tenue gozo que puede consentir un adiós. El clero juvenil parece el maduro y severo de una colegiata. El canto gregoriano, impecablemente ejecutado, armoniza con la triste majestad del soberano misterio que se conmemora.

Larga teoría de sacerdotes, de sobrepelliz y estola, se adelantan a comulgar de manos del único celebrante de ese día; después, oleadas de fieles. Por último, siguen las almas la devota Procesión al Monumento, sobriamente elegante, que se ha preparado en la capilla de San José, frente a la de Don Bosco.

La nave central, los cruceros y las amplias capillas laterales de la Basílica están enteramente atestados de fieles.

### Visita a los Sagrarios

En esta Ciudad del Santísimo Sacramento, todas las iglesias irán hoy a porfía en honrarlo. Hube de cerciorarme

de ello en las visitas que me llevan a los Sagrarios de algunas: San Lorenzo, Santísima Trinidad, Santos Mártires, San Dalmazzo, la *Consolata* y el Cottolengo.

En todas partes, han sacado a plaza lo mejor que guardan celosamente las viejas arcas y tesoros. Pero nó en todas partes preside el mismo gusto en la colocación de tan preciosos y abundantes paramentos. En ninguna, he admirado tanta concurrencia como en María Auxiliadora, donde se ha mantenido constante todo el día y ha ido creciendo en las horas vespertinas. ¡Cuánto gozará Don Bosco al ver cómo en todas sus iglesias, según su ejemplo y enseñanza, se desarrolla siempre más lozano el culto de la Eucaristía!

Por la tarde del Jueves Santo de 1848, Don Bosco conducía procesionalmente a sus jovencitos a visitar los Sagrarios de varias iglesias de Turín. En el trayecto de una a otra, iban cantando o rezando. Y las filas se engrosaban: muchos otros niños y jóvenes al ver a los del Oratorio, se les unían en los ejercicios de piedad.

Se postraban unos instantes en adoración delante de cada monumento; en seguida los cantores de voz más timbrada rompían en algún cántico eucarístico, que a menudo emocionaba hasta el llanto a los fieles que asistían atónitos al nuevo espectáculo.

Desde entonces, mientras las circunstancias lo permitieron, la piadosa demostración se repitió cada año. Y tuvo la virtud de animar a los adultos a practicar lo mismo en muchas partes (1).

## El Lavatorio de los pies

Para el Mandato, no cabe en el templo ni una persona más.

Se escucha una breve y ferviente plática sobre la

(1) *M. B.*, III, 323.



caridad, y, acto seguido, realiza el Rdmo. P. Giraudi el dramático y conmovedor rito de lavar los pies al grupo de niños que representan a los Apóstoles.

Comenzó a celebrarse esta ceremonia en el Oratorio en 1848. Oficiaba Don Bosco en la iglesia de San Francisco de Sales. ¡Con qué edificante devoción se arrodillaba a los pies de cada niño para lavárselos, enjugárselos y besárselos! Siempre quiso reservarse a sí mismo esta función de humildad, aunque a veces cedía alguna otra ceremonia al P. Alasonatti o a otro sacerdote respetable. Y terminado el sagrado rito, se llevaba a los muchachos apóstoles a cenar y él mismo los servía, y, antes de despedirlos, los obsequiaba con algún regalo, ordinariamente, un pañuelo blanco y un crucifijo (1).

¡Con qué fruición, diez años después, asistió en Roma a la ceremonia que cumplía el mismo Sumo Pontífice, lavando los pies a trece sacerdotes, en dos espaciosas salas del Vaticano! Vio después a estos, sentados a una gran mesa y al mismo Vicario de N. S. Jesucristo, que los servía humildemente (2).

También ahora el P. Giraudi fue a acompañar a los pequeños apóstoles en el comedor del Oratorio.

(1) *M. B.*, III, 324.
(2) *M. B.*, V, 901.

7 DE ABRIL:

## SITIOS EVOCADORES DEL ORATORIO

### Mármoles y bronces

Después de las sagradas funciones matinales, me entretengo dando lectura a algunas de las lápidas, que, a modo de honoríficas condecoraciones, ostentan empotradas en sus viejos muros los edificios de la primera época.

Empiezo desde el rincón de entrada a la capilla de Pinardi. Está allí el recuerdo de la llegada de Mamá Margarita al Oratorio, que ya comenté el 21 de marzo (1).

### El amigo fiel de Don Bosco: el Teólogo Borel

A pocos pasos de la anterior, a la derecha, hay un bronce con la efigie esculpida de un sacerdote, dechado cabal del amigo fiel. Las letras dicen:

*"Teólogo Juan B. Borel/ insigne cooperador y*
*" bienhechor del naciente Oratorio/ mereció que el*
*" Beato Don Bosco/ lo elogiara como amigo intrépido*
*" y sacerdote santo/. Nació en Turín el 25 de mayo*
*" de 1801 y murió el 9 de setiembre de 1873."*

¡Cuánto le debe la Sociedad Salesiana! ¡Fue sostén, amigo generoso y sustituto abnegado de Don Bosco! Él le obtuvo un puesto a su lado, en el Refugio de la Marquesa Barolo. Cuando todos se alejaban del sacerdote visionario y demente, él permaneció a su lado; él firmó las primeras escrituras de alquiler y compra de terrenos

(1) V. pág. 176.



o casas para el Oratorio, como desinteresado fiador. Cuando su cocinero le preguntaba por qué se imponía tantas privaciones en su alimentación, él le contestaba:

—¡Cuánto más se economiza en alimentos, más se puede ayudar a Don Bosco! (1).

Fue defensor denodado del Oratorio contra los que fraguaban su muerte y los que lo calumniaban.

¡Qué catequista incomparable fue, desde las primeras horas de la Capilla de Pinardi! ¡Con qué gusto oían los chicos sus plácticas en pintoresco piamontés! ¡Qué chispa en aquellos diálogos que entablaba con Don Bosco en la hora de la catequesis dominical, fingiéndose él un mozallón ignorante o un hereje que intentaba con sus objeciones confundir al predicador, y con qué gracia pedía luego perdón de su fingida ignorancia y reconocía el tino y habilidad de las respuestas! (2).

¡Ah! Y cuando estuvo Don Bosco a la muerte, y cuando, milagrosamente arrebatado a ella, le constriñeron los médicos a larga convalecencia, el Teólogo Borel fue quien asumió la dirección del Oratorio. ¡Amigo magnánimo!

Un día de 1869, sabiendo que Don Bosco acababa de llegar de Roma, abandonó el lecho del Refugio en que estaba gravemente enfermo y, tambaleándose por la fiebre, se arrastró hasta el Oratorio para preguntarle al amigo si el Papa había aprobado ya la Pía Sociedad Salesiana, y al saber que sí, exclamó:

—¡Ahora sí, muero contento!

Vivió aún cuatro años. En 1873 entregó a Dios su alma noble y celosa. Los directores de las Casas Salesianas, reunidos por aquella sazón en Valdoco, reclamaron para sí el piadoso oficio de llevar sobre sus hombros el

(1) E. CERIA, *Il teologo Borel e il Beato Don Bosco.*
(2) *M. B.*, III, 124, 325.

ataúd del gran amigo de su Padre y Fundador, y fue depositado en la necrópolis turinesa junto al sepulcro del gran Silvio Péllico (1).

Aunque nó de nombre, ¡fue un cabal salesiano, y padre de los primeros salesianos! ¡Gratitud eterna!

## La cátedra de las "buenasnoches"

Casi enfrente de este medallón, hay otra laja de mármol que recuerda:

*"Aquí estaba la cátedra/ desde la cual durante*
*" muchos años/ Don Bosco habló a los alumnos/ en*
*" la platiquilla de las «buenasnoches»,/ refiriéndoles*
*" a menudo sus sueños,/ en los cuales se mostraban*
*" claramente/ los peligros y esperanzas del porvenir/*
*" y los medios seguros para la conquista del Cielo."*

En ese pórtico, fuera de la estación invernal, se reunían los chicos del Oratorio para rezar las preces de la noche. Terminadas estas, ascendía Don Bosco a la especie de púlpito, que se conserva ahora en la sala museo del segundo piso, y les daba las tradicionales "buenasnoches".

Las "buenasnoches" son unas palabras sencillas, un consejo, una advertencia, que se da a los alumnos antes de enviarlos a dormir. Dicen que inició esta práctica Mamá Margarita con el primer asilado.

Era un lluvioso anochecer de mayo de 1847. Suenan unos golpes a la puerta de la antigua casa de Pinardi. Don Bosco, que ha acabado su cena, abre, y se encuentra con un jovencito de unos quince años que, hecho una sopa, pide pan y albergue.

—¡Entra, amiguito! —le dice Don Bosco, y lo presenta a la madre con un gesto de súplica.

Mamá Margarita, enternecida, lo acerca al fuego,

(1) *M. B.*, IX, 557; LEMOYNE-AMADEI, *Vita*, II, 30.



pone a secar sus ropas y, en tanto, le da de comer lo que les ha sobrado. Entérase Don Bosco de que el muchacho es un pobre huérfano, aprendiz de albañil, que ha venido de lejos a la ciudad en demanda de trabajo, que no tiene un céntimo y que, desde la muerte de la madre, ha echado al olvido las prácticas de religión.

—Y ahora —indaga Don Bosco— ¿adónde piensas ir?

—No lo sé. ¡Si pudiera pasar la noche aquí en algún rinconcito!

Y se echó a llorar, haciendo llorar también a la buena Margarita. Don Bosco, después de unos instantes empleados en dominarse para no imitarlos, observó:

—Te acomodaríamos en algún lugar; pero, días pasados, unos muchachotes huyeron con las frazadas con que los abrigamos...

—¡Oh! No tema de mí; soy pobre, pero jamás he robado.

Margarita, muy emocionada, se ofreció a darle un lugar, por esa noche, en la cocina; después, Dios proveería. Contentísimo Don Bosco, ayudó a la madre y al huérfano a traer algunos ladrillos; colocaron sobre ellos unas tablas, y encima, el colchón, que era el de Don Bosco, y tendieron sobre él unas cobijas.

Después de esto, Mamá Margarita le endilgó al chico una platiquilla —ya tuvimos ocasión de oír las que le dirigió al hijo seminarista y sacerdote— sobre el trabajo, la honradez y la religión. Y, de esta manera, sin echarlo de ver, daba ella comienzo a una práctica que recogió y continuó el hijo sacerdote y guardan celosamente los hijos espirituales de éste en todos sus institutos (1).

Esa platiquilla de dos o tres minutos es lo que se denominó "buenasnoches", porque esa es la frase con que,

(1) LEMOYNE-AMADEI, *Vita di San G. Bosco*, I, 361; *M. B.*, III, 208.

a modo de despedida, pone fin a sus palabras el Superior que las pronuncia. ¡Qué efectos saludables ha producido siempre! Si unas veces hacía Don Bosco reír con sus ocurrencias, ¡cuántas otras hizo reflexionar seriamente con un recuerdo fugaz de las verdades eternas! ¡Cuántos se estremecieron al predecir él el futuro y hasta la muerte de algún oyente, a veces con fijación del tiempo, y siempre de realización infalible! ¡A cuántos hizo llorar con una reprimenda paternal! ¡Cuántos decidieron su vocación, tras ese consejito! ¡De cuántas confidencias los hacía depositarios! Era el coloquio de un padre con los hijos.

### El primer patio del Oratorio

Hacia la mitad del pórtico hay un pasadizo que lleva a uno de los espaciosos patios de los niños obreros, que se extiende hacia la derecha. Pero, si, al trasponer el corredor, torcemos a la izquierda, damos en un patiecito que corre a lo largo de la Capilla de Pinardi y tiene en su extremo una estatua de la Santísima Virgen.

Este es el patio primitivo del Oratorio de Valdoco; lo advierte un letrero que dice: *Cortiletto Pinardi:* patiecito de Pinardi. ¡Con cuánta dificultad se moverían en tan breve espacio los centenares de jóvenes que ya acudían allí! Sin mucha comodidad para los juegos, los más se agruparían en torno de Don Bosco, pendiendo de sus labios que narraban algún hecho interesante, o de sus manos, que los entretenían con alguno de los antiguos juegos de destreza. Pero pronto fueron adueñándose del espacio circundante que la movilidad juvenil exigía.

Mas volvamos al pórtico.

### Un perro misterioso: el Gris

Junto a ese pasadizo, hay una escalera que conduce a los pisos altos; por allí subía Don Bosco para ir a su



habitación. Pues, al comienzo de la escalera, veo en la pared otro mármol con esta explicación:

> *"Una tarde de noviembre de 1854, el perro misterioso, llamado «el Gris», después de haber defendido a Don Bosco del asalto de dos malhechores, lo acompañó al Oratorio y se paró aquí, junto a la escalera, mientras Don Bosco subía a su humilde aposento."*

*¡El Gris!* ¿Quién no ha oído hablar del *Gris?* Fue casi un personaje en la historia de Valdoco. Nadie supo jamás de dónde venía, ni adónde iba, ni quién era su dueño, ni de qué se alimentaba. Pero sí se supo que, en varias circunstancias en que corrió peligro la vida de Don Bosco, cuando regresaba de noche, por calles estrechas y oscuras, aparecía de pronto el robusto mastín para emprenderla con facinerosos o emisarios de las sectas, ponerlos en fuga, y acompañar cariñosamente al Santo hasta la casa.

La tarde a que se refiere el epígrafe estaba muy oscura por densa neblina. Caminaba Don Bosco por la calle de la *Consolata* en dirección a la Pequeña Casa de la Divina Providencia. Pronto echó de ver que dos sujetos lo precedían con no santas intenciones, porque si él avivaba el paso o lo aflojaba, si cambiaba de acera, ellos hacían lo mismo. Trató entonces de volver atrás para refugiarse en alguna casa; pero ya era tarde: aquellos le dieron alcance y le echaron una capa sobre la cabeza; Don Bosco forcejeó, pero ya no podía moverse; quiso gritar y lo amordazaron con un pañuelo. No le quedó más que invocar al Señor en su corazón, preparándose a morir. En esto, resonó un feroz ladrido. Era *el Gris,* que arrojándose sobre uno de los criminales, lo obligó, para defenderse, a soltar el paño que ahogaba a Don Bosco, y, abalanzándose sobre el otro, le clavó los colmillos y lo arrojó en

tierra. El primero entonces intenta huir, pero *el Gris* le salta encima y lo tumba en el barro. Luego se pone a gruñir fieramente, clavando los ojos como ascuas en los forajidos.

—¡Ah! Por caridad, Don Bosco, ¡mándele que no nos muerda! ¡Misericordia! Llame a ese perro —gritó uno—.

—Sí, lo haré —respondió el Santo—; con tal que me dejen seguir mi camino.

—Sí, sí, vaya adonde quiera, pero llámelo de una vez.

Hízolo así Don Bosco; *el Gris* se le acercó, y aquellos pusieron pies en polvorosa. Poco después, recobrado del susto, con *el Gris* que le protegía las espaldas, llegó a casa. Y el misterioso animal al pie de la escalera, aguardaba que Don Bosco subiese a su habitación (1).

Otra tarde, el perro se tendió delante de la puerta de salida y, con sus fieros gruñidos, no permitió que el Santo la franquease. Mamá Margarita, que no había logrado disuadir al hijo de que partiera a tal hora, aunque se disponían a acompañarlo algunos jóvenes fornidos, exclamó entonces:

—Si no me escuchas a mí, escucha a lo menos a ese animal: ¡no salgas!

Volvióse Don Bosco. Un momento después llegaba un buen vecino a avisarle que un grupo de tres o cuatro individuos de pésima catadura merodeaban por allí, resueltos sin duda a jugarle una mala pasada (2).

Otra noche —recuerdo bien el lugar, en la intersección de las actuales calles Cigna y Cottolengo— lo salvó nuevamente *el Gris* de los criminales que lo atacaron di-

(1) J. B. Bonetti, *Cinco lustros,* cap. XXXVI; S. J. Bosco, *Memorie,* 251.
(2) *Cinco lustros,* ib.



vididos en dos grupos, uno por delante y otro por detrás (1).

En 1866, iba Don Bosco a casa de su amigo Luis Moglia de Moncucco, y le sorprendió la noche en plena campaña, región peligrosa por ladrones y perros.

—¡Oh! ¡Si estuviera aquí mi *Gris!* —exclamó—.

Un momento después, estaba a su lado el perro haciéndole fiestas y lo acompañó a la casa de Moglia. Allí, mientras cenaban, lo metieron en un lugar bien cerrado, para que no riñera con otros perros muy bravos de la casa. ¡Cuál no fue la sorpresa de todos, cuando, al querer darle de comer unas horas después, *el Gris* ya no estaba allí! ¿Por dónde había salido? Y si había salido, ¿cómo no ladraron los perros de la casa? (2).

## Otra vez, Mamá Margarita

Más allá de la escalera, siempre bajo el pórtico, hay otro homenaje a la santa madre de Don Bosco. Es una gran lámina de mármol; arriba, la sonriente figura de la querida lugareña, tocada con su característico pañuelo, que le recogía el cabello; a la izquierda del medallón se lee:

*"Nació en Capriglio/ el 1º de abril de 1788";*

a la derecha:

*"Murió en esta Casa/ el 25 de noviembre de 1856.";*

debajo del mismo, en grandes caracteres:

*"Mamá Margarita."*

Y a continuación, en versalitas, esta síntesis de su existencia como madre de los rapazuelos de Valdoco, en cuatro renglones:

(1) *Cinco lustros,* ib.
(2) S. G. Bosco, *Memorie,* 253.

*"Vivió diez años en el Oratorio, en la pobreza, " en el trabajo, en la/ oración, al lado de su hijo el " Beato don Juan Bosco/ prodigando afanes y ter- " nuras maternales a los primeros jovencitos/ a quie- " nes preparaba alimento y vestido, y enseñaba el " temor de Dios."*

Esta artística placa fue obra del escultor Cellini, el mismo autor del monumento a Don Bosco, que campea en el centro de la Plaza de María Auxiliadora, delante de la Basílica. Se inauguró el 27 de abril de 1930, con discursos alusivos de una distinguida profesora, de un niño del Oratorio y del Siervo de Dios P. Felipe Rinaldi, tercer Sucesor de Don Bosco, quien emocionó a los asistentes con el recuerdo de las virtudes de esta madre ejemplar y la más eficaz colaboradora de su hijo inmortal en las horas heroicas del nacer de su Institución.

Hoy Mamá Margarita tiene dedicadas incontables lápidas en todos los lugares del mundo.

## El Papa de Don Bosco

En el rincón del pórtico, que da a la escalera que ahora conduce a las habitaciones de Don Bosco, hay un hermoso busto de Pío XI, cuyo fondo es una losa de mármol que lleva esculpido el escudo del Pontífice, y, en la parte inferior, este epígrafe en latín:

*"Pius XI, Pontifex Maximus, magna animi sui " lætitia/ Ioannem Bosco in Beatorum numerum re- " tulit/ II-VI-1929."*

En español:

*"Pío XI, Pontífice Máximo, con gran regocijo " de su alma, inscribió a Juan Bosco en el número " de los Beatos."*

Es el agradecimiento de los hijos al gran Pontífice que se complació en que lo llamaran *el Papa de Don Bosco.*



## Espacioso salón de actos

Avanzando por el pórtico, se llega a otro gran patio que limitan edificios, a saber: el brazo saliente que ya conocemos, en que están las habitaciones de Don Bosco; otro, perpendicular a este y en la misma dirección de la casa de Pinardi, donde estuvo la casa de Filippi, y un tercero, en ángulo recto con este. Fueron construidos estos brazos en 1863 para aulas y estudios de los estudiantes.

Este patio se convertía en gran salón de actos a cielo abierto, sobre todo cuando la fiesta de San Juan Bautista en que se agasajaba a Don Bosco. Para ello, se improvisaba un tablado junto al ala de los aposentos del Padre; allí él tomaba asiento; otras veces se usaba como escenario para las piezas dramáticas que se representaban y como tribuna para los oradores y declamadores.

Ese párrafo de historia salesiana es el que se evoca en la lápida que lleva el muro más próximo al referido lugar del tablado. Dice así:

*"Aquí, durante casi veinte años,/ se erigía el " palco/ en que se sentaba Don Bosco/ cuando el " Oratorio en el mes de junio festejaba su día ono- " mástico/ con solemnes veladas/ que se desarrollaban " al descubierto en este patio."*

El patio se extiende ahora hacia la Vía Cottolengo y se ensancha en todo el espacio comprendido entre el nuevo pabellón del Capítulo Superior y Casa Capitular y la Basílica. Torciendo a la derecha, topa uno con las famosas vides, que desde allí abajo trepan por las paredes hasta sombrear las ventanas de la galería de Don Bosco.

Delante de ellas, hay un jardincito, cuidado con filial solicitud, en cuyo centro surge la estatua del Santo, como

para recordar que en espíritu vive aún en el lugar que santificó con su trabajo y amor a la juventud.

### La huerta de Mamá Margarita

Con unos pasos a la derecha, estoy de nuevo en el patio de la casa de Pinardi. En la pared que cae bajo las piezas del Padre, junto a la entrada de la actual Librería de la Doctrina Cristiana, encuentro la última lámina de mármol, que perpetúa un deplorable episodio en estos términos:

> *"En este patio estaba la huerta de Mamá Mar-*
> *" garita,/ memorable en la historia de los primeros*
> *" años del Oratorio,/ sobre todo por la invasión y de-*
> *" vastación causada por las alegres compañías de jó-*
> *" venes/ a las órdenes de Brosio/ llamado* el Ber-
> *" sallero."*

Ese terrenito era el blanco de las solicitudes de la buena Mamá en los momentos libres. Le proporcionaba la verdura para la mesa de Don Bosco y de los chicos, y le recordaba algunas de sus labores de Becqui. Una ligera palizada la dividía del patio de los juegos.

En el Oratorio se había organizado un batallón, que solazaba a los muchachos en aquel tiempo de la guerra contra Austria. Lo dirigía José Brosio, activo auxiliar del Oratorio, a quien llamaban *el Bersallero,* porque, como tal, había servido anteriormente en la guerra.

Un día de fiesta de 1848, dividió su diminuto ejército en dos bandos, que debían fingirse enemigos y trabarse en batalla para diversión de los curiosos. Impartió las oportunas instrucciones, entre otras, expresamente, que se tuviese cuidado de respetar el cerco de la huerta. Se dio la señal de ataque: de un extremo del patio avanza un ejército, contra el enemigo que llega del opuesto; se apuntan con los fusiles de madera; ora avanzan; ora retroceden; ya se dirigen a la derecha, ya tuercen a la izquierda; un momento, al paso; otro, al trote; no falta el ¡rodilla en tierra! ni la carga a la bayoneta. Los espectadores aplauden entusiastas; los combatientes, por su parte, enardecidos con estas expresiones de aliento, se olvidan de todo hasta de que allí está la huerta. Los débiles maderos no tardan en ceder; el sembrado queda invadido. En vano Brosio se desgañita y suena el clarín: el clamoreo, los aplausos, el ciego arder de los combatientes son parte para que no se perciba orden alguna.



Cuando, después de varios minutos, cesaba la refriega, casi no quedaba rastro de la huertecilla. El pobre *Bersallero* se llevaba las manos a la cabeza. La pobre Margarita, que, en el primer momento, juzgó que aquel asalto entraba en los planes del Estado Mayor, dirigiéndose a Don Bosco, se quejaba con la más viva pena:

—Mira, mira, Juan; mira lo que ha hecho el *Bersallero:* me ha echado a perder toda esa bendición del Cielo.

Y Don Bosco, que también lamentaba aquel estrago, le decía:

—¿Y qué le va a hacer, madre? ¡Son muchachos!

Poco después llamó al general, que se retiraba mortificadísimo por el disgusto causado a la buena Mamá Margarita, le dirigió expresiones de animación, y puso en sus manos un cucurucho de caramelos para que los distribuyese por igual entre vencedores y vencidos (1).

(1) J. B. Bonetti, *Cinco lustros,* cap. XXVII, p. 332.

8 DE ABRIL:

## SÁBADO SANTO. "SAN PIETRO IN VINCOLI". LA "MADONNA DI CAMPAGNA"

### ¡Aleluya!

¡Sábado de gloria! Ha terminado el luto de la Semana Mayor. Han repicado triunfalmente las campanas. El órgano ha traducido el júbilo de las almas en caudaloso desbordamiento de soberanas armonías. María Auxiliadora con sus ángeles y sus apóstoles, y los Santos han vuelto a sonreír en los altares. El sagrado recinto se ha iluminado con luz de mediodía y han vibrado los aleluyas con el ardor de los himnos de victoria. Los sagrados ministros lucen las ricas vestimentas de las solemnidades.

El pueblo fiel sacude la consternación que lo embargaba por el sucederse de los más sublimes misterios y, como si renaciera en un mundo nuevo de esplendorosas esperanzas, con el oído y el alma llenos de los aleluyas que acaban de sonar, va sembrando por doquiera su alegría en votos de felicidad. ¡Buenas, dichosas, santas Pascuas!

Esta es la aspiración espontánea que pronunciamos y oímos al tropezar con los amigos y hermanos, y aun con los que no conocemos.

### Otra morada fugaz del Oratorio errante

Con el coadjutor Carlos Fantini, del Uruguay —siempre alegre como unas castañuelas, y hoy más, si cabe—,



salgo con el fin de conocer otro de los asientos del Oratorio nómada de Don Bosco: el de San Pedro *in Vincoli*.

Nos dicen que está detrás del actual Oratorio, a unas tres o cuatro cuadras algo a la derecha, y una antes de llegar al Dora, afluente del Po.

Caminamos, y no nos cuesta mucho dar con él. Su aspecto es de ruinas, de total abandono. Una extensa fachada con cinco portones cerrados con robustas rejas. Sobre el portón del centro, un frontón, y sobre este, una cruz. Por allí, se entraba a un soportal o lonja, cubierta por un tejado; si no es efecto del tiempo, debe de haber caído una bomba sobre él: es lo que sugieren los escombros.

No entramos, porque no se ve por dónde; parece definitivamente clausurado. Pero entran los ojos, después de llegar los pies a las verjas con mucho cuidado por los yuyos que dicen ruina y suciedad. En el atrio se ven lápidas cubriendo una porción de los muros; el pavimento está removido en parte. Más allá hay un patio, circuido de pórticos con lápidas y algún monumento. Hasta 1835 eso fue cementerio. Al fondo, como límite del patio, se ve la antigua iglesia del Crucifijo con minúsculo campanario.

Con mi buen compañero evoco lo que allí pasó el 25 de mayo de 1845.

El lugar brindaba, en verdad, mayor espacio que el Refugio de la Marquesa Barolo; por eso, los niños se prometían la mar de expansiones, cuando por la tarde del referido día, que era domingo, los condujo allí Don Bosco. Pero no habían contado con la huéspeda. La huéspeda era aquí la criada del capellán, que, furiosa como una arpía por la algazara de los chicos, los embistió con toda suerte de los peores improperios, y les manifestó que se cuidasen muy bien de poner allí sus pies el domingo próximo. Don Bosco, que no había logrado calmarla, hubo de replicar:

—Pero, buena señora, ¡si ni usted puede asegurar que estará aquí el domingo venidero!

Y ordenó suspender las diversiones y entrar en la iglesia para una breve función.

Entre tanto, el capellán, que había estado ausente, volvió y, sugestionado por cuanto acudió luego a referirle aquella prima hermana de las Furias, se apresuró a prohibirle a Don Bosco que volviese allí otro domingo a provocar desorden igual al que acababan de pintarle.

Alguien oyó poco después que Don Bosco murmuraba por lo bajo:

—¡Pobrecito! ¡Tampoco él sabe si el domingo venidero estará con vida!

El domingo siguiente no estaban allí Don Bosco y su batallón; pero tampoco estaban el capellán y su sirvienta. ¿Qué había ocurrido? El primero, víctima de un ataque apoplético, había expirado el miércoles 28. Dos días después, el viernes 30, otro ataque similar daba cuenta de la infeliz criada (1).

Conocido este histórico lugar, nos proponemos llegar a otra morada de aquel Oratorio singular: los Molinos del Dora. Pero no conseguimos encontrarlos. En la búsqueda, vamos a parar a una iglesia de frente rojo en la intersección de las calles de Santo Domingo y Milán: es la iglesia del glorioso Patriarca de Guzmán. La visitamos rápidamente, y nos sorprenden la hermosa nave gótica central y algunos lienzos de renombrados pinceles.

Al regresar al Oratorio, vemos que un sacerdote de edad, el P. Crispín Guerra, va bendiciendo las varias dependencias del Oratorio, según antigua tradición del Sábado Santo.

(1) *M. B.*, II, 287.



## Horas de prueba y angustia

En horas de la tarde, salgo a visitar la iglesia de la Virgen de Campaña. Es otro lugar memorable en la historia del Oratorio Festivo de Don Bosco.

Era el año 1846. Por quejas del vecindario, no hecho a la expansión clamorosa de su muchachería, se le había prohibido a Don Bosco volver a los Molinos del Dora. Ya no sabía adónde ir. ¿Despediría a sus queridos pilluelos? Eso hubiera sido la muerte de la hermosa obra de regeneración que estaba dando frutos tan lozanos. Don Cafasso alentó a Don Bosco a no desistir. ¿Qué hizo él entonces?

Todos los domingos reunía su ejército en la plaza de los Molinos, y de allí lo conducía ora a una iglesia, ora a otra para escuchar la santa misa; por lo común, escogía una que estuviese próxima a un lugar propicio para diversión de su gente.

En diciembre del 45 consiguió alquilar unas habitaciones de la casa de Moretta, donde por primera vez vio Turín funcionar escuelas nocturnas. Pero los inquilinos de la casa pusieron el grito en el cielo por la bulla que metía aquel enjambre juvenil, y Don Bosco se vio precisado a pasar al prado vecino, propiedad de los hermanos Filippi, de quienes lo tomó en arriendo en marzo. No se había acabado el mes, y ya los dueños le intimaban abandonase el prado porque aquellos mequetrefes con sus juegos no dejaban ni un hilo de hierba, y le dieron como último plazo el primer domingo de abril.

El 5 de abril, Domingo de Ramos, fue el postrer día que estuvieron en aquel sitio. Durante toda la semana anduvo Don Bosco preocupado en buscar otro lugar a propósito; pero todo fue inútil. Se le ocurrió entonces que las oraciones de sus pilluelos —muchos de los cuales

eran inocentes como ángeles— debían lograr lo que buscaba. Y planeó lo que debía hacerse.

A medida que iban llegando los niños, oía en confesión a los que lo deseaban, como siempre, al aire libre, sentado sobre una piedra, un cajón o un tambor, y los penitentes, de hinojos a su lado sobre la verde alfombra de hierba. Cuando hubo confesado un buen número y le pareció la hora conveniente, se levantó, golpeó las manos y, congregada la chiquillería en torno suyo, les dijo:

—Hoy, hijos míos, oiremos la misa en el convento de la Virgen de Campaña.

Un aplauso entusiasta acogió la indicación. Intimó silencio, y continuó:

—Pero mirad que iremos allá, nó en són de jarana, sino en devota romería, para suplicar a nuestra piadosa Madre celestial nos depare otro sitio para nuestro Oratorio. ¿Entendéis?

—¡Sí, Don Bosco, sí! —gritaron todos con alegría—.

Ordenados, se pusieron en marcha. La iglesia distaría de allí unos dos quilómetros. Los recorrieron rezando las oraciones, el rosario y las letanías, y alternaban con ellos los cánticos piadosos: fue una procesión en forma.

## Raro repicar de campanas

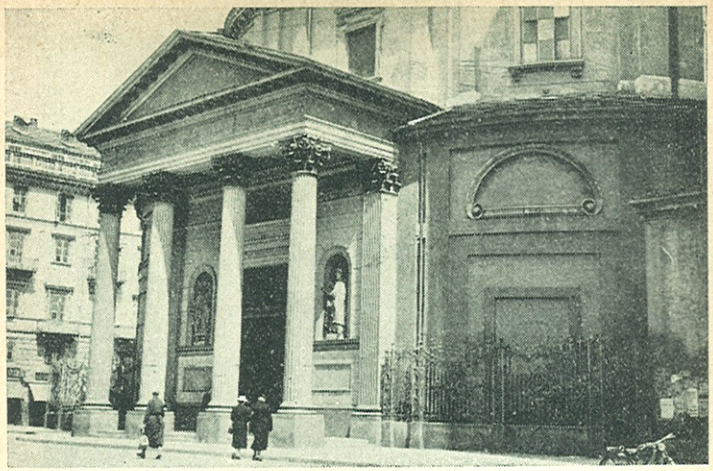
Al entrar en la alameda, que de la calle conducía al convento, sucedió algo insólito: las campanas de la torre empezaron a repicar como en las grandes fiestas. ¿Cómo se explicaba eso? Otras veces habían acudido allí, y a las campanas no se les había ocurrido saludarlos como ahora. También los del convento se asombraron: el lego sacristán preguntó al Padre Superior si había él ordenado aquel repique, y obtuvo contestación negativa. Trataron de averiguar quién las había tocado, y nada se logró saber. De aquí, que empezara a correr la voz de que los sagrados



Catedral de Turín: la segunda cúpula es de la Capilla Real del Santo Sudario.

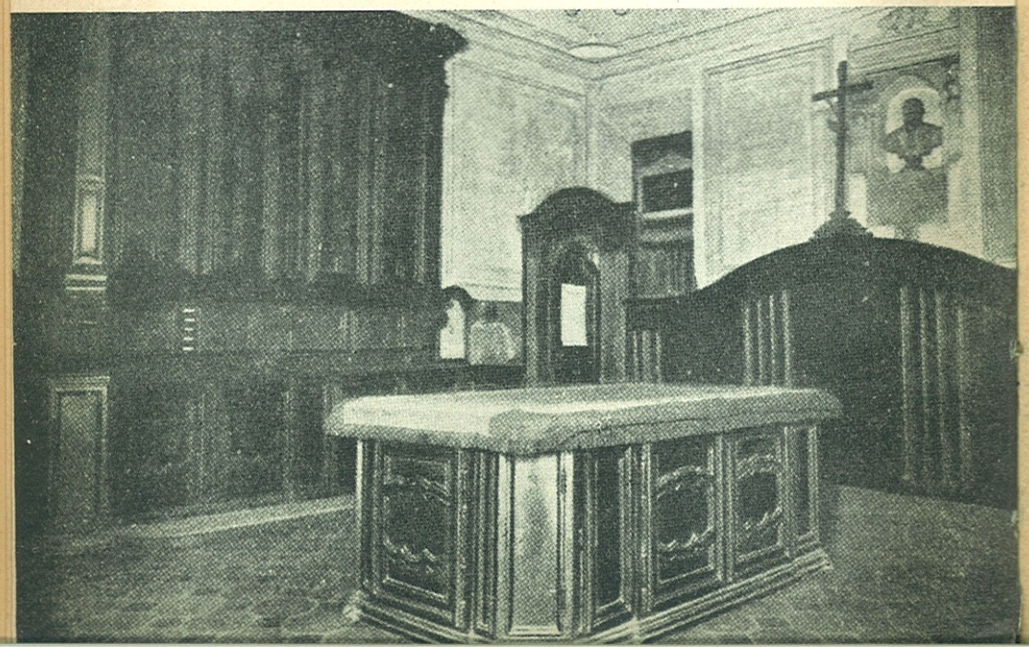
La Mole Antonelliana domina la ciudad de Turín; en primer término, el río Po





Turín: Entrada al Santuario de la Consolata.

Turín: Sacristía de San Francisco de Asís, cuna de la Obra de Don Bosco.





bronces habían sonado solos. Más bien, ¿no los habrían tañido manos de ángeles, por orden de su Reina, que así quería demostrar cuánto amaba a aquel ejército infantil y que escucharía sus ruegos? ¿No sería el anuncio de suceso memorable? (1).

En efecto, aquella misma tarde, en tanto que los niños por última vez jugaban en el prado de Filippi, y Don Bosco pasaba las horas más grises de su vida, cuando sus colaboradores lo habían abandonado y muchos lo tenían por loco, y se paseaba solo rezando para que no desfalleciera su fe, resplandeció de súbito la luz: la Virgen Santísima le enviaba la solución del problema, principio de la realización de la divina palabra: venían a ofrecerle un rinconcito junto a la casa de Pinardi.

Entonces sí, como eco jubiloso de la mañana, volvieron a repicar solas y vibrantes las campanas de la alegría y de la dicha en su corazón y en los corazones de sus queridos rapazuelos, a quienes enteró de la grata novedad.

## Testigo supérstite

Con tal recuerdo, se comprende la curiosidad con que he llegado hasta la Virgen de Campaña. Pero no descubro ni convento ni iglesia; sólo diviso una torre, que se levanta aislada. ¿Me habré equivocado? Pronto una lápida en un muro del camino, que sería el que en 1846 llevaba de la calle al convento, disipó mi duda: la guerra última destruyó la hermosa iglesia y casi todo el convento de los Padres Capuchinos.

Uno de estos, que viene hacia mí, con amabilidad se ofrece a mostrarme lo que quedaba: primero, la iglesia actual, instalada provisionalmente en un amplio salón. Veo después las pocas habitaciones que quedaron en pie del

(1) *M. B.*, II, 419.

secular convento. Víctimas de las bombas fueron cinco religiosos.

Observo luego los trabajos de reconstrucción de la nueva iglesia, que será mayor que la anterior; ya está casi terminada la cripta.

En esto suena la grave voz de una campana. La escucho religiosamente. ¿No será acaso una de las que tañeron jubilosas, desde esa torre que ha continuado erguida robusta y arrogante, aquella mañana luminosa de abril de 1846, anunciando al Oratorio errátil de Don Bosco el término de su peregrinación y principio de su asiento perdurable? En mi intimidad saludo la sagrada torre, único testigo de aquel concierto misterioso de sus bronces.

Los alrededores están ya poblados bastante densamente; por eso, quizá, no alcanzo a descubrir el bosquecillo o arboleda, en que el buen P. Guardián de 1846, confesor del Rey, dejando exhausta la despensa de los frailes, hizo preparar un abundante y sabroso desayuno para los pequeños peregrinos, a quienes había admirado en la iglesia por el fervor de sus rezos, la afinación y vida de sus cantos y la compostura edificante con que la mayor parte de ellos se acercó al banquete eucarístico. Pero, en esto, oigo voces de niños, y no tardo en descubrir un grupo de ellos correteando gozosa y libremente: es un oratorio festivo, que han fundado allí los PP. Capuchinos, a imitación del de Valdoco, y que les brinda ya frutos envidiables.

Vuelto a casa, con tan dulces evocaciones, preparo para el correo salutaciones pascuales, que han de volar hasta la patria.

9 DE ABRIL:

## EN LA PASCUA DE DON BOSCO, UNA TACITA DE PLATA

¡La Pascua en Turín! ¡En la Casa Madre! ¿Quién lo habría pensado?

Sin embargo, por complacer al buen P. Juan Ségala, Visitador de las Hijas de María Auxiliadora, me resigno a perder las funciones de la mañana en la Basílica de María Auxiliadora.

En el Paseo de la Reina Margarita tomo el tranvía que, después de cruzar el Po, corre por la avenida de Moncalieri, junto al río, hasta la calle de Sabaudia. Aquí desciendo. Debía estar esperándome una "máquina"; pero no la veo, y sigo a pie por Moncalieri hasta el número 315, donde un letrero dice *Villa Salus*. Es una residencia de las Hijas de María Auxiliadora para hermanas enfermas o convalecientes. Entro; hay una senda que sube serpenteando, y allá arriba, edificios. Rompo a andar. No tardo en echar la mano al bolsillo por el pañuelo para enjugar el sudor del rostro, cuando suena el zumbido de un motor: es la "máquina", que me da alcance.

"Más vale tarde que nunca —o— nunca es tarde si la dicha es buena" murmuro y, a una invitación del conductor, asciendo, con lo que me ahorro el llegar arriba hecho una sopa.

En pocos minutos, estamos en la altura, desde la cual se domina un paisaje encantador.

Allí está la casa; pero, para la capilla, hay todavía

escaleras que subir. No hay —claro está— ascensor, que sería lujo para estas religiosas. ¡Pobres hermanitas! ¡Y pobres, los que hemos pasado los cincuenta! Es cierto que con la exquisitez de la acogida, casi no advierte uno el ajetreo.

La capilla es un joyel. La sacristía, un primor de blancura y prolijidad. Mientras me revisto para la misa, viene una hermana a pedirme "due paroline", una platiquilla. No me atrevo a perpetrar otro delito. ¡Si fuera hablar a un auditorio de chicos, como los de Nápoles, todavía! Alego mi condición de extranjero y, nó sin algún pesar por la negativa, salto el foso.

¡Qué bien rezan estas religiosas! ¡Con qué expresión cantan! Con esto, por contagio, el fevor del que celebra debe ascender alguna línea.

Después de misa, conozco al capellán, P. Domingo Garneri, salesiano, que hasta ahora estuvo confesando. Es un ancianito, que acaba de celebrar sus Bodas de Oro de sacerdote. Me invita a desayunarme. Bajamos a la casita del Capellán, que está aparte. En el trayecto, me dice que conoció en el Oratorio a varios de los salesianos que fueron a la Argentina: a Monseñor Costamagna; a sus condiscípulos, el R. P. José Reyneri, nuestro querido inspector por tantos años, al R. P. Luis Machi, tan benemérito, etc.

En esta casa también, todo limpito y ordenado. En el estudio, una buena cantidad de libros, entre los cuales no faltan los veinte volúmenes de las *Memorias Biográficas* de San Juan Bosco. Distrae el capellán sus ocios —que deben de ser muy largos, máxime en invierno— preparando un escrito sobre uno de los múltiples aspectos de la vida de nuestro Padre. De esto, y de otros temas discurrimos mientras despacho el suculento desayuno que me han preparado en este día de Pascua; no se quedan cortas estas hermanitas; se empeñan también en obsequiarme con un grande y hermoso huevo de Pascua, que se me ocurre llevar como recuerdo a Buenos Aires.



El P. Garneri, además, me ofrece un estuchito con reliquias de nuestros Santos y Siervos de Dios. ¡Qué bien compensado queda en parte el sacrificio de la misa solemne con la música selecta de hoy en María Auxiliadora!

Este buen ancianito insiste ahora en acompañarme hasta el tranvía. Al fin consiento, pensando que será para él descanso y distracción.

## La Pascua en el Oratorio

A las 10 y 30 estoy de vuelta en Valdoco. La Plaza de María Auxiliadora es un hormiguero. La multitud va y viene sin cesar. La observo una hora más tarde: lo mismo. Dentro, la Basílica es un mar de cabezas.

Me doy una vueltecita por el interior del Oratorio. Sobre todo me llego a la capilla de Pinardi y al anexo patiecito primitivo, y recuerdo aquella otra Pascua de 1846, ciento cuatro años atrás, el primer día del Oratorio fijo de Don Bosco. ¿Tendrá alguna significación la coincidencia de ese comienzo con la Pascua?

Vamos ahora al comedor, vestido de alegría. El director, P. Uguccioni, anuncia que el Rdmo. Rector Mayor, que días atrás sufría indisposiciones de salud, se ha restablecido y está en el refectorio del Capítulo Superior separado del nuestro por un simple tabique. El Padre común oye el fragoroso aplauso con que se expresa la alegría por su recobro y nuestros votos pascuales. En seguida se conecta la radio, que está trasmitiendo la parte final de la Misa Pontifical de San Pedro de Roma. El Padre Santo va a impartir la bendición, que recibimos de hinojos.

Sigue la comida, que hoy se aparta una pizca de lo ordinario, como demostración de íntimo contento, ameni-

zada con la trasmisión desde el Vaticano, de los oficios que preceden a la solemne bendición que *urbi et orbi* dará, como de costumbre, el Soberano Pontífice, desde la galería de San Pedro; se oyen las músicas, aclamaciones, aplausos, cantos, gritos de fervor y, por fin, en un silencio profundo, la voz vibrante del Papa que pronuncia la fórmula ritual y comunica la Indulgencia Plenaria a cuantos lo están oyendo. Así llegamos al postre.

## Con nuestro historiógrafo oficial; la casa de Moretta

Después del almuerzo, el R. P. Eugenio Ceria me invita a ver el jardincito de la iglesia sucursal de la Basílica. Está esta en el costado izquierdo de la Plaza, viéndola desde el Oratorio. Allá vamos.

El jardín, dividido en dos cuadros, delante de la iglesia, está realmente gentil con sus tulipanes radiantes de esplendor. ¡Cómo se goza el buen anciano al verlos y ponderarlos! ¡Fulgores poéticos de glorioso poniente!

Acomoda luego dos sillas a la sombra. Nos sentamos, y se nos pasa allí más de una hora, yo interrogando y él respondiendo, sobre temas diversos relativos a nuestra familia religiosa. ¡Con qué gusto y veneración se escucha a un hombre como él, versadísimo en cuanto atañe a la historia de Don Bosco y de sus hijos! Entre muchas otras cosas, me dice:

—¿Ve usted? El lugar en que estamos ahora y el que ocupa esa iglesia pertenecieron a la casa de Moretta, que así se apellidaba el sacerdote su dueño. Fue el penúltimo lugar que ocupó el Oratorio errabundo.

—¿Ocupó toda la casa el Oratorio?

—Nó; sólo tres piezas, en las cuales abrió Don Bosco la primera escuela nocturna de Turín. Llegó a tener hasta 200 alumnos divididos en las tres aulas.

—¿Y lugar para capilla?



—No había. Los domingos se trasladaban a alguna iglesia de la ciudad, y, especialmente, a la *Consolata,* que era la más próxima.

—¿Y cuánto tiempo duró esta situación?

—Cuatro meses, hasta que los demás inquilinos de la casa obligaron al dueño a despedir a Don Bosco, porque sus pilluelos no los dejaban vivir en paz. Y la suerte empeoró. No tuvo más remedio que irse al vecino prado de los hermanos Filippi, más allá de la casa, confinante con la actual calle Cigna. No había en él más que un ruinoso cobertizo en que amontonaban los pocos aparatos de juego y algún mueble inútil. Pocas semanas después fué la Pascua del traslado al terreno de Pinardi, de donde ya no salió.

—¿Y dónde moraba Don Bosco entre tanto? ¿Dónde dormía?

—¡Ah! Don Bosco seguía ocupando una habitación en el Refugio de la Marquesa Barolo hasta que también él pudo establecerse en la casa de Pinardi.

## El primer Oratorio Festivo de niñas

Con el tiempo, la Providencia le proporcionó los medios para comprar también esta casa de Moretta. Y aquí, en 1876, abrió el primer Oratorio para niñas, atendido por las Hijas de María Auxiliadora. Cuando adquirieron ellas el terreno de allá, al otro costado de la plaza, a él trasfirieron también su oratorio.

Y continúa el diálogo hasta que suena una campana.

—Es para las Vísperas —me informa el P. Ceria—.

—¿Concurre también el pueblo?

—También. Hay que oírlos cantar a hombres, mujeres y niños. Hasta se saben los salmos de memoria.

—Voy a oírlos, Padre. Retribúyale el Señor los momentos tan agradables que me ha brindado.

Entro un instante en esta iglesia sucursal, dedicada al Sagrado Corazón de Jesús. En el muro de la derecha, hay una lápida con esta inscripción:

*"Cerca de aquí estaba la casa del sacerdote Juan B. Antonio Moretta, adonde Don Bosco, desalojado de los Molinos del Dora, en noviembre de 1845, trasladaba su Oratorio, e iniciaba allí las clases nocturnas, y en marzo siguiente, obligado por los inquilinos a marcharse, a causa del alboroto que armaban tantos jovencitos, se refugiaba en el contiguo prado de Filippi, último domicilio provisional del Oratorio, que el 12 de abril de 1846 —Pascua de Resurrección— llegaba a su meta, ocupando el mísero tinglado de la casa de Pinardi. 1º de abril de 1935, primer aniversario de la Canonización de Don Bosco".*

Es, en resumen, lo que verbalmente ha estado narrándome el P. Ceria.

Junto a la iglesia, se levanta la espaciosa casa parroquial con amplios locales para las actividades de las diversas asociaciones.

— . —

En la Basílica, asisto a la realidad de lo que sobre el canto de las vísperas me aseguró el P. Ceria: el pueblo participa devota y entusiastamente. Durante la Bendición con S. D. M., la masa coral del Oratorio ejecuta en forma perfecta varios trozos de música sagrada.

Al atardecer, toda la Casa acude al teatrito provisional del Oratorio Festivo. Un grupo de jóvenes coadjutores, con habilidad de artistas avezados, deleitan al público con una hermosa comedia del P. Passaglia, servita, intitulada *El hijo pródigo.*

## 10 DE ABRIL:
## EN LA "CONSOLATA". VISITA AL COTTOLENGO

### Peregrinos franceses

Notas sobresalientes de la mañana serán dos peregrinaciones francesas muy numerosas.

Una está anunciada para las 8. Deben celebrar cuarenta sacerdotes. Deben encontrar los altares desocupados porque no pueden demorarse: el tren de partida es uno de las 9. Hubo que improvisar altares en varios sitios de la Basílica.

La otra peregrinación llegará a eso de las 9; han anunciado que la acompañarán más de ochenta sacerdotes; pero no tienen estos la prisa que los otros.

Una de las dos —no recuerdo cuál— está presidida por el Excmo. Señor Obispo Auxiliar de París, que celebrará en el altar de María Auxiliadora.

### Con el Rector del Santuario de la Consolata

Mientras voy al centro, por un encargo, visito de pasada algunas iglesias: la elegante de San Carlos, frente a la plaza homónima, y en frente, la de Santa Cristina; en la Vía de Santa María, la muy devota de la Asunción de la Virgen.

Al volver por la *Consolata,* entro en la portería y solicito hablar con el Rdo. Rector del Santuario, Pbro. Nicolás Baravalle. Me acompañan a su habitación. El dis-

tinguido sacerdote me recibe cordialmente, y más al saber que soy salesiano y argentino.

Él es fundador de una congregación de religiosas. Me manifiesta que es exalumno del Oratorio, de cuyo clero juvenil fue presidente. Recuerda con mucho cariño a Don Rúa, a Don Rinaldi y a Monseñor Costamagna; era este su conterráneo, pues ambos eran nativos de Caramagna, y habría gozado mucho en verlo salesiano; pero no era esa su vocación. Está en íntimo contacto con los Superiores del Oratorio.

Con tales noticias —le digo entonces—, me animo a pedir, que a eso venía.

—¿Y qué es lo que pide?

—Algunas reliquias de San José Cafasso.

—¿Cómo, algunas? —observa sonriendo—.

—Sí, Padre, para que las veneren allá. San José Cafasso es muy nuestro; nos pertenece.

—Tiene usted razón. Y los que más se preocuparon por los procesos de su Beatificación y Canonización fueron los salesianos. ¡Cuánto se interesó, en primer término, el Rdmo. P. Tomasetti, vuestro Procurador General en Roma!

—Es que los salesianos tienen para con ese Santo una deuda inmensa: fue el consejero, confesor, protector y animador de San Juan Bosco.

—Así es... Pero no podré darle muchas reliquias, sencillamente porque no dispongo de muchas. Mire usted —y, abriendo un estuche, me las muestra—.

Efectivamente, el número es muy reducido. Sin embargo, elige dos, y me las da con las respectivas cartas auténticas. Además, llama a un clérigo, le ordena traer un centenar de estampas con reliquias *ex indumentis*, y me las entrega. A esto, quiere añadir dos libros: una biografía del Santo, escrita por el Cardenal Carlos Salotti,



y una excelente obra de práctica pastoral, basada en las enseñanzas que Don Cafasso impartió a los sacerdotes en el Colegio Eclesiástico de San Francisco de Asís.

Acto seguido, me hace pasar a una salita contigua, para que admire el retrato oficial de San José Cafasso —que es un óleo excelente— y algunos objetos de su pertenencia: una cómoda, varias sillas, un reloj de pie, una imagen de la Virgen Consoladora, etc.; es decir, un piadoso museo del Santo.

La conversación se prolonga todavía breves instantes, tras los cuales, después de dejarle una limosnita para el Santuario, con el más cordial agradecimiento, me despido.

Desciendo, y me dirijo al camarín de la Virgen, muy visitado en esta hora. Después de breve oración, formulo otra al querido San José Cafasso, ante sus venerables despojos.

## Una profecía del Cottolengo

Ya en la calle, doblo en la *Vía de la Consolata*, para ir a caer enfrente de la iglesia de la Divina Providencia.

Entro, y oro en la capilla que hay a la derecha de la entrada. Allí se da culto a otro cuerpo de santo: el de San José Benito Cottolengo, fundador de la gran Casita de la Divina Providencia.

Don Bosco lo conoció poco después de ordenado sacerdote en una visita que realizó a su ya maravilloso instituto. San José Benito lo acompañó con mucho cariño por todas las secciones de la Casa, y, cuando el joven sacerdote estaba a punto de despedirse, le tiró de la manga de la sotana, restregó con su dedos el paño como para probar su consistencia, y le insinuó:

—Tiene usted una sotana de paño muy débil. Provéase de otra, de tela más resistente, de modo que los jó-

venes puedan asirse de ella sin desgarrarla. ¡Llegará un día en que mucha gente se la despedazará! (1).

Fue un vaticinio. Los muchachos de sus oratorios, lo rodeaban y se prendían de su hábito. ¡Y cuántas veces las muchedumbres, en sus viajes por Francia y España especialmente, cortaron trozos de su sotana para llevárselos de reliquias!

## Los milagros de la Casita (Piccola Casa)

Voy a visitar el Instituto adjunto. La hora no es la mejor, porque en algunas secciones cenan ya, y en otras se han acostado.

En este momento llegan otros visitantes, y así formamos un solo grupo, que no exigirá más que una hermana que nos vaya dando explicaciones.

La *Piccola Casa* (la Casita) es muy grande: es un pueblo que cuenta de 8 a 10.000 moradores. Está dividida en secciones. Para atenderlas, hay varias comunidades de religiosos o religiosas, separadas unas de otras, y cada una con su regla peculiar y actividades específicas, pero admirablemente coordinadas entre sí.

—Hé aquí las "perlas" del Santo Fundador —nos indica la religiosa, al introducirnos en una gran sala llena de muchachos—; los llamaba "sus buenos hijos".

¡Qué pena causa verlos! Son los idiotas; nada o casi nada hacen en todo el día; están sentados mirándose unos a otros o dormitando; hay quienes se molestan mutuamente, y gruñen. ¡Santas hermanitas que los cuidan!

Hay otra sección para las niñas, "le bone figlie", de iguales prendas.

Aquí están "i luiggini", los luisitos o pobres huérfanos; aparte, las huerfanitas.

(1) F. Giraudi, *Il Santuario di M. Ausiliatrice*, pág. 132; *M. B.*. II, 67.



Allí, un grupo de abnegadas religiosas que, en todo el santo día, no hacen más que lavar la ropa de todo ese pueblo, y al mismo tiempo rezan. Sólo la oración puede sostenerlas en tan ruda tarea.

Más allá, vemos el manicomio de locos mansos.

En la sección de los deformes, estropeados y monstruosos no nos introduce la buena hermana, porque no todos son capaces de aguantar su vista, sin desfallecer.

Pasamos por la enfermería, la panadería, la inmensa cocina, todo aliñado, pulcro y brillante como una patena, a cargo de sendas comunidades.

¡Qué conmovedor aquel grupito de niñas sordomudas, que, a una señal de la hermana que las atiende, saludan, hablan con gestos, y después una de ellas los traduce en voces clara y perfectamente articuladas, que son una salutación, o una respuesta a una pregunta de la doctrina cristiana! ¡Qué bien las oímos recitar en coro el avemaría! ¡Qué satisfacciones deben de experimentar también estas sacrificadas religiosas con los resultados magníficos de sus afanes, verdaderos triunfos contra la impotencia y la ignorancia!

¿Y quién envía a esta Casa los recursos, los remedios, la carne, la harina, la verdura, los vestidos?... Todo, la Divina Providencia, por medio de almas caritativas. Nunca les ha faltado nada. A veces, en forma totalmente imprevista, les llega lo necesario en el momento preciso. Allí se vive un milagro permanente. Es admirable. ¡Cuántas veces, en estos breves minutos, he sentido nublárseme de lágrimas los ojos!

Entramos ahora en la iglesia, donde siempre está de manifiesto el Santísimo Sacramento y, de día y de noche, turnan en la adoración los miembros de una comunidad. ¡Aquí está el secreto de tantas maravillas, de tanta virtud de tanto heroísmo!

Nos muestran luego la capilla y habitación privadas del santo Fundador, con preciosas reliquias y recuerdos de su fecunda existencia.

Al enunciar el deseo de llevarme una reliquia del Santo, me guían a un salón en que están las religiosas que las preparan; son todas sordomudas, menos la que atiende a los visitantes. Dejo mi pobre óbolo para necesidades de la Casa, y con el corazón henchido de hondas emociones, salgo a la *Via Cottolengo*, por donde, en tres minutos, llego al Oratorio. ¡Qué vecinas están las dos obras de Dios!

11 DE ABRIL:

## APOSTOLADO. SAN JUAN EVANGELISTA. EL SEGUNDO ORATORIO FESTIVO

### Magnífica organización catequística

Después de haber admirado otra numerosa afluencia de peregrinos franceses y, aun más, de irlandeses, voy a enterarme de la labor que realiza una benéfica Comisión de Enseñanza Catequística, creada por el celo apostólico del Rector Mayor y constituida por salesianos de la Casa Capitular.

Uno de los miembros más activos, el R. P. Juan Marocco, que vivió unos años en nuestras casas patagónicas y recuerda aún bastante bien el español, se presta amablemente a informarme.

—Querrá saber usted —me dice él— cuál fue el origen de esta obra. Pues, no otro sino el vivo deseo del Rdmo. Rector Mayor de secundar una seria preocupación del Padre Santo, esto es, la de difundir con todos los resortes el conocimento de nuestra santa religión, más necesario que nunca en los calamitosos tiempos de posguerra, tan funestos a las sanas costumbres, en gran parte por el turbio aluvión de elementos foráneos y heterodoxos.

—¿Y qué se hizo con ese fin?

—¡Oh! Promovió el Rdmo. P. Ricaldone la publicación de todo linaje de escritos de carácter dogmático y moral, de tono y estilo populares. A esto mira, en primer término, la Librería de la Doctrina Cristiana, que instaló con todos los adelantos de la técnica moderna...

—Sí, en Bequi. Ya he tenido la satisfacción de admirar aquello.

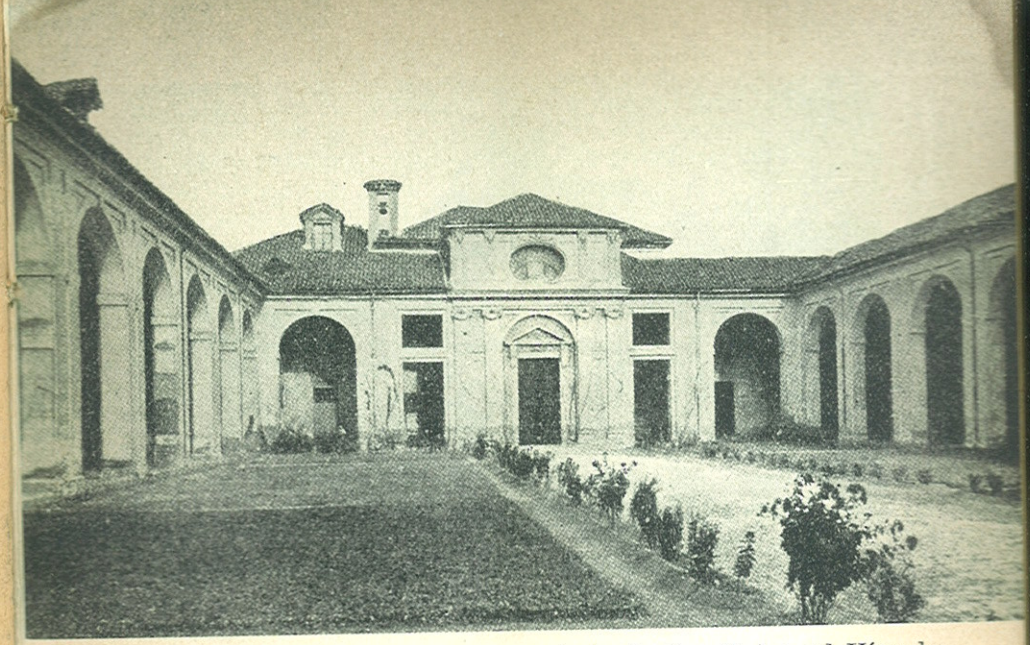
—Y en esa Librería, que funciona en el patio del Oratorio, habrá visto usted la cantidad innúmera de libros, folletos y hojas para el aprendizaje y la enseñanza de la más excelente y necesaria de las ciencias. Y no pára todo en esto. Los sacerdotes, miembros de la Comisión, organizan, en todas partes de Italia, conferencias, conversaciones, asambleas, misiones, congresos y exposiciones de la doctrina cristiana.

—¿Y los obispos, los párrocos...?

—Se entiende que ante todo hay que tener su asentimiento. Pues están contentísimos, con una ayuda que tienen por caída del Cielo. Son muchísimos los obispos que nos llaman para que, en sus respectivas diócesis, reunamos a sacerdotes o laicos, a maestros o padres y madres de familia, bien separadamente, bien en globo, y les encarezcamos la necesidad de la ciencia divina y de que la den a conocer a sus dependientes, y les expongamos los métodos más proficuos para enseñarla y les indiquemos los recursos más conducentes para hacer apreciar y amar este aprendizaje. En la exposición catequística, que suele seguir a las conferencias o asambleas, y que se prepara en espaciosos locales, damos a conocer los mejores textos, tratados o métodos que se han publicado sobre catequesis, historia sagrada y eclesiástica, liturgia, hagiografía, apologética, ascética, sociología cristiana, Acción Católica, Sagrada Escritura, dogma, moral, predicación, misionología, revistas...

—¡Oh! necesitan camiones para ello...

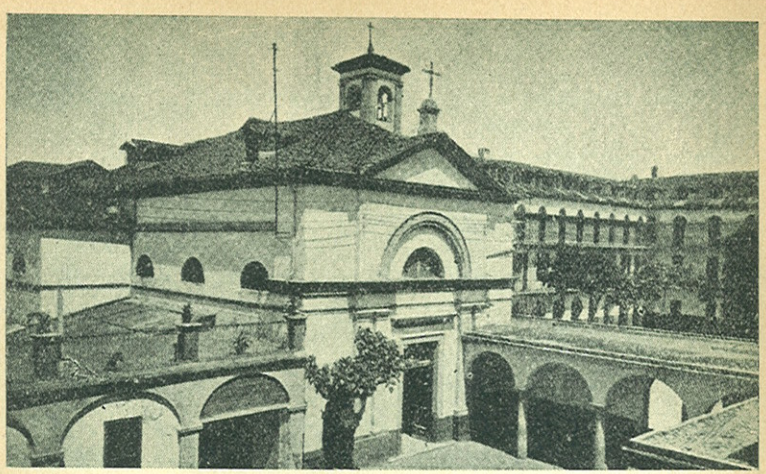
—La buena voluntad todo lo acomete y realiza felizmente. No faltan en estas exposiciones, muestras de los mil recursos ingeniosos que ilustran gráfica o amenamente todas las lecciones, máxime de los temas más abstrusos. No faltan los expedientes de atracción: cuadros murales, mapas, láminas, estampas, medallas, vales de asistencia y



Turín: Iglesia y antiguo cementerio de San Pedro ad Víncula.




Turín: Fachada de la Pequeña Casa de la Divina Providencia, de S. José Benito Cottolengo.



Turín-Valdoco: Iglesia de San Francisco de Sales.



Interior de la misma Iglesia.



de mérito, premios, distintivos, series de trabajos escolares, series de películas sobre todos los temas catequísticos, colecciones de cantos y de obritas dramáticas, lecturas amenas e instructivas para los oratorios festivos que se van promoviendo, lo mismo que círculos parroquiales de estudio, destinados a atraer a niños, jovencitos y adultos. Para los directores y catequistas, se han preparado registros de inscripción, de asistencia y calificaciones, agendas, diplomas, medallas, libros de premios.

—Y tanta labor ¿resulta fructuosa?

—Para asegurarla y perpetuarla, en lo posible, dejamos constituidas comisiones locales, diocesanas o parroquiales, que extenderán su radio benéfico a los institutos dependientes. Es consolador el fruto que ya hemos cosechado. ¡Qué satisfacción la nuestra, cuando recibimos de los más remotos lugares consultas sobre dificultades o dudas que encuentran algunos en el ejercicio de su apostolado! ¡Con qué placer contestamos, para mantener y atizar la santa hoguera!

—La mies es inmensurable.

—Pero van aumentando los obreros. Y nos anima a perseverar la complacencia que, por este apostolado, han expresado en repetidas ocasiones los excelentísimos Prelados y, especialmente, el Supremo Pastor, quien ha agradecido las fructíferas manifestaciones de esta genial iniciativa de nuestro Rdmo. Rector Mayor.

—¡Cuánto celebro haber conocido esta obra! Mi enhorabuena a usted por la parte principal que en ella le cabe, y mi agradecimiento por la bondad con que ha dejado satisfecha mi curiosidad.

## San Juan Evangelista

Visito hoy la iglesia de San Juan Evangelista, en lugar muy poblado del Turín actual, en la gran avenida

de Víctor Manuel II, a unos 300 metros de la Estación de *Porta Nuova.*

Estoy delante de ella, contemplando la hermosa fachada. Sobre la puerta hay un frontón, en cuyo tímpano luce un precioso mosaico que representa al Divino Maestro, sentado en la cátedra, y al pie, esta frase evangélica: *Ego sum via, véritas et vita:* Yo soy el camino, la verdad y la vida. Y esto no es casual: tiene su porqué. A unos cien metros de distancia se eleva un suntuoso templo protestante, en cuyo frontispicio antes se leía: "Deténte, pasajero, a considerar el anterior camino, para ver si es el recto y caminar por él". Como se comprende, aquello es una respuesta a esto. Los valdenses, a quienes pertenecía el edificio, cayeron pronto en la cuenta, y reemplazaron la antigua inscripción por esta otra: "Cree en Nuestro Señor Jesucristo, y te salvarás" (1).

Don Bosco había querido sentar allí sus reales, para contrarrestar la perniciosa influencia que, en aquel suburbio abandonado, estaba ejerciendo la herejía. Con las cinco campanas de la airosa torre de 45 metros, invitaría en adelante a todo el vecindario a escuchar la auténtica doctrina del Salvador del mundo.

Cruzo la verja, y entro en la iglesia. En su propileo, una lápida expone:

> *"San Juan Bosco inició aquí en 1847 su segunda*
> *" obra con los humildes principios del Oratorio de*
> *" San Luis. En 1882 inauguró esta iglesia, como un*
> *" monumento al Papa Pío IX, para defensa de la fe*
> *" católica e incremento de la piedad. Entre los rego-*
> *" cijos de su canonización, colocaron este recuerdo los*
> *" salesianos, los fieles y los jóvenes el 6 de mayo*
> *" de 1934".*

(1) E. Ceria, *Annali della Società Salesiana,* I, 409.



Corresponde a este mármol, en el muro de enfrente, otro de homenaje al Conde Eduardo Arborio Mella, quien desinteresadamente trazó el plano del templo, en estilo románico-lombardo.

Bendijo la primera piedra el Arzobispo de Turín Monseñor Lorenzo Gastaldi el 14 de agosto de 1878, y el mismo lo consagró el 28 de octubre de 1882.

El interior es solemne y devoto; mide 60 ms. por 22; son tres naves, finamente decoradas por Reffo, Rollini, Caneparo, etc. El piso es de mosaico de mármol.

### Monumento de la gratitud

A la derecha, junto al ingreso, se ve una soberbia estatua de mármol, que figura a Pío IX de pie, coronado con la tiara; se debe al eximio cincel de Francisco Confalonieri. Don Bosco había entendido levantar con esta iglesia un monumento perenne a su dulce bienhechor Pío IX, y le dio su nombre de pila: San Juan Evangelista (1). El homenaje quedó más definido con la estatua que tan vivamente lo reproduce. El expresivo epígrafe del insigne latinista P. Juan B. Francesia dice en español:

> *"Al Sumo Pontífice Pío IX, que promovió la*
> *" construcción de este templo en honor del Apóstol*
> *" y Eangelista San Juan con el consejo y la obra,*
> *" y que, benignamente, consintió que llevase su pro-*
> *" pio nombre de pila, los Salesianos y sus Coopera-*
> *" dores, por él canónicamente aprobados y más de*
> *" una vez distinguidos por su generosidad, quisieron*
> *" jubilosos erigirle este monumento de amor, vene-*
> *" ración y gratitud, como a dulcísimo y munífico*
> *" Padre, el año 1882."*

(1) Pío IX tenía por nombre familiar *Juan María Mastái Ferretti.*

¡Cuánto inculcó siempre Don Bosco la gratitud! Son muy expresivas las palabras con que siempre lo hizo en sus escritos y discursos, como que tenía esa noble virtud profundamente arraigada en el corazón. Otro libro que, en mi sentir, resultaría muy interesante, sería el que desarrollara este tema: *La gratitud de Don Bosco.* ¡Cuántos episodios tiernos y conmovedores evocaría!

## Reliquias, arte, recuerdos

A este púlpito subió Don Bosco muchas veces a predicar el Camino, la Verdad y la Vida soberanos. En ese altar celebró la primera misa de este templo con satisfacción inmensa de su alma.

La iglesia está ahora en silencio. Pero llegan a mi memoria otras voces de elocuentes oradores, entre las cuales, la original y profunda del P. Alberto Caviglia, que tantas veces vibró en ella. ¡Oh! ¿Y cuando el majestuoso recinto quedaba como magnetizado con las maravillosas armonías de su incomparable organista el P. Juan Pagella, gloria impar de la música italiana? ¡Ah! No es posible no recordar a estos eximios hermanos, que esclarecieron nuestras mentes y solazaron nuestros corazones, el uno con los primores de la pluma, el otro con las esplendorosas partituras que continúan realzando nuestras más augustas solemnidades religiosas y las más brillantes celebraciones artísticas de nuestros institutos.

Adosada a la nave lateral izquierda, hay una capilla dedicada a la Santísima Virgen de los Dolores, representados estos en siete hermosos lienzos del pintor Luis Morgari. La bóveda muestra las cicatrices de heridas causadas por la última guerra.



## El Instituto y el Oratorio de San Luis

De la iglesia paso al Instituto anexo. ¿Qué sucede que está silencioso? La jaula está sin canarios, como ya lo observé en otras partes: los alumnos han salido para las breves vacaciones de Pascua. ¡Qué triste un colegio salesiano sin niños!

Charlo unos momentos con el P. Director. Tengo interés en hacerlo también con el anciano P. Félix Cane, pues me han dicho que rejuvenece cuando le recuerdan los días pasados con su ilustre condiscípulo el Siervo de Dios P. Andrés Beltrami; pero, al saber que guarda cama, juzgo prudente no subir a molestarlo.

Ahora voy a visitar el Oratorio Festivo. La entrada está en otra calle de la misma manzana: en la Vía Ormea. En la portería, me recibe sonriente un hermoso busto de Don Bosco, entre lamparitas. Debajo de él, una lápida de ofrenda:

> *"A Don Bosco, en el Centenario de la fundación*
> *" de su segunda obra, el Oratorio de San Luis. Para*
> *" recuerdo, los oratorianos. 1847 —8 diciembre—*
> *" 1947."*

De modo que el lugar no puede ser más evocador. ¡Aquí, el Oratorio de San Luis, tantas veces mentado en las *Memorias!* Fundólo el Santo —otro día de la Inmaculada— para aliviar al de Valdoco, que ya se iba acercando al millar y para proveer a las exigencias espirituales de tanta juventud y niñez, en zona amenazada por el peligro valdense. Las razones del nombre fueron honrar al Santo de los jóvenes y un deber de gratitud a Monseñor Luis Fransoni.

Me atiende muy cortés el Director del Oratorio. El patio ha quedado bastante reducido. En uno de los muros, otro mármol recuerda que bendijo e inauguró el Oratorio

el Teólogo Borel y que allí ejercieron su proficuo apostolado los Siervos de Dios Don Rúa, Don Rinaldi, futuros Rectores Mayores; el Teólogo Leonardo Murialdo, fundador de la Congregación de San José o de los Artesanitos; el P. Luis Guanella, fundador de las Hermanas de la Providencia y de los Siervos de la Caridad, y, más recientemente, el P. Calixto Caravario, mártir salesiano de la China. ¡Qué cosa notable! ¡Todos, Siervos de Dios, con sus procesos de beatificación ya incoados y en marcha, y dos eximios fundadores!

No debía faltar a este Oratorio el período heroico, de que se ufanan casi todas las fundaciones salesianas. ¡Qué guerra sorda, y luego abierta, le declararon los valdenses! Allá le enviaban grupos de mozalbetes, que, no contentos con proferir insultos de todo jaez y calibre, comenzaron a atacar con terribles granizadas de piedras, que dañaban la mísera casa y herían a los oratorianos. Pero los mayorcitos de estos, agotada un día la paciencia, salieron denodadamente y, a pedradas también, les hicieron tomar luego las de Villadiego. No obstante, las pedreas se renovaban en el momento más impensado. Pero la lucha contribuyó a templar los caracteres, y el número de concurrentes fue aumentando de domingo a domingo.

La escasez de espacio al aire libre, ha obligado a construír subterráneos, debajo de la iglesia de San Juan Evangelista. En ellos funciona, ya desde la época de Don Bosco, una hermosa capilla para los oratorianos, con valiosas pinturas, un salón de actos muy cómodo y elegante, hasta de piso inclinado, y de gran número de butacas, con su respectivo escenario, espacioso y bien provisto, y sus camarines. Otros locales hay, aquí y arriba, destinados a las actividades características de un oratorio modelo.

Estos chicos, que acuden en número considerable, son la levadura, que conserva y hace crecer la piedad de los hogares cristianos en esta zona baluarte del protestantismo.



La acción perniciosa de este, se ha visto neutralizada y vencida, en gran parte, por la benéfica del Oratorio de Don Bosco.

Al dirigirme a *Porta Nuova,* para tomar el tranvía, paso otra vez delante del templo valdense. Me vuelvo a mirarlo. Está cerrado y silencioso.

## En la Casa Madre de las Hijas de María Auxiliadora

Aprovecho un momento libre de la tarde, para ir a la Casa Madre de las Hijas de María Auxiliadora, que está a dos pasos de la Basílica, en el costado derecho de la Plaza.

Deseo presentar a la Rdma. Madre Elvira Rizzi, miembro del Capítulo General del Instituto, el saludo de su hermano y mi ya remoto condiscípulo, el Rdo. P. Leopoldo Rizzi, junto con el mío personal. Es ella argentina, natural de Cañuelas; por tanto, gloria de nuestro país, pues, tras haber dirigido allá varias casas del Instituto y haber sido luego Inspectora en nuestra patria, por su vida ejemplar y singulares dotes de gobierno, mereció ser llamada a formar parte del cuerpo que rige a toda la institución, que cuenta hoy unos 14.000 miembros.

Después de presentarle el mensaje del P. Leopoldo, conversamos sobre diversos asuntos de aquí y de allá. Lamenta que esté ausente la Rdma. Madre General Sor Ermelinda Luccotti, pues me habría presentado a ella.

A su pregunta de si tengo necesidad de algo, nace mi atrevimiento para solicitar algunas reliquias de la Beata María Dominga Mazzarello, la gloriosa Confundadora, próxima a la canonización, pues, en forma extraoficial, se sabe que tiene ya aprobados los dos milagros exigidos para ello.

Agradezco su promesa de que hará prepararme lo que he solicitado y me pongo a su disposición para lo que pudiera serle útil en la Argentina. Poco después me despido con el *¡Viva Jesús!,* que es el saludo habitual de estas ejemplares hermanas nuestras en San Juan Bosco.

12 DE ABRIL:

## IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE SALES. LIBRERÍAS Y OTROS COMERCIOS DE TURÍN

### Media hora de Tabor

Esta mañana voy a celebrar en la histórica iglesia de San Francisco de Sales, en el altar en que, ordinariamente, todos los días celebraba Don Bosco.

En una repisa del ábside, está la estatua del Titular. En el presbiterio, a la izquierda está la entrada a la sacristía; sobre la puerta, una imagen de San José Cafasso; del otro lado, simétricamente, otra de San José Cottolengo.

Entro en la sacristía, limitada y pobre, pero rica en memorias del Santo, que allí confesaba, leía en las intimidades de los penitentes, bendecía y concedía audiencias y obraba milagros. ¡Qué testigo de lo sobrenatural!

Me revisto y salgo a decir misa. Me parece que Don Bosco está a mi lado, asistiendo a este su pobre hijo de la amada Argentina, y que oigo el suave susurro de férvida plegaria: la de sus sacerdotes, clérigos y alumnos.

¡Cuántas veces, ayudando a misa, se arrodillaron en las gradas de este altar, y subieron a la tarima a trasladar el misal, y a administrar las vinajeras, el Beato Domingo y su émulos de entonces, Besucco, Magone, Gavio, Massaglia, y los clérigos Rúa, Cagliero, Francesia, etc.! ¡Cuántas evocaciones en esta inefable media hora de Tabor!

Para la acción de gracias, escojo el corito que circuye al altar mayor. Aquí también con frecuencia Don Bosco oía confesiones o explicaba la doctrina a grupos de niños.



### El éxtasis de un ángel

Una tarde entró aquí Don Bosco, y de repente se detuvo como sobrecogido ante un caso singular. ¿Qué sucedía? Un rato antes habían ido a su pieza a notificarle:

—Mire, Don Bosco: no se sabe dónde está Savio. Faltó en el comedor, y entonces los compañeros recordaron que tampoco lo habían visto en el desayuno y en la clase.

—Pero ¿lo han buscado bien?

—Sí, Don Bosco; en todas partes.

—¿En el estudio?

—Y también en el dormitorio, por si estuviese enfermo; pero todo en vano.

—Pues, entonces, vayan tranquilos; yo lo encontraré.

Y, sin vacilar, se va Don Bosco a la iglesia, cruza el presbiterio y llega al coro, detrás del altar mayor. Allí estaba Domingo: de pie, inmóvil como de piedra, con los ojos brillantes fijos en el Sagrario, una mano sobre el pecho, la otra apoyada en el atril del antifonario.

—¡Domingo! —llamó Don Bosco, pero como si nada.

Entonces, acercándose el Santo, lo sacudió suave y firmemente. El jovencito, como despertando, se volvió hacia quien lo llamaba y, asombrado, exclamó:

—¡Oh, Don Bosco! ¿Ha acabado ya la misa?

—¿La misa? Observa —replicó el Santo, mostrándole el reloj—: ¡son las catorce!

—¿Las catorce? Perdóneme, Padre, esta falta contra el horario. No lo haré más.

—Vén, vén; vamos a almorzar, hijo. Y si alguno te pregunta de dónde vienes, contéstale que de cumplir un encargo mío.

Y lo acompañó hasta el comedor (1).

"En otra ocasión —escribe el mismo Don Bosco— iba

(1) S. JUAN BOSCO, *Domingo Savio*, cap. XX.

a salir de la sacristía, cuando percibo voces en el coro, como de persona que conversara. Acudo allá, y veo a Savio, que habla para callar luego, como aguardando una respuesta. Entre otras expresiones, entiendo claramente estas: "Sí, Dios mío, ya os lo he dicho y lo repito: os amo y quiero amaros hasta la muerte. Si me viereis a punto de ofenderos, enviadme la muerte: sí, ¡antes morir que pecar!"

"Alguna vez —continúa el Santo— le pregunté qué hacía en esos rezagos, y, con la mayor sencillez, me respondió: —¡Ay de mí! Me distraigo, y entonces pierdo el hilo de mis oraciones, y me parece ver cosas tan bellas que las horas huyen como un relámpago" (1).

¡Qué maravilla de adolescente! ¡Y aquí estoy yo ahora en el mismo lugar en que ese ángel se olvidaba de la tierra y vivía en su ambiente: el cielo! Y se me antoja el lugar que aquí ocupó, un relicario impalpable de su claro espíritu.

## Un niño fundador de una Congregación

Voy después a arrodillarme en la capilla de la diestra ante el altar de la Virgen Santísima del Rosario, donde todos los días se arrodillaba el mismo santito para renovar los propósitos de su primera comunión, rezar el rosario con algunos compañeros y el 8 de junio de 1856 dejar allí fundada la Compañía de la Inmaculada Concepción.

Fue una idea feliz de Domingo Savio; la manifestó al maestro de su santidad Don Bosco, y este la aprobó plenamente y le ayudó a redactar el sabio reglamento, por el cual un grupo escogido de alumnos se comprometían a ser como los ángeles visibles de los compañeros más necesitados de ayuda espiritual. En la referida fecha, Domingo, rodeado de esos compañeros, les leía, en presencia de la

(1) S. JUAN BOSCO, *Dom. Savio*, cap. XX.



Madre celestial, el reglamento aprobado por Don Bosco y que, una vez bien entendido, prometieron todos practicar fielmente (1).

¡Un niño de catorce años, fundador de la piadosa congregación mariana, que hace casi un siglo aquí brotó, como delicada flor, que ha producido y sigue produciendo innumerables simientes de eximia virtud y apostolado en las casas de Don Bosco!

## Otro joven, futuro fundador

Al levantarme, no sé por qué extraña asociación de ideas, me acuerdo de que, a pocos pasos de allí, en el presbiterio, se velaron mucho después los exánimes despojos de nuestro Santo Fundador Don Bosco y posteriormente los de su primer Sucesor Don Rúa. Me figuro el interminable desfile de salesianos, niños, jóvenes y fieles; las conmovedoras manifestaciones de amor, devoción y reverencia; las caravanas de viajeros llegados expresamente desde muchos puntos de Italia; los tiernos episodios allí recogidos.

Allí una madre levantó a su hijito de dos o tres años para que contemplase al difunto, y el pequeñuelo exclamó:

—¡Duerme, mamá, duerme!

—No duerme —replicó la madre—; está muerto.

—¡Oh, nó —insistía el infante— ¡No está muerto! ¡Duerme, duerme! —y lo contemplaba cariñosamente (2).

Muchos pensarían lo mismo: los que a él se encomendaban con fe; entre otros, el piadoso jovencito Luis Orione, discípulo del Santo. Sabedlo:

Había ido Orione al comedor y, como encargado de distribuír el pan, con una cuchilla muy afilada, se había puesto a cortarlo para los compañeros. Era tanta la prisa

(1) S. J. Bosco, *Dom. Savio*, cap. XVII.
(2) LEMOYNE-AMADEI, *Vita*, II, 661.

que llevaba que, al dar uno de los cortes, lo hizo, no sobre el pan, sino sobre el índice de su mano derecha —el P. Orione era zurdo— y lo cercenó. "¡Oh! ¿Qué es lo que he hecho?" reflexionó enseguida. "Si me falta el índice, ya no podré ser sacerdote". El sacerdocio era su ideal supremo. ¿Qué haría entonces? Una idea se le ocurrió al momento, vigorizada por su fe. Envolvió en un pañuelo el malhadado índice, apretándolo cuanto podía contra su muñón, y corrió a la iglesia. Se llegó al cadáver de Don Bosco y, con toda la fe de su alma, puso el dedo sangrante en contacto con la diestra inerte del Santo. Instantáneamente, las partes se juntaron como antes y la herida se cicatrizó (1).

Aquel jovencito fue sacerdote, sacerdote santo, fundador de la benemérita Congregación de los Hijos de la Providencia. De sus propios labios oímos el portento, y mostraba él mismo la cicatriz que le quedó para perenne testimonio, y aseguraba que se valía de aquel dedo de milagro, lo mismo que de los demás de sus dos manos.

Dios glorificaba a su Siervo.

La curiosidad me lleva, por último, a visitar también la tribuna de los músicos, construida sobre la entrada principal, y a la cual se sube por una escalera de caracol. Ese fue el lugar en que se fue afianzando día a día el progreso de la escuela de canto fundada por Don Bosco.

## Visitando librerías turinesas

En busca de algunos libros de encargo, voy a visitar por la tarde varias librerías importantes de Turín.

En una de ellas, con no poco estupor y alegría, encuentro el *Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española* por la Real Academia. ¿Será la segunda edición

(1) *M. B.*, XVIII, 591.



anunciada hace mucho tiempo? A juzgar por la encuadernación y el tamaño, debe ser. Para salir de dudas, ruego que me muestren el libro.

Es, en efecto, la nueva edición, la segunda; acaba de ponerse en venta, porque la fecha es de 1950. Parece más manuable que la anterior, que era muy abultada. Al hojearlo, veo que han aumentado mucho las ilustraciones.

Se me ocurre averiguar si habrá atendido la Real Academia algunas de las observaciones que se le han presentado, y, como a hurtadillas, rápidamente, para que no crea el librero que he ido allí a aprovechar el libro para algún estudio particular, busco varios términos de los discutidos. Así, veo que figuran *fútbol,* grave, en vez del anterior *futbol,* agudo; lo mismo, *chofer,* agudo, en vez del grave *chófer,* injustificable; *santafesino,* con *s,* pero sin desechar el con *c,* tal como habíamos sugerido. Al galicismo *rango,* después de secular oposición, se lo admite; igualmente, los términos *batata, elogioso, portuario, locutor, jerarquizar, fierro, gauchada*...

En la *Advertencia* preliminar se menciona en forma especial la colaboración prestada por nuestra Academia Argentina de Letras. No es poca satisfacción.

En nota de la misma página, se expresa que los artículos añadidos al Diccionario pasan de 3500, y superan con mucho ese número las nuevas acepciones de voces ya corrientes.

Ya es demasiado curiosear ¿nó? Pues, basta; no crea el librero que he venido a ordeñarle gratuitamente la vaquilla. Entrego el libro, preguntando:

—¿Cuál es su precio?

—4200 liras —contesta el que me atiende—.

—Muchas gracias. Informaré al interesado.

"¡4200 liras!" voy repitiéndome, y calculo: al cambio corriente, son 105 pesos argentinos. No me parece poco.

(Dos meses después, en Madrid, lo conseguía por unos 25 pesos.)

En otra librería averiguo si tienen algún diccionario etimológico. Me ofrecen uno incompleto, por hallarse en curso de publicación; son los dos primeros tomos, para las tres o cuatro primeras letras del alfabeto. Deploro no recordar ahora los nombres de los autores, que son varios, ni la casa editora; sólo sé que esta es de Florencia. Una obra de tal mole me dice que en Italia hay acuciosos cultores de las ciencias filológicas.

## Abundancia y Don Dinero

Mientras iba a caza de esas librerías, me llamó mucho la atención la gran cantidad de una especie de comercios: los de comestibiles y bebidas.

¡Qué de panaderías, carnicerías, fruterías, fiambrerías, verdulerías, bares, cervecerías, etc.! Y sobre todo, ¡cuántas tiendas de dulces y golosinas: pasteles, confites, caramelos, peladillas, bombones, chocolates, merengues, bizcochuelos, tortas, sorbetes o helados y la mar de otros! Hay cuadras en que no hay menos de cuatro o cinco de estos comercios. No por nada denominan a Turín "ciudad de los dulces". ¡Y hay que ver el arte, finura y exquisitez de la presentación de estos artículos en los escaparates y aun en los estuches que los contienen!

El que ve expuesto tanto bien de Dios, debe concluir que nadie aquí padece hambre. Sin embargo, no hay por cierto derroche en la alimentación de la generalidad, máxime de la clase humilde. Todos se miran bien en este renglón.

Según me han afirmado personas de criterio, lo mismo aquí que en la mayor parte de Italia, hay de todo lo que pueda apetecerse, también en los demás ramos. Pero ¿quién lo consigue? Sólo el que tiene dinero. Con este,



todo se alcanza, aun cuando los precios estén más allá de las nubes. *L'argent fait tout*... o, como dijo Quevedo:

Poderoso caballero
es don Dinero.

Quiera Dios que, cuanto antes, todo se normalice de una vez y retorne al cauce de lo razonable, aquí y en todos los pueblos del mundo, y no sólo en lo material sino en todos los órdenes. Esto es lo que debe traer la anhelada paz verdadera: la paz de Dios.

13 DE ABRIL:

## DEL COTTOLENGO A SUPERGA

### Misa en la "Píccola Casa"

Completo una visita anterior, yendo a celebrar el santo Sacrificio en el suntuoso altar de San José Benito Cottolengo, erigido sobre su sagrado cuerpo, en la primera capilla que hay a la derecha de quien se introduce en el templo de esta gran Casita de la Divina Providencia. Los hijos e hijas religiosos del Santo de la Caridad han hecho de este piadoso rincón un magnífico Santuario. Son muchos los devotos que asisten a la misa, que estoy rezando.

Al mismo tiempo, lo restante del espacioso recinto, separado de la parte destinada al público externo por una alta verja, está lleno de moradores de la Casa. Rezan en alta voz las oraciones y el santo rosario, mientras escuchan la misa que se celebra en el altar mayor. Da gusto oírlos.

A cierto punto de la misa, salen varios sacerdotes a distribuir, durante tiempo muy prolongado, la Sagrada Eucaristía. Me parece estar en uno de nuestros institutos: el mismo ambiente de piedad, de rezos en común, de espontáneo y fervoroso asalto a la Sagrada Mesa.

### La "Gallería Sabauda"

Cediendo a repetidas insinuaciones, me dirijo, después de las 9, al Palacio de la Academia de las Ciencias, para visitar la *Gallería Sabauda,* a saber, saboyana, que es una muy rica pinacoteca.



Consta de unas veinte salas, en que los ojos y el alma se extasían ante innumerables obras maestras de pintores italianos y extranjeros: Fray Angélico, Cimabúe, Van Dyck, Mantegna, Van Eyck, Tiépolo, Reni, Rembrandt, Veronese, etc., etc.

Algunas salas son exclusivamente para pinturas de artistas piamonteses. Hay otras para venecianos, flamencos, holandeses, etc.

Todo esto llena el segundo piso.

El inferior y el entresuelo, con el nombre de *Museo Egipcio,* son un valioso tesoro de objetos artísticos y útiles, que permiten apreciar el grado de civilización a que se había llegado a orillas del Nilo, unos 1500 años antes de la éra cristiana.

### La colina de Superga; San Mauro

La mañana estuvo gris, como el día de ayer; pero la tarde se ha vuelto clara, serena y alegre.

—El tiempo —me dice un buen coadjutor italiano— invita hoy a subir a Superga. Aproveche usted. Gozará desde allá de un regio panorama.

Sedúceme el consejo, y salgo. El tranvía 17 me deja en Sassi, suburbio de Turín. De allí, podría llegar a pie hasta Superga; pero me disuaden del intento, porque me llevaría demasíado tiempo. A pocos pasos, está la estación del tranvía o tren de cremallera. Allá voy.

La espera es bastante larga: debe antes llenarse el coche. Al fin empezamos a ascender. La colina está vestida de primavera: mucho verdor, muchas florecitas en los árboles; hay flores hermosas también en los jardines, que diviso a la vera de la línea, y en los cercos de algunas viviendas que nos ven pasar.

Allá a la izquierda, se columbra muy bien un grandioso edificio con pórtico de arcos y, delante de él, un

extenso patio, en que juegan centenares de niños. La brisa trae hasta nosotros como un eco de sus alegres risas y clamores. De pronto, se oye el agudo tañido de una campana; cesa allá el movimiento; se van dibujando varias filas; al frente de ellas, personas mayores, vestidas de negro; otras cruzan el patio: son clérigos.

—Aquel es el Colegio de los Huerfanitos de Carabineros —explica un vecino—.

—¿Los de San Mauro?

—Sí, aquello es San Mauro. Están a cargo de los Salesianos de Don Bosco.

Es un colegio que tiene captadas todas las simpatías. Lo fundó el gran corazón del Rdmo. P. Ricaldone; tiene calor de hogar. Todos los privilegios y atenciones son para aquellas criaturas. Los he visto en Roma, para las fiestas del Beato Domingo, llamando la atención general con el uniforme azul oscuro y la corrección que observaban. En el momento terrible de la salida de San Pedro, aquella tarde memorable, estos chiquillos estaban en una de las capillas de la izquierda, aguardando con sus solícitos custodios, el instante de salir sin peligro de ser arrollados por la marea humana.

## La Basílica Real.

Ya hemos llegado. Salimos de la estación. Subimos todavía algunos metros, y estamos delante de la monumental Basílica; la precede majestuoso pórtico de airosa columnata, coronado de frontón y balaustrada. Sobre esta cima de 650 metros, se eleva aún 75 la arrogante cúpula, que domina a las dos torres que la escoltan. Pasa por la obra maestra del arquitecto Felipe Iuvara, hijo de Mesina.

Mandóla construir Víctor Amadeo II, en ejecución de un voto hecho a la Virgen Santísima, por la victoria



alcanzada contra los franceses que asediaban a Turín en 1706.

Penetro en el sagrado recinto, que tiene forma de cruz griega. Es imponente la rotonda que remata en la solemne cúpula; ricos, los altares, sobre todo el mayor con su coro de sitiales finamente tallados; a una y otra parte, los magníficos retablos marmóreos de la Anunciación y del Nacimiento.

Por una puerta lateral, entro en la capilla, donde se rinde culto a la imagen de la Virgen de la primigenia ermita allí existente y que recibió el voto del Rey.

## Rebullicio juvenil en la altura

¿Quién diría que también aquí estuvo Don Bosco, pero no solo —pues así nada habría tenido de extraordinario—, sino con su ejército de chiquillos? Creo que fue en 1845.

Aquella mañana habían oído misa en el Santuario de María Consoladora. Después atravesaron la ciudad, al compás de la primera banda famosa, constituída por un tambor, veterano de algunas guerras, una trompeta abollada, un guitarrón y un violín.

Llegaron al pie de la colina, donde los esperaba una sorpresa: un caballo con todos sus arreos, que para Don Bosco enviaba el párroco del lugar, y un billete, firmado por el buen Teólogo Borel, quien aguardaba arriba. Don Bosco montó a caballo, entre las aclamaciones de su tropa, y desde él intimó silencio como para una arenga:

—¡Muchachos! ¡Una comunicación! Es de nuestro querido Teólogo Borel. Nos participa que subamos alegremente, porque ya está listo para todos el almuerzo. Pues, ¡arriba!

Entre vítores y cantos, emprendieron la ascensión, llevando en triunfo a su sin par generalísimo. De ese mo-

do, sin sentirlo, llegaron a la cumbre. La visita al templo fué breve, porque ya era tarde. Luego, según ordenó Don Bosco, después de recitar el Ángelus, tomaron asiento sobre la hierba y dieron magnífica cuenta de todo aquel bien de Dios que les habían preparado el párroco y el Teólogo Audisio, Presidente de la Academia Eclesiástica de Turín, cuya bondad reiteradamente agradecieron los excursionistas con aclamaciones y aplausos.

Hubo después visita a la Casa de Dios, toda suerte de diversiones o paseo por la extensa explanada. A hora oportuna, el redoble de un tambor, los encaminó a todos a la Basílica, para cantar las vísperas. Don Bosco subió al púlpito y narró la historia del templo, para encender la confianza de su auditorio en el patrocinio amoroso de la Madre Celestial. Y, para que nada faltara, llevó sus cantorcitos a la orquesta y, sentado al órgano, los acompañó en el *Tantum ergo* para la Bendición.

Asistían los miembros de la Academia con su Presidente y todo el vecindario atraído por la novedad. Al escuchar las voces frescas y argentinas de los niños, les pareció que eran ángeles los que cantaban; más de uno derramaron lágrimas de emoción: nunca habían oído cantar a niños (1).

No fue esta la única vez que los del Oratorio subieron a Superga. Otras fueron también de alegre excursión; pero algunas hubo en que ascendieron con el alma enlutada, como al acompañar en grave séquito los restos mortales de dos reinas y dos príncipes de la Casa Real, cuyos funerales había predicho Don Bosco (2).

### Sombras y luces

Porque en la cripta de la Basílica están los sepulcros de la familia real. Desciendo a contemplar los monumentos principales: de Víctor Amadeo II, Carlos Manuel III y Carlos Alberto; las reinas María Teresa, María Adelaida y María Pía. Están los sarcófagos de muchos príncipes. Veo también algunos nichos vacíos. ¿Se llenarán?

(1) *M. B.*, II, 378.
(2) V. pág. 253 y s.



Nuevamente arriba, entro en una gran sala, de cuyas paredes cuelgan centenares de medallones: son los retratos de los Soberanos Pontífices, ordenados cronológicamente hasta el actual Pío XII.

Salgo ahora al aire libre. Paseo por las calles que rodean la Basílica. ¡Qué panorama estupendo el que se otea desde allí! Los alrededores, gran parte de la ciudad, la vasta llanura ondulada, el curso serpeante del Po con sus tributarios, arboledas, caseríos, los Apeninos ligures y porción de los Alpes. ¡Lástima que ha empezado a levantarse la niebla, con que ya se desdibujan los trazos de este lienzo natural estupendo! Dicen que en Turín, particularmente en esta estación, es frecuente la sobrevenida de esta niebla, y que son excepcionales los días enteramente limpios y diáfanos.

Llevaba el deseo de contemplar el sitio, donde el año pasado se estrelló el avión con los jugadores del *Club Torino;* pero no alcanzo a dar con ninguna señal recordatoria de la catástrofe. De seguro, una de esas neblinas la produjo. ¡Pobres muchachos!...

A la derecha de la Basílica, veo un monumento dedicado a Humberto I, la triste víctima de Monza. Más allá, una iglesia de humilde aspecto: es la parroquia de la colina.

Como continuando la Basílica, hay un soberbio palacio de cinco pisos; era, a buen seguro, residencia de los príncipes. Ahora, en el anchuroso patio que encierran sus extensas alas, se divierte un grupito de chicuelos, que da alguna animación al lugar con su movimiento y algazara.

Singular es el deleite que experimento en esta altura; pero me prohibe prolongar la permanencia el saber que los trenes no corren aquí muy seguidos; por lo que, ¡adiós, Superga!

* *

Tres cuartos de hora después, estoy en el *Rondó* o Círculo de Valdoco, adonde convergen cinco grandes arterias. No es muy fácil cruzarlo en horas como esta, en que un verdadero enjambre de bicicletas y motocicletas de obreros y empleados, amén de los tranvías y otros vehículos, pasan incesantemente. En Buenos Aires no hay tanta abundancia de ese género de locomoción individual.

14 DE ABRIL:

## ANTE EL ALTAR DE SAN JOSÉ CAFASSO

### La deuda de los hijos

Esta es la página de la amistad de dos santos.

Como en peregrinación, voy al Santuario de *La Consolata*. Me acompaña el buen coadjutor Juan Spinardi, de la Inspectoría Patagónica.

Tengo el propósito de celebrar en la capilla de San José Cafasso. Ya la conocemos. Ya hemos visto su precioso altar, bajo cuya mesa están expuestos a la pública veneración los augustos despojos mortales del glorioso paisano de nuestro Padre y Fundador: los dos eran de Castelnuovo. La actividad sobresaliente de Don Cafasso fue la de maestro del clero joven y de consejero de los eclesiásticos de Turín. De su escuela salieron sabios y santos sacerdotes, celosos e incansables pastores de almas; enseñó con la palabra, y persuadió con el ejemplo de la vida sacerdotal intachable.

Por eso, al dirigirme al altar, voy completando mi memento, en que incluyo, ante todo, a los sacerdotes directores espirituales, por quienes pediré particularmente.

Entiendo, además, que esta misa sea una fervorosa acción de gracias a Dios, por haber hecho de este Santo un incomparable amigo, consejero y bienhechor de Don Bosco y, por reflejo, de todos los salesianos.

## ¡Lo he visto, mamá!

¿Quién no recuerda el influjo que la fama de santidad de que gozaba el clérigo Cafasso, ejerció ya en Juanito Bosco? Mucho había oído éste ponderar las cualidades del piadoso seminarista, y mucho deseaba conocerlo. Al fin logró su deseo en 1827.

Doce años tenía Bosco; Cafasso, dieciséis. Vio a este, por casualidad, junto a la iglesia de Murialdo; le dijeron que aquel clérigo era Cafasso y, como atraído por fuerte imán, voló el chico a su lado y entabló conversación con él. Salió de ella tan embelesado, que, al volver a Bequi, lo primero que le dijo a la madre fué:

—¡Lo he visto, mamá!... ¡Le he hablado!...

—¡Lo has visto! ¿A quién?

—¡A José Cafasso, mamá!... Lo que todos dicen es cierto: ¡es un santo!

—Pues, empéñate en imitarlo, hijo. No sé por qué, presiento que un día podrá ayudarte mucho (1).

Y esto también fuè predicción.

## Bienhechor y consejero

San Juan Bosco en sus *Memorias* confidenciales, llama a San José Cafasso "mi insigne bienhechor y director".

Y, en efecto: por falta de recursos, no puede ingresar aquel en el seminario, y èste mueve todos los resortes para que se le abran las puertas, y lo consigue.

Duda aquel una vez si ha de entrar en religión, y otra, si ha de marchar a las misiones de infieles, y èste lo disuade: Dios le tiene reservados otros caminos.

Cuando ya sacerdote, le ofrecen varios puestos, no poco tentadores, humanamente, y Don Cafasso responde a la consulta:

(1) *M. B.*, I, 186.



—A usted le es preciso profundizar la teología moral y la predicación; no piense por ahora en esas proposiciones, y véngase al Colegio Eclesiástico.

Y Don Bosco obedece, muy contento con vivir junto al santo consejero y asistir a sus sabias lecciones. Y allí, en la iglesia adjunta, de San Francisco de Asís, inicia la obra de los Oratorios Festivos, a que Dios lo predestinaba. ¿No lo sabría ya, por ilustración del Cielo, Don Cafasso? La verdad es que, el domingo siguiente al 8 de diciembre de 1841, en que nació el Oratorio con Bartolomé Garelli, el mismo don Cafasso envió otros dos muchachos obreros para aumentar el número, e hizo todo lo posible para que no alejaran de allí a esa juventud que iba creciendo día a día.

Escoge luego a Don Bosco para que lo acompañe durante la semana en el duro apostolado de las cárceles, y lo estimula en sus ansias de encontrar medios eficaces que preserven a otros jóvenes de la desgracia del presidio.

¡Cuántas veces Don Cafasso reemplaza a Don Bosco en la catequesis, cuando debe èste ausentarse por exigencias del ministerio o de la salud seriamente resentida!

## La voluntad de Dios: ¡Vacíe la maleta!

Pero, a todo esto, Don Bosco, a pesar de los sueños o visiones, no veía aún muy claro en su porvenir por el continuo sucederse de obstáculos que le obstruían el camino. Persuadido de que Dios lo llamaba a hacerse religioso, un día se le presentó diciéndole que estaba decidido a ello y que tenía ya preparada la maleta. ¿Qué hizo el consejero? Lo miró muy seriamente, y con paternal solemnidad le dijo:

—Mi querido Don Bosco, deje a un lado toda idea de vocación religiosa; vacíe la maleta, si es que la ha apron-

tado para marchar, y prosiga su obra en favor de la juventud: ¡Esta, y nó otra, es la voluntad de Dios! (1).

Don Bosco hubo de sonreír cuando lo que este santo Varón le decía, concertaba tan bien con lo que le decían las voces del Cielo. De allí, su brío para afrontar las más arduas contrariedades.

## "¡Que no salga de Turín!... ¡No lo estorbéis!"

Llega el día en que Don Bosco termina su curso en el Colegio Eclesiástico, y hay peligro sumo de que lo alejen de Turín; de muchas partes solicitan su ayuda los párrocos. Don Cafasso entonces se preocupa para alejar ese peligro: ruega al Teólogo Borel que lo hospede en el Refugio, que él le pagará la pensión, y le dará en San Francisco de Asís aposento para que estudie, escriba y tenga a su disposición la nutrida biblioteca del Colegio Eclesiástico.

—Si permitiéremos —le explica— que Don Bosco vaya de teniente cura a algún pueblo, perdemos un sacerdote; su campo allá sería muy reducido para el enorme bien que está llamado a realizar. Es absolutamente preciso que lo retengamos en esta Capital. Con la actividad y celo que lo abrasan, será un insigne bienhechor de la juventud... ¡La Providencia lo destina a ser el Apóstol de Turín! (2).

¡Si lo conocía! Claro está que su aprovechado alumno le confiaba también las visiones de sus sueños, que sometía a su parecer, temeroso a menudo de que fuesen una voz engañadora o ilusión, y el venerable director, con su dón sobrenatural de discreción de espíritus, lo animaba a obedecer al dictado de aquellas singulares visiones, como a una voz del Cielo que le iba trazando el rumbo infalible. Pero, además, ¿no tendría también él directamente alguna luz celestial, cuando su palabra era tan terminante

(1) *Lemoyne-Amadei, Vita,* I, 253; *M. B.,* II, 207.
(2) *Id., ib.,* I, 254.



y, muchas veces tan discorde con la opinión de otros eclesiásticos respetables por su dignidad y doctrina?

Sólo así se explica que, cuando todo se conjura contra el pobre Don Bosco, cuando se ve expulsado de todas partes, cuando todos le niegan su colaboración, cuando lo juzgan un "infeliz demente", cuando intentan prohibirle su extravagante apostolado y, para consumar el propósito, tratan de tener de su parte a Don Cafasso, éste los desarme, aconsejándoles sin vacilación:

—¡Oh! Dejadle, dejadle trabajar libremente; ¡no se lo estorbéis! (1).

¡Qué frases, éstas! ¿No son acaso una variación del "Dejad a los niños venir a Mí; no les estorbéis que se acerquen a Mí", del Divino Maestro de Judea? Estorbar a Don Bosco ¿no era acaso impedir a gran parte de la niñez que se llegara a Dios? ¡Qué vistas, las del Santo! Para él, estorbar el apostolado de Don Bosco era, así, contrariar la voluntad divina. Y él, no satisfecho con no estorbar —lo que, con el predicamento excepcional de que gozaba, podría haberlo realizado con más eficacia que ningún otro—, se dió a favorecerlo activamente en cuanto le era posible, no sólo con sus expresiones de aliento, sino también con la colaboración personal en su actividad específica y con la generosidad de sus dádivas para el éxito de su empresa.

Y cuando vió afianzada la obra; cuando vio trocados en aplausos, elogios y bendiciones, las suspicacias, denuestos, maledicencias e incomprensiones de la primera hora, ¡qué inmenso fué el regocijo del docto y santo protector!

## Amor con amor se paga

Después de todo esto, ¿qué mucho que Don Bosco le correspondiese con afecto entrañable, igual a la veneración profunda que le profesaba? Y esto se puso en evidencia

(1) *Id., ib.,* 308.

más que nunca el día en que se anunció que Don Cafasso estaba gravemente enfermo. Fue el día 11 de junio de 1860.

Corrió Don Bosco a la cabecera del amado enfermo, y se entretuvo con él largamente. Y volvió todos los días. Supo que no poco había influído en la enfermedad, la persecución de que era objeto por entonces el Oratorio, de parte del poder civil sectario, el cual creía ver surgir conspiraciones contra su seguridad en algunas instituciones católicas de peso, como el Colegio Eclesiástico y el Oratorio, víctimas por aquellos días de enojosos e indignos registros. ¡Es que Don Cafasso miraba al Oratorio como algo que le pertenecía también a él!

Un día le encomendó a Don Bosco:

—Dígales a sus chicos que rueguen por mí.

—Ya han rogado mucho, y seguiremos haciéndolo. Y mire: les he dicho que en una de las próximas fiestas irá usted a darnos la bendición.

—¡Oh, sí! —concluyó el enfermo—; vaya, rece, y dígales a sus jovencitos que sí los bendeciré a todos... desde el Cielo (1).

En la tierra recibió Don Bosco su postrera bendición el 22 de junio. La mañana siguiente Don Cafasso empezó a agonizar. No bien lo supo Don Bosco, voló; pero llegó cuando acababa de expirar. Cayó de hinojos junto al lecho y rompió en llanto incontenible, como si hubiese sido su propio padre el que contemplaba inerte. "¡Cómo lo amaba!", debieron de pensar los que estuvieron presentes a escena tan emocionante.

En las exequias y en el cortejo fúnebre, Don Bosco y su Oratorio exteriorizaron la honda pena que los embargaba (2).

(1) *M. B.*, VI, 644.
(2) *Id.*, VI, 647.



Pasados pocos días, el 10 de julio, la humilde iglesia de San Francisco de Sales se enlutaba toda para rendir homenaje público y solemnísimo a su incomparable bienhechor. Cantó la misa el Teólogo Borel, y Don Bosco, con lágrimas en los ojos, y la voz entrecortada a menudo por la emoción, pronunció la oración fúnebre.

Otra oración leyó Don Bosco el 30 de agosto, en los solemnes funerales celebrados en San Francisco de Asís. Una y otra, las hizo luego imprimir, en testimonio de gratitud, y fueron documentos de primer orden para los procesos de beatificación y canonización del santo Director del clero piamontés (1).

## Afecto inextinguible

Cuando se abrió el testamento del difunto, una de las cláusulas era una generosa donación a Don Bosco de algunas propiedades contiguas al Oratorio, una considerable cantidad de dinero y la condonación de cuanto quizá le debiese aún en concepto de anteriores préstamos para sus obras. ¡Testamento fehaciente de la santa amistad, que vence los fronteras de la muerte! (2).

El P. Juan B. Lemoyne dedica a este Santo el tercer volumen de las *Memorias Biográficas* y escribe en el prefacio: "Es gloria de un hijo santo la santidad de su padre, como es gloria del padre, un hijo sabio".

Monseñor Cagliero dejó escrito: "Recuerdo que Don Bosco nos decía a menudo: —Por obediencia a Don Cafasso, me establecí en Turín; por su consejo y con su dirección, empecé a reunir los días festivos a los chicuelos del arroyo para catequizarlos; con su aliento y ayuda, empecé a recoger en el Oratorio de San Francisco de Sa-

(1) *Id.*, VI, 654.
(2) *Id.*, VI, 650.

les a los más indigentes para preservarlos del vicio y educarlos en la virtud. Recordadlo: el primer catequista de este nuestro Oratorio fue Don Cafasso, y él es su constante promotor y bienhechor. Y nosotros —concluye el Emmo. Cardenal— amamos y veneramos a nuestro querido Padre; pero no amamos y veneramos menos al sacerdote Don Cafasso" (1).

¡Qué documento más expresivo!

Inundada el alma con este raudal de memorias, ¿cuáles no han de ser los sentimientos que me acompañan durante esta misa?

Mamá Margarita, Don Calosso, el Teólogo Borel, San José Cafasso y Pío IX son, para mí, los bienhechores más conspicuos de Don Bosco en la iniciación de sus obras inmortales.

¡Prosigue tú, Santo querido, bendiciendo desde el Cielo la empresa que defendiste y fomentaste!

### Una curiosidad

Hace ya un mes y medio que estoy en Italia. Sólo hoy veo llover.

Dicen los de aquí que es cosa rara, porque todos los años suele llover copiosa y frecuentemente en esta estación.

No sé lo que digan los meteorólogos.

(1) *M. B.*, IV, 591.

15 DE ABRIL:

## EL CARDENAL DE TURÍN. — EN EL PATIO DE PINARDI

### Como antiguo miembro de la Inmaculada

Esta mañana me doy otro gusto: el de celebrar en la Capilla de Nuestra Señora del Rosario, en la iglesia de San Francisco de Sales. Este altar, dicen que es el primero que Don Bosco dedicó a la Virgen Santísima.

En mi adolescencia, pertenecí a la Compañía de María Inmaculada, que nació en este preciso lugar, fundada, como ya dije, por el bienaventurado Domingo Savio. Por eso, he deseado conmemorarlo, como lo voy haciendo con viva sastisfacción. Se me antoja figurarme acompañado por el santito Fundador y el primer presidente, el clérigo Rúa, hoy venerable Siervo de Dios.

### Primeras comuniones y confirmaciones

Asisto en la Basílica a la primera comunión de muchos niños de ambos sexos, que recibirán por la tarde el santo Sacramento de la Confirmación. Es aquí muy frecuente la práctica de recibir el mismo día estos dos augustos sacramentos.

Por la tarde, el oficiante será el Emmo. Cardenal Arzobispo de Turín, Monseñor Maurilio Fossatti. El deseo de conocer *de visu* a un Príncipe de la Iglesia, sabio y celoso y muy afecto a nuestra Sociedad, acrece mi interés por asistir al sagrado rito.

La Basílica está llena de familias. Los confirmandos, con sus padrinos, se disponen en los lugares que les indican.

Con toda puntualidad, a la hora fijada, entra en el presbiterio el Emmo. Señor Cardenal. Se arrodilla para una breve oración. Asciende luego a la tarima del altar, desde donde, con amable sencillez y claridad, pronuncia una hermosa exhortación sobre la excelencia y efectos del Sacramento y profunda significación de la ceremonias. Al proponerles como dechado cabal de vida cristiana, al adolescente Domingo Savio, teje su enjundioso panegírico.

Luego llama la atención de padres y padrinos sobre las obligaciones que contraen para con sus hijos y ahijados y los anima a llenarlas fielmente.

La función, dentro del orden más edificante, se prolonga por largo tiempo, dado el gran número de confirmandos. No se oyen aquí los llantos de criaturas y cuchicheos de los mayores para acallarlas, como se oye aún en nuestras tierras, porque aquí este gran Sacramento sólo se administra, por lo regular, a niños que ya no se asustan y entienden lo que reciben, pues se han preparado lo mismo que para la primera comunión.

## Un intruso en el patio del Oratorio

Algo después en el recreo de la tarde, tengo ocasión de asistir a la recepción que los jovencitos estudiantes tributan a un raro huésped que entró en el patio de Pinardi, que es el antiguo, entre la capilla homónima, la iglesia de San Francisco de Sales y la actual sacristía de la Basílica.

Es sabido que en el Oratorio, como en casi todas las casas salesianas, no hay puertas cerradas ni custodiadas *more castrorum,* porque los alumnos suelen estar muy a gusto en ellas, como en la propia casa y más de cuatro veces mejor que en ella. Rarísima es la vez que se le ha ocurrido a alguno, víctima de la nostalgia en los primeros días de internado, tomar las de Villadiego. Por el contrario, ¡cuántas veces he visto alumnos que lloraban a mares al deber alejarse del colegio para ir a vacaciones! Pero, basta de disgresión.



Pues, hoy, por una de esas puertas, o mejor, por el gran portón de la *Vía Cottolengo,* se entró y llegó muy sí señor al referido patio de Pinardi, no os imagináis quién... Un perrillo.

Verlo uno de los chicos retozones, llamar la atención de los compañeros, pegar un grito unánime, ametrallar al animalejo intruso e incauto con pelotas y boinas, y luego arrojarse todos en su persecución fue obra de un segundo. ¡Pobrecito! Dió una vertiginosa media vuelta, y en otro segundo desapareció por el mismo portón, y de seguro, con el susto que se le metió en el cuerpo, no paró hasta la *Porta Palazzo,* por lo menos.

Pues, esta escena perruna, mi amable lector, ha tenido la virtud de hacerme evocar otra de género similar acaecida en el mismo patio poco después de 1852; en breve hará cien años.

## De nuevo, el Gris

Era una noche, cuando, nó por el portón de la *Vía Cottolengo,* que no existía, sino por una puerta del cerco que limitaba el patio de la antigua casa de Pinardi, se entró un señor perro, como de un metro de alto, de hocico alargado y orejas tiesas: tenía trazas de lobo. Descubriéronlo luego los muchachos y, temerosos, ya iban a emprenderla con él a pedradas, cuando José Buzzetti, el coadjutor afecto a Don Bosco desde la primera hora, intervino:

—¡Hola! ¡Cuidado! ¿Qué vais a hacer?... ¿No sabéis que ese es el perro de Don Bosco?

—¿El perro de Don Bosco? ¡Cómo!

—*¿El Gris?* ¿Al que tantas veces debió su vida Don Bosco?

—¡Sí, chicos, el *Gris!*

Y, soltando las piedras, fueron acercándose todos al *Gris* y, aumentada la confianza, lo rodean, le pasan la mano por el lomo, le soban suavemente las orejas; alguno hasta llega a montar en él, otro le aprieta cariñosamente el hocico, y él, tranquilo, meneando la cola, como si estuviese entre viejos amigos.

—Llevémoslo al comedor, a Don Bosco —insinúa uno—.

—Sí, sí, que lo vea su dueño.

Al ver entrar a tamaño can, algunos de los clérigos que acompañan al Santo se asustan; pero se aquietan cuando oyen que éste exclama:

—¡Oh mi *Gris!* No temáis; no daña a mis amigos; dejad, dejad que se acerque.

Y el *Gris* se pasea en torno de la mesa, como revistando a los comensales y va a detenerse junto a Don Bosco, su protegido. Este lo acaricia y le dice en dulce són de reproche:

—¡Ah, pícaro! Esta noche no llegaste a tiempo, eh?

Y el *Gris* lo mira, como queriendo decirle:

—¿Cómo no? ¡Vaya si lo he esperado! Es que a usted se le ocurrió venirse en coche.

El Santo le ofrece pan, sopa, carne, agua, y el animal lo rehusa todo; ni siquiera lo olfatea.

—Entonces ¿qué quieres? —le pregunta—.

En respuesta, sacude él las orejas, mueve el rabo y, después de posar la hermosa y robusta cabeza sobre el mantel, con los ojos dulcemente vueltos a Don Bosco, como para saludarlo, sigue la marcha entre las mesas, sale del comedor, cruza el patio, entre las caricias de los chicos (1) y, embocando la puerta, se marcha, mientras Buzzetti comenta:



—Mirad, chicos: el *Gris* acompaña siempre a Don Bosco cuando oscurece. Hoy a Don Bosco lo trajo a casa en su coche el Marqués Domingo Fassati. ¿Sabéis para qué habrá venido el *Gris?* Acaso a cerciorarse de que su protegido estaba ya en casa, o acaso a significarle a éste que no había olvidado su oficio y le había esperado en su puesto fielmente, como de costumbre (2).

¡Criatura misteriosa! Son de imaginar los comentarios que habrán seguido tejiendo aquellos jovencitos afortunados, que vivían en medio de tantos sucesos extraordinarios como si tal cosa.

Véase la continuación
de estas
*Impresiones de un viaje*
en
RUTA DE LUZ POR TIERRA SANTA

(1) S. GIOVANNI BOSCO, *Memorie*, 252.
(2) J. B. BONETTI, *Cinco lustros*, cap. XXXVI.

# INDICE

Dedicatoria ..... 5
El porqué de este trabajo ..... 7

*CIUDAD DEL VATICANO. — ROMA.*

5 DE MARZO: DE GÉNOVA A ROMA. UN NIÑO EN SAN PEDRO ..... 9

Caminos de Roma. — Divina visión. — Los peregrinos. — Película de maravillas. — Primeras luces romanas. — En la Capital del mundo. — San Pedro. — Un sueño estrafalario. — Expectación. — El primer confesor laico adolescente entre los Beatos. — *Post hoc, paradisus!* — No hay billetes que valgan. — *Est Deus in nobis!* — Otro milagro del niño Beato. — Interludio en la Plaza — Un prisionero del Papa. — Finezas del Padre común. — Reflexiones. — Por los frutos se conoce el árbol.

6 DE MARZO: SAN LORENZO EXTRAMUROS. CATACUMBAS DE SAN CALIXTO. EL COLISEO. CAMPO VERANO ..... 32

Barbarie y piedad: San Lorenzo. — La Basílica. — El Prisionero del Vaticano. — *¡Vida, vida, vida!* — En la *regina viarum*. — Donde los héroes de la fe descansan. — Un Credo en la majestad de las ruinas: el Coliseo. — Donde las dan las toman... — ¡Un cura de aldea! — En Campo Verano.

7 DE MARZO: LAS PUERTAS SANTAS. LAS TRES FONTANAS. EL "VICOLO DELLA MINERVA" ..... 45
Visitas jubilares. — En el Esquilino: Santa María la Mayor. — En el monte Celio: San Juan de Letrán. — San Pablo Extramuros. — En el Vaticano. — Tierra argentina. — La Virgen de las tres Fontanas. — A probar fortuna. — En el *Vícolo della Minerva*. — Audiencia inolvidable. — Grato mensaje.

8 DE MARZO: RIQUEZAS DE ROMA Y DEL VATICANO. VISIONES Y AUDIENCIAS ... 60
De colina en colina. — Los museos vaticanos. — Más cerca de Pío XII. — Profecía y amenaza de censura. — La primera audiencia de León XIII. — ¡Qué bueno es el Padre Santo!

9 DE MARZO: EL "SACRO CUORE. AL TESTACCIO ..... 70
Dispersión. — Al *Sacro Cuore*. — En la alegría familiar de Don Bosco. — Una pedrada contundente. — Para los de allende. — Otra apoteosis.

10 DE MARZO: OSTIA. RUINAS. EL QUIRINAL Y OTROS PALACIOS ..... 76
¿Temeridad? — Donde muere el Tíber. — Sólo quedan memorias funerales... — Rastros del historiador. — Rastros del Santo. — La misa en el Quirinal. — Entre púrpuras y blasones. — La poesía del milagro.

11 DE MARZO: LA BASÍLICA QUE ANHELÓ Y BENDIJO LEÓN XIII ..... 85
Ilustre y amable introductor. — La Basílica del Sagrado Corazón de Jesús. — Insinuación feliz. — Seis contra uno. — El limosnero del Sagrado Corazón. — Soberana complacencia y galardón. — Se aclara un misterio. — *¡Dejad que los niños vengan a Mí!* — Otros próceres del solar.

12 DE MARZO: HACIA EL PANTEÓN. AL TRASTÍBER: SANTA CECILIA ..... 99
Lo que no soñó el perseguidor. — Glorias de Loyola. — Más santuarios. — El Panteón: epitafio de Rafael. — Donde se honró a Minerva. — Memorias de santos muy queridos. — Santa Cecilia: recuerdos semiseculares; de casa patricia a basílica insigne. — Otra reliquia al paso y una invitación.

13 DE MARZO: TROMPETAS DE PLATA. EL MOISÉS DE MIGUEL ÁNGEL ..... 112
Dos horas monaguillo. — Apremio e intrusión. — Espectáculo deslumbrador. — El saludo de los suizos. — *El Moisés* de Miguel Ángel.

14 DE MARZO: LETRÁN. ARGENTINOS EN ROMA..... 119
Tesoros de Letrán. — El Bautisterio y la Escala Santa. — Otro rincón argentino en Roma. — El árbol tiende nuevas ramas.

15 DE MARZO: ADIOSES Y PROVIDENCIAS. .. 124
En vísperas de partir. — ¿Será la última vez? En la Vía nueva *della Conciliazione*. — Gratitud y largueza. — Viajeros.

*NÁPOLES, POMPEYA, GAETA*

16 DE MARZO: REMINISCENCIAS DEL CAMINO. VISIÓN DE NÁPOLES ..... 129
En el rápido de Nápoles. — Verdad ingrata. — Entereza de profeta. — Hacia el sur. — Nombres y sitios históricos. —— ¡Nápoles! — Junto al Golfo. — Un comunista católico. — Atentado a la lengua.

17 DE MARZO: SAN JENARO. TEMPLOS Y CALLES. CARTUJA DE SAN MARTINO .... 139
Artistas y santos de Nápoles. — La *Vía di San Biaggio*. — Un joyero en la colina. — En el Monasterio de la Paz.

18 DE MARZO: LAS DOS POMPEYAS. EL PALACIO REAL. ESPAÑA EN NÁPOLES .. 144

A Nuestra Señora de Pompeya. — Ansia y medio de conquista. — Por las calles de la otra Pompeya. — El regreso; nubes en el camino. — Ante el antiguo Palacio Real. — Evocaciones hispanas.

19 DE MARZO: RIQUEZAS ARTÍSTICAS. ADIÓS A NÁPOLES. GAETA. CARROZAS EN TÉRMINI ..... 153

El Museo Nacional de Nápoles. — Lo primero es lo primero. — Porfía entre los hijos y el Padre. — De nuevo, en Roma. — Carrozas principescas. — Otra carroza. — El *Tesoro de Italia*

*DE ROMA A GENOVA Y TURIN*

20 DE MARZO: A TURÍN. LA TIERRA SANTA DE VALDOCO ..... 161

Rumbo al noroeste. — La cuna de Colón. — Ahora, a Turín. — Valdoco: *Auxilium Christianorum*. — En la casa paterna. — Padres y hermanos.

21 DE MARZO: EL TINGLADO DE PINARDI. LA PRIMERA IGLESIA. LA BASÍLICA DE MARÍA AUXILIADORA ..... 170

La capilla de Pinardi. — Un mal músico. — Los muebles y galas de la capilla. — Reliquias de lo primitivo. — Meditación. — Página de la historia inicial. — De tal madre, tal hijo. — La sacristía de la Basílica: la primera misa. — Recorriendo la Basílica. — *Aedificavit sibi domum María*. — Capillas y altares. — Los que allí rezaron. — La Capilla de las Reliquias. — Siempre a medias los dos. — Un tesoro incomparable. — Crece la familia: la primera iglesia. — La puerta del prodigio.

22 DE MARZO: LAS HABITACIONES DE SAN JUAN BOSCO ..... 195

Misa a los pies de María Auxiliadora. — Las habitaciones del Santo. — ¡Silencio! La antecámara. — Fragua de santos. — Un juicio de Mamá Margarita. — El primer salesiano. — Tareas de escritor. — Rabia infernal. — Antro de conspiración. — Escenario de 27 años: de 1861 a 1888. — Los muebles de Don Bosco. — Coloquios memorables. — ¡Pan, trabajo y paraíso! — De *cella ad coelum*. — La última capilla de Don Bosco. — La galería de las vides. — Un racimo tentador. — Museo domboscano: el altar del éxtasis. — Reliquias interesantes. — El corredor exterior.

23 DE MARZO: CUMIANA, INSTITUTO AGNELLI. VALSÁLICE ..... 218

Junto al corazón del Patriarca. — El altar y capilla de San Juan Bosco. — Ahora, con el Don Bosco visible. — Excursión inesperada. — Hacia los Alpes: Cumiana. — El Instituto Agnelli. — La Generala y un proyecto audaz. — Coloquio con Rattazzi. — Sol en la noche. — Triunfo de un sistema educativo. — Mausoleo y templo: Valsálice. — Ocurrencia infantil. — Templo y Serafín — Una predicción. — Regreso feliz de un día lleno. — Otros superiores eminentes.

24 DE MARZO: ORATORIO DE VALDOCO. PONTIFICIO ATENEO SALESIANO: INSTITUTO REBAUDENGO ..... 235

Misa en las *camerette*. — Patio de los oratorianos. — El teatro de Valdoco. — El reino de los artesanos. — El Pontificio Ateneo Salesiano. — Conmemoración de María Auxiliadora.

25 DE MARZO: COLOQUIOS INOLVIDABLES. LA CATEDRAL Y EL PALACIO REAL .. 242

Anunciación de la Santísima Virgen. — Con-

versación con el R'dmo. Rector Mayor. — Con el Ecónomo General. — Salesiano benemérito: el P. Tomás Bordas. — La Catedral y la Capilla Real. — Palacios y plazas: un sueño de Don Bosco.

26 DE MARZO: DOS FUTUROS PAPAS EN EL ORATORIO. EL MARTINETTO. ORATORIO DE SAN PABLO ..... 258

Misa en la capilla de Pinardi: inspiración. — Lápidas elocuentes. — Pío XI en el Oratorio de Valdoco. — También el futuro Beato Pío X. — Huertos en flor: el Martinetto. — Un dechado de oratorios festivos. — Plantel de heroínas. — Un docto hispanista. — Detalle significativo.

27 DE MARZO: BEQUI. MONDONIO. CASTELNUOVO. QUIERI ..... 270

Hacia el Belén salesiano. — Sobre la altura. — El pobre hogar. — Cátedra de santidad. — La casa del hermano. — El primer oratorio festivo. — Nuestro Belén. — Donde hubo fulgores y voces divinas. — El prado del sueño. — Santuario de la pobreza. — Padre de huérfanos. — El Instituto Bernardo Semería. — Mapa vivo y poema. — *Filii tui de longe venient*... — La semilla de mostaza. — El último nido del águila. — Castelnuovo Don Bosco, cuna de próceres. — El estudiante aldeano. — El sacerdote de los niños. — El regalo de doña Teresa. — — Un insigne bienhechor. — El seminario de Quieri. — Una reliquia insigne de Santo Tomás. — San Luis Gonzaga en Quieri. — Una carrera memorable. — Una va, y otra viene.

28 DE MARZO: BEQUI. BUTILLIERA. RIVA. QUIERI ..... 296

De nuevo, a Bequi: la feria. — La Capilla del Rosario. — Encuentro inolvidable. — Predicadora de la dignidad eclesiástica. — La inspiradora del *"Da mihi animas, coetera tolle"*. — — Despedida de Bequi: un voto. — Otros santos lugares salesianos. — Tras las huellas de un Ángel. — Quieri: Un día de paraíso. — "Devotísimo de la Reina del Rosario". — El dormitorio del estudiante Bosco.

29 DE MARZO: MARAVILLAS EN LA BASÍLICA. LA MESA DEL PADRE. PORTA NUOVA. PIAZZA CASTELLO. PALAZZO MADAMA ..... 312

La Pascua del Soldado. — *In circuitu mensae tuae:* a la mesa del Padre. — Alrededores de *Porta Nuova*: un avemaría y una pesca. — Desarrollo de Turín. — Lorenzone en el *Palazzo Madama:* una mano misteriosa. — Excelente mirador. — Un diploma de honor.

30 DE MARZO: LA MOLE ANTONELLIANA. EL MONTE DE LOS CAPUCHINOS ..... 323

Doble satisfacción. — La Mole Antonelliana. — ¡Aire, sol y Dios en el Monte! — Guía de peregrinos.

31 DE MARZO: TEMPLOS Y PALACIOS. EL MANICOMIO. LA CONSOLATA ..... 328

Templos y museos. — Con el Rdmo. P. Renato Ziggiotti. — Un loco y dos cuerdos. — La *Consolata.* — La madre y el consejero y amigo. — Águila y paloma. — La madre feliz.

1º DE ABRIL: LA S. E. I. EN LA NECRÓPOLIS TURINESA ..... 336

La *Societá Editrice Internazionale.* — Apóstol del libro. — Un monumento a Moisés. — Homenaje a los hermanos idos: nombres ilustres.

2 DE ABRIL: DOMINGO DE RAMOS EN VALDOCO. LA CROCETTA. ASCÉTICA DOMBOSCANA ..... 346

Palmas y hosannas. — Los monaguillos. — La escolanía musical. — A la *Crocetta.* — Venero de ascética domboscana.

3 DE ABRIL: BOLLENGO. IVREA. MONTALENGHE. FOLLIZO. SAN BENIGNO CANAVESE ..... 355
El hombre propone... — Hacia los Alpes: castillo y colmena. — Otro sitio de luenga historia. — Otro castillo y una obra de arte. — Un colegio predilecto de Don Rúa. En el lugar de célebre abadía.

4 DE ABRIL: LANZO: BELLEZAS Y REMEMBRANZAS HISTÓRICAS ..... 366
Excursión a Lanzo: las estaciones. — El pueblo de Lanzo. — El histórico Instituto. — Evocación de glorias. — Un sueño maravilloso. Un prodigio. — Ojos de lince. — El Puente del Diablo. — Una inauguración. — Los viajes de Don Bosco. — Dos tachas de Don Bosco. — Palabras de vida eterna. — Virtud conquistadora. — Noticias de la tierruca. — Otros nombres conocidos. — Más recuerdos del Padre. — A punto de partir.

5 DE ABRIL: PEREGRINACIONES. SAN FRANCISCO DE ASÍS. EL REFUGIO DE LA MARQUESA BAROLO ..... 387
*De longe venient.* — Recuerdo de Unamuno. — A San Francisco de Asís. La sacristía. — Nace el Oratorio Festivo de Don Bosco. — El primer patio. — El altar de la primera misa. — Un confesionario y San José Cafasso. — El segundo asiento de la familia: el Refugio.

6 DE ABRIL: JUEVES SANTO. SAGRARIOS DE TURÍN ..... 397
Día del Amor. — Visita a los Sagrarios. — El lavatorio de los pies.

7 DE ABRIL: SITIOS EVOCADORES DEL ORATORIO ..... 400
Mármoles y bronces. — El amigo fiel de Don Bosco: el Teólogo Borel. — La cátedra de las *"buenasnoches"*. — El primer patio del Oratorio. — Un perro misterioso: el *Gris*. — Otra vez, Mamá Margarita. — El Papa de Don Bosco. — Espacioso salón de actos. — La huerta de Mamá Margarita

8 DE ABRIL: SÁBADO SANTO. SAN *PIETRO IN VÍNCOLI*. LA *MADONNA DI CAMPAGNA* ..... 412
¡Aleluya! — Otra morada fugaz del Oratorio errante. — Horas de prueba y angustia. — Raro repicar de campanas. — Testigo supérstite.

9 DE ABRIL: EN LA PASCUA DE DON BOSCO, UNA TACITA DE PLATA ..... 419
La Pascua en el Oratorio. — Con nuestro historiógrafo oficial: la casa de Moretta; el primer Oratorio Festivo de niñas.

10 DE ABRIL: EN LA *CONSOLATA*. VISITA AL COTTOLENGO ..... 425
Peregrinos franceses. — Con el Rector del Santuario de la *Consolata*. — Una profecía del Cottolengo. — Los milagros de la *Píccola Casa*.

11 DE ABRIL: APOSTOLADO. SAN JUAN EVANGELISTA. EL SEGUNDO ORATORIO FESTIVO ..... 431
Magnífica organización catequística. — San Juan Evangelista. — Monumento de la gratitud. — Reliquias, arte, recuerdos. — El Instituto y el Oratorio de San Luis. — En la Casa Madre de las Hijas de María Auxiliadora.

12 DE ABRIL: IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE SALES. LIBRERIAS Y OTROS COMERCIOS DE TURÍN ..... 440
Media hora de Tabor. — El éxtasis de un ángel. — Un niño, fundador de una congregación. — Otro joven, futuro fundador. — Visitando librerías turinesas. Abundancia y Don Dinero.

13 DE ABRIL: DEL COTTOLENGO A SUPERGA 448

Misa en la *Píccola Casa*. — La *Gallería Sabauda*. — La colina de Superga: San Mauro. — La Basílica Real. — Rebullicio juvenil en la altura. — Sombras y luces.

14 DE ABRIL: ANTE EL ALTAR DE SAN JOSÉ CAFASSO ..... 455

La deuda de los hijos. — "¡Lo he visto, mamá!" — Bienhechor y consejero. — La voluntad de Dios: "¡Vacíe la maleta!" — "¡Que no salga de Turín!"... "¡No lo estorbéis!" — Amor con amor se paga. — Afecto inextinguible. — Una curiosidad.

15 DE ABRIL: EL CARDENAL DE TURÍN. EN EL PATIO DE PINARDI ..... 463

Como antiguo miembro de la Inmaculada. — Primeras comuniones y confirmaciones. —Un intruso en el patio del Oratorio. — De nuevo *el Gris*.

## Colección

## "LOS GRANDES EJEMPLOS"

**SAN PABLO**, por E. Bumann.
**SAN PABLO, NUESTRO GRAN MODELO**, por el P. Desbuqoit.
**SANTA MONICA**, por Mons. Bougaud.
**SAN JUAN BOSCO**, por Carlos D'Espiney.
**SAN FRANCISCO DE ASIS**, por J. Joergensen.
**SANTA CATALINA DE SIENA**, por J. Joergensen.
**VIDA DE SAN FRANCISCO JAVIER**, por J. Schurhammer.
**SAN IGNACIO DE LOYOLA**, por Ignacio Casanovas.
**EL CURA DE ARS**, por Henri Ghéon.
**SAN PEDRO**, por C. Dar.
**SAN VICENTE DE PAUL**, por Henri Lavedan.
**SANTO TOMAS DE AQUINO**, por J. Thomard.
**SANTA JUANA DE ARCO**, por M. Duquet.
**SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT, BARONESA DE CHANTAL**, por Mons. Bougaud. 2 tomos.
**BERNADETTE**, por J. Ballenay.
**VIDA DE SAN FRANCISCO DE ASIS**, por Fr. L. de Cherancé.
**VIDA DE SAN NICOLAS DE BARI**, por Fr. Pablo de S. Nicolás.
**VIDA DE SAN FRANCISCO SOLANO**, por A. Hiral, O. F. M.
**VIDA DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN**, p. E. Lacordaire.
**SAN FRANCISCO DE SALES**, por Mons. Julien.
**SAN FRANCISCO DE ASIS**, por P. Bargellini.
**LA QUE TODO EL MUNDO AMA: Santa Teresita del Niño Jesús**, por Jacques Christophe.
**SAN PABLO, APOSTOL DE CRISTO JESUS**, por el Can. Glorieux.
**SAN VICENTE FERRER Y SU TIEMPO**, por Henri Ghéon.
**SANTA BERNARDITA SOUBIROUS**, por Rafael Doassans.
**SAN MARTIN DE TOURS**, por A. Regnier.
**VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES**, por el Cura de San Sulpicio, Andrés Hamon. 2 tomos.
**VIDA DE SANTA ROSA DE LIMA**, por Fray José A. Catá de Calella.
**SAN ALFONSO Ma. DE LIGORIO**, por J. Montes.
**SANGRE INOCENTE. Sta. María Goretti**, por Sor Assumpta Volpert, S. Sp. S.
**BEATO DOMINGO SAVIO**, por San Juan Bosco.
**SANTA GEMA GALGANI**, por S. Peytavi.

## BIOGRAFIAS

**CARLOS DE FOUCAULD, EXPLORADOR DE MARRUECOS Y ERMITAÑO EN EL SAHARA**, por René Bazin.
**LACORDAIRE**, por el P. Chocarne.
**VIDA DE DON GABRIEL GARCIA MORENO**, por Manuel Gálvez.
**EL PADRE PERNET.** Fundador de las Hermanitas de la Asunción.

CARLOS DE FOUCAULD, SEMBRADOR DE LUZ ETERNA, por A. Quintana Solé.
VIDA DE CONTARDO FERRINI, por Monseñor Pellegrini.
EL PADRE DAMIAN, por Alfonso Quintana. Solé.
BOSSUET, por V. Giraud.
VICO NECCHI: UN MAESTRO DE FE Y DE VIDA, por Mons. F. Olgiati.
ALBERTO DE MUN, por R. Garric.
AURORA DE UN ALMA: VIDA DEL PADRE LOUIS ROBERT. Primer Asuncionista Norteamericano, por A. Claux, A. A.
MARIA TERESA NOBLET, por Andrés Pineau. (Obra laureada por la Academia Francesa).
PEDRO TERMIER, por André George.
JOSE MOSCATI (el médico santo), por N. Castellano.
DOLLFUSS, por Dietrich von Hildebrand.
PIO XII, por Mansueto Kohnen, O. F. M.
MATT TALBOT, EL OBRERO SANTO, por J. A. Glyn.
EL PADRE ROMAN, por Agustín Luchía Puig.
EL GRAN IDEAL DE ELENA (Madre María Elena Stóllenwerk).

## CARACTERES

HISTORIA DE UN ALMA (Autobiografía de Santa Teresita del Niño Jesús).
CAGLIERO CIVILIZADOR, por F. J. de Salvo.
OZANAM Y LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAUL, por Foucauld y otros.
CHESTERTON, por J. de Tonquédec.
ANA MARIA TAIGI, por A. E. Subercaseaux.
ELISABETH LESEUR, por M. A. Leseur.
DISCURSOS Y PANEGIRICOS, DE S. S. PIO XII.
CARTAS DE OZANAM. 2 tomos.
LA FAMILIA QUE ALCANZO A CRISTO, por el P. Raymond.
TRES MONJES REBELDES, por el P. Rayond.
EL HOMBRE QUE SE ENTENDIO CON DIOS, por el P. Raymond.
INCIENSO QUEMADO, por el P. Reymond.
CARTAS DE STA. TERESITA DEL NIÑO JJESUS.
PENSAMIENTOS SOBRE LA VIDA CRISTIANA, por P. Ozanam.
DOMINGO SERE COMO TU, por E. Pavanetti.
DIOS ENTRE LOS ASESINOS, por el P. Raymond.

---

Este libro se terminó de imprimir el día 18 de setiembre de 1953, festividad de Santo Tomás, en los Talleres Gráficos "Pedro Goyena", Herrera 541, Buenos Aires — 2484 - oaaa - oaa.